

LA REGENTA

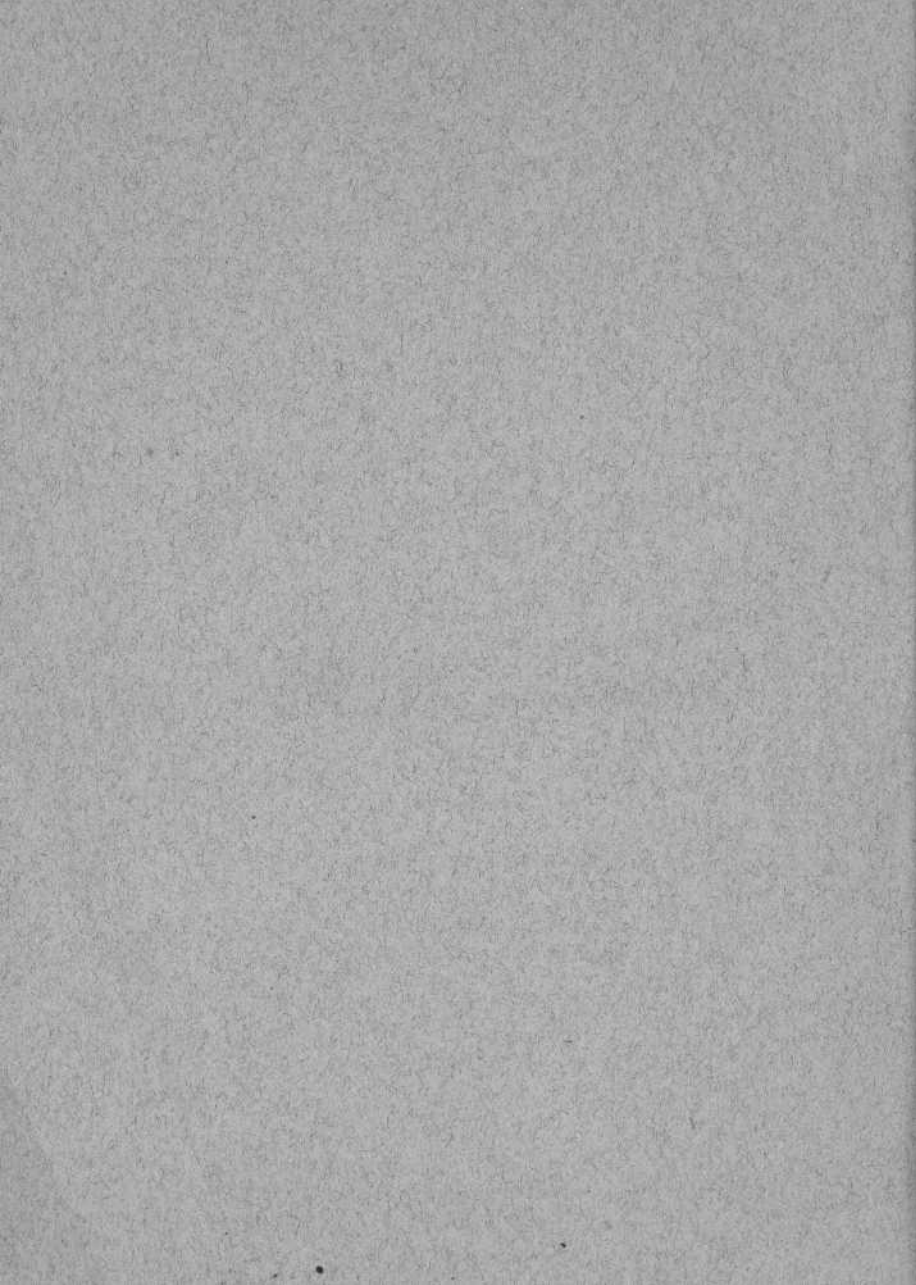
Leopoldo Mas



F. JORRA







T. 115369

DGCL
A

LA REGENTA

ES PROPIEDAD



LA
REGENTA

POR

LEOPOLDO ALAS

(CLARÍN)

ILUSTRACIÓN DE JUAN LLIMONA

Grabados de GOMEZ POLO

—
TOMO II
—



BARCELONA
BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

DANIEL CORTEZO Y C.^a - Ausias-March, 95

1885





XVI

QON Octubre muere en Vetusta el buen tiempo. Al mediar Noviembre suele lucir el sol una semana, pero como si fuera ya otro sol, que tiene prisa y hace sus visitas de despedida preocupado con los preparativos del viaje del invierno. Puede decirse que es una ironía de buen tiempo lo que se llama el *veranillo de San Martín*. Los vetustenses no se fían de aquellos halagos de luz y calor y se abrigan y buscan su manera peculiar de pasar la vida á nado durante la estación odiosa que se prolonga hasta fines de Abril próximamente. Son anfibios que se preparan á vivir debajo de agua la temporada que su destino les condena á este elemento. Unos protestan todos los años haciéndose de nuevas y diciendo: «¡Pero ve Vd. qué tiempo!» otros, más filósofos,

se consuelan pensando que á las muchas lluvias se debe la fertilidad y hermosura del suelo. «Ó el cielo ó el suelo, todo no puede ser.»

Ana Ozores no era de los que se resignaban. Todos los años, al oír las campanas doblar tristemente el día de los Santos, por la tarde, sentía una angustia nerviosa que encontraba pábulo en los objetos exteriores, y sobre todo en la perspectiva ideal de un invierno, de *otro* invierno húmedo, monótono, interminable, que empezaba con el clamor de aquellos bronces.

Aquel año la tristeza había aparecido á la hora de siempre. Estaba Ana sola en el comedor. Sobre la mesa quedaban la cafetera de estaño, la taza y la copa en que había tomado café y anís don Víctor, que ya estaba en el casino jugando al ajedrez. Sobre el platillo de la taza yacía medio puro apagado, cuya ceniza formaba repugnante amasijo impregnado del café frío derramado. Todo esto miraba la Regenta con pena, como si fuesen ruinas de un mundo. La insignificancia de aquellos objetos que contemplaba le partía el alma; se le figuraba que eran símbolo del universo, que era así, ceniza, frialdad, un cigarro abandonado á la mitad por el hastío del fumador. Además, pensaba en el marido incapaz de fumar un puro entero y de querer por entero á una mujer. Ella era también como aquel cigarro, una cosa que no había servido para uno y que ya no podía servir para otro.

Todas estas locuras las pensaba, sin querer, con mucha formalidad. Las campanas comenzaron á sonar con la terrible promesa de no callarse en toda la tarde ni en toda la noche. Ana se estremeció. Aquellos martillazos estaban destinados á ella; aquella maldad impune, irresponsable, mecánica del bronce repercutiendo con tenacidad irritante, sin por qué ni para qué, sólo por la razón universal de molestar, creíala descargada sobre su cabeza. No eran *júnebres lamentos*,

las campanadas, como decía Trifón Cármenes en aquellos versos del *Lábaro* del día, que la doncella acababa de poner sobre el regazo de su ama; no eran fúnebres lamentos, no hablaban de los muertos, sino de la tristeza de los vivos, del letargo de todo; ¡tan, tan, tan! ¡cuántos! ¡cuántos! ¡y los que faltaban! ¿qué contaban aquellos tañidos? tal vez las gotas de lluvia que iban a caer en aquel *otro* invierno.

La Regenta quiso distraerse, olvidar el ruido inexorable, y miró *El Lábaro*. Venía con orla de luto. El primer fondo, que, sin saber lo que hacía, comenzó a leer, hablaba de la brevedad de la existencia y de los acendrados sentimientos católicos de la redacción. «¿Qué eran los placeres de este mundo? ¿Qué la gloria, la riqueza, el amor?» En opinión del articulista, nada; palabras, palabras, palabras, como había dicho Shakespeare. Sólo la virtud era cosa sólida. En este mundo no había que buscar la felicidad, la tierra no era el centro de las almas *decididamente*. Por todo lo cual lo más acertado era morir; y así, el redactor, que había comenzado lamentando lo *solos que se quedaban* los muertos, concluía por envidiar su buena suerte. *Ellos* ya sabían lo que había *más allá*, ya habían resuelto el gran problema de Hamlet: *to be or not to be*. ¿Qué era el más allá? Misterio. De todos modos el articulista deseaba a los difuntos el descanso y la gloria eterna. Y firmaba: «Trifón Cármenes.» Todas aquellas necedades ensartadas en lugares comunes; aquella retórica fiambre, sin pizca de sinceridad, aumentó la tristeza de la Regenta; esto era peor que las campanas, más mecánico, más fatal; era la fatalidad de la estupidez; y también ¡qué triste era ver ideas grandes, tal vez ciertas, y frases, en su original sublimes, allí manoseadas, pisoteadas y por milagros de la necesidad convertidas en materia liviana, en lodo de vulgaridad y manchadas por las inmundicias de los tontos!...

Aquello era también un símbolo del mundo; las cosas grandes, las ideas puras y bellas, andaban confundidas con la prosa y la falsedad y la maldad, y no había modo de separarlas!» Después Cármenes se presentaba en el cementerio y cantaba una elegía de tres columnas, en tercetos entreverados de silva. Ana veía los renglones desiguales como si estuvieran en chino; sin saber por qué, no podía leer; no entendía nada; aunque la inercia la obligaba á pasar por allí los ojos, la atención retrocedía, y tres veces leyó los cinco primeros versos, sin saber lo que querían decir... Y de repente recordó que ella también había escrito versos, y pensó que podían ser muy malos también. «¿Si habría sido ella una *Trifona*? Probablemente; ¡y qué desconsolador era tener que echar sobre sí misma el desdén que mereciera todo! ¡Y con qué entusiasmo había escrito muchas de aquellas poesías religiosas, místicas, que ahora le aparecían amaneradas, rapsodias serviles de Fray Luis de León y san Juan de la Cruz! Y lo peor no era que los versos fueran malos, insignificantes, vulgares, vacíos.... y ¿los sentimientos que los habían inspirado? ¿Aquella piedad lírica? ¿Había valido algo? No mucho cuando ahora, á pesar de los esfuerzos que hacía por volver á sentir una reacción de religiosidad... ¿Si en el fondo no sería ella más que una literata vergonzante, á pesar de no escribir ya versos ni prosa? Sí, sí, le había quedado el espíritu falso, torcido de la poetisa, que por algo el buen sentido vulgar desprecia!» Como otras veces, Ana fué tan lejos en este vejamen de sí misma, que la exageración la obligó á retroceder y no paró hasta echar la culpa de todos sus males á Vetusta, á sus tías, á don Víctor, á Frígilis; y concluyó por tenerse aquella lástima tierna y profunda que la hacía tan indulgente á ratos para con los propios defectos y culpas.

Se asomó al balcón. Por la plaza pasaba todo el ve-

cindario de la Encimada camino del cementerio, que estaba hacia el Oeste, más allá del Espolón sobre un cerro. Llevaban los vetustenses los trajes de cristianar; criadas, nodrizas, soldados y enjambres de chiquillos eran la mayoría de los transeúntes; hablaban á gritos, gesticulaban alegres; de fijo no pensaban en los muertos. Niños y mujeres del pueblo pasaban también, cargados de coronas fúnebres baratas, de cirios flacos y otros adornos de sepultura. De vez en cuando un lacayo de librea, un mozo de cordel atravesaban la plaza abrumados por el peso de colosal corona de siemprevivas, de blandones como columnas, y catafalcos portátiles. Era el luto oficial de los ricos que sin ánimo ó tiempo para visitar á sus muertos les mandaban aquella especie de besa-la-mano. Las *personas decentes* no llegaban al cementerio; las señoritas emperifolladas no tenían valor para entrar allí y se quedaban en el Espolón paseando, luciendo los trapos y dejándose ver, como los demás días del año. Tampoco se acordaban de los difuntos; pero lo disimulaban; los trajes eran oscuros, las conversaciones menos estrepitosas que de costumbre, el gesto algo más compuesto... Se paseaba en el Espolón como se está en una visita de duelo en los momentos en que no está delante ningún pariente cercano del difunto. Reinaba una especie de discreta alegría contenida. Si en algo se pensaba alusivo á la solemnidad del día era en la ventaja positiva de no contarse entre los muertos. Al más filósofo vetustense se le ocurría que no somos nada, que muchos de sus conciudadanos que se paseaban tan tranquilos, estarían el año que viene con los otros; cualquiera menos él.

Ana aquella tarde aborrecía más que otros días á los vetustenses; aquellas costumbres tradicionales, respetadas sin conciencia de lo que se hacía, sin fe ni entusiasmo, repetidas con mecánica igualdad como el rítmico volver de las frases ó los gestos de un loco;

aquella tristeza ambiente que no tenía grandeza, que no se refería á la suerte incierta de los muertos, sino al aburrimiento seguro de los vivos, se le ponían á la Regenta sobre el corazón, y hasta creía sentir la atmósfera cargada de hastío, de un hastío sin remedio, eterno. Si ella contara lo que sentía á cualquier vetustense, la llamaría romántica; á su marido no había que mentarle semejantes penas; en seguida se alborotaba y hablaba de régimen, y de programa y de cambiar de vida. Todo menos apiadarse de los nervios ó lo que fuera.

Aquel programa famoso de distracciones y placeres formado entre Quintanar y Visitación, había empezado á caer en desuso á los pocos días, y apenas se cumplía ya ninguna de sus partes. Al principio Ana se había dejado llevar á paseo, á todos los paseos, al teatro, á la tertulia de Vegallana, á las excursiones campestres; pero pronto se declaró cansada y opuso una resistencia pasiva que no pudieron vencer don Víctor y la del Banco.

Visita encogía los hombros. «No se explicaba aquello. ¡Qué mujer era Ana! Ella estaba segura de que Alvaro le parecía retebién, Alvaro seguía su persecución con gran maña, lo había notado, ella le ayudaba, Paquito le ayudaba, el bendito don Víctor ayudaba también sin querer... y nada. Mesía preocupado, triste, bilioso, daba á entender, á su pesar, que no adelantaba un paso. ¿Andaría el Magistral en el ajo? Visita se impuso la obligación de espiar la capilla del Magistral; se enteró bien de las tardes que se sentaba en el confesonario, y se daba una vuelta por allí, mirando por entre las rejas con disimulo, para ver si estaba la *otra*. Después averiguó que la habían visto confesando por la mañana á las siete. «¡Hola! allí había gato.» No presumía la del Banco las atrocidades que se le habían pasado por la imaginación á Mesía; no pensaba, Dios

la librara, que Ana fuese capaz de enamorarse de un cura como la escandalosa de Obdulia ó la de Páez, tonta y maniática que despreciaba las buenas proporciones y cuando chica comía tierra; Ana era también romántica (todo lo que no era parecerse á ella lo llamaba Visita romanticismo), pero de otro modo; no, no había que temer, sobre todo tan pronto, una pasión sacrilega; pero lo que ella temía era que el Provisor, por hacer guerra al otro—las razones de pura moralidad no se le ocurrían á la del Banco—empleara su grandísimo talento en convertir á la Regenta y hacerla beata. ¡Qué horror! Era preciso evitarlo. Ella, Visita, no quería renunciar al placer de ver á su amiga caer donde ella había caído; por lo menos verla padecer con la tentación. Nunca se le había ocurrido que aquel espectáculo era fuente de placeres secretos intensos, vivos como pasión fuerte; pero ya que lo había descubierto, quería gozar aquellos extraños sabores picantes de la nueva golosina. Cuando observaba á Mesía en acecho, cazando, ó preparando las redes por lo menos, en el coto de Quintanar, Visitación sentía la garganta apretada, la boca seca, candelillas en los ojos, fuego en las mejillas, asperezas en los labios. «Él dirá lo que quiera, pero está *chiflado*,» pensaba con un secreto dolor que tenía en el fondo una voluptuosidad como la produce una esencia muy fuerte; aquellos pinchazos que sentía en el orgullo, y en algo más guardado, más de las entrañas, los necesitaba ya, como el vicioso el vicio que le mata, que le lastima al gozarlo; era el único placer intenso que Visitación se permitía en aquella vida tan gastada, tan vulgar, de emociones repetidas. El dulce no la empalagaba, pero ya le sabía poco á dulce; aquella nueva pasioncilla era cosa más vehemente. Quería ver á la Regenta, á la impecable, en brazos de don Alvaro; y también le gustaba ver á don Alvaro humillado ahora, por más que deseara su vic-

toria, no por él, sino por la caída de la *otra*. Inventó muchos medios para hacerles verse y hablarse sin que ellos lo buscasen, al menos sin que lo buscase Ana. Paco, sin la mala intención de Visita, la ayudaba mucho en tal empresa. Aunque en la primer ocasión oportuna don Alvaro se había hecho ofrecer por el mismo Quintanar el caserón de los Ozores, y ya había aventurado algunas visitas, comprendió que por entonces no debía ser aquel el teatro de sus tentativas, y donde se insinuaba era en el Espolón, con miradas y otros artificios de poco resultado, ó en casa de Vegallana y en las excursiones al Vivero con más audacia, aunque no mucha, pero con escasa fortuna. Ana ponía todas las fuerzas de su voluntad en demostrar á don Alvaro que no le temía. Le esperaba siempre, desafiaba sus malas artes; sin jactancia le daba á entender que le tenía por inofensivo.

Las excursiones al Vivero se habían repetido con frecuencia durante todo Octubre. Ana veía á Edelmira y á Obdulia, que se había declarado maestra de la niña colorada y fuerte, correr como locas por el bosque de robles seculares perseguidas por Paco Vegallana, Joaquín Orgaz y otros *íntimos*; veíalas arrojarse intrépidas al pozo que estaba cegado y embutido con yerba seca; y en estas y otras escenas de bucólica picante llenas de alegría, misteriosos gritos, sorpresas, sustos, saltos, roces y contactos, no había encontrado más que una tentación grosera, fuerte al acercarse á ella, al tocarla, pero repugnante de lejos, vista á sangre fría. Don Alvaro había notado que por este camino poco se podría adelantar, por ahora, con la Regenta.— Nada más ridículo en Vetusta que el romanticismo. Y se llamaba romántico todo lo que no fuese vulgar, pedestre, prosáico, callejero. Visita era el papa de aquel dogma anti-romántico. Mirar á la luna medio minuto seguido era romanticismo puro; contemplar en silen-

cio la puesta del sol... idem; respirar con delicia el ambiente embalsamado del campo á la hora de la brisa... idem; decir algo de las estrellas... idem; encontrar expresi3n amorosa en las miradas, sin necesidad de ponerse al habla... idem; tener lástima de los niños pobres... idem; comer poco... ¡oh! esto era el colmo del romanticismo.

—La de Páez no come garbanzos—decía Visita—porque eso no es romántico.

La repugnancia que por los juegos locos del Vivero sentía Anita, era romanticismo refinado en opini3n de la del Banco. Se lo decía ella á don Alvaro:

—Mira, chico, eso es hacer la tonta, la literata, la mujer superior, la platónica... Que yo me escame y no deje acercarse á esos mocosos que luégo se van *dando pisto* al Casino con sus demasías, no tiene nada de particular, porque... en fin, yo me entiendo; pero ella no tiene motivo para desconfiar, porque ni Paco ni Joaquín se van á atrever á tocarle el pelo de la ropa... Todo eso es romanticismo, pero á mí no me la da; por aquello de *pulvisés*.»

En eso confiaba Mesía, en el *pulvisés* de Visita; pero se impacientaba ante aquel *romanticismo* de la Regenta. Él creía firmemente que «no había más amor que uno, el material, el de los sentidos; que á él había de venir á parar aquello, tarde ó temprano, pero temía que iba a ser tarde; la Regenta tenía la cabeza á pájaros, y no había que aventurar ni un mal pisotón, so pena de exponerse á echarlo á rodar todo.»

«Además, pensaba don Alvaro, el día que yo me atreva, por tener ya preparado el terreno, á intentar un ataque franco, *personal* (era la palabra técnica en su arte de conquistador), no ha de ser en el campo, aunque parece que es el lugar más á propósito. He notado que esta mujer en frente de la naturaleza, de la bóveda estrellada, de los montes lejanos, al aire libre, en

suma, se pone seria como un colchón, calla, y se *sublimiza* allá á sus solas. Está hermosísima así, pero no hay que tocar en ella.» Más de una vez, en medio del bosque del Vivero, á solas con Ana, don Alvaro se había sentido en ridículo; se le había figurado que aquella señora, á quien estaba seguro de gustar en el salón del Marqués, allí le despreciaba. Veíala mirarle de hito en hito, levantar después los ojos á las copas de los añosos robles, y se había dicho: «Esta mujer me está midiendo; me está comparando con los árboles y me encuentra pequeño; ¡ya lo creo!»

Lo que no sabía don Alvaro, aunque por ciertos síntomas favorables lo presumiese á veces su vanidad, era que la Regenta soñaba casi todas las noches con él. Irritaba á la de Quintanar esta insistencia de sus ensueños. ¿De qué le servía resistir en vela, luchar con valor y fuerza todo el día, llegar á creerse superior á la obsesión pecaminosa, casi á despreciar la tentación, si la flaca naturaleza á sus solas, abandonada del espíritu, se rendía á discreción, y era masa inerte en poder del enemigo? Al despertar de sus pesadillas con el dejo amargo de las malas pasiones satisfechas, Ana se sublevaba contra leyes que no conocía, y pensaba desalentada y agriado el ánimo en la inutilidad de sus esfuerzos, en las contradicciones que llevaba dentro de sí misma. Parecíale entonces la humanidad compuesto casual que servía de juguete á una divinidad oculta, burlona como un diablo. Pronto volvía la fe, que se afanaba en conservar y hasta fortificar—con el terror de quedarse á oscuras y abandonada si la perdía—volvía á desmoronar aquella torrecilla del orgulloso racionalismo, retoño impuro que renacía mil veces en aquel espíritu educado lejos de una saludable disciplina religiosa. Se humillaba Ana á los designios de Dios, pero no por esto desaparecía el disgusto de sí misma, ni el valor para seguir la lucha se recobraba... Contribuían

estos desfallecimientos nocturnos á contener los progresos de la piedad, que el Magistral procuraba despertar con gran prudencia, temeroso de perder en un día todo el terreno adelantado, si daba un mal paso.

Ni en la mañana en que la Regenta reconcilió con don Fermín, antes de comulgar, ni ocho días más tarde cuando volvió al confesonario, ni en las demás conferencias matutinas en que declaró al padre espiritual dudas, temores, escrúpulos, tristezas, dijo Ana aquello que al determinarse á rectificar su confesión general se había propuesto decir: no habló de la gran tentación que la empujaba al adulterio—así se llamaba—mucho tiempo hacia. Buscó subterfugios para no confesar aquello, se engañó á sí misma, y el Magistral sólo supo que Ana vivía de hecho separada de su marido, *quo ad thorum*, por lo que toca al tálamo, no por reyerta, ni causa alguna vergonzosa, sino por falta de iniciativa en el esposo y de amor en ella. Sí, esto lo confesó Ana, ella no amaba á su don Víctor como una mujer debe amar al hombre que escogió, ó le escogieron, por compañero; otra cosa había: ella sentía, más y más cada vez, gritos formidables de la naturaleza, que la arrasaban á no sabía qué abismos oscuros, donde no quería caer; sentía tristezas profundas, caprichosas; ternura sin objeto conocido; ansiedades inefables; sequedades del ánimo repentinas, agrias y espinosas, y todo ello la volvía loca, tenía miedo no sabía á qué, y buscaba el amparo de la religión para luchar con los peligros de aquel estado. Esto fué todo lo que pudo saber el Magistral sobre el particular; nada de acusaciones concretas. Él tampoco se atrevía á preguntar á la Regenta lo que tratándose de otra hubiera sido necesariamente parte de su hábil interrogatorio. Aunque la curiosidad le quemaba las entrañas, aguantaba la comezón y se contentaba con sus conjeturas: lo principal, lo primero no era querer saber á la fuerza más

de lo que ella espontáneamente quería decir; lo principal, lo primero era mostrarse discreto, desapasionado, superior á los defectos vulgares de la humanidad.

«En estas primeras conferencias, se decía el Magistral, no se trata aún de estudiarla bien á ella, sino de hacerme agradable, de imponerme por la grandeza de alma; debo hacerla mía por obra del espíritu y después... ella hablará... y sabré lo del Vivero, que me parece que no fué nada entre dos platos.»

De lo que había pasado en la excursión del día de san Francisco de Asís y en otras sucesivas procuró De Pas enterarse en las conversaciones que tuvo con su amiga fuera de la Iglesia; dentro del cajón sagrado no había modo decoroso de preguntar ciertas menudencias á una mujer como Anita.

La Regenta agradecía al Magistral su prudencia, su discreción. Veía con placer que más se aplicaba el bendito varón á prepararle una vida virtuosa mediante la consabida *higiene espiritual*, que á escudriñar lo pasado y las turbaciones presentes con preguntas de microscopio, como él las había llamado hablando de estas cosas.

«Lo principal era no violentar el espíritu indisciplinado de la Regenta; había que hacerla subir la cuesta de la penitencia sin que ella lo notase al principio, por una pendiente imperceptible, que pareciese camino llano; para esto era necesario caminar en ziz-zás, hacer muchas curvas, andar mucho y subir poco... pero no había remedio; después, más arriba sería otra cosa; ya se le haría subir por la línea de máxima pendiente.» Así, con estas metáforas geométricas pensaba el Magistral en tal asunto, para él muy importante, porque la idea de que se le escapase aquella penitente, aquella amiga, le daba miedo.

Una mañana ella le habló por fin de sus ensueños; cada palabra iba cubierta con un velo; pocas basta-

ron al Magistral para comprender; la interrumpió, le ahorró la molestia de rebuscar las pocas frases cultas con que cuenta nuestro rico idioma para expresar materias escabrosas; y aquel día pudo ser, merced á esto, la conferencia tan ideal y delicada en la forma como todas las anteriores. Pero él entró en el coro menos tranquilo que solía. Arrellanado en su sitial del coro alto, manoseando los relieves lúbricos de los brazos de su silla, De Pas, mientras los colegiales ponían el grito en el cielo, comentaba, como si rumiara, las revelaciones de la Regenta.

«¡Soñaba! la fortaleza de la vigilia desvaneciase por la noche, y sin que ella pudiese remediarlo la mortificaban visiones y sensaciones importunas, que á tener responsabilidad de ellas serían pecado cierto!... «En plata, que doña Ana soñaba con un hombre...» Don Fermín se revolvió en la silla de coro, cuyo asiento duro se le antojaba lleno de brasas y de espinas. Y en tanto que el dedo índice de la mano derecha frotaba dos prominencias pequeñas y redondas del artístico bajo-relieve, que representaba á las hijas de Lot en un pasaje bíblico, él, sin pensar en esto, es claro, procuraba arrancar á las tinieblas de su ignorancia el secreto que tanto le importaba: ¿con quién soñaba la Regenta? ¿Era persona determinada?... Y poniéndose colorado como una amapola en la penumbra de su asiento, que estaba en un rincón del coro alto, pensaba: ¿seré yo?

Entonces le zumbaban los oídos, y ya no oía las voces graves del sochantre y de los salmistas, ni el rum rum del hebdomadario, que allá abajo gruñía recitando de mala gana las latines de *Prima*.

«No, no caería en la tentación de convertir aquella dulcísima amistad naciente, que tantas sensaciones nuevas y exquisitas le prometía, en vulgar escándalo de las pasiones bajas de que sus enemigos le habían acusado otras veces. Verdad era que la idea de ser objeto

de los ensueños que confesaba la Regenta, le halagaba: esto no podía negarlo, ¿cómo engañarse á sí mismo? ¡Si apenas podía mantenerse sentado sobre la tabla dura! Pero esta delicia de la vanidad satisfecha no tenía que ver con su propósito firme de buscar en Ana, en vez de grosero hartazgo de los sentidos, empleo digno de la gran actividad de su corazón, de su voluntad que se destruía ocupándose con asunto tan miserable como era aquella lucha con los vetustenses indómitos. Sí, lo que él quería era una afición poderosa, viva, ardiente, eficaz para vencer la ambición, que le parecía ahora ridícula, de verse amo indiscutible de la diócesis. Ya lo era, aunque discutido, y aquello debía bastarle.

«¿Á qué aspirar á un dominio absoluto imposible? Además, quería que su interés por doña Ana ocupase en su alma el lugar privilegiado de aquellos otros anhelos de volar más alto, de ser obispo, jefe de la iglesia española, vicario de Cristo tal vez. Esta ambición de algunos momentos, descabellada, pueril, locura que pasaba, pero que volvía, quería vencerla, para no padecer tanto, para conformarse mejor con la vida, para no encontrar tan triste y desabrido el mundo... Y sólo por medio de una pasión noble, ideal, que un alma grande sabría comprender, y que sólo un vetustense miserable, ruín y malicioso podía considerar pecaminosa, sólo por medio de esa pasión cabía lograr tan alto y tan loable intento.—Sí, sí, concluía el Magistral: yo la salvo á ella y ella, sin saberlo por ahora, me salva á mí.»

Y cantaban los del coro bajo: «*Deus, in ajutorium meum intende.*»—

La tarde de *Todos los Santos* Ana creyó perder el terreno adelantado en su curación moral; la aridez de alma de que ella se había quejado á don Fermín, y que éste, citando á san Alfonso Ligorio, le había demostra-

do ser debilidad común, y hasta de los santos, y general duelo de los místicos; esa aridez que parece inacabable al sentirla, la envolvía el espíritu como una cerrazón en el océano; no le dejaba ver ni un rayo de luz del cielo.

«¡Y las campanas toca que tocarás!» Ya pensaba que las tenía dentro del cerebro; que no eran golpes del metal sino aldabonazos de la neuralgia que quería enseñorearse de aquella mala cabeza, olla de grillos mal avenidos.

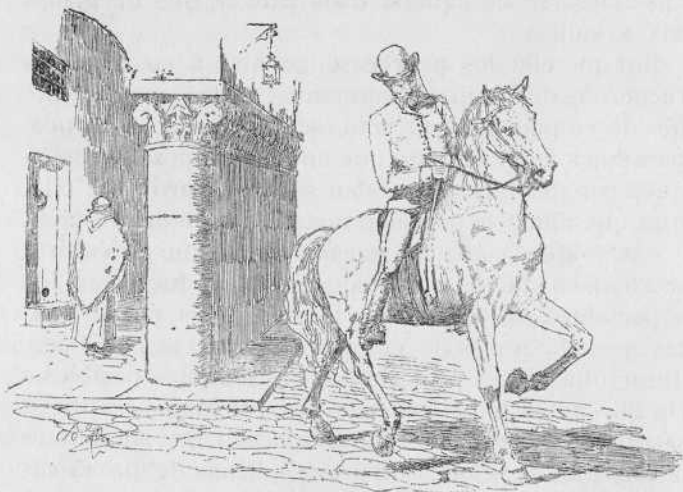
Sin que ella los provocase, acudían á su memoria recuerdos de la niñez, fragmentos de las conversaciones de su padre, el filósofo, sentencias de escéptico, paradojas de pesimista, que en los tiempos lejanos en que las había oído no tenían sentido claro para ella, mas que ahora le parecían materia digna de atención.

«De lo que estaba convencida era de que en Vetusta se ahogaba; tal vez el mundo entero no fuese tan insoportable como decían los filósofos y los poetas tristes; pero lo que es de Vetusta con razón se podía asegurar que era el peor de los poblachones posibles.» Un mes antes había pensado que el Magistral iba á sacarla de aquel hastío, llevándola consigo, sin salir de la catedral, á regiones superiores, llenas de luz. «Y capaz de hacerlo como lo decía debía de ser, porque tenía mucho talento y muchas cosas que explicar; pero ella, ella era la que caía de lo alto á lo mejor, la que volvía á aquel enojo, á la aridez que le secaba el alma en aquel instante.»—

Ya no pasaba nadie por la Plaza Nueva; ni lacayos, ni curas, ni chiquillos, ni mujeres de pueblo; todos debían de estar ya en el cementerio ó en el Espolón...

Ana vió aparecer debajo del arco de la calle del Pan, que une la plaza de este nombre con la Nueva, la arrogante figura de don Álvaro Mesía, jinete en soberbio caballo blanco, de reluciente piel, crin abundante y

ondeada, cuello grueso, poderosa cerviz, cola larga y espesa. Era el jaco de pura raza española, y hacía el jinete piafar, caracolear, revolverse, con gran maestría de la mano y la espuela; como si el caballo mostrase toda aquella impaciencia por su gusto, y no excitado por las ocultas maniobras del dueño. Saludó Mesía de lejos y no vaciló en acercarse a la Rinconada, hasta llegar debajo del balcón de la Regenta.



El estrépito de los cascos del animal sobre las piedras, sus graciosos movimientos, la hermosa figura del jinete llenaron la plaza de repente de vida y alegría, y la Regenta sintió un soplo de frescura en el alma. ¡Qué á tiempo aparecía el galán! Algo sospechó él de tal oportunidad al ver en los ojos y en los labios de Ana, dulce, franca y persistente sonrisa.

No le negó la delicia de anegarse en su mirada, y no trató de ocultar el efecto que en ella producía la de don Alvaro. Hablaron del caballo, del cementerio, de la tristeza del día, de la necesidad de aburrirse todos

de común acuerdo, de lo inhabitable que era Vetusta. Ana estaba locuaz, hasta se atrevió á decir lisonjas, que si directamente iban con el caballo también comprendían al jinete.

Don Alvaro estaba pasmado, y si no supiera ya por experiencia que aquella fortaleza tenía muchos órdenes de murallas, y que al día siguiente podría encontrarse con que era lo más inexpugnable lo que ahora se le antojaba brecha, hubiese creído llegada la ocasión de dar el ataque *personal*, como llamaba al más brutal y ejecutivo. Pero ni siquiera se atrevió á intentar acercarse, lo cual hubiera sido en todo caso muy difícil, pues no había de dejar el caballo en la plaza. Lo que hacía era aproximarse lo más que podía al balcón, ponerse en pié sobre los estribos, estirar el cuello y hablar bajo para que ella tuviese que inclinar-



se sobre la barandilla si quería oírle, que si quería aquella tarde.

¡Cosa más rara! En todo estaban de acuerdo; después de tantas conversaciones se encontraba ahora con que tenían una porción de gustos idénticos. En un incidente del diálogo se acordaron del día en que Mesía dejó á Vetusta y encontró en la carretera de Castilla á Anita que volvía de paseo con sus tías. Se discutió la probabilidad de que fuese el mismo coche y el mismo asiento el que poco después ocupaba ella cuando salió para Granada con su esposo...

Ana se sentía caer en un pozo, según ahondaba, ahondaba en los ojos de aquel hombre que tenía allí debajo; le parecía que toda la sangre se le subía á la cabeza, que las ideas se mezclaban y confundían, que las nociones morales se deslucían, que los resortes de la voluntad se aflojaban; y viendo como veía un peligro, y desde luégo una imprudencia en hablar así con don Alvaro, en mirarle con deleite que no se ocultaba, en alabarle y abrirle el arca secreta de los deseos y los gustos, no se arrepentía de nada de esto, y se dejaba resbalar, gozándose en caer, como si aquel placer fuese una venganza de antiguas injusticias sociales, de bromas pesadas de la suerte, y sobre todo de la estupidéz vetustense que condenaba toda vida que no fuese la monótona, sosa y necia de los insípidos vecinos de la Encimada y la Colonia... Ana sentía deshacerse el hielo, humedecerse la aridez; pasaba la crisis, pero no como otras veces, no se resolvería en lágrimas de ternura abstracta, ideal, en propósitos de vida santa, en anhelos de abnegación y sacrificios; no era la fortaleza, más ó menos fantástica, de otras veces quien la sacaba del desierto de los pensamientos secos, fríos, desabridos, infecundos; era cosa nueva, era un relajamiento, algo que al dilacerar la voluntad, al vencerla, causaba en las entrañas placer, como un soplo fresco

que recorriese las venas y la médula de los huesos. «Si ese hombre no viniese á caballo, y pudiera subir, y se arrojara á mis piés, en este instante me vencía, me vencía.» Pensaba esto y casi lo decía con los ojos. Se le secaba la boca y pasaba la lengua por los labios. Y como si al caballo le hiciese cosquillas aquel gesto de la señora del balcón, saltaba y azotaba las piedras con el hierro; mientras las miradas del jinete eran cohetes que se encaramaban á la barandilla en que descansaba el pecho fuerte y bien torneado de la Regenta.

Callaron, después de haber dicho tantas cosas. No se había hablado palabra de amor, es claro; ni don Álvaro se había permitido galantería alguna directa y sobrado significativa; mas no por eso dejaban de estar los dos convencidos de que por señas invisibles, por efluvios, por adivinación ó como fuera, uno á otro se lo estaban diciendo todo; ella conocía que á don Álvaro le estaba quemando vivo la pasión allá abajo; que al sentirse admirado, tal vez amado en aquel momento, el agradecimiento tierno y dulce del amante y el amor irritado con el agradecimiento y con el señuelo de la ocasión le derretían; y Mesía comprendía y sentía lo que estaba pasando por Ana, aquel abandono, aquella flojedad del ánimo. «¡Lástima, pensaba el caballero, que me coja tan lejos, y á caballo, y sin poder apear me decorosamente, este momento crítico...» Al cual momento groseramente llamaba él para sus adentros el *cuarto de hora*.

No había tal cuarto de hora, ó por lo menos no era aquel cuarto de la hora á que aludía el materialista elegante.—

Todo Vetusta se aburría aquella tarde, ó tal se imaginaba Ana por lo menos; parecía que el mundo se iba á acabar aquel día, no por agua ni fuego sino por hastío, por la gran culpa de la estupidez humana,

cuando Mesía apareciendo á caballo en la plaza, vistoso, alegre, venía á interrumpir tanta tristeza fría y cenicienta con una nota de color vivo, de gracia y fuerza. Era una especie de resurrección del ánimo, de la imaginación y del sentimiento la aparición de aquella arrogante figura de caballo y caballero en una pieza, inquietos, ruidosos, llenando la plaza de repente. Era un rayo de sol en una cerrazón de la niebla, era la viva reivindicación de sus derechos, una protesta alegre y estrepitosa contra la apatía convencional, contra el silencio de muerte de las calles y contra el ruido necio de los campanarios...

Ello era, que sin saber por qué, Ana, nerviosa, vió aparecer á don Alvaro como un náufrago puede ver el buque salvador que viene á sacarle de un peñón aislado en el océano. Ideas y sentimientos que ella tenía aprisionados como peligrosos enemigos rompieron las ligaduras; y fué un motín general del alma, que hubiera asustado al Magistral de haberlo visto, lo que la Regenta sintió con deleite dentro de sí.

Don Alvaro no recordaba siquiera que la Iglesia celebraba aquel día la fiesta de Todos los Santos; había salido á paseo porque le gustaba el campo de Vetusta en Otoño y porque sentía opresiones, ansiedades que se le quitaban á caballo, corriendo mucho, bañándose en el aire que le iba cortando el aliento en la carrera...

«¡ Perfectamente! Mesía con aquella despreocupación, pensando en su placer, en la naturaleza, en el aire libre, era la realidad racional, la vida que se complace en sí misma; los otros, los que tocaban las campanas y *conmemoraban* maquinalmente á los muertos que tenían olvidados, eran las bestias de reata, la eterna Vetusta que había aplastado su existencia entera (la de Anita) con el peso de preocupaciones absurdas; la Vetusta que la había hecho infeliz... ¡Oh, pero estaba aún á tiempo! Se sublevaba, se sublevaba; que lo

supieran sus tías, difuntas; que lo supiera su marido; que lo supiera la hipócrita aristocracia del pueblo, los Vegallana, los Corujedos... toda la clase... se sublevaba...» Así era el cuarto de hora de Anita, y no como se lo figuraba don Alvaro, que mientras hablaba, sin proponerse, estaba pensando en dónde podría dejar un momento el caballo. No había modo; sin violencia, que podía echarlo todo á perder, no se podía buscar pretexto para subir á casa de la Regenta en aquel momento.

Gran satisfacción fué para don Víctor Quintanar, que volvía del casino, encontrar á su mujer conversando alegremente con el simpático y caballeroso don Alvaro, á quien él iba cobrando una afición que, según frase suya, «no solía prodigar.»

—Estoy por decir—aseguraba—que después de Frígilis, Ripamilán y Vegallana, ya es don Alvaro el vecino á quien más aprecio.

No pudiendo dar á su amigo los golpecitos en el hombro, con que solía saludarle, los aplicó á las ancas del jaco, que se dignó mirar volviendo un poco la cabeza al humilde infante.

—Hola, hola, hipógrifo violento

que corriste parejas con el viento—

dijo don Víctor, que manifestaba á menudo su buen humor recitando versos del Príncipe *de nuestros ingenios* ó de algún otro de los *astros de primera magnitud*.

—Á propósito, de teatro, don Alvaro ¿con que esta noche el buen Perales nos da por fin *Don Juan Tenorio*?... Algunos beatos habían intrigado para que hoy no hubiera función... ¡Mayor absurdo!... El teatro es moral, cuando lo es, por supuesto; además la tradición... la costumbre... Don Víctor habló largo y tendido de la moralidad en el arte, separándose á veces del hipógrifo violento que se impacientaba con aquella disertación académica.

Don Alvaro aprovechó la primera ocasión que tuvo para suplicar á Quintanar que obligase a su esposa á ver el *Don Juan*.

— Calle Vd., hombre... vergüenza da decirlo... pero es la verdad... Mi mujercita, por una de esas rarísimas casualidades que hay en la vida... nunca ha visto ni leído el *Tenorio*! Sabe versos sueltos de él, como todos los españoles, pero no conoce el drama... ó la comedia, lo que sea; porque, con perdón de Zorrilla, yo no sé si... ¡Demonio de animal, me ha metido la cola por los ojos!...

— Sepárese Vd. un poco, porque éste no sabe estar-se quieto... Pero dice Vd. que Anita no ha visto el *Tenorio*, ¡eso es imperdonable!

Aunque á don Alvaro el drama de Zorrilla le parecía inmoral, falso, absurdo, muy malo, y siempre decía que era mucho mejor el *Don Juan* de Molière (que no había leído), le convenía ahora alabar el poema popular y lo hizo con frases de gacetillero agradecido.

Quintanar no le perdonaba á Zorrilla la ocurrencia de atar á Megía codo con codo, y le parecía indigna de un caballero la aventura de don Juan con doña Inés de Pantoja. «Así cualquiera es conquistador.» Pero fuera de esto juzgaba *hermosa creación* la de Zorrilla... aunque las había mejores en nuestro teatro moderno. Á don Alvaro se le antojaba muy verosímil y muy ingenioso y oportuno el expediente de sujetar á don Luís y meterse en casa de su novia en calidad de prometido... Aventuras así las había él llevado á feliz término, y no por eso se creía deshonrado; pues el amor no se anda con libros de caballerías, y unas eran las empresas del placer, y otras las de la vanagloria; cuando se trataba de estas, lo mismo él que don Juan, sabían proceder con todos los requisitos del punto de honor. — Pero esta opinión también se la calló el jefe del partido liberal dinástico de Vetusta, y unió sus

ruegos á los de don Víctor para obligar á doña Ana á ir al teatro aquella noche.

— Si es una perezosa; si ya no quiere salir; si ha vuelto á las andadas, á las encerronas... y... pero... ¡lo que es hoy no tienes escape!...

En fin, tanto insistieron, que Ana, puestos los ojos en los de Mesía, prometió solemnemente ir al teatro.

Y fué.

Entró á las ocho y cuarto (la función comenzaba á las ocho) en el palco de los Vegallana en compañía de la Marquesa, Edelmira, Paco y Quintanar.

El teatro de Vetusta, ó sea *nuestro Coliseo de la plaza del Pan*, según le llamaba en elegante perífrasis el gaceticero y crítico del *Lábaro*, era un antiguo corral de comedias que amenazaba ruina y daba entrada gratis á todos los vientos de la rosa náutica. Si soplabá el Norte y nevaba, solían deslizarse algunos copos por la claraboya de la lucerna. Al levantarse el telón pensaban los espectadores sensatos en la pulmonía, y algunos de las butacas se embozaban prescindiendo de la buena crianza. Era un axioma vetustense que al teatro había que ir abrigado. Las más distinguidas señoritas, que en el Espolón y el Paseo Grande lucían todo el año vestidos de colores alegres, blancos, rojos, azules, no llevaban al coliseo de la plaza del Pan mas que gris y negro y matices infinitos del castaño, á no ser en los días de gran etiqueta. Los cómicos temblaban de frío en el escenario, dentro de la cota de malla, y las bailarinas aparecían azules y moradas dando diente con diente debajo de los polvos de arroz.

Las decoraciones se habían ido deteriorando, y el Ayuntamiento, donde predominaban los enemigos del arte, no pensaba en reemplazarlas. Como en la comedia que representan en el bosque los personajes del *Sueño de una noche de verano*, la fantasía tenía que suplir en el teatro de Vetusta las deficiencias del lienzo

y del cartón. No había ya más bambalinas que las de *salón regio*, que figuraban en sabia perspectiva artesonado de oro y plata, y las de cielo azul y sereno. Pero como en la mayor parte de nuestros dramas modernos se exige *sala decentemente amueblada*, sin artesones ni cosa parecida, los directores de escena solían decidirse en tales casos por el cielo azul. Á veces los telones y bastidores se hacían los remolones ó precipitaban su caída, y en una ocasión, el buen Diego Marsilla, atado á un árbol codo con codo se encontró de repente en el camarín de doña Isabel de Segura, con lo que el drama se hizo inverosímil á todas luces. La decoración de bosque se había desplomado.

Ya estaban los vetustenses acostumbrados á estos que llamaba Ronzal anacronismos, y pasaban por todo, en particular las *personas decentes* de palcos principales y plateas, que no iban al teatro á ver la función, sino á mirarse y despellejarse de lejos. En Vetusta las señoras no quieren las butacas, que, en efecto, no son dignas de señoras, ni butacas siquiera; sólo se degradan tanto las cursis y alguna dama de aldea en tiempo de feria. Los pollos elegantes tampoco frecuentan la sala, ó patio, como se llama todavía. Se reparan por palcos y plateas donde, apenas recatados, fuman, ríen, alborotan, interrumpen la representación, por ser todo esto de muy buen tono y fiel imitación de lo que muchos de ellos han visto en algunos teatros de Madrid. Las mamás desengañadas dormitan en el fondo de los palcos; las que son ó se tienen por dignas de lucirse, comparten con las jóvenes la seria ocupación de ostentar sus encantos y sus vestidos oscuros mientras con los ojos y la lengua cortan los de las demás. En opinión de la dama vetustense, en general, el arte dramático es un pretexto para pasar tres horas cada dos noches observando los trapos y los trapicheos de sus vecinas y amigas. No oyen, ni ven ni entien-

den lo que pasa en el escenario; únicamente cuando los cómicos hacen mucho ruido, bien con armas de fuego, ó con una de esas anagnorisis en que todos resultan padres é hijos de todos y enamorados de sus parientes más cercanos, con los consiguientes alaridos, —sólo entonces vuelve la cabeza la buena dama de Vetusta, para ver si ha ocurrido allá dentro alguna catástrofe de verdad. No es mucho más atento ni impresionable el resto del público ilustrado de la culta capital. En lo que están casi todos de acuerdo es en que la zarzuela es superior al *verso*, y la estadística demuestra que todas las compañías de *verso* truenan en Vetusta y se disuelven. Las partes de por medio suelen quedarse en el pueblo y se les conoce porque les coge el invierno con ropa de verano, muy ajustada por lo general. Unos se hacen vecinos y se dedican á coristas endémicos para todas las óperas y zarzuelas que haya que cantar, y otros consiguen un beneficio en que ellos pasan á primeros papeles, y ayudados por varios jóvenes aficionados de la población representan alguna obra de empeño, ganan diez ó doce duros y se van á otra provincia á tronar otra vez. Estos artistas de *verso* también paran á veces en la cárcel, según el gobierno que rige los destinos de la Nación. Suele tener la culpa el empresario que no paga y además insulta el hambre de los actores. Al considerar esta mala suerte de las compañías dramáticas en Vetusta, podría creerse que el vecindario no amaba la escena, y así es en general; pero no faltan clases enteras, la de mancebos de tienda, la de los cajistas, por ejemplo, que cultivan en teatros caseros el *difícil arte de Talía*, y con *grandes resultados* según el Lábaro y otros periódicos locales.—

Cuando Ana Ozores se sentó en el palco de Vegallana, en el sitio de preferencia, que la Marquesa no quería ocupar nunca, en las plateas y principales hubo

cuchicheos y movimiento. La fama de hermosa que gozaba y el verla en el teatro de tarde en tarde, explicaba, en parte, la curiosidad general. Pero además había algunas semanas que se hablaba mucho de la Regenta, se comentaba su cambio de confesor, que por cierto coincidía con el afán del señor Quintanar, de llevar á su mujer á todas partes. Se discutía si el Magistral haría de su partido á la de Ozores, si llegaría á dominar á don Víctor por medio de su esposa, como había hecho en casa de Carraspique. Algunos más audaces, más maliciosos, y que se creían más enterados, decían al oído de sus *intimos* que no faltaba quien procurase contrarrestar la influencia del Provisor. Visitación y Paco Vegallana, que eran los que podían hablar con fundamento, guardaban prudente reserva; era Obdulia quien se daba aires de saber muchas cosas que no había.

—«¡La Regenta, bah! la Regenta será como todas... Las demás somos tan buenas como ella... pero su temperamento frío, su poco trato, su orgullo de mujer intachable, le hacen ser menos expansiva y por eso nadie se atreve á murmurar... Pero tan buenas como ella son muchas...»

Las reticencias de la Fandiño eran todavía recibidas con desconfianza, en casi todas partes. Pero con motivo de condenar su mala lengua, corría de boca en boca el asunto de sus murmuraciones vagas y cobardes. Obdulia meditaba poco lo que decía, hablaba siempre aturdida, por máquina, pensando en otra cosa; iba sacándole filo á la calumnia, sin sospecharlo. Además el mayor crimen que podía haber en la Regenta, y no creía ella que á tanto llegase, era seguir la corriente. «En Madrid y en el extranjero, esto es el pan nuestro de cada día; pero en Vetusta fingen que se escandalizan de ciertas libertades de la moda, las mismas que se las toman de tapadillo, entre sustos y miedos, sin

gracia, del modo cursi como aquí se hace todo. ¡Pero qué se puede esperar de unas mujeres que no se bañan, ni usan las esponjas más que para lavar á los *bebés!*» Obdulia, cuando hablaba con algún forastero, desahogaba su desprecio describiendo la hipocresía anticuada y la suciedad de las mujeres de Vetusta.

—«Créame Vd., repetía, no sabe su cuerpo lo que es una esponja, se lavan como gatas y se la pegan al marido como en tiempo del rey que rabió. ¡Cuánta porquería y cuánta ignorancia!»

Ana, acostumbrada muchos años hacia, á la mirada curiosa, insistente y fría del público, no reparaba casi nunca en el efecto que producía su entrada en la iglesia, en el paseo, en el teatro. Pero la noche de aquel día de Todos los Santos, recibió como agradable incienso, el tributo espontáneo de admiración; y no vió en él como otras veces, curiosidad estúpida, ni envidia ni malicia. Desde la aparición de don Alvaro en la plaza, el humor de Ana había cambiado, pasando de la aridez y el hastío negro y frío, á una región de luz y calor que bañaban y penetraban todas las cosas: aquellas bruscas transformaciones del ánimo, las atribuía supersticiosamente á una voluntad superior, que regía la marcha de los sucesos preparándolos, como experto autor de comedias, según convenía al destino de los seres. Esta idea que no aplicaba con entera fe á los demás, la creía evidente en lo que á ella misma le importaba; estaba segura de que Dios le daba de cuando en cuando avisos, le presentaba coincidencias para que ella aprovechase ocasiones, oyese lecciones y consejos. Tal vez era esto lo más profundo en la fe religiosa de Ana; creía en una atención directa, ostensible y singular de Dios á los actos de su vida, á su destino, á sus dolores y placeres; sin esta creencia no hubiera sabido resistir las contrariedades de una existencia triste, sosa, descaminada, inútil. Aquellos ocho

años vividos al lado de un hombre que ella creía vulgar, bueno de la manera más molesta del mundo, maniático, insustancial; aquellos ocho años de juventud sin amor, sin fuego de pasión alguna, sin más atractivo que tentaciones efímeras, rechazadas al aparecer, creía ella que no hubiera podido sufrirlos á no pensar que Dios se los había mandado para probar el temple de su alma y tener en qué fundar la predilección con que la miraba. Se creía en sus momentos de fe egoísta, admirada por el Ojo invisible de la Providencia. El que todo lo ve y la veía á ella, estaba satisfecho, y la vanidad de la Regenta necesitaba esta convicción para no dejarse llevar de otros instintos, de otras voces que arrancándola de sus abstracciones, le presentaban imágenes plásticas de objetos del mundo amables, llenas de vida y de calor.

Cuando descubrió en el confesonario del Magistral un *alma hermana*, un espíritu *supra-vetustense* capaz de llevarla por un camino de flores y de estrellas á la región luciente de la virtud, también creyó Ana que el hallazgo se lo debía á Dios, y como aviso celestial pensaba aprovecharlo.

Ahora, al sentir revolución repentina en las entrañas en presencia de un gallardo jinete, que venía á turbar con las corvetas de su caballo, el silencio triste de un día de marasmo, la Regenta no vaciló en creer lo que le decían voces interiores de independenciam, amor, alegría, voluptuosidad pura, bella, digna de las almas grandes. Sus horas de rebelión nunca habían sido tan seguidas. Desde aquella tarde ningún momento había dejado de pensar lo mismo; que era absurdo que la vida pasase como una muerte, que el amor era un derecho de la juventud, que Vetusta era un lodazal de vulgaridades, que su marido era una especie de tutor muy respetable, á quien ella sólo debía la honra del cuerpo, no el fondo de su espíritu

que era una especie de subsuelo, que él no sospechaba siquiera que existiese; de aquello que don Víctor llamaba los nervios, asesorado por el doctor don Robustiano Somoza, y que era el fondo de su sér, lo más suyo, lo que ella era, en suma, de aquello no tenía que darle cuenta. «Amaré, lo amaré todo, lloraré de amor, soñaré como quiera y con quien quiera; no pecará mi cuerpo, pero el alma la tendré anegada en el placer de sentir esas cosas prohibidas por quien no es capaz de comprenderlas.» Estos pensamientos, que sentía Ana volar por su cerebro como un torbellino, sin poder contenerlos, como si fuesen voces de otro que retumbaban allí, la llenaban de un terror que la encantaba. Si algo en ella temía el engaño, veía el sofisma debajo de aquella gárrula turba de ideas sublevadas, que reclamaban supuestos derechos, Ana procuraba ahogarlo, y como engañándose á sí misma, la voluntad tomaba la resolución cobarde, egoísta, de *«dejarse ir.»*

Así llegó al teatro. Había cedido á los ruegos de don Alvaro y de don Víctor sin saber cómo; temiendo que aquello era una cita y una promesa; y sin embargo iba. Cuando se vió sola delante del espejo en su tocador, se la figuró que la Ana de enfrente le pedía cuentas; y formulando su pensamiento en períodos completos dentro del cerebro, se dijo:

—«Bueno, voy; pero es claro que si voy me comprometo con mi honra á no dejar que ese hombre adquiera sobre mí derecho alguno; no sé lo que pasará allí, no sé hasta qué punto alcanza este aliento de libertad que ha venido de repente á inundar la sequedad de dentro; pero el ir yo al teatro es prueba de que allí no ha de haber pacto alguno que ofenda al decoro; no saldré de allí con menos honor que tengo.»

Y después de pensar y resolver esto se vistió y se peinó lo mejor que supo, y no volvió á poner en tela de juicio puntos de honra, peligros, ni compromisos

de los que á don Víctor tanto gustaba ver en versos de Calderón y de Moreto.

El palco de Vegallana era una platea contigua á la del proscenio, que en Vetusta llamaban bolsa, porque la separa un tabique de las otras y queda aparte, algo escondida. La bolsa de enfrente—izquierda del actor,—era la de Mesía y otros elegantes del Casino; algunos banqueros, un título y dos americanos, de los cuales el principal era don Frutos Redondo, sin duda alguna. Don Frutos no perdía función: á éste le gustaba el verso, «el verso y tente tieso» como él decía; y se declaraba á sí mismo, con la autoridad de sus millones de pesos, *inteligente de primera fuerza*, en achagues de comedias y dramas. «¡No veo la tostada!» decía don Frutos, que había aprendido esta frase poco culta y poco inteligible en los artículos de fondo de un periódico serio. «No veo la tostada» decía, refiriéndose á cualquier comedia en que no había una lección moral, ó por lo menos no la había al alcance de Redondo; y en no viendo él la tostada, condenaba al autor y hasta decía que defraudaba á los espectadores, haciéndoles perder un tiempo precioso. De todas partes quería sacar provecho don Frutos, y prueba de ello es que decía, por ejemplo:

«Que Manrique se enamora de Leonor, y que el conde también se enamora, y se la disputan hasta que ella y el perdulario del poeta amen de la gitana se van al otro barrio ¿y qué? ¿qué enseña eso? ¿qué vamos aprendiendo? ¿qué voy yo ganando con eso? Nada.»

Á pesar de don Frutos y sus altercados de crítica dramática, la bolsa de don Alvaro, que así se llamaba en todas partes, era la más *distinguida*, la que más atraía las miradas de las mamás y de las niñas y también las de los pollos vetustenses que no podían aspirar á la honra de ser abonados de aquel rincón aristocrático, elegante, donde se reunían los *hombres de*

mundo (en Vetusta el mundo se andaba pronto) presididos por el jefe del partido liberal dinástico. La mayor parte de los allí congregados habían vivido en Madrid algún tiempo y todavía imitaban costumbres, modales y gestos que habían observado allá. Así es que á semejanza de los socios de un club madrileño, hablaban á gritos en su palco, conversaban con los cómicos á veces, decían galanterías ó desvergüenzas á coristas y bailarinas, y se burlaban de los grandes ideales románticos que pasaban por la escena, mal vestidos, pero llenos de poesía. Todos eran escépticos en materia de moral doméstica, no creían en virtud de mujer nacida,—salvo don Frutos que conservaba frescas sus creencias—y despreciaban el amor consagrándose con toda el alma, ó mejor, con todo el cuerpo, á los amoríos; creían que un hombre de mundo no puede vivir sin querida, y todos la tenían, más ó menos barata; las cómicas eran la carnaza que preferían para tragar el anzuelo de la lujuria rebozado con la vanidad de imitar costumbres corrompidas de pueblos grandes. Bailarinas de desecho, cantatrices inválidas, matronas del género serio demasiado sentimentales en su juventud pretérita, eran perseguidas, obsequiadas, regaladas y hasta aburridas por aquellos seductores de campanario, incapaces los más de intentar una aventura sin el amparo de su bolsillo ó sin contar con los humores herpéticos de la dama perseguida, ó cualquier otra enfermedad física ó moral que la hiciesen fácil, traída y llevada.

El único conquistador serio del bando era don Alvaro y todos le envidiaban tanto como admiraban su fortuna y hermosa estampa. Pero nadie como Pepe Ronzal, alias Trabuco y antes El Estudiante, abonado de la bolsa de enfrente, la vecina al palco de Vegallana. Trabuco era el núcleo de la que se llamaba *la otra bolsa*, y había procurado rivalizar en elegancia, *sans fa-*

çon y mundo con los de Mesía. Pero á su palco concurrían *elementos heterogéneos*, muchos de los cuales lo echaban todo á perder; y no eran escépticos sino cínicos, ni seductores más ó menos auténticos, sino compradores de carne humana. Los abonados de esta *otra bolsa* eran Ronzal, Foja, Paez (que además tenía palco para su hija), Bedoya; un escribano famoso por su lujuria que le costaba mucho dinero, por su arte para descubrir vírgenes en las aldeas y por sus buenas relaciones con todas las Celestinas del pueblo; un escultor no comprendido, que no colocaba sus estatuas y se dedicaba á especulaciones de arqueólogo embustero; el juez de primera instancia que se dividía á sí mismo en dos entidades, 1.^a el juez, incorruptible, intratable, puerco-espín sin pizca de educación, y 2.^a el hombre de sociedad, perseguidor de casadas de mala fama, consuelo de todas las que lloraban desengaños de amores desgraciados; y tres ó cuatro vejetes verdes del partido conservador, concejales, que todo lo convertían en política. Pero si estos eran los que pagaban el palco, á él concurrían cuantos socios del Casino tenían amistad con cualquiera de ellos. Ronzal había protestado varias veces.—¡Señores, parece esto la *cazuela!* había dicho á menudo, pero en balde. Allí iba Joaquinito Orgaz, y cuantos sietemesinos madrileños pasaban por Vetusta, y hasta los que habían nacido y crecido en el pueblo y no lucían más que un barniz de la corte. Y como la bolsa del *otro* era respetada y sólo se atrevían á visitarla personas de posición, á Ronzal le llevaban los diablos. Desde su bolsa hasta se arrojaban perros-chicos á la escena, para exagerar la falta de compostura de los de enfrente. Algunos insolentes fumaban allí á vista del público y dejaban caer bolas de papel sobre alguna respetable calva de la orquesta. De vez en cuando les llamaban al orden desde el paraíso ó desde las butacas, pero ellos despreciaban á la mul-

titud y la miraban con aires de desafío. Hablaban con los amigos que ocupaban las bolsas de los palcos principales, y hacían señas ostentosas y nada pulcras á ciertas señoritas cursis que no se casaban nunca y vivían una juventud eterna, siempre alegres, siempre estrepitosas y siempre desdeñando las preocupaciones del recato. Estas damas eran pocas; la mayoría pecaban por el extremo de la seriedad insulsa, y en cuanto se veían expuestas á la contemplación del público, tomaban gestos y posturas de estatuas egipcias de la primera época.

Cuando había estreno de algún drama ó comedia muy aplaudidos en Madrid, en el palco de Ronzal se discutía á grito pelado y solía predominar el criterio de un acendrado provincialismo, que parecía allí lo más natural tratándose de arte. No había salido de Vetusta ningún dramaturgo ilustre, y por lo mismo se miraba con ojeriza á los de fuera. Eso de que Madrid se quisiera imponer en todo, no lo toleraban en la bolsa de Ronzal. Se llegó en alguna ocasión á declarar que se despreciaba la comedia porque los madrileños la habían aplaudido mucho, y «en Vetusta no se admitían imposiciones de nadie», no se seguía un juicio hecho. La ópera, la ópera era el delirio de aquellos escribanos y concejales; pagaban un dineral por oír un cuarteto que á ellos se les antojaba contratado en el cielo y que sonaba como sillas y mesas arrastradas por el suelo con motivo de un desestero.

—¡ Se acuerdan Vds. de la Pallavicini! ¡ Qué voz de arcángel!—decía Foja, socarrón, escéptico en todo, pero creyente fanático en la música de los cuartetos de ópera de lance.

—Oh, como el barítono Batistini, yo no he oído nada—respondía el escribano, que estimaba la voz de barítono, por lo *varonil*, más que la del tenor y la del bajo.

—Pues más varonil es la del bajo—decía Foja.

—No lo crea Vd. ¿Y Vd. qué dice, Ronzal?

—Yo... distingo... si el bajo es cantante... Pero á mí no me vengan Vds. con música... ¿Saben Vds. lo que yo digo? «Que la música es el ruido que menos me incomoda... ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Además, para tenor ahí tenemos á Castelar... ¡ja, ja, ja!»

El escribano reía también el chiste y los concejales sonreían, no por la gracia, sino por la intención.

Aunque el palco de los marqueses tocaba con el de Ronzal, pocas veces los abonados del último se atrevían á entablar conversación con los Vegallana ó quien allí estuviera convidado. Además de que el tabique intermedio dificultaba la conversación, los más no se atrevían, de hecho, á dar por no existente una diferencia de clases de que en teoría muchos se burlaban.

«Todos somos iguales, decían muchos burgueses de Vetusta, la nobleza ya no es nadie, ahora todo lo puede el dinero, el talento, el valor, etc., etc.» pero á pesar de tanta alharaca, á los más se les conocía hasta en su falso desprecio que participaban desde abajo de las preocupaciones que mantenían los nobles desde arriba.

En cambio los de la bolsa de don Alvaro saludaban á los Vegallana; sonreían á la Marquesa, asestaban los gemelos á Edelmira y hacían señas al Marqués, y á Paco, que solían visitar aquel rincón *comm'il faut*.

También esto lo envidiaba Ronzal, que era amigo político de Vegallana; pero trataba poco á la Marquesa.

—¡Es demasiado borrico!—decía doña Rufina cuando le hablaban de Trabuco; y procuraba tenerle alejado tratándole con frialdad ceremoniosa.

Ronzal se vengaba diciendo que la Marquesa era republicana y que escribía en *La Flaca* de Barcelona, y que había sido una cualquier cosa en su juventud.

Estas calumnias le servían de desahogo y si le preguntaban el motivo de su inquina, contestaba: «Señores, yo me debo á la causa que defiendo, y veo con tristeza, con grande, con profunda tristeza que esa señora, la Marquesa, doña Rufina, *en una palabra*, desacredita el partido conservador-dinástico de Vetusta.»—

Después de saborear el tributo de admiración del público, Ana miró á la bolsa de Mesía. Allí estaba él, reluciente, armado de aquella pechera blanquísima y tersa, la envidia de las envidias de Trabuco. En aquel momento don Juan Tenorio arrancaba la careta del rostro de su venerable padre; Ana tuvo que mirar entonces á la escena, porque la inaudita demasia de don Juan había producido buen efecto en el público del paraíso que aplaudía entusiasmado. Perales, el imitador de Calvo, saludaba con modesto ademán algo sorprendido de que se le aplaudiese en escena que no era de empeño.

—¡Mire Vd. el pueblo!—dijo un concejal de la *otra bolsa*, volviéndose á Foja, el ex-alcalde liberal.

—¿Qué tiene el pueblo?

—¡Que es un majadero! Aplaude la gran felonía de arrancar la careta á un enmascarado...

—Que resulta padre—añadió Ronzal;—circunstancia agravante.

—El hombre abandonado á sus instintos es naturalmente inmoral, y como el pueblo no tiene educación...

El juez aprobó con la cabeza, sin separar los ojos de los gemelos con que apuntaba á Obdulia, vestida de negro y rojo y sentada sobre tres almohadones en un palco contiguo al de Mesía.

Ana empezó á hacerse cargo del drama en el momento en que Perales decía con un desdén gracioso y elegante:

Son pláticas de familia
de las que nunca hice caso...

Era el cómico alto, rubio—aquella noche—flexible, elegante y suelto, lucía buena pierna, y le sentaba de perlas el traje fantástico, con pretensiones de arqueológico, que ceñía su figura esbelta. Don Víctor estaba enamorado de Perales; él no había visto á Calvo y el imitador le parecía excelente intérprete de las comedias de capa y espada. Le había oído decir con énfasis musical las décimas de la *Vida es sueño*, le había admirado en *El desdén con el desdén*, declamando con soltura y gran meneo de brazos y piernas las sutiles razones que comienzan así :

Y porque veáis que es error
que haya en el mundo quien crea
que el que quiere lisonjea,
escuchad lo que es amor.

y concluyen :

Á su propia conveniencia
dirige amor su fatiga,
luego es clara consecuencia
que ni con amor se obliga
ni con su correspondencia.

Y don Víctor le reputaba excelentísimo cómico. No paró hasta que se lo presentaron; y á su casa le hubiera hecho ir si su mujer fuera otra. En general don Víctor envidiaba á todo el que dejaba ver la contera de una espada debajo de una capa de grana, aunque fuese en las tablas y sólo de noche. Conoció que Anita contemplaba con gusto los ademanes y la figura de don Juan y se acercó á ella el buen Quintanar diciéndole al oído con voz trémula por la emoción :

—¿Verdad, hijita, que es un buen mozo? ¡Y qué movimientos tan artísticos de brazo y pierna!... Dicen que eso es falso, que los hombres no andamos así... ¡Pero debiéramos andar! y así seguramente andaría-

mos y gesticularíamos los españoles en el siglo de oro, cuando éramos dueños del mundo; esto ya lo decía más alto para que lo oyeran todos los presentes. Bueno estaría que ahora que vamos á perder á Cuba, resto de nuestras grandezas, nos diéramos esos aires de señores y midiéramos el paso...

La Regenta no oía á su marido; el drama empezaba á interesarla de veras; cuando cayó el telón, quedó con gran curiosidad y deseo de saber en qué paraba la apuesta de don Juan y Mejía.

En el primer entreacto don Alvaro no se movió de su asiento; de cuando en cuando miraba á la Regenta, pero con suma discreción y prudencia, que ella notó y le agradeció. Dos ó tres veces se sonrieron y sólo la última vez que tal osaron, sorprendió aquella correspondencia Pepe Ronzal, que, como siempre, seguía la pista á los telégrafos de su aborrecido y admirado modelo.

Trabuco se propuso redoblar su atención, observar mucho y ser una tumba, callar como un muerto. «Pero aquello era grave, muy grave!» Y la envidia se lo comía.

Empezó el segundo acto y don Alvaro notó que por aquella noche tenía un poderoso rival: el drama. Anita comenzó á comprender y sentir el valor artístico del don Juan emprendedor, loco, valiente y trapacero de Zorrilla; á ella también la fascinaba como á la doncella de doña Ana de Pantoja, y á la Trotaconventos que ofrecía el amor de Sor Inés, como una mercancía... La calle oscura, estrecha, la esquina, la reja de doña Ana... los desvelos de Ciutti, las trazas de don Juan; la arrogancia de Mejía; la traición *interina* del Burlador, que no necesitaba, por una sola vez, dar pruebas de valor; los preparativos diabólicos de la gran aventura, del asalto del convento, llegaron al alma de la Regenta con todo el vigor y frescura dramaticos que tienen y

que muchos no saben apreciar ó porque conocen el drama desde antes de tener criterio para saborearle y ya no les impresiona, ó porque tienen el gusto de madera de tinteros; Ana estaba admirada de la poesía que andaba por aquellas callejas de lienzo, que ella transformaba en sólidos edificios de otra edad; y admiraba no menos el desdén con que se veía y oía todo aquello desde palcos y butacas; aquella noche el paraíso, alegre, entusiasmado, le parecía mucho más inteligente y culto que el *señorío* vetustense.

Ana se sentía transportada á la época de don Juan, que se figuraba como el vago romanticismo arqueológico quiere que haya sido; y entonces volviendo al egoísmo de sus sentimientos, deploraba no haber nacido cuatro ó cinco siglos antes... «Tal vez en aquella época fuera divertida la existencia en Vetusta; habría entonces conventos poblados de nobles y hermosas damas, amantes atrevidos, serenatas de trovadores en las callejas y postigos; aquellas tristes, sucias y estrechas plazas y calles tendrían, como ahora, aspecto feo, pero las llenaría la poesía del tiempo, y las fachadas ennegrecidas por la humedad, las rejas de hierro colado, los soportales sombríos, las tinieblas de las rinconadas en las noches sin luna, el fanatismo de los habitantes, las venganzas de vecindad, todo sería dramático, digno del verso de un Zorrilla; y no como ahora suciedad, prosa, fealdad desnuda. Comparar aquella Edad media soñada—ella colocaba á don Juan Tenorio en la Edad media por culpa de Perales—con los espectadores que la rodeaban á ella en aquel instante, era un triste despertar. Capas negras y pardas, sombreros de copa alta absurdos, horrorosos... todo triste, todo negro, todo desmañado, sin expresión... frío... hasta don Alvaro pareciale entonces mezclado con la prosa común. ¡Cuánto más le hubiera admirado con el ferreruelo, la gorra y el jubón y el calzón de punto

de Perales !... Desde aquel momento vistió á su adorador con los arreos del cómico, y á éste en cuanto volvió á la escena le dió el gesto y las facciones de Mesía, sin quitarle el propio andar, la voz dulce y melódica y demás cualidades artísticas.

El tercer acto fué una revelación de poesía apasionada para doña Ana. Al ver á doña Inés en su celda, sintió la Regenta escalofríos; la novicia se parecía á ella; Ana lo conoció al mismo tiempo que el público; hubo un murmullo de admiración y muchos espectadores se atrevieron á volver el rostro al palco de Vegallana con disimulo. La González era cómica por amor: se había enamorado de Perales, que la había robado; casados en secreto, recorrían después todas las provincias, y para ayuda del presupuesto conyugal la enamorada joven, que era hija de padres ricos, se decidió á pisar las tablas; imitaba á quien Perales la había mandado imitar, pero en algunas ocasiones se atrevía á ser original y hacía excelentes papeles de virgen amante. Era muy guapa, y con el hábito blanco de novicia, la cabeza prisionera de la rígida toca, muy coloradas las mejillas, lucientes los ojos, los labios hechos fuego, las manos en postura hierática y la modestia y castidad más límpida en toda la figura, interesaba profundamente. Decía los versos de doña Inés con voz cristalina y trémula, y en los momentos de ceguera amorosa se dejaba llevar por la pasión cierta—porque se trataba de su marido—y llegaba á un realismo poético que ni Perales ni la mayor parte del público eran capaces de apreciar en lo mucho que valía.

Doña Ana sí; clavados los ojos en la hija del Comendador, olvidada de todo lo que estaba fuera de la escena, bebió con ansiedad toda la poesía de aquella celda casta en que se estaba filtrando el amor por las paredes. «¡Pero esto es divino!» dijo volviéndose hacia su marido, mientras pasaba la lengua por los labios secos.

La carta de don Juan escondida en el libro devoto, leída con voz temblorosa primero, con terror supersticioso después, por doña Inés, mientras Brígida acercaba su bujía al papel; la proximidad casi sobrenatural de Tenorio, el espanto que sus hechizos supuestos producen en la novicia que ya cree sentirlos, todo, todo lo que pasaba allí y lo que ella adivinaba, producía en Ana un efecto de magia poética, y le costaba trabajo contener las lágrimas que se le agolpaban á los ojos.

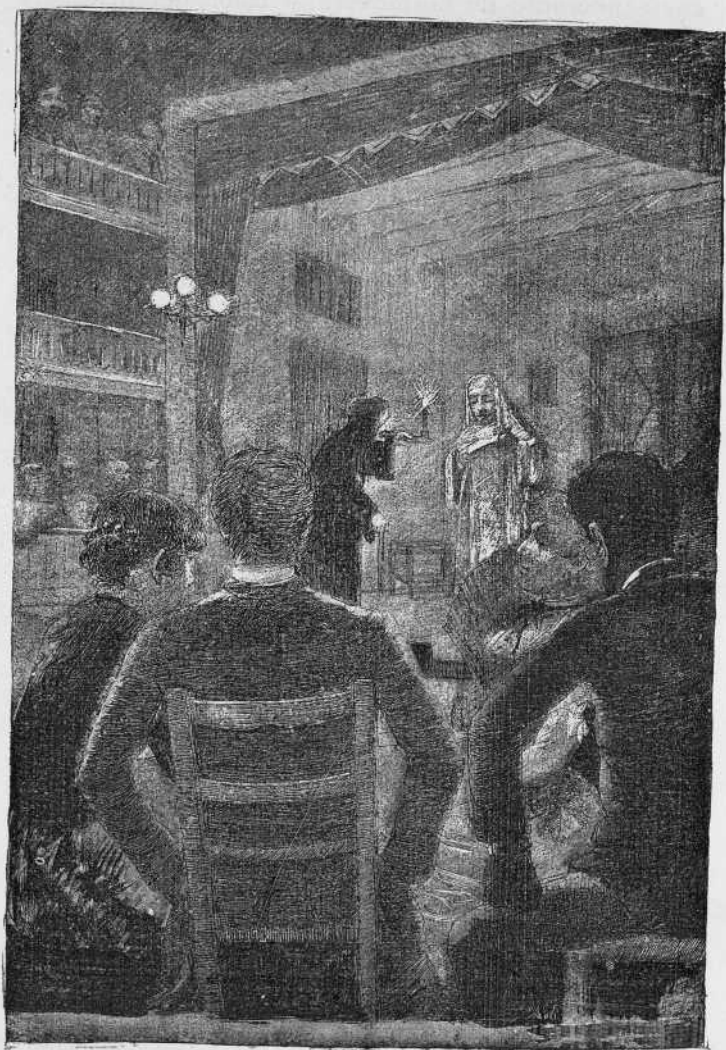
«¡Ay! sí, el amor era aquello, un filtro, una atmósfera de fuego, una locura mística; huir de él era imposible; imposible gozar mayor ventura que saborearle con todos sus venenos. Ana se comparaba con la hija del Comendador; el caserón de los Ozores era su convento, su marido la regla estrecha de hastío y frialdad en que ya había profesado ocho años hacía... y don Juan... don Juan aquel Mesía que también se filtraba por las paredes, aparecía por milagro y llenaba el aire con su presencia!»

Entre el acto tercero y el cuarto don Alvaro vino al palco de los marqueses.

Ana al darle la mano tuvo miedo de que él se atreviera á apretarla un poco, pero no hubo tal; dió aquel tirón enérgico que él siempre daba, siguiendo la moda que en Madrid empezaba entonces; pero no apretó. Se sentó á su lado, eso sí, y al poco rato hablaban aislados de la conversación general.

Don Víctor había salido á los pasillos á fumar y disputar con los pollastres vetustenses que despreciaban el romanticismo y citaban á Dumas y Sardou, repitiendo lo que habían oído en la corte.

Ana, sin dar tiempo á don Alvaro para buscar buena embocadura á la conversación, dejó caer sobre la prosáica imaginación del petimetre, el chorro abundante de poesía que había bebido en el poema gallardo, fres-



co, exuberante de hermosura y color del maestro Zorrilla.

La pobre Regenta estuvo elocuente; se figuró que el jefe del partido liberal dinástico la entendía, que no era como aquellos vetustenses de cal y canto que hasta se sonreían con lástima al oír tantos versos «bonitos, sonoros, pero sin miga,» según aseguró don Frutos en el palco de la marquesa.

Á Mesía le extrañó y hasta disgustó el entusiasmo de Ana. ¡Hablar del *Don Juan Tenorio* como si se tratase de un estreno! Si el *Don Juan* de Zorrilla ya sólo servía para hacer parodias!... No fué posible tratar cosa de provecho, y el Tenorio vetustense procuró ponerse en la cuerda de su amiga y hacerse el sentimental disimulado, como los hay en las comedias y en las novelas de Feuillet: mucho *sprit* que oculta un corazón de oro que se esconde por miedo á las espinas de la realidad... esto era el colmo de la *distinción* según lo entendía don Alvaro, y así procuró aquella noche presentarse á la Regenta, á quien «estaba visto que había que enamorar por todo lo alto.»

Ana que se dejaba devorar por los ojos grises del seductor y le enseñaba sin pestañear los suyos dulces y apasionados, no pudo en su exaltación notar el amaneramiento, la falsedad del idealismo copiado de su interlocutor; apenas le oía, hablaba ella sin cesar, creía que lo que estaba diciendo él coincidía con las propias ideas; este espejismo del entusiasmo vidente, que suele aparecer en tales casos, fué lo que valió á don Alvaro aquella noche. También le sirvió mucho su hermosura varonil y noble, ayudada por la expresión de su pasioncilla, en aquel momento irritada. Además el rostro del buen mozo, sobre ser correcto, tenía una expresión espiritual y melancólica, que era puramente de apariencia; combinación de líneas y sombras, algo también las huellas de una vida malgastada en el vicio

y el amor.—Cuando comenzó el cuarto acto, Ana puso un dedo en la boca, y sonriendo á don Alvaro le dijo:

—Ahora silencio! Bastante hemos charlado... déjeme Vd. oír.

—Es que... no sé... si debo despedirme...

—No... no... ¿por qué?—respondió ella, arrepentida al instante de haberlo dicho.

—No sé si estorbaré, si habrá sitio...

—Sitio sí, porque Quintanar está en la bolsa de ustedes... mirele Vd.

Era verdad; estaba allí disputando con don Frutos, que insistía en que el *Don Juan Tenorio* carecía de la miga suficiente.

Don Alvaro permaneció junto á la Regenta.

Ella le dejaba ver el cuello vigoroso y mórbido, blanco y tentador con su vello negro algo rizado y el nacimiento provocador del moño que subía por la nuca arriba con graciosa tensión y convergencia del cabello. Dudaba don Alvaro si debía en aquella situación atreverse á acercarse un poco más de lo acostumbrado. Sentía en las rodillas el roce de la falda de Ana, más abajo adivinaba su pié, lo tocaba á veces un instante. «Ella estaba aquella noche... *en punto de caramelo* (frase simbólica en el pensamiento de Mesia), y con todo no se atrevió. No se acercó ni más ni menos; y eso que ya no tenía allí caballo que lo estorbase. «¡Pero la buena señora se había *sublimizado* tanto! y como él, por no perderla de vista, y por agradarla, se había hecho el romántico también, el *espiritual*, el *místico*... ¡quién diablos iba ahora á arriesgar un ataque *personal y pedestre*!... Se había puesto aquello en una *tessitura* endemoniada! Y lo peor era que no había probabilidades de hacer entrar, en mucho tiempo, á la Regenta por el aro; ¿quién iba á decirle: «bájese Vd., amiga mía, que todo esto es volar por los *espacios imaginarios*!» Por estas consideraciones, que le estaban dando ver-

güenza, que le parecían ridículas al cabo, don Alvaro resistió el vehemente deseo de pisar un pié á la Regenta ó tocarle la pierna con sus rodillas...

Que era lo que estaba haciendo Paquito con Edelmira, su prima. La robusta virgen de aldea parecía un carbón encendido, y mientras don Juan, de rodillas ante doña Inés, le preguntaba si no era verdad que en aquella apartada orilla se respiraba mejor, ella se ahogaba y tragaba saliva, sintiendo el pataleo de su primo y oyéndole, cerca de la oreja, palabras que parecían chispas de fragua. Edelmira, á pesar de no haber desmejorado, tenía los ojos rodeados de un ligero tinte oscuro. Se abanicaba sin punto de reposo y tapaba la boca con el abanico cuando en medio de una situación culminante del drama se le antojaba á ella reirse á carcajadas con las ocurrencias del Marquesito, que tenía unas cosas...

Para Ana el cuarto acto no ofrecía punto de comparación con los acontecimientos de su propia vida... ella aún no había llegado al cuarto acto. «¿Representaba aquello lo porvenir? ¿Sucumbiría ella como doña Inés, caería en los brazos de don Juan loca de amor? No lo esperaba; creía tener valor para no entregar jamás el cuerpo, aquel miserable cuerpo que era propiedad de don Víctor sin duda alguna. De todas suertes, ¡qué cuarto acto tan poético! El Guadalquivir allá abajo... Sevilla á lo lejos... La quinta de don Juan, la barca debajo del balcón... la *declaración* á la luz de la luna... ¡Si aquello era romanticismo, el romanticismo era eterno!... Doña Inés decía:

Don Juan, don Juan, yo lo imploro
de tu hidalga condición...

Estos versos que ha querido hacer ridiculos y vulgares, manchándolos con su baba, la necedad prosáica, pasándolos mil y mil veces por sus labios viscosos

como vientre de sapo, sonaron en los oídos de Ana aquella noche como frase sublime de un amor inocente y puro que se entrega con la fe en el objeto amado, natural en todo gran amor. Ana, entonces, no pudo evitarlo, lloró, lloró, sintiendo por aquella Inés una compasión infinita. No era ya una escena erótica lo que ella veía allí; era algo religioso; el alma saltaba á las ideas más altas, al sentimiento purísimo de la caridad universal... no sabía á qué; ello era que se sentía desfallecer de tanta emoción.

Las lágrimas de la Regenta nadie las notó. Don Alvaro sólo observó que el seno se le movía con más rapidez y se levantaba más al respirar. Se equivocó el hombre de mundo; creyó que la emoción acusada por aquel respirar violento la causaba su gallarda y próxima presencia, creyó en un influjo *puramente fisiológico* y por poco se pierde... Buscó á tientas el pié de Ana... en el mismo instante en que ella, de una en otra, había llegado á pensar en Dios, en el amor ideal, puro, universal que abarcaba al Creador y á la criatura... Por fortuna para él, Mesía no encontró, entre la hojarasca de las enaguas, ningún pié de Anita, que acababa de apoyar los dos en la silla de Edelmira.

El altercado de don Juan y el Comendador hizo á la Regenta volver á la realidad del drama y fijarse en la terquedad del buen Ulloa; como se había empeñado la imaginación exaltada en comparar lo que pasaba en Vetusta con lo que sucedía en Sevilla, sintió supersticioso miedo al ver el mal en que paraban aquellas aventuras del libertino andaluz; el pistoletazo con que don Juan saldaba sus cuentas con el Comendador le hizo temblar; fué un presentimiento terrible. Ana vió de repente, como á la luz de un relámpago, á don Víctor vestido de terciopelo negro, con jubón y ferreuelo, bañado en sangre, boca arriba, y á don Alvaro con una pistola en la mano, enfrente del cadáver.

La Marquesa dijo después de caer el telón que ella no aguantaba más Tenorio.

—Yo me voy, hijos míos; no me gusta ver cementerios ni esqueletos; demasiado tiempo le queda á uno para eso. Adiós. Vosotros quedaos si queréis... ¡Jesús! las once y media, no se acaba esto á las dos...

Ana, á quien explicó su esposo el argumento de la segunda parte del drama, prefirió llevar la impresión de la primera que la tenía encantada, y salió con la Marquesa y Mesía.

Edelmira se quedó con don Víctor y Paco.

—Yo llevaré á la niña y Vd. déjeme á esa en casa, señora Marquesa—dijo Quintanar.

Mesía se despidió al dejar dentro del coche á las damas. Entonces apretó un poco la mano de Anita que la retiró asustada.

Don Álvaro se volvió al palco del Marqués á dar conversación á don Víctor. Eran panes prestados: Paco necesitaba que le distrajeran á Quintanar para quedarse como á solas con Edelmira; Mesía, que tantas veces había utilizado servicios análogos del Marquésito, fué á cumplir con su deber.

Además, siempre que se le ofrecía, aprovechaba la ocasión de estrechar su amistad con el simpático aragonés que había de ser su víctima, andando el tiempo, ó poco había de poder él.

Con mil amores acogió Quintanar al buen mozo y le expuso sus ideas en punto á literatura dramática, concluyendo como siempre con su teoría del honor según se entendía en el siglo de oro, cuando el sol no se ponía en nuestros dominios.

—Mire Vd.—decía don Víctor, á quien ya escuchaba con interés don Alvaro—mire Vd., yo ordinariamente soy muy pacífico. Nadie dirá que yo, ex-regente de Audiencia, que me jubilé casi casi por no firmar más sentencias de muerte, nadie dirá, repito que tengo ese

punto de honor quisquilloso de nuestros antepasados, que los pollastres de ahí abajo llaman inverosímil; pues bien, seguro estoy, me lo da el corazón, de que si mi mujer—hipótesis absurda—me faltase... se lo tengo dicho á Tomás Crespo muchas veces... le daba una sangría suelta.

(—¡Animal!—pensó don Álvaro.)

—Y en cuanto á su cómplice... ¡oh! en cuanto á su cómplice... Por de pronto yo manejo la espada y la pistola como un maestro; cuando era aficionado á representar en los teatros caseros—es decir, cuando mi edad y posición social me permitían trabajar, porque la afición aún me dura—comprendiendo que era muy ridículo batirse mal en las tablas, tomé maestro de esgrima y dió la casualidad de que demostré en seguida grandes facultades para el arma blanca. Yo soy pacífico, es verdad, nunca me ha dado nadie motivo para hacerle un rasguño... pero figúrese Vd... el día que... Pues lo mismo y mucho más puedo decir de la pistola. Donde pongo el ojo... Pues bien, como decía, al cómplice lo traspasaba; sí, prefiero esto; la pistola es del drama moderno, es prosáica; de modo que le mataría con arma blanca... Pero voy á mi tesis... Mi tesis era... que?... Vd. recuerda?

Don Álvaro no recordaba, pero lo de matar al cómplice con arma blanca le había alarmado un poco.

Cuando Mesía, ya cerca de las tres, de vuelta del Casino, trataba de llamar el sueño imaginando voluptuosas escenas de amor que se prometía convertir en realidad bien pronto, al lado de la Regenta, protagonista de ellas, vió de repente, y ya casi dormido, la figura vulgar y bonachona de don Víctor. Pero le vió, entre los primeros disparates del ensueño, vestido de toga y birrete, con una espada en la mano. Era la espada de Perales en el Tenorio, de enormes gavilanes.—

Anita no recordaba haber soñado aquella noche con

don Alvaro. Durmió profundamente. Al despertar, cerca de las diez, vió á su lado á Petra la doncella rubia y taimada, que sonreía discretamente.

—Mucho he dormido, ¿por qué no me has despertado antes?

—Como la señorita pasó mala noche...

—¿Mala noche?... yo?

—Sí, hablaba alto, soñaba á gritos...

—¿Yo?

—Sí, alguna pesadilla.

—¿Y tú... me has oído desde...?

—Sí, señora, no me había acostado todavía; me quedé á esperar por el señor, porque Anselmo es tan bruto que se duerme... Vino el amo á las dos.

—Y yo he hablado alto...

—Poco después de llegar el señor. Él no oyó nada; no quiso entrar por no despertar á la señorita. Yo volví á ver si dormía... si quería algo... y creí que era una pesadilla... pero no me atreví á despertarla...

Ana se sentía fatigada. Le sabía mal la boca y temía los amagos de la jaqueca.

—¡Una pesadilla!... Pero si yo no recuerdo haber padecido...

—No, pesadilla mala... no sería... porque sonreía la señora... daba vueltas...

—Y... y... ¿qué decía?

—¡Oh... qué decía! no se entendía bien... palabras sueltas... nombres...

—¿Qué nombres?... —Ana preguntó esto encendiendo el rostro por el rubor... —¿qué nombres? — repitió.

—Llamaba la señora... al amo.

—¿Al amo?

—Sí... sí, señora... decía: ¡Víctor! ¡Víctor!

Ana comprendió que Petra mentía. Ella casi siempre llamaba á su marido Quintanar.

Además, la sonrisa no disimulada de la doncella aumentaba las sospechas de la señora.

Calló y procuró ocultar su confusión.

Entonces acercándose más á la cama y bajando la voz Petra dijo, ya sería :

—Han traído esto para la señora...

—¿ Una carta ? ¿ De quién ?—preguntó en voz trémula Ana, arrebatando el papel de manos de Petra.

« ¡ Si aquel loco se habría propasado !... Era absurdo. »

Petra, después de observar la expresión de susto que se pintó en el rostro del ama, añadió :

—De parte del señor Magistral debe de ser, porque lo ha traído Teresina la doncella de doña Paula.

Ana afirmó con la cabeza mientras leía.

Petra salió sin ruido, como una gata. Sonreía á sus pensamientos.

La carta del Magistral, escrita en papel levemente perfumado, y con una cruz morada sobre la fecha, decía así :

« Señora y amiga mía : Esta tarde me tendrá Vd. en la capilla de cinco á cinco y media. No necesitará Vd. esperar, porque será hoy la única persona que confiese. Ya sabe que no me tocaba hoy sentarme, pero me ha parecido preferible avisar á Vd. para esta tarde por razones que le explicará su atento amigo y servidor.

FERMÍN DE PAS. »

No decía capellán.

« ¡ Cosa extraña ! Ana se había olvidado del Magistral desde la tarde anterior ; ni una vez sola desde la aparición de don Alvaro á caballo había pasado por su cerebro la imagen grave y airosa del respetado, estimado y admirado padre espiritual ! Y ahora se presentaba de repente dándole un susto, como sorpren-

diéndola en pecado de infidelidad. Por la primera vez sintió Ana la vergüenza de su imprudente conducta. Lo que no había despertado en ella la presencia de don Víctor, lo despertaba la imagen de don Fermín... Ahora se creía infiel de pensamiento, pero ¡cosa más rara! infiel á un hombre á quien no debía fidelidad ni podía debérsela!»

«Es verdad, pensaba; habíamos quedado en que mañana temprano iría á confesar... y se me había olvidado! y ahora él adelanta la confesión... Quiere que vaya esta tarde. ¡Imposible! No estoy preparada... Con estas ideas... con esta revolución del alma... Imposible!»

Se vistió de prisa, cogió papel que tenía el mismo olor que el del Magistral, pero más fuerte, y escribió á don Fermín una carta muy dulce con mano trémula, turbada, como si cometiera una felonía. Le engañaba; le decía que se sentía mal, que había tenido la jaqueca y le suplicaba que la dispensase; que ella le avisaría...

Entregó á Petra el papel embustero y la dió orden de llevarlo á su destino inmediatamente, y sin que el señor se enterase.

Don Víctor ya había manifestado varias veces su no conformidad, como él decía, con aquella frecuencia del sacramento de la confesión; como temía que se le tuviese por poco enérgico, y era muy poco enérgico en su casa en efecto, alborotaba mucho cuando se enfadaba.

Para evitar el ruido, molesto aunque sin consecuencias, Ana procuraba que su esposo no se enterase de aquellas frecuentes escapatorias á la catedral.

«¡No podía presumir el buen señor que por su bien eran!»

Petra había sido tomada por confidenta y cómplice de estos inocentes tapadillos. Pero la criada, fingiendo

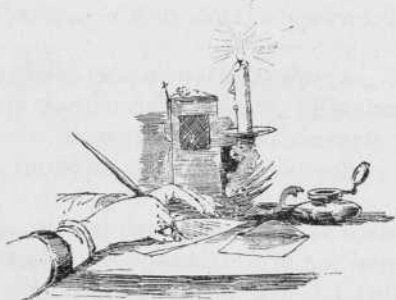
creer los motivos que alegaba su ama para ocultar la devoción, sospechaba horrores.

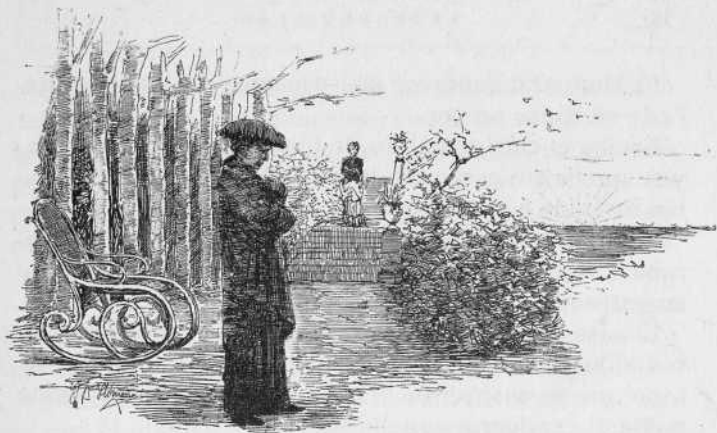
Iba camino de la casa del Magistral con la misiva y pensaba:

«Lo que yo me temía, á pares; los tiene á pares; uno diablo y otro santo. *¡Así en la tierra como en el cielo!*»

Ana estuvo todo el día inquieta, descontenta de sí misma; no se arrepentía de haber puesto en peligro su honor, dando alas (siquiera fuesen de sutil gasa espiritual) á la audacia amorosa de don Alvaro; no le pesaba de engañar al pobre don Víctor, porque le reservaba el cuerpo, su propiedad legítima... pero ¡pensar que no se había acordado del Magistral ni una vez en toda la noche anterior, ¡á pesar de haber estado pensando y sintiendo tantas cosas sublimes!

«Y por contera, le engañaba, le decía que estaba enferma para excusar el verle... ¡Le tenía miedo!... y hasta el estilo dulce, casi cariñoso de la carta era traidor... ¡Aquello no era digno de ella! Para don Víctor había que guardar el cuerpo, pero al Magistral ¿no había que reservarle el alma?»





XVII

AL oscurecer de aquel mismo día, que era el de Difuntos, Petra anunció á la Regenta, que paseaba en el *Parque*, entre los eucaliptus de Frigilis, la visita del señor Magistral.

— Enciende la lámpara del gabinete y antes hazle pasar á la huerta... — dijo Ana sorprendida y algo asustada.

El Magistral pasó por el patio al *Parque*. Ana le esperaba sentada dentro del cenador. «Estaba hermosa la tarde, parecía de setiembre, no duraría mucho el buen tiempo, luégo se caería el cielo hecho agua sobre Vetusta...»

Todo esto se dijo al principio. Ana se turbó cuando el Magistral se atrevió á preguntarle por la jaqueca.

«¡Se había olvidado de su mentira!» Explicó lo mejor que pudo su presencia en el *Parque* á pesar de la jaqueca.

El Magistral confirmó su sospecha. Le había engañado su dulce amiga.

Estaba el clérigo pálido, le temblaba un poco la voz, y se movía sin cesar en la mecedora en que se le había invitado á sentarse.

Seguían hablando de cosas indiferentes y Ana esperaba con temor que don Fermín abordase el motivo de su extraordinaria visita.

El caso era que el motivo... no podía explicarse. Había sido un arranque de mal humor; una salida de tono que ya casi sentía, y cuya causa de ningún modo podía él explicar á aquella señora.

El Chato, el clérigo que servía de esbirro á doña Paula, tenía el vicio de ir al teatro disfrazado. Había cogido esta afición en sus tiempos de espionaje en el seminario; entonces el Rector le mandaba al *paraíso* para delatar á los seminaristas que allí viera; ahora el Chato iba por cuenta propia. Había estado en el teatro la noche anterior y había visto á la Regenta. Al día siguiente, por la mañana, lo supo doña Paula, y al comer, en un incidente de la conversación, tuvo habilidad para darle la noticia á su hijo.

—No creo que esa señora haya ido ayer al teatro.

—Pues yo lo sé por quien la ha visto.

El Magistral se sintió herido, le dolió el amor propio al verse en ridículo por culpa de su amiga. Era el caso que en Vetusta los beatos y todo el *mundo devoto* consideraban el teatro como recreo prohibido en toda la cuaresma y algunos otros días del año; entre ellos el de *Todos los Santos*. Muchas señoras abonadas habían dejado su palco desierto la noche anterior, sin permitir la entrada en él á nadie para señalar así mejor su protesta. La de Páez no había ido, doña Petronila ó sea El Gran Constantino, que no iba nunca, pero tenía abonadas á cuatro sobrinas, tampoco les había consentido asistir.

«Y Ana, que pasaba por hija predilecta de confesión del Magistral, por devota en ejercicio, se había presentado en el teatro en noche prohibida, rompiendo por todo, haciendo alarde de no respetar piadosos escrúpulos, pues precisamente ella no frecuentaba semejante sitio... Y precisamente aquella noche...»

El Magistral había salido de su casa disgustado. «Á él no le importaba que fuése ó no al teatro por ahora, tiempo llegaría en que sería otra cosa; pero la gente murmuraría; don Custodio, el Arcediano, todos sus enemigos se burlarían, hablarían de la escasa fuerza que el Magistral ejercía sobre sus penitentes... Temía el ridículo. La culpa la tenía él que tardaba demasiado en ir apretando los tornillos de la devoción á doña Ana.»

Llegó á la sacristía y encontró al Arcipreste, al ilustre Ripamilán disputando como si se tratara de un asalto de esgrima, con aspavientos y manotadas al aire; su contendiente era el Arcediano, el señor Mourelo, que con más calma y sonriendo, sostenía que la Regenta ó no era devota de buena ley, ó no debía haber ido al teatro en noche de *Todos los Santos*.

Ripamilán gritaba:

— Señor mío, los deberes sociales están por encima de todo...

El Deán se escandalizó.

— ¡Oh! ¡oh! — dijo — eso no, señor Arcipreste... los deberes religiosos... los religiosos... eso es...

Y tomó un polvo de rapé extraído con mal pulso de una caja de nácar. Así solía él terminar los períodos complicados.

— Los deberes sociales... son muy respetables en efecto — dijo el canónigo pariente del Ministro, á quien la proposición había parecido regalista, y por consiguiente digna de aprobación por parte de un primo del Notario mayor del reino.

—Los deberes sociales—replicó Gloucester tranquilo, con almíbar en las palabras, pausadas y subrayadas— los deberes sociales, con permiso de Vd., son respetabilísimos, pero quiere Dios, consiente su infinita bondad que estén siempre en armonía con los deberes religiosos...

—¡Absurdo!—exclamó Ripamilán dando un salto.

—¡Absurdo!—dijo el Deán, cerrando de un bofetón la caja de nácar.

—¡Absurdo!—afirmó el canónigo regalista.

—Señores, los deberes no pueden contradecirse, el deber social, por ser tal deber, no puede oponerse al deber religioso... lo dice el respetable Taparelli...

—¿Tapa qué?—preguntó el Deán. —No me venga Vd. con autores alemanes... Este Mourelo siempre ha sido un hereje...

—Señores, estamos fuera de la cuestión —gritó Ripamilán—el caso es...

—No estamos tal—insistió Gloucester, que no quería en presencia de don Fermín sostener su tesis de la escasa religiosidad de la Regenta.

Tuvo habilidad para llevar la disputa al *terreno filosófico*, y de allí al teológico, que fué como echarle agua al fuego. Aquellas venerables dignidades profesaban á la sagrada ciencia un respeto singular, que consistía en no querer hablar nunca de *cosas altas*.

Á don Fermín le bastó lo que oyó al entrar en la sacristía para comprender que se había comentado lo del teatro. Su mal humor fué en aumento. «Lo sabía toda Vetusta, su influencia moral había perdido crédito... y la autora de todo aquello, tenía la crueldad de negarse á una cita.» Él se la había dado para decirle que no debía confesar por las mañanas, sino de tarde, porque así no se fijaba en ellos el público de las beatas con atención exclusiva... «Debe Vd. confesar entre todas, y además algunos días en que no se sabe

que me siento; yo le avisaré á Vd. y entonces... podremos hablar más por largo.» Todo esto había pensado decirle aquella tarde, y ella respondía que... estaba con jaqueca!—En casa de Páez también le hablaron del escándalo del teatro. «Habían ido varias damas que habían prometido no ir; y había ido Ana Ozores que nunca asistía.»

El Magistral salió de casa de Páez bufando; la sonrisa burlona de Olvido, que se celaba ya, le había puesto furioso...

Y sin pensar lo que hacía, se había ido derecho á la plaza Nueva, se había metido en la Rinconada y había llamado á la puerta de la Regenta... Por eso estaba allí.

¿Quién iba á explicar semejante motivo de una visita?

Al ver que Ana había mentido, que estaba buena y había buscado un embuste para no acudir á su cita, el mal humor de don Fermín rayó en ira y necesitó toda la fuerza de la costumbre para contenerse y seguir sonriente.

«¿Qué derechos tenía él sobre aquella mujer? Ninguno. ¿Cómo dominarla si quería sublevarse? No había modo. ¿Por el terror de la religión? Patarata. La religión para aquella señora nunca podría ser el terror. ¿Por la persuasión, por el interés, por el cariño? Él no podía jactarse de tenerla persuadida, interesada y menos enamorada, de la manera espiritual á que aspiraba.

No había más remedio que la diplomacia. «Humíllate y ya te ensalzarás,» era su máxima, que no tenía nada que ver con la promesa evangélica.

En vista de que los asuntos vulgares de conversación llevaban trazas de sucederse hasta lo infinito, el Magistral, que no quería marcharse sin hacer algo, puso término á las palabras insignificantes con una

pausa larga y una mirada profunda y triste á la bóveda estrellada. — Estaba sentado á la entrada del cenador.

Ya había comenzado la noche, pero no hacía frío allí, ó por lo menos no lo sentían. Ana había contestado á Petra, al anunciar ésta que había luz en el gabinete:

—Bien; allá vamos.

El Magistral había dicho que si doña Ana se sentía ya bien, no era malo estar al aire libre.

El silencio de don Fermín y su mirada á las estrellas, indicaron á la dama que se iba á tratar de algo grave.

Así fué. El Magistral dijo:

—Todavía no he explicado á Vd. por qué pretendía yo que fuese á la catedral esta tarde. Quería decirle, y por eso he venido, además de que me interesaba saber cómo seguía, quería decirle que no creo conveniente que Vd. confiese por la mañana.

Ana preguntó el motivo con los ojos.

—Hay varias razones: don Víctor, que según Vd. me ha dicho, no gusta de que Vd. frecuente la iglesia y menos de que madrugue para ello, se alarmará menos si Vd. va de tarde... y hasta puede no saberlo siquiera muchas veces. No hay en esto engaño. Si pregunta, se le dice la verdad, pero si calla... se calla. Como se trata de una cosa inocente, no hay engaño ni asomo de disimulo.

—Eso es verdad.

—Otra razón. Por la mañana yo confieso pocas veces, y esta excepción hecha ahora en favor de Vd. hace murmurar á mis enemigos, que son muchos y de infinitas clases.

—¿Vd. tiene enemigos?

—Oh, amiga mía!: cuenta las estrellas si puedes—y señaló al cielo—el número de mis enemigos es infinito como las estrellas.

El Magistral sonrió como un mártir entre llamas.

Doña Ana sintió terribles remordimientos por haber engañado y olvidado á aquel santo varón, que era perseguido por sus virtudes y ni siquiera se quejaba. Aquella sonrisa, y la comparación de las estrellas le llegaron al alma á la Regenta. «¡Tenía enemigos!» pensó, y le entraron vehementes deseos de defenderle contra todos.

—Además— prosiguió don Fermín—hay señoras que se tienen por muy devotas, y caballeros, que se estiman muy religiosos, que se divierten en observar quién entra y quién sale en las capillas de la catedral; quién confiesa á menudo, quién se descuida, cuánto duran las confesiones... y también de esta murmuración se aprovechan los enemigos.

La Regenta se puso colorada sin saber á punto fijo por qué.

—De modo, amiga mía—continuó De Pas que no creía oportuno insistir en el último punto—de modo, que será mejor que Vd. acuda á la hora ordinaria, entre las demás. Y algunas veces, cuando Vd. tenga muchas cosas que decir, me avisa con tiempo y le señalo hora en un día de los que no me toca confesar. Esto no lo sabrá nadie, porque no han de ser tan miserables que nos sigan los pasos...

Á la Regenta aquello de los días excepcionales le parecía más arriesgado que todo, pero no quiso oponerse al bendito don Fermín en nada.

—Señor, yo haré todo lo que Vd. diga, iré cuando usted me indique; mi confianza absoluta está puesta en Vd. Á Vd. solo en el mundo he abierto mi corazón, Vd. sabe cuánto pienso y siento... de Vd. espero luz en la oscuridad que tantas veces me rodea...

Ana al llegar aquí notó que su lenguaje se hacía entonado, impropio de ella, y se detuvo; aquellas metáforas parecían mal, pero no sabía decir de otro modo

sus afanes, á no hablar con una claridad excesiva.

El Magistral, que no pensaba en la retórica, sintió un consuelo oyendo á su amiga hablar así.

Se animó... y habló de lo que le mortificaba.

—Pues, hija mía, usando, ó tal vez abusando de ese poder discrecional (sonrisa é inclinación de cabeza) voy á permitirte reñir á Vd. un poco...

Nueva sonrisa y una mirada sostenida, de las pocas que se toleraba.

Ana tuvo un miedo pueril que la embelleció mucho, como pudo notar y notó De Pas.

—Ayer ha estado Vd. en el teatro.

La Regenta abrió los ojos mucho, como diciendo irreflexivamente: —Y eso qué?

—Ya sabe Vd. que yo, en general, soy enemigo de las preocupaciones que toman por religión muchos espíritus apocados... Á Vd. no sólo le es lícito ir á los espectáculos, sino que le conviene; necesita Vd. distracciones; su señor marido pide como un santo; pero ayer... era día prohibido.

—Ya no me acordaba... Ni creía que... La verdad... no me pareció...

—Es natural, Anita, es naturalísimo. Pero no es eso. Ayer el teatro era espectáculo tan inocente, para usted, como el resto del año. El caso es que la Vetusta devota, que después de todo es la nuestra, la que exagerando ó no ciertas ideas, se acerca más á nuestro modo de ver las cosas... esa respetable parte del pueblo mira como un escándalo la infracción de ciertas costumbres piadosas...

Ana encogió los hombros. «No entendía aquello... ¡Escándalo! Ella que en el teatro había llegado, de idea grande en idea grande, á sentir un entusiasmo artístico religioso que la había edificado!»

El Magistral, con una mirada sola, comprendió que su cliente («él era un médico del espíritu») se resistía

á tomar la medicina; y pensó, recordando la alegría de la cuesta: «—No quiere tanta pendiente, hagámola parecida á lo llano.»

—Hija mía, el mal no está en que Vd. haya perdido nada; su virtud de Vd. no peligra ni mucho menos con lo hecho... pero... (vuelta al tono festivo) y ¿mi orgullito de médico? Un enfermo que se me rebela... ¡ahí es nada! Se ha murmurado, se ha dicho que las hijas de confesión del Magistral no deben de temer su manga estrecha cuando asisten al *Don Juan Tenorio*, en vez de rezar por los difuntos.

—¿Se ha hablado de eso?

—¡Bah! En San Vicente, en casa de doña Petronila —que ha defendido á Vd.—y hasta en la Catedral. El señor Mourelo dudaba de la piedad de doña Ana Ozores de Quintanar...

—¿De modo... que he sido imprudente... que he puesto á Vd. en ridículo?...

—¡Por Dios, hija mía! ¡dónde vamos á parar! ¡Esa imaginación, Anita, esa imaginación! ¿cuándo mandaremos en ella? ¡Ridículo! ¡Imprudente!... Á mí no pueden ponerme en ridículo más actos que aquellos de que soy responsable, no entiendo el ridículo de otro modo... Vd. no ha sido imprudente, ha sido inocente, no ha pensado en las lenguas ociosas. Todo ello es nada, y figúrese Vd. el caso que yo haré de habilllas insustanciales... Todo ha sido broma;... para llegar á un punto más importante, que atañe á lo que nos interesa, á la curación de su espíritu de Vd... en lo que depende de la parte moral. Ya sabe que yo creo que un buen médico (no precisamente el señor Sozoza, que es persona excelente y médico muy regular), podría ayudarme mucho.

Pausa. El Magistral deja de mirar á las estrellas, acerca un poco su mecedora á la Regenta y prosigue:

—Anita, aunque en el confesonario yo me atrevo á

hablar á Vd. como un médico del alma, no sólo como sacerdote que ata y desata, por razones muy serias, que ya conoce Vd.; á pesar de que allí he llegado á conocer bastante aproximadamente á la realidad, lo que pasa por Vd... sin embargo, creo...—le temblaba la voz; temía arriesgar demasiado—creo... que la eficacia de nuestras conferencias sería mayor, si algunas veces habláramos de nuestras cosas fuera de la iglesia.

Anita, que estaba en la oscuridad, sintió fuego en las mejillas y por la primera vez, desde que le trataba, vió en el Magistral un hombre, un hombre hermoso, fuerte; que tenía fama entre ciertas gentes mal pensadas, de enamorado y atrevido. En el silencio que siguió á las palabras del Provisor, se oyó la respiración agitada de su amiga.

Don Fermín continuó tranquilo:

—En la iglesia hay algo que impone reserva, que impide analizar muchos puntos muy interesantes; siempre tenemos prisa, y yo... no puedo prescindir de mi carácter de juez, sin faltar á mi deber en aquel sitio. Vd. misma no habla allí con la libertad y extensión que son precisas para entender todo lo que quiere decir. Allí, además, parece ocioso hablar de lo que no es pecado ó por lo menos camino de él; hacer la cuenta de las buenas cualidades, por ejemplo, es casi profanación, no se trata allí de eso; y sin embargo, para nuestro objeto, eso es también indispensable. Vd. que ha leído, sabe perfectamente que muchos clérigos que han escrito acerca de las costumbres y carácter de la mujer de su tiempo, han recargado las sombras, han llenado sus cuadros de negro... porque hablaban de la mujer del confesonario, la que cuenta sus extravíos y prefiere exagerarlos á ocultarlos, la que calla, como es allí natural, sus virtudes, sus grandezas. Ejemplo de esto pueden ser, sin salir de Espa-

ña, el célebre Arcipreste de Hita, Tirso de Molina y otros muchos...

Ana escuchaba con la boca un poco abierta. Aquel señor hablando con la suavidad de un arroyo que corre entre flores y arena fina, la encantaba. Ya no pensaba en las torpes calumnias de los enemigos del Magistral; ya no se acordaba de que aquel era hombre, y se hubiera sentado sin miedo, sobre sus rodillas, como había oído decir que hacen las señoras con los caballeros en los tranvías de Nueva-York.

—Pues bien—prosiguió don Fermín—nosotros necesitamos toda la verdad; no la verdad fea solo, sino también la hermosa. ¿Para qué hemos de curar lo sano? ¿Para qué cortar el miembro útil? Muchas cosas, de las que he notado que Vd. no se atreve á hablar en la capilla, estoy seguro de que me las expondría aquí, por ejemplo, sin inconveniente... y esas confidencias amistosas, familiares, son las que yo echo de menos. Además, Vd. necesita no sólo que la censuren, que la corrijan, sino que la animen también, elogiando sincera y noblemente la mucha parte buena que hay en ciertas ideas y en los actos que Vd. cree completamente malos. Y en el confesonario no debe abusarse de ese análisis justo, pero en rigor, extraño al tribunal de la penitencia... Y basta de argumentos; Vd. me ha entendido desde el primero perfectamente. Pero allá va el último, ahora que me acuerdo. De ese modo, hablando de nuestro pleito fuera de la Catedral, no es preciso que Vd. vaya á confesar muy á menudo, y nadie podrá decir si frecuenta ó no frecuenta el sacramento demasiado; y además, podemos despachar más pronto la cuenta de los pecados y pecadillos, los días de confesión.

El Magistral estaba pasmado de su audacia. Aquel plan, que no tenía preparado, que era sólo una idea vaga que había desechado mil veces por temeraria,

había sido un atrevimiento de la pasión, que podía haber asustado á la Regenta y hacerla sospechar de la intención de su confesor. Después de su audacia el Magistral temblaba, esperando las palabras de Ana.

Ingenua, entusiasmada con el proyecto, convencida por las razones expuestas, habló la Regenta á borbotones, como solía de tarde en tarde, y dió á los motivos expuestos por su amigo, nueva fuerza con el calor de sus poéticas ideas.

«Oh, sí, aquello era mejor; sin perjuicio de continuar en el templo la buena tarea comenzada, para dar á Dios lo que era de Dios, Ana aceptaba aquella amistad piadosa que se ofrecía á oír sus confidencias, á dar consejos, á consolarla en la aridez de alma que la atormentaba á menudo.

El Magistral oía ahora recogido en un silencio contemplativo; apoyaba la cabeza, oculta en la sombra, en una barra de hierro del armazón de la glorieta, en la que se enroscaban el jazmín y la madre selva; la locuacidad de Ana le sabía á gloria, las palabras expansivas, llenas de partículas del corazón de aquella mujer, exaltada al hablar de sus tristezas con la esperanza del consuelo, iban cayendo en el ánimo del Magistral como un riego de agua perfumada; la sequedad desaparecía, la tirantez se convertía en muelle flojedad. «¡ Habla, habla así, se decía el clérigo, bendita sea tu boca !»

No se oía más que la voz dulce de Ana, y de tarde en tarde, el ruido de hojas que caían ó que la brisa apenas sensible aquella noche, removía sobre la arena de los senderos.

Ni el Magistral ni la Regenta se acordaban del tiempo.

—Sí, tiene Vd. cien veces razón—decía ella—yo necesito una palabra de amistad y de consejo muchos días que siento ese desabrimiento que me arranca

todas las ideas buenas y sólo me deja la tristeza y la desesperación...

—Oh, no, eso no, Anita; ¡la desesperación! ¡qué palabra!

—Ayer tarde, no puede Vd. figurarse cómo estaba yo.

—Muy aburrida, ¿verdad? ¿Las campanas?...

El Magistral sonrió...

—No se ría Vd.; serán los nervios, como dice Quintanar, ó lo que se quiera, pero yo estaba llena de un tedio horroroso, que debía ser un gran pecado... si yo lo pudiera remediar.

—No debe decirse así—interrumpió el Magistral, poniendo en la voz la mayor suavidad que pudo.—No sería un pecado ese tedio si se pudiera remediar, sería un pecado si no se quisiera remediar; pero á Dios gracias se quiere y se puede curar... y de eso se trata, amiga mía.

Anita, á quien las confesiones emborrachaban, cuando sabía que entendía su confidente todo, ó casi todo lo que ella quería dar á entender, se decidió á decir al Magistral *lo demás*, lo que había venido detrás del hastío de aquella tarde... No ocultó sino lo que ella tenía por causa puramente ocasional; no habló de don Alvaro, ni del caballo blanco.

—Otras veces—decía—aquella sequedad se convierte en llanto, en ansia de sacrificio, en propósitos de abnegación... Vd. lo sabe; pero ayer, la exaltación tomó otro rumbo... yo no sé... no sé explicarlo bien... si lo digo como yo puedo hablar... al pié de la letra es pecado, es una rebelión, es horrible... pero tal como yo lo sentía no...

El Magistral oyó entonces lo que pasó por el alma de su amiga durante aquellas horas de revolución, que Ana reputaba ya célebres en la historia de su solitario espíritu. Aunque ella no explicaba con exac-

titud lo que había sentido y pensado, él lo entendía perfectamente.

Más trabajo le costó adivinar cómo podía haber llegado Ana á pensar en Dios, á sentir tierna y profunda piedad con motivo de don Juan Tenorio.

«Ana decía que acaso estaba loca, pero que aquello no era nuevo en ella; que muchas veces le había sucedido en medio de espectáculos que nada tenían de religiosos, sentir poco á poco el influjo de una piedad consoladora, lágrimas de amor de Dios, esperanza infinita, caridad sin límites y una fe que era una evidencia... Un día después de dar una peseta á un niño pobre para comprar un globo de goma, como otros que acababan de repartirse otros niños, había tenido que esconder el rostro para que no la viesan llorar; aquel llanto que era al principio muy amargo, después, por gracia de las ideas que habían ido surgiendo en su cerebro, había sido más dulce, y Dios había sido en su alma una voz potente, una mano que acariciaba las asperezas de dentro... ¿Qué sabía ella? No podía explicarse.» Y suplicaba al Magistral que la entendiese. «Pues la noche anterior había pasado algo por el estilo, al ver á la pobre novicia, á sor Inés, caer en brazos de don Juan... ya veía el Magistral qué situación tan poco religiosa... pues bien, ella de una en otra, al sentir lástima de aquella inocente enamorada... había llegado á pensar en Dios, á amar á Dios, á sentir á Dios muy cerca... ni más ni menos que el día en que regaló á un niño pobre un globo de colores. ¿Qué era aquello? Demasiado sabía ella que no era piedad verdadera, que con semejantes arrebatos nada ganaba para con Dios... pero, ¿no serían tampoco más que nervios? ¿Serían indicios peligrosos de un espíritu aventurero, exaltado, torcido desde la infancia?»

«Había de todo.» El Magistral, procurando vencer la exaltación que le había comunicado su amiga, quiso

hablar con toda calma y prudencia. «Había de todo. Había un tesoro de sentimiento que se podía aprovechar para la virtud; pero había también un peligro. La noche anterior el peligro había sido grande (y esto lo decía sin saber palabra de la presencia de don Alvaro en el palco de Anita) y era necesario evitar la repetición de accesos por el estilo.»

Había hablado la Regenta de ansiedades invencibles, del anhelo de volar más allá de las estrechas paredes de su caserón, de sentir más, con más fuerza, de vivir para algo más que para vegetar como otras; había hablado también de un amor universal, que no era ridículo por más que se burlasen de él los que no lo comprendían... había llegado á decir que sería hipócrita si aseguraba que bastaba para colmar los anhelos que sentía el cariño suave, frío, prosáico, distraído de Quintanar, entregado á sus comedias, á sus colecciones, á su amigo Frigilis y á su escopeta...

—Todo aquello—añadió el Magistral después de presentarlo en resumen—de puro peligroso rayaba en pecado.

—Sí, dicho así, como yo lo he dicho, sí... pero como lo siento, no; ¡oh! estoy segura de que, tal como lo siento, nada de lo que he dicho es pecado... sentirlo; peligro habrá, no lo niego, pero pecado, no! Por lo demás (cambio de voz) dicho... hasta es ridículo, suena á romanticismo necio, vulgar, ya lo sé... pero no es eso, no es eso!

—Es que yo no lo entiendo como Vd. lo dice, sino como Vd. lo siente, amiga mía, es necesario que usted me crea; lo entiendo como es... Pero así y todo, hay peligro que raya en pecado, por ser peligro... Déjeme Vd. hablar á mí, Anita, y verá como nos entendemos. El peligro que hay, decía, raya en pecado... pero añadido, será pecado claramente si no se aplica toda esa energía de su alma ardentísima á un objeto

digno de ella, digno de una mujer honrada, Ana. Si dejamos que vuelvan esos accesos sin tenerles preparada tarea de virtud, ejercicio sano... ellos tomarán el camino de atajo, el del vicio, créalo Vd., Anita. Es muy santo, muy bueno que Vd., con motivo de dar á un niño un globo de colores, llegue á pensar en Dios, á sentir eso que llama Vd. la presencia de Dios; si algo de panteísmo puede haber en lo que Vd. dice, no es peligroso, por tratarse de Vd., y yo me encargaría, en todo caso, de cortar ese mal de raíz; pero ahora no se trata de eso. No es santo, ni es bueno, amiga mía, que al ver á un libertino en la celda de una monja... ó á la monja en casa del libertino y en sus brazos, Vd. se dedique á pensar en Dios, con ocasión del abrazo de aquellos sacrílegos amantes. Eso es malo, eso es despreciar los caminos naturales de la piedad, es despreciar con orgullo egoísta la sana moral, pretendiendo, por abismos y cieno y toda clase de podredumbre, llegar á donde los justos llegan por muy diferentes pasos. Dispéñeme si hablo con esta severidad; en este momento es indispensable.

Hizo una pausa el Magistral para observar si Ana subía con dificultad aquella pendiente que le ponía en el camino.

Ana callaba, meditando las palabras del confesor, recogida, seria, abismada en sus reflexiones. Sin darse cuenta de ello, le agradaba aquella energía, complacía en aquella oposición, estimaba más que halagos y elogios las frases fuertes, casi duras del Magistral.

El cual prosiguió, aflojando la cuerda:

—Es necesario, y urgente, muy urgente, aprovechar esas buenas tendencias, esa predisposición piadosa; que así la llamaré ahora, porque no es ocasión de explicar á Vd. los grados, caminos y descaminos de la gracia, materia delicadísima, peligrosa... Decía que hay que aprovechar esas tendencias á la piedad y á la contem-

plación, que son en Vd. muy antiguas, pues ya vienen de la infancia, en beneficio de la virtud... y por medio de cosas santas. Aquí tiene Vd. el por qué de muchas ocupaciones del cristiano, el por qué del culto externo, más visible y hasta aparatoso en la religión verdadera que en las frías confesiones protestantes. Necesita Vd. objetos que le sugieran la idea santa de Dios, ocupaciones que le llenen el alma de energía piadosa, que satisfagan sus instintos, como Vd. dice, de amor universal... Pues todo eso, hija mía, se puede lograr, satisfacer y cumplir en la vida, aparentemente prosáica y hasta cursi, como la llamaría doña Obdulia, de una mujer piadosa, de una... *beata*, para emplear la palabra fea, *escandalosa*. Sí, amiga mía—el Magistral reía al decir esto—lo que Vd. necesita, para calmar esa sed de amor infinito... es ser *beata*. Y ahora soy yo el que exige que Vd. me comprenda, y no me tome la letra y deje el espíritu. Hay que ser *beata*, es decir, no hay que contentarse con llamarse religiosa, cristiana, y vivir como un pagano, creyendo esas vulgaridades de que lo esencial es el fondo, que las menudencias del culto y de la disciplina quedan para los espíritus pequeños y comineros; no, hija mía, no, lo esencial es todo; la forma es fondo; y parece natural que Dios diga á una mujer que pretende amarle: «Hija, pues para acordarte de mí no debes necesitar que á Zorrilla se le haya ocurrido pintar los amores de una monja y un libertino; ven á mi templo, y allí encontrarán los sentidos incentivo del alma para la oración, para la meditación y para esos actos de fe, esperanza y caridad que son todo mi culto en resumen...

Anita, al oír este familiar lenguaje, casi jocoso, del Magistral, con motivo de cosas tan grandes y sublimes, sintió lágrimas y risas mezcladas, y lloró riendo como Andrómaca.

La noche corría á todo correr. La torre de la cate-

dral, que espiaba á los interlocutores de la glorieta desde lejos, entre la niebla que empezaba á subir por aquel lado, dejó oír tres campanadas como un aviso. Le parecía que ya habían hablado bastante. Pero ellos no oyeron la señal de la torre que vigilaba.

Petra fué la que dijo, para sí, desde la sombra del patio :



—¡Las ocho menos cuarto ! Y no llevan traza de callarse...

La doncella ardía de curiosidad, aventuraba algunos pasos, de puntillas, hacia la glorieta, esquivando tropezar con las hojas secas para no hacer ruido; pero tenía miedo de ser vista y retrocedía hasta el patio, desde donde no podía oír más que un murmullo, no palabras. Sintió que Anselmo abrió la puerta del zaguán y que el amo subía. Corrió Petra á su encuentro. Si le preguntaba por la señora, estaba dispuesta á mentir, á

decir que había subido al segundo piso, á los desvanes, donde quiera, á tal ó cual tarea doméstica; iba preparada á ocultar la visita del Magistral sin que nadie se lo hubiera mandado; pero creía llegado el caso de adelantarse á los deseos del ama y de su amigo don Fermín. «¿No le habían hecho llevar cartas *sin necesidad de que lo supiera don Victor*? ¿Pues qué necesi-

dad había de que supiera que llevaban más de una hora de palique en el cenador, y á oscuras?»

Quintanar no preguntó por su mujer; no era esto nuevo en él; solía olvidarla, sobre todo cuando tenía algo entre manos. Pidió luz para el despacho, se sentó á su mesa, y separando libros y papeles, dejó encima del pupitre un envoltorio que tenía debajo del brazo. Era una máquina de cargar cartuchos de fusil. Acababa de apostar con Frígilis que él hacía tantas docenas de cartuchos en una hora, y venía dispuesto á intentar la prueba. No pensaba en otra cosa. Llegó la luz. Quintanar miró con ojos penetrantes de puro distraídos á Petra. La doncella se turbó.

—Oye.

—Señor?...

—Nada... Oye...

—Señor?...

—¿ Anda ese reloj ?

—Sí, señor, le ha dado Vd. cuerda ayer...

—¿ De modo que son las ocho menos diez ?...

—Sí, señor...

Petra temblaba, pero seguía dispuesta á mentir si le preguntaba por el ama.

—Bien; véte.

Y don Víctor se puso á atacar con rapidez cartuchos y más cartuchos.

En tanto el Magistral había explicado latamente lo que quería dar á entender con lo de la vida beata.

«Era ya tiempo de que Ana procurase entrar en el camino de la perfección; los trabajos preparativos ya podían darse por hechos; si otras iban á la iglesia, á las cofradías y demás lugares ordinarios de la vida devota con un espíritu rutinario que hacía nulas respecto á la perfección moral aquellas prácticas piadosas; ella, Ana, podía sacar gran utilidad para la ocupación digna de su alma de aquellos mismos lugares y queha-

ceres. ¿Qué había sido Santa Teresa? Una monja, una fundadora de conventos; ¿cuántas monjas había habido que no habían pasado de ser mujeres vulgares? La vida de una monja puede caer en la rutina también, ser poco meritoria á los ojos de Dios, y nada útil para satisfacer las ansias de un alma ardiente. Y, sin embargo, á la Santa Doctora; ¿qué mundos tan grandes, qué Universo de soles no la había dado aquella vida del claustro? La gran actividad va en nosotros mismos, si somos capaces de ella. Pero hay que buscar la ocasión en las ocupaciones de la vida buena. Era necesario que Anita frecuentase en adelante las fiestas del culto; que oyese más sermones, más misas, que asistiera á las novenas, que fuese de la sociedad de San Vicente, pero socia activa, que visitara á los enfermos y los vigilara, que entrase en el Catecismo; al principio tales ocupaciones podrían parecerla pesadas, insustanciales, prosáicas, desviadas del camino que conduce á la vida de la piedad acendrada, pero poco á poco iría tomando el gusto á tan humildes menesteres; iría penetrando los misteriosos encantos de la oración, del culto público, que si parece hasta frívolo pasatiempo en las almas tibias, en el vulgo de los fieles, que están en el templo nada más con los sentidos, es edificante espectáculo para quien siente devoción profunda.»

—Verá Vd.—decía el Magistral—como llega un día en que no necesita á Zorrilla ni poeta nacido para llorar de ternura y elevarse, de una en otra, como usted dice, hasta la idea santa de Dios. Tiene la Iglesia, amiga mía, tal sagacidad para buscar el camino de las entrañas! Verá Vd., verá Vd. como reconoce la sabiduría de Nuestra Madre en muchos ritos, en muchas ceremonias y pompas del culto que ahora pueden antojársele indiferentes, insignificantes. ¡Nuestras fiestas! ¡Qué cosa más hermosa, querida hija mía! Llegará, por ejemplo, la Noche buena y Vd. empleará su imagi-

nación poderosa en representarse las escenas de pura poesía del Nacimiento de Jesús... Volverán á ser para usted las que ya parecían vulgaridades de villancicos, grandes poemas, manantial de ternura, y llorará pensando en el Niño Dios... Y Vd. me dirá entonces si aquellas lágrimas son más dulces y frescas que las que anoche le arrancaba el bueno de don Juan Tenorio...

—Á los sermones de cualquiera, no hay para qué ir—prosiguió De Pas—por más que á veces la palabra de un pobre cura de aldea encierra en su sencillez tosca tesoros de verdad, enseñanzas lacónicas admirables, rasgos de filosofía profunda y sincera, parábolas nuevas dignas de la Biblia ; pero como esto es pocas veces, conviene acudir á los sermones de oradores acreditados. Oiga Vd. al señor Obispo en los días que él quiere lucirse... Oiga Vd.... á otros buenos predicadores que hay... Y si no fuera vanidad intolerable, añadiría óigame Vd. á mí algunos días de los que Dios quiere que no me explique mal del todo. Sí, porque así como hay cosas que no pueden decirse desde el púlpito, que exigen el confesonario ó la conferencia familiar, hay otras que piden la cátedra, que sería ridículo decir las de silla á silla... por ejemplo, algo de lo que yo tengo que advertir á Vd. respecto de esas vagas y aparentes visiones de Dios en idea... tocadas, hija mía, de panteísmo, sin que Vd. se dé cuenta de ello.

Más habló el Magistral para exponer el plan de vida devota á que había de entregarse en cuerpo y alma su amiga desde el día siguiente, y terminó tratando con detenimiento especial la cuestión de las lecturas.

Recomendó particularmente la vida de algunos santos y las obras de Santa Teresa y algunos místicos.

«Basta con leer la vida de la Santa Doctora y la de María de Chantal, Santa Juana Francisca, por supuesto, sabiendo leer entre líneas, para perfeccionarse, no al principio, sino más adelante. Al principio es un gran

peligro el desaliento que produce la comparación entre la propia vida y la de los santos. ¡Ay de Vd. si desmaya porque ve que para Teresa son pecados muchos actos que Vd. creía dignos de elogio! Pasará usted la vergüenza de ver que era vanidad muy grande creerse buena mucho antes de serlo, tomar por voces de Dios voces que la Santa llama del diablo... pero en estos pasajes no hay que detenerse... No hay que comparar... hay que seguir leyendo... y cuando se haya vivido algún tiempo dentro de la disciplina sana... vuelta á leer, y cada vez el libro sabrá mejor, y dará más frutos.

»Si nos proponemos llegar á ser una Santa Teresa, ¡adiós todo! se ve la infinita distancia y no emprendemos el camino. Á dónde se ha de llegar, eso Dios lo dirá después; ahora andar, andar hacia adelante es lo que importa.

»Y á todo esto ¿hemos de vestir de estameña, y mostrar el rostro compungido, inclinado al suelo, y hemos de dar tormento al marido con la inquisición en casa, y con el huir los paseos, y negarse al trato del mundo? Dios nos libre, Anita, Dios nos libre... La paz del hogar no es cosa de juego... ¿Y la salud? la salud del cuerpo, ¿dónde la dejamos? ¿Pues no se trataba de ponernos en cura? ¿No estábamos ahora hablando del espíritu y su remedio? Pues el cuerpo quiere aire libre, distracciones honestas, y todo eso ha de continuar en el grado que se necesite y que indicarán las circunstancias.

Una ráfaga de aire frío hizo temblar á la Regenta y arremolinó hojas secas á la entrada del cenador. El Magistral se puso en pié, como si le hubieran pinchado, y dijo con voz de susto:

—¡Caramba! debe de ser muy tarde. Nos hemos entretenido aquí charlando... charlando...

»No le haría gracia que don Víctor los encontrase a

tales horas en el parque, dentro del cenador solos y á la luz de las estrellas...» Pero esto que pensó se guardó de decirlo. Salió de la glorieta hablando en voz alta, pero no muy alta, aparentando no temer al ruido, pero temiéndolo.

Ana salió tras él, ensimismada, sin acordarse de que había en el mundo maridos, ni días, ni noches, ni horas, ni sitios inconvenientes para hablar á solas con un hombre joven, guapo, robusto, aunque sea clérigo.

El Magistral, como equivocando el camino, se dirigió hacia la puerta del patio, aunque parecía lo natural subir por la escalera de la galería y pasar por las habitaciones de Quintanar.

En el patio estaba Petra, como un centinela, en el mismo sitio en que había recibido al Provisor.

—¿Ha venido el señor?—preguntó la Regenta.

—Sí, señora—respondió en voz baja la doncella;— está en su despacho.

—¿Quiere Vd. verle?—dijo Ana volviéndose al Magistral.

Don Fermín contestó

—Con mucho gusto.

—¡Disimulan, disimulan conmigo!—pensó Petra con rabia.

—Con mucho gusto... si no fuera tan tarde... debía estar á las ocho en palacio... y van á dar las ocho y media... no puedo detenerme... salúdele Vd. de mi parte.

—Como Vd. quiera.

—Además, estará abismado en sus trabajos... no quiero distraerle... saldré por aquí... Buenas noches, señora, muy buenas noches.

—Disimulan—volvió á pensar Petra, mientras abría la puerta que conducía al zaguán.

Entonces, el Magistral se acercó á la Regenta y de prisa y en voz baja dijo:

—Se me había olvidado advertirle que... el lugar más á propósito para... verse... es en casa de doña Petronila. Ya hablaremos.



—Bien — contestó la Regenta.

—Lo he pensado, es el mejor.

—Sí, sí, tiene Vd. razón.

Subió Ana por la escalera principal y salió al portal don Fermín. En la puerta se detuvo, miró á Petra mientras se embozaba, y la vió con los ojos fijos en el suelo, con una llave grande en la mano, esperando á que pasara él para cerrar. Parecía la estatua del sigilo. De Pas la acarició con una palmadita familiar en el hombro y dijo sonriendo:

—Ya hace fresco, muchacha.

Petra le miró cara á cara, y sonrió con la mayor gracia

que supo y sin perder su actitud humilde.

—¿Estás contenta con los señores?

—Doña Ana es un ángel.

—Ya lo creo. Adiós, hija mía, adiós; sube, sube, que aquí hay corrientes... y estás muy coloradilla... debes de tener calor...

—Salga Vd., salga Vd., y por mí no tema.

—Cierra ya, hija mía, puedes cerrar.

—No señor, si cierro no verá Vd. bien hasta llegar á la esquina...

—Muchas gracias... adiós, adiós.

— Buenas noches, don Fermín.

Esto lo dijo Petra muy bajo, sacando la cabeza fuera del portal, y cerró con gran cuidado de no hacer cualquier ruido.

«¡Don Fermín!» pensó el Magistral. «¿Por qué me llama ésta don Fermín? ¿Qué se habrá figurado? Mejor, mejor... Sí, mejor. Conviene tenerla propicia como á la otra.»

La otra era Teresina, su criada.

Petra subió y se presentó en el tocador de doña Ana sin ser llamada.

— ¿Qué quieres? — preguntó el ama, que se estaba embozando en su chal porque sentía mucho frío.

— El señor no me ha preguntado por la señora. Yo no le he dicho... que estaba ahí don Fermín.

— ¿Quién?

— Don Fermín.

— ¡Ah! Bien, bien... ¿para qué? ¿qué importa?

Petra se mordió los labios y dió media vuelta murmurando:

— ¡Orgullosa! si creerá que no tenemos ojos?... Pues sí á una no le diera la gana... pero yo lo hago por el otro...

Sí, Petra lo hacía por el otro, por el Magistral, á quien quería agradar á toda costa. Tenía sus planes la rubia lúbrica.

Don Víctor Quintanar se presentó media hora después á su mujer con manchas de pólvora en la frente y en las mejillas.

No supo nada de la visita nocturna del Magistral. «No preguntó nada: ¿para qué decirselo?»

Á la mañana siguiente, antes de salir el sol, Frigilis entró en el Parque de Ozores por la puerta de atrás, con la llave que él tenía para su uso particular. El amigo íntimo de Quintanar, era el dictador en aquel pueblo de árboles y arbustos. Los días que no iban de

caza, el señor Crespo se los pasaba recorriendo sus *dominios*, que así llamaba al parque de Quintanar; podaba, ingertaba, plantaba ó trasplantaba, según las estaciones y otras circunstancias. Estaba prohibido á todo el mundo, incluso el dueño del bosque, tocar en una hoja. Allí mandaba Frígilis y nadie más. En cuanto entró, se dirigió al cenador. Recordaba haber dejado encima de la mesa de mármol ó de un banco, en fin, allí dentro, unas semillas preparadas para mandar á cierta exposición de floricultura. Buscó, y sobre una mecedora encontró un guante de seda morada entre las semillas esparcidas y mezcladas sobre la paja y por el suelo.

Soltó un taco madrugador y cogió el guante con dos dedos levantándolo hasta los ojos.

—¿Quién diablos ha andado aquí?— preguntó á las auras matutinas.

Guardó el guante en un bolsillo, recogió las semillas que no había llevado el viento, y con gran cuidado volvió á escoger y separar los granos. Se trataba de una singularísima especie de pensamientos monocromos, invención suya.

Cuando sintió ruido en la casa, llamó á gritos.

—Anselmo! Petra! Servanda! Petra!...

Apareció Petra con el cabello suelto, en *chambra*, y mal tapada con un mantón viejo del ama. Parecía la aurora de las doradas guedejas; pero Frígilis, mal humorado, se encaró con la aurora.

—Oye, tú, buena pécora, ¿qué demonio de obispo entra aquí por la noche á destrozarme las semillas?...

—¿Qué dice Vd., que no le entiendo?— contestó Petra desde el patio.

—Digo que ayer me retiré yo de la huerta cerca del oscurocer, que dejé allá dentro unas semillas envueltas en un papel... y ahora me encuentro la simiente revuelta con la tierra en el suelo, y sobre una butaca este



guante de canónigo...
¿Quién ha estado aquí
de noche?

— ¡ De noche! Vd.
sueña, don Tomás.

— ¡ Ira de Dios! De
noche digo...

— Á ver el guante...

— Toma — contestó
Frigilis, arrojando des-
de lejos la prenda.

— Pues... está
bueno! ja,
ja, ja... buen
canónigo te
dé Dios....

Lo que
entiende
Vd. de
modas,

don Tomás... ¿Pues no dice que es un guante de ca-
nónigo?...

—¿Pues de quién es?

—De mi señora... No ve Vd. la mano... qué chiquita... á no ser que haya *canónigas* también.

—¿Y se usan ahora guantes morados?

—Pues claro... con vestidos de cierto color...

Frigilis encogió los hombros.

—Pero mis semillas, mis semillas ¿quién me las ha echado á rodar?

—El gato, ¿qué duda tiene? el gatito pequeño, el Moreno, el mismo que habrá llevado el guante á la glorieta... es lo más urraca!...

En la pajarera de Quintanar cantó un jilguero.

—El gato! el Moreno!...—dijo Frigilis, moviendo la cabeza—qué gato... ni que...

Una sonrisa seráfica iluminó su rostro de repente, y volviéndose á Petra, señaló á la galería con la mano izquierda:

—¡Es mi macho! ¡es mi macho! ¿oyes? estoy seguro... ¡es mi macho!... y tu amo que decía... que su canario... que iba á cantar primero... oyes... oyes? es mi macho, se lo he prestado quince días para que lo viese vencer... es mi macho!

Frigilis olvidó el guante y el gato, y quedó arrobado oyendo el repiqueteo estridente, fresco, alegre del jilguero de sus amores.

Petra escondió en el seno de nieve apretada el guante morado del Magistral.





XVIII

Las nubes pardas, opacas, anchas como estepas, venían del Oeste, tropezaban con las crestas de Corfin, se desgarraban y deshechas en agua, caían sobre Vetusta, unas en diagonales vertiginosas, como latigazos furibundos, como castigo bíblico; otras cachazudas, tranquilas, en delgados hilos verticales. Pasaban, y venían otras, y después otras que parecían las de antes, que habían dado la vuelta al mundo para desgarrarse en Corfin otra vez. La tierra fungosa se descarnaba como los huesos de Job; sobre la sierra se dejaba arrastrar por el viento perezoso, la niebla lenta y desmayada, semejante a un penacho de pluma gris; y toda la campiña entumecida, desnuda, se extendía a lo lejos, inmóvil como el cadáver de un naufrago que chorrea el agua de las olas que le arrojaron a la orilla. La tristeza resignada, fatal de la piedra que la gota eterna horada, era la expresión muda del valle y del monte; la naturaleza muerta parecía esperar que el agua disolviera su cuerpo inerte,

inútil. La torre de la catedral aparecía á lo lejos, entre la cerrazón, como un mástil sumergido. La desolación del campo era resignada, poética en su dolor silencioso: pero la tristeza de la ciudad negruzca, donde la humedad sucia rezumaba por tejados y paredes agrietadas, parecía mezquina, repugnante, chillona, como canturía de pobre de solemnidad. Molestaba; no inspiraba melancolía, sino un tedio desesperado. Frígilis prefería mojarse á campo raso, y arrastraba consigo á Quintanar lejos de Vetusta, cerca del mar, á las praderas y marismas solitarias de Palomares y Roca Tajada, donde fatigaban el monte y la llanura, persiguiendo arceas y chochas en lo espeso de los altozanos nemorosos; y en las planicies escuetas, melancólicos y quejumbrosos alcaravanes, nubes de estorninos, torcos de agua, patos marinos, y bandadas oscuras de pегuetas diligentes. Para estas excursiones lejanas, don Víctor contaba con el beneplácito de su esposa. Se salía al ser de día, en el tren correo, se llegaba á Roca Tajada una hora después, y á las diez de la noche entraban en Vetusta silenciosos, cargados de ramilletes de pluma y como sopa en vino. Allá en las marismas de Palomares, don Víctor solía echar de menos el teatro. «¡ Si el tren saliese dos horas antes, menos mal! » Frígilis no echaba de menos nada. Su devoción á la caza, á la vida al aire libre, en el campo, en la soledad triste y dulce, era profunda, sin rival: Quintanar compartía aquella afición con su amor á las farsas del escenario. Frígilis en el teatro se aburría y se constipaba. Tenía horror á las corrientes de aire, y no se creía seguro más que en medio de la campiña, que no tiene puertas.

Crespo tenía bien definida y arraigada su vocación: la naturaleza; Quintanar había llegado á viejo sin saber «cuál era su destino en la tierra», como él decía, usando el lenguaje del tiempo romántico, del que le

quedaban algunos resabios. Era el espíritu del ex-regente, de blanda cera; fácilmente tomaba todas las formas y fácilmente las cambiaba por otras nuevas. Creíase hombre de energía, porque á veces usaba en casa un lenguaje imperativo, de bando municipal; pero no era, en rigor, más que una pasta para que otros hiciesen de él lo que quisieran. Así se explicaba que, siendo valiente, jamás hubiese tenido ocasión de mostrar su valor luchando contra una voluntad contraria. Él sostenía que en su casa no se hacía más que lo que él quería, y no echaba de ver que siempre acababa por querer lo que determinaban los demás. Si Ana Ozores hubiera tenido un carácter dominante, don Víctor se hubiese visto en la triste condición de esclavo: por fortuna, la Regenta dejaba al buen esposo entregado á las veleidades de sus caprichos y se contentaba con negarle toda influencia sobre los propios gustos y aficiones. Aquel programa de diversiones, alegría, actividad bulliciosa, que había publicado á són de trompeta Quintanar, se cumplía sólo en las partes y por el tiempo que á su esposa le parecían bien; si ella prefería quedar en casa, volver á sus ensueños, don Víctor que había prometido y hasta jurado no ceder, poco á poco cedía; procuraba que la retirada fuese honrosa, fingía transigir y creía á salvo su honor de hombre enérgico y amo de su casa, permitiéndose la audacia de gruñir un poco, entre dientes, cuando ya nadie le oía. Los criados le imponían su voluntad, sin que él lo sospechara. Hasta en el comedor se le había derrotado. Amante, como buen aragonés, de los platos fuertes, del vino espeso, de la clásica abundancia, había ido cediendo poco á poco, sin conocerlo, y comía ya mucho menos, y pasaba por los manjares más fantásticos que succulentos, que agradaban á su mujer. No era que Anita se los impusiese, sino que las cocineras preferían agradar al ama, por-

que allí veían una voluntad seria, y en el señor sólo encontraban un predicador que les aburría con sermones que no entendían. Hasta en el estilo se notaba que Quintanar carecía de carácter. Hablaba como el periódico ó el libro que acababa de leer, y algunos giros, inflexiones de voz y otras cualidades de su oratoria, que parecían señales de una *manera* original, no eran más que vestigios de aficiones y ocupaciones pasadas. Así, hablaba á veces como una sentencia del Tribunal Supremo, usaba en la conversación familiar el tecnicismo jurídico, y esto era lo único que en él quedaba del antiguo magistrado. No poco había contribuido en Quintanar á privarle de originalidad y resolución, el contraste de su oficio y de sus aficiones. Si para algo había nacido, era, sin duda, para cómico de la legua, ó mejor, para aficionado de teatro casero. Si la sociedad estuviera constituida de modo que fuese una carrera suficiente para ganarse la vida, la de cómico aficionado, Quintanar lo hubiera sido hasta la muerte y hubiera llegado á *trabajar*, frase suya, tan bien como cualquiera de esos *otros primeros galanes* que recorren las capitales de provincia, á guisa de buhoneros.

Pero don Víctor comprendió que el cómico en España no vive de su honrado trabajo si no se entrega á la vergüenza de servir al público el arte en las compañías de comediantes de oficio; comprendió además que él necesitaba con el tiempo *crear una familia*, y entró en la carrera judicial á regañadientes. Quiso la suerte, y quisieron las buenas relaciones de los suyos, que Quintanar fuera ascendiendo con rapidez, y se vió magistrado y se vió regente de la Audiencia de Granada, á una edad en que todavía se sentía capaz de representar el *Alcalde de Zalamea* con toda la energía que el papel exige. Pero la espina la llevaba en el corazón; reconocía que el cargo de magistrado es de-

licadísimo, grande su responsabilidad, pero él... «era ante todo un artista.» Aborrecía los pleitos, amaba las tablas y no podía pisarlas *dignamente*! Este era el torcedor de su espíritu. Si le hubiese sido lícito representar comedias, quizás no hubiera hecho otra cosa en la vida, pero como le estaba prohibido por el decoro y otra porción de serias consideraciones, procuraba buscar otros caminos á la comezón de ser algo más que una rueda del poder judicial, complicada máquina; y era cazador, botánico, inventor, ebanista, filósofo, todo lo que querían hacer de él su amigo Frígilis y los vientos del azar y del capricho.

Frígilis había formado á su querido Víctor, al cabo de tantos años de trato íntimo, á su imagen y semejanza, en cuanto era posible. Salía Quintanar de la servidumbre ignorada de su domicilio para entrar en el poder dictatorial, aunque ilustrado, de Tomás Crespo, aquel pedazo de su corazón, á quien no sabía si quería tanto como á su Anita del alma. La simpatía había nacido de una pasión común: la caza. Pero la caza antes no era más que un ejercicio de hombre primitivo para el aragonés; cazaba sin saber lo que eran las perdices, ni las liebres y conejos, por dentro; Frígilis estudiaba la fauna y la flora del país de camino que cazaba, y además meditaba como filósofo de la naturaleza. Crespo hablaba poco, y menos en el campo; no solía discutir, prefería sentar su opinión lacónicamente, sin cuidarse de convencer á quien le oía. Así la influencia de la filosofía naturalista de Frígilis llegó al alma de Quintanar por aluvión: insensiblemente se le fueron pegando al cerebro las ideas de aquel *buen hombre*, de quien los *vetustenses* decían que era un *chiflado*, un tontiloco.

Frígilis despreciaba la opinión de sus paisanos y compadecía su pobreza de espíritu. «La humanidad era mala pero no tenía la culpa ella. El oidium consu-

mía la uva, el *pintón* dañaba el maíz, las patatas tenían su peste, vacas y cerdos la suya; el vetustense tenía la envidia, su oidium, la ignorancia su *pintón*, ¿qué culpa tenía él?» Frígilis disculpaba todos los extravíos, perdonaba todos los pecados, huía del contagio y procuraba librar de él á los pocos á quien quería. Visitaba pocas casas y muchas huertas; sus grandes conocimientos y práctica hábil en arboricultura y floricultura, le hacían árbitro de todos los *parques* y jardines del pueblo; conocía hoja por hoja la huerta del marqués de Corujedo, había plantado árboles en la de Vegallana, visitaba de tarde en tarde el jardín inglés de doña Petronila; pero ni conocía de vista al Gran Constantino, al obispo madre, ni había entrado jamás en el gabinete de doña Rufina, ni tenía con el marqués de Corujedo más trato que el del casino. Se entendía con los jardineros.—En cuanto las lluvias de invierno se inauguraban, después del irónico verano de san Martín, á Frígilis se le caía encima Vetusta y sólo pasaba en su recinto los días en que le reclamaban sus árboles y sus flores.

Quintanar le seguía, muerto de sueño, encerrado en su uniforme de cazador, de que se reía no poco Frígilis, quien usaba la misma ropa en el monte y en la ciudad, y los mismos zapatos blancos de suela fuerte, claveteada. Se metían en un coche de tercera clase, entre aldeanos alegres, frescos, colorados; Quintanar dormitaba dando cabezadas contra la tabla dura; Frígilis repartía ó tomaba cigarros de papel, gordos; y más decididor que en Vetusta, hablaba, jovial, expansivo, con los hijos del campo, de las cosechas de ogaño y de las nubes de antaño; si la conversación degeneraba y caía en los pleitos, torcía el gesto y dejaba de atender, para abismarse en la contemplación de aquella campiña triste ahora, siempre querida para él que la conocía palmo á palmo.

Ana envidiaba á su marido la dicha de huir de Vetusta, de ir á mojar-se á los montes y á las marismas, en la soledad, lejos de aquellos tejados de un rojo negruzco que del agua que les caía del cielo hacía una inmundicia.

«¡ Ah, sí! ella estaba dispuesta á procurar la salvación de su alma, á buscar el camino seguro de la virtud; pero ¡cuánto mejor se hubiera abierto su espíritu á estas grandezas religiosas en un escenario más digno de tan sublime poesía! Cuán difícil era admirar la creación para elevarse á la idea del Creador, en aquella



Encimada taciturna, calada de humedad hasta los huesos de piedra y madera carcomida; de calles estrechas, cubiertas de yerba, —yerba alegre en el campo, allí símbolo de abandono,—lamidas sin cesar por las goteras de los tejados, de monótono y eterno ruido acompasado al salpicar los guijarros puntiagudos!...

No se explicaba la Regenta cómo Visitación iba y venía de casa en casa, alegre como siempre, risueña, sin miedo al agua ni menos al fango del arroyo... sin pensar siquiera en que llovía, sin acordarse de que el cielo era un sudario en vez de un manto azul, como debiera. Para Visita era el tiempo siempre el mismo, no pensaba en él, y sólo le servía de tópico de conversación en las visitas de cumplido.

La del Banco, como pajarita de las nieves, saltaba de piedra en piedra, esquivaba los charcos, y de paso, dejaba ver el pié no mal calzado, las enaguas no muy limpias, y á veces algo de una pantorrilla digna de mejor media.—Tampoco á Obdulia el agua la encerraba en casa, ni la entumecía: también alegre y bulliosa corría de portal en portal, desafiando los más recios chaparrones, riendo á carcajada si una gota indiscreta mojaba la garganta que palpitaba tibia; y era de ver el arte con que sus bajos, con instintos de armiño, cruzaban todo aquel peligro del cieno, immaculados, copos de nieve calada, dibujos y hojarasca sonante de espuma de Holanda; tentación de Bermúdez el arqueólogo espiritualista.

Notaba Ana con tristeza y casi envidia que en general los vetustenses se resignaban sin gran esfuerzo con aquella vida submarina, que duraba gran parte del otoño, lo más del invierno y casi toda la primavera. Cada cual buscaba su rincón y parecían no menos contentos que Frígilis huyendo á las llanuras vecinas del mar á mojarse á sus anchas.

La Marquesa de Vegallana se levantaba más tarde



si llovía más; en su lecho blindado contra los más recios ataques del frío, disfrutaba deleites que ella no sabía explicar, leyendo, bien arropada, novelas de viajes al polo, de cazas de osos, y otras que tenían su acción en Rusia ó en la Alemania del Norte por lo menos. El contraste del calorcillo y la inmovilidad que ella gozaba con los grandes frios que habían de sufrir los héroes de sus libros, y con los largos paseos que se daban por el globo, era el mayor placer que gozaba al cabo del año doña Rufina. Oír el agua que azota los cristales allá fuera, y estar compadeciéndose de un pobre niño perdido en los hielos... ¡qué delicia para un alma tierna, á su modo, como la de la señora Marquesa!

—Yo no soy sentimental—decía ella á don Saturnino Bermúdez, que la oía con la cabeza torcida y la sonrisa estirada con clavijas de oreja á oreja—yo no soy sentimental, es decir, no me gusta la sensiblería... pero leyendo ciertas cosas, me siento bondadosa... me enternezco... lloro... pero no hago alarde de ello.

—Es el dón de lágrimas, de que habla Santa Teresa, señora—respondía el arqueólogo; y suspiraba como echando la llave al cajón de los secretos sentimentales.

El Marqués hacía lo que los gatos en Enero. Desaparecía por temporadas de Vetusta. Decía que iba á preparar las elecciones. Pero sus *intimos* le habían oído, en el secreto de la confianza, después de comer bien, á la hora de las confesiones, que para él no había afrodisíaco mejor que el frío. «Ni los mariscos producen en mí el efecto del agua y la nieve.» Y como sus aventuras eran todas rurales, salía el buen Vegallana á desafiar los elementos, recorriendo las aldeas, entre lodo, hielo y nieve en su coche de camino. Y así preparaba las elecciones, buscando votos para un porvenir lejano, según frase picaresca de don Cayetano

Ripamilán, siempre dispuesto á perdonar esta clase de extravíos.

La tertulia de la Marquesa veía el cielo abierto en cuanto el tiempo se metía en agua. Los que tenían el privilegio envidiable y envidiado de penetrar en aquella estufa perfumada, bendecían los chubascos que daban pretexto para asistir todas las noches al gabinete de doña Rufina. ¿Qué habían de hacer sino? ¿Á dónde habían de ir?—En la chimenea ardían los bosques seculares de los dominios del Marqués; aquellas encinas feudales se carbonizaban con majestuosos chirridos. Á su calor no se contaban *antiguas consejas*, como presumía Trifón Cármenes que había de suceder por fuerza en todo *hogar señorial*, pero se murmuraba del mundo entero, se inventaban calumnias nuevas y se amaba con toda la franqueza prosáica y sensual que, según Bermúdez, «era la característica del presente momento histórico, desnudo de toda presea ideal y poética.»—El gabinete no era grande, eran muchos los muebles, y los contertulios se tocaban, se rozaban, se oprimían, si no había otro remedio. ¿Quién pensaba en los aguaceros?

En las reuniones de segundo orden, que abundaban en Vetusta, la humedad excitaba la alegría; cada cual se iba al agujero de costumbre y era de oír, por ejemplo, la algazara con que entraban en el portal de la casa de Visita «los que la favorecían una vez por semana honrando sus salones,» que eran sala y gabinete; eran de oír las carcajadas, las bromas de los tertulios guarecidos bajo los paraguas que recibían con estrépito las duchas de los tremendos *serpentones* de hojalata... Todos despreciaban el agua, pensando en los placeres esotéricos de la lotería y de las charadas representadas.

—En cuanto al «elemento devoto de Vetusta,» (frase del *Lábaro*) se metía en novenas así que el tiempo

se metía en agua. El elemento devoto era todo el pueblo en llegando el mal tiempo, y hasta los socios *del Viernes santo*, unos perdidos que se juntaban durante la Semana de Pasión á comer de carne en la fonda, hasta esos acudían al templo, si bien á criticar á los predicadores y mirar á las muchachas. Este fervor religioso de Vetusta comenzaba con la Novena de las Animas, poco popular, y la muy concurrida del Corazón de Jesús, no cesando hasta que se celebraba la más famosa de todas, la de los Dolores, y la poco menos favorecida de la Madre del Amor Hermoso, en el florido Mayo, esta última. Pero además de las Novenas tenían las almas piadosas otras muchas ocasiones de alabar á Dios y sus santos, en solemnidades tan notables como las fiestas de Pascua y las de Cuaresma, especialmente en los Sermones de la Audiencia, pagados por la Territorial todos los viernes de aquel tiempo santo y de meditación, según Cármenes.

El temporal retrasó no poco el cumplimiento de aquel plan de higiene moral, impuesto suavemente por don Fermín á su querida amiga. Ana aborrecía el lodo y la humedad; le crispaba los nervios la frialdad de la calle humeda y sucia, y apenas salía del sombrío caserón de los Ozores. Había confesado otras dos veces antes de terminar Noviembre, pero no se había decidido á ir casa de doña Petronila, ni el Magistral se atrevió á recordarle aquella cita. El Gran Constantino sabía ya por su querido y admirado señor De Pas, quien la visitaba más á menudo ahora, que doña Ana deseaba ayudarla en sus santas labores y en la administración de tantas obras piadosas como ella dirigía y pagaba sabiamente.

—«¿Cuándo viene por acá ese ángel hermosísimo?»

—preguntaba el obispo madre, en estilo de novena, cargado de superlativos abstractos.

Las beatas que servían de cuestores de palacio en

el del Gran Constantino, las del *cónclave*, como las llamaba Ripamilán, esperaban con ansiedad mística y con una curiosidad maligna á la nueva compañera, que tanto prestigio traería con su juventud y su hermosura á la piadosa y complicada empresa de salvar el mundo en Jesús y por Jesús; pues nada menos que esto se proponían aquellas devotas de armas tomar, militantes como coraceros.

Pero Ana, sin saber por qué, sentía una vaga repugnancia cuando pensaba en ir á casa de doña Petronila; le parecía mejor ver al Magistral en la iglesia; allí encontraba ella el fervor religioso necesario para confesar sus ideas malas, sus deseos peligrosos. El Magistral comenzó á impacientarse; la Regenta no subía la cuesta, persistía en sus peligrosos anhelos panteísticos, que así los calificaba él, se empeñaba en que era piedad aquella ternura que sentía con motivo de espectáculos profanos, y declaraba francamente que las lecturas devotas le sugerían reflexiones probablemente heréticas, ó por lo menos, poco á propósito para llegar á la profunda fe que el Magistral exigía como preparación absolutamente indispensable para dar un paso en firme. Otras veces los libros piadosos la hacían caer en somnolencia melancólica ó en una especie de marasmo intelectual que parecía estupidez. En cuanto á la oración, Ana decía que recitar de memoria plegarias era un ejercicio inútil, soporífero, que le irritaba los nervios; las repetía cien veces, para fijar en ellas la atención, y llegaba á sentir náuseas antes de conseguir un poco de fervor... «Nada, nada de eso; no hay cosa peor que rezar así, respondía el Magistral; á la oración ya llegaremos; por ahora en este punto basta con sus antiguas devociones.» Y, aunque temiendo los peligros de la fantasía de Ana, por no perder terreno, tenía que dejarla abandonarse á los espontáneos arranques de ternura piadosa que venían sin saber cómo, á

lo mejor, provocados por cualquier accidente que ninguna relación parecía tener con las ideas religiosas. El miedo á las expansiones naturales de aquel espíritu ardiente le había hecho cambiar el plan suave de los primeros días por aquel otro expuesto en el Cenador del Parque, más parecido á la ordinaria disciplina á que él sometía á los penitentes; pero ya veía don Fermín que era preciso volver á la blandura y dejar al instinto de su amiga más parte en la ardua tarea de ganar para el bien aquellos tesoros de sentimiento y de grandeza ideal. Este sistema de la cuerda floja retrasaba el triunfo, pero le permitía á él presentarse á los ojos de Ana más simpático, hablando el lenguaje de aquella vaguedad romántica que ella creía religiosidad sincera, y no pasaba de ser una idolatría disimulada, según don Fermín. No, él no se dejaba seducir por panteísmos, aunque fuesen tan bien parecidos como el de su amiga.

De lo que él estaba seguro era del efecto profundo y saludable que en semejante mujer tenían que producir las bellezas del culto el día en que ella las presenciara con atención y dispuesto el ánimo á las sensaciones místicas por aquella excitación nerviosa, de cuyos accesos tantas noticias tenía ya el confesor diligente.

Cuando ella volvía á hablarle de aburrimiento, del dolor del hastío, de la estupidez del agua cayendo sin cesar, él repetía: «Á la iglesia, hija mía, á la iglesia; no á rezar; á estarse allí, á soñar allí, á pensar allí oyendo la música del órgano y de nuestra excelente capilla, oliendo el incienso del altar mayor, sintiendo el calor de los cirios, viendo cuanto allí brilla y se mueve, contemplando las altas bóvedas, los pilares esbeltos, las pinturas suaves y misteriosamente poéticas de los cristales de colores...» Poca gracia le hacía á don Fermín esta retórica á lo Chateaubriand; siempre había creído que recomendar la religión por su her-

mosura exterior, era ofender la santidad del dogma, pero sabía hacer de tripas corazón y amoldarse á las circunstancias. Además, sin que él quisiera pensar en ello, le halagaba la esperanza de encontrar á menudo en la catedral, en las Conferencias de San Vicente, en el Catecismo, á su amiga, que allí le vería triunfante luciendo su talento, su ciencia y su elegancia natural y sencilla.

Pero cada día era mayor la repugnancia de Anita á pisar la calle; la humedad le daba horror, la tenía encogida, envuelta en un mantón, al lado de la chimenea monumental del comedor tétrico, horas y horas, de día y de noche. Don Víctor no paraba en casa. Si no estaba de caza, entraba y salía, pero sin detenerse; apenas se detenía en su despacho. Le había tomado cierto miedo. Varias máquinas de las que estaba inventando ó perfeccionando se le habían sublevado, erizándose de inesperadas dificultades de mecánica racional. Allí estaban, cubiertos de glorioso polvo, sobre la mesa del despacho, diabólicos artefactos de acero y madera, esperando en posturas interinas á que don Víctor emprendiese el estudio *serio* de las matemáticas, de todas las matemáticas, que tenía aplazado por culpa de la compañía dramática de Perales. En tanto Quintanar, un poco avergonzado en presencia de aquellos juguetes irónicos, que se le reían en las barbas, esquivaba su despacho siempre que podía, y ni cartas escribía allí. Además, las colecciones botánicas, mineralógicas y entomológicas yacían en un desorden caótico, y la pereza de emprender la tarea penosa de volver á clasificar tantas yerbas y mosquitos también le alejaba de su casa. Iba al casino á disputar y á jugar al ajedrez; hacía muchas visitas y buscaba modo de no aburrirse metido en casa. «Mejor,» pensaba Ana sin querer. Su don Víctor, á quien en principio ella estimaba, respetaba y hasta quería todo lo que era menester, á su juicio, le

iba pareciendo más insustancial cada día; y cada vez que se le ponía delante echaba á rodar los proyectos de vida piadosa que Ana poco á poco iba acumulando en su cerebro, dispuesta á ser, en cuanto mejorase el tiempo, una *beata* en el sentido en que el Magistral lo había solicitado. Mientras pensaba en el marido abstracto, todo iba bien; sabía ella que su deber era amarle, cuidarle, obedecerle; pero se presentaba el señor Quintanar con el lazo de la corbata de seda negra torcido, junto á una oreja; vivaracho, inquieto, lleno de pensamientos insignificantes, ocupado en cualquier cosa baladí, tomando con todo el calor natural lo más mezquino y digno de olvido, y ella sin poder remediarlo, y con más fuerza por causa del disimulo, sentía un rencor sordo, irracional, pero invencible por el momento, y culpaba al universo entero del absurdo de estar unida para siempre con semejante hombre. Salía don Víctor dejando tras sí las puertas abiertas, dando órdenes caprichosas para que se cumplieran en su ausencia; y cuando Ana ya sola, pegada á la chimenea taciturna, de figuras de yeso ahumado, quería volver á su propedéutica piadosa, á los preparativos de vida virtuosa, encontraba anegada en vinagre toda aquella sentimental fábrica de su religiosidad, y calificaba de hipocresía toda su resignación. «¡Oh no, no! ¡yo no puedo ser buena! yo no sé ser buena; no puedo perdonar las flaquezas del prójimo, ó si las perdono, no puedo tolerarlas. Ese hombre y este pueblo me llenan la vida de prosa miserable; diga lo que quiera don Fermín, para volar hacen falta alas, aire...» Estos pensamientos la llevaban á veces tan lejos que la imagen de don Alvaro volvía á presentarse brindando con la protesta, con aquella amable, brillante, dulcísima protesta de los sentidos poetizados, que había clavado en su corazón con puñaladas de los ojos el elegante *dandy* la tarde memorable de *Todos los Santos*. Entonces Ana

se ponía en pié, recorría el comedor á grandes pasos, hundida la cabeza en el embozo del chal apretado al cuerpo, daba vuelta al rededor de la mesa oval, y acababa por acercarse á los vidrios del balcón y apretar contra ellos la frente. Salía, cruzando el estrado triste, pasillos y galerías, llegaba á su gabinete y también allí se apretaba contra los vidrios y miraba con ojos distraídos, muy abiertos y fijos, las ramas desnudas de los castaños de Indias, y los soberbios eucaliptus, cubiertos de hojas largas, metálicas, de un verde mate, temblorosas y resonantes. Si no llovía mucho, Frigilis solía andar por allí; más tiempo faltaba Quintanar de casa que Frigilis de la huerta. Ana acababa por verle. «Aquél había sido su único amigo en la triste juventud, en el tiempo de la servidumbre miserable; y ahora casi le odiaba; él la había casado; y sin remordimiento alguno, sin pensar en aquella torpeza, se dedicaba ahora á sus árboles, que podaba sin compasión, que ingertaba á su gusto, sin consultar con ellos, sin saber si ellos querían aquellos tajos y aquellos inger-tos...» «¡Y pensar que aquel hombre había sido inteligente, amable! Y ahora... no era más que una máquina agrícola, unas tijeras, una segadora mecánica, ¡á quien no embrutecía la vida de Vetusta!»

Frigilis, si veía á su querida Ana detrás de los cristales, la saludaba con una sonrisa y volvía á inclinarse sobre la tierra; aplastaba un caracol, cortaba un vástago importuno, afirmaba un rodrigón y seguía adelante, arrastrando los zapatos blancos sobre la arena húmeda de los senderos... Y Ana veía desaparecer entre las ramas aquel sombrero redondo, flexible, siempre gris, aquel tapabocas de cuadros de pana eternamente colgado al cuello, aquella cazadora parda y aquellos pantalones ni anchos ni estrechos, ni nuevos ni viejos, de ramitos borrosos de lana verde y roja alternando sobre fondo negro.

Á menudo visitaban á la Regenta la del Banco y el Marquesito. — Paco estaba admirado de la heróica resistencia de la de Ozores; no comprendía él que su ídolo, su don Alvaro tardase tanto en conquistar una voluntad, en rendir una virtud, si la voluntad estaba ya conquistada.

«—Ella está enamorada de ti, de eso estoy seguro— decía Paco á Mesía en el Casino, á última hora, cuando sólo quedaban allí los trasnochadores de oficio.

Estaban los dos sentados junto á un velador cubierto con fina y blanca servilleta; cenaban con sendas medias botellas de Burdeos al lado, y llegaban al momento necesario de la expansión y las confidencias; Mesía melancólico, pasando á tragos la nostalgia de lo infinito, que también tienen los *descreídos* á su modo, inclinaba mustia la gallarda y fina cabeza de un rubio pálido, y parecía un poco más viejo que de ordinario. Callaba, y comía y bebía. Paco, con la boca llena, pero no por modo grosero, sino casi elegante, hablaba, brillante la pupila, rojas las mejillas, con el sombrero echado hacia el cogote.

— Ella está enamorada, de eso estoy seguro... pero tú... tú no eres el de otras veces... parece que la temes. Nunca quieres venir conmigo á su casa... y eso que don Víctor nunca está, siempre anda con el espiritista de Frígilis por esos montes.

Paco creía que Frígilis era espiritista, opinión muy generalizada en Vetusta.

— ¡En su casa no se puede adelantar nada. Es una mujer rara... histérica... hay que estudiarla bien. Dejadme á mí.

No quería confesar que se tenía por derrotado: creía firmemente que Ana estaba entregada al Magistral. No quería aquella conversación; se sentía ahora humillado con la protección de Paco, solicitada meses antes por él. Sin saberlo, el Marquesito le hacía daño

cada vez que le hablaba de tal asunto y le proponía planes de ataque y medios para entrar en la plaza por sorpresa. «¿Cuándo había necesitado él, Mesía, socorros por el estilo? ¿Cuándo había permitido á nadie saber el cómo y á qué hora vencía á una mujer?... Y esta señora le humillaba así! ¡Cómo se reiría de él Visita, aunque lo disimulaba; y el mismo Paco ¿qué pensaría? ¡ Ah Regenta, Regenta, si venzo al fin!... ya me las pagarás!» Pero ya no esperaba vencer; lidiaba desesperado. En vano, siempre que el tiempo lo permitía, montaba en su hermoso caballo blanco de pura raza española; pasaba y repasaba la Plaza Nueva, y algunas veces veía detrás de los cristales, en la Rinconada, á la de Quintanar que le saludaba amable y tranquila; pero no era el caballo talismán como él había creído, porque la escena de la tarde aquella no se repitió nunca. «Si, lo que yo temía, no fué más que un cuarto de hora que no pude aprovechar.» Creía con fe inquebrantable que ya su único recurso sería la ocasión difícilísima, casi imposible, de un ataque brusco, bárbaro, coincidiendo con otro cuarto de hora. Pero esto no colmaba su deseo, no satisfacía su amor propio, sería un placer efímero y una venganza... ¡y además era casi imposible! Pocas veces se había atrevido á visitar á la Regenta, que no le recibía si no estaba don Víctor en casa. Quintanar, en cambio, le abría los brazos y le estrechaba con efusión, cada día más enamorado, como él decía, de aquel hermoso figurín: ¡qué arrogante primer galán en comedia de costumbres haría el dignísimo don Alvaro! Pero ya que las tablas no le llamasen ¿por qué no se hacía diputado á Cortes? Mesía había nacido para algo más que cabeza de ratón; era poco ser jefe de un partido, que nunca era poder, en una capital de segundo orden. ¿Por qué no se iba á Madrid con un acta en el bolsillo?

Cuando le dirigía estas preguntas lisonjeras, don

Alvaro inclinaba la cabeza y miraba con gesto compungido á la Regenta como diciendo:

«—¡Por Vd., por el amor que la tengo estoy yo en este miserable rincón!»

—Usted es de la madera de los ministros...

—Oh... don Víctor... no crea Vd. que eso me halaga... ¡Ministro! ¿Para qué? Yo no tengo ambición política... Si milito en un partido es por servir á mi país, pero la política me es antipática... tanta farsa... tanta mentira...

—Efectivamente, en los Estados Unidos sólo son políticos los perdidos... pero en España... es otra cosa... un hombre como Vd... Subiría mi don Alvaro como la espuma.

Pero don Alvaro suspiraba y volvía los ojos á la Regenta... Por lo demás, él seguía considerando que ante todo era un hombre político. Lo de ir á Madrid lo dejaba para más adelante. Ahora hacía diputados desde Vetusta y se quedaba allí; pero en cuanto tuviera más blanda á la señora del ministro, él volaría, él volaría... seguro de no dar un batacazo. Estos eran sus planes. Pero además aquella resistencia de Ana, que había creído vencer sino en pocas semanas en pocos meses, era un nuevo motivo para retrasar el cambio de vecindad. ¿Cómo ir á Madrid sin vencer á aquella mujer? Y aquella mujer parecía ya invencible.

Desde la noche de Todos los Santos, Mesía, vergüenza le daba confesárselo á sí mismo, no había adelantado un paso. Ocho días había estado sin conseguir hablar á solas un momento con Ana, y cuando logró tal intento fué para convencerse de que aquella exaltación de la tarde dichosa había pasado acaso para siempre.

Visitación se volvía loca. Su marido, el señor Cuervo, y sus hijos comían los garbanzos duros, se lavaban

sin toalla porque ella había salido con las llaves, como siempre, y no acababa de volver. «¿Cómo había de volver si aquella empecatada de Regenta no se daba á partido, y resistía al hombre irresistible con heroicidad de roca!» El mísero empleado del Banco retorció el bigotillo engomado y con voz de tiple decía á la muchedumbre de sus hijos que lloraban por la sopa:



— Silencio, niños, que mamá riñe si se come sin ella...

Y la sopa se enfriaba, y al fin aparecía Visitación, sofocada, distraída, de mal humor. Venía de casa de Vegallana donde había conseguido que Ana y Alvaro se hablaran á solas un momento, por casualidad... que había preparado ella. ¡Pero buena conversación te dé Dios! Él había salido mordiéndose el bigote y le había dicho á ella, á Visita: «Déjame en paz! al querer darle una broma. Déjame en paz!» señal de que no daba un paso. Visitación sentía ahora una vergüenza retrospectiva; recordaba el tiempo que había ella tardado en ceder, lo comparaba con la resistencia

de Ana y... se le encendían las mejillas de cólera, de envidia, de pudor malo, falso. Algo le decía en la conciencia que el oficio que había tomado era miserable... pero buena estaba ella para oír consejos de comedia moral y gritos interiores; aquel anhelo villano era una pasión cada día más fuerte, era de un saborcillo agri-dulce y picante que prefería ya á todas las dulzuras de la confitería. Era una pasión, una cosa que recordaba la juventud, aunque al mismo tiempo parecía síntoma de la vejez. En fin, ella no trataba de resistir, y había llegado á creer que sería capaz de arrojar á su amiga á la fuerza en brazos del antiguo amante. De todos modos, en casa de Visita faltaba la limpieza de suelo y muebles, de sala y cocina, y no era su hogar una taza de plata, y día hubo que el marido no encontró camisa en el armario y se fué al Banco... con un camisolín de su mujer, que simulaba bien ó mal un cuello marinero.

Pero tanto afán era inútil; ni Visita, ni Paco, ni los paseos á caballo de Mesía, conseguían rendir á la Regenta. ¡Y si al menos se viera que era indiferencia aquella fortaleza! Pero, no; á leguas se veía, según los tres, que Ana estaba interesada. Esto era lo que les irritaba más, sobre todo á Visita. Don Alvaro no hablaba de este mal negocio con la del Banco, por más que ella le hurgaba. Con Paco únicamente desahogaba, y pocas veces. — Pero Ana creía en un complot y esto la ayudaba no poco en su defensa. Iba de tarde en tarde á casa de Vegallana, á pesar de las protestas pesadas, insufribles de Quintanar, que repetía:

— ¡Qué dirán esos señores, Anita, qué dirán los Marqueses!

Si don Alvaro perdía la esperanza, el Magistral tampoco estaba satisfecho. Veía muy lejos el día de la victoria; la inercia de Ana le presentaba cada vez nuevos obstáculos con que él no había conta-

do. Además, su amor propio estaba herido. Si alguna vez había ensayado interesar á su amiga descubriéndole, ó por vía de ejemplo ó por alarde de confianza, algo de la propia historia íntima, ella había escuchado distraída, como absorta en el egoísmo de sus penas y cuidados. Más había: aquella señora que hablaba de grandes sacrificios, que pretendía vivir consagrada á la felicidad ajena, se negaba á violentar sus costumbres, saliendo de casa á menudo, pisando lodo, desafiando la lluvia; se negaba á madrugar mucho, y alegando como si se tratase de cosa santa, las exigencias de la salud, los caprichos de sus nervios. «El madrugar mucho me mata; la humedad me pone como una máquina eléctrica.» Esto era humillante para la religión y *depresivo* para don Fermín; era, de otro modo, un jarro de agua que le enfriaba el alma al Provisor y le quitaba el sueño.

Una tarde entró De Pas en el confesonario con tan mal humor, que Celedonio el monaguillo le vió cerrar la celosía con un golpe violento. Don Fermín bajaba del campanario, donde, según solía de vez en cuando, había estado registrando con su catalejo los rincones de las casas y de las huertas. Había visto á la Regenta en el parque pasear, leyendo un libro que debía de ser la historia de Santa Juana Francisca, que él mismo le había regalado. Pues bien, Ana, después de leer cinco minutos, había arrojado el libro con desdén sobre un banco.

—¡Oh! ¡oh! ¡estamos mal!—había exclamado el clérigo desde la torre; conteniendo en seguida la ira, como si Ana pudiera oír sus quejas. Después habían aparecido en el parque dos hombres, Mesía y Quintanar. Don Alvaro había estrechado la mano de la Regenta que no la había retirado tan pronto como debiera; «¡aunque no fuese más que por estar viéndolos él!» Don Víctor había desaparecido y el seductor de

oficio y la dama se habían ocultado poco á poco entre los árboles, en un recodo de un sendero. El Magistral sintió entonces impulsos de arrojarse de la torre. Lo hubiera hecho á estar seguro de volar sin inconveniente. Poco después había vuelto á presentarse don Víctor, el tonto de don Víctor, con sombrero bajo y sin gabán, de cazadora clara, acompañado de don Tomás Crespo, el del tapabocas; los dos se habían ido en busca de los otros y los cuatro juntos se presentaron de nuevo, ante el objetivo del catalejo que temblaba en las manos finas y blancas del canónigo. Don Víctor levantaba la cabeza, extendía el brazo, señalaba á las nubes y daba pataditas en el suelo. Ana había desaparecido otra vez, había entrado en la casa, olvidando á Santa Juana Francisca sobre el banco, y á los dos minutos estaba otra vez allí con chal y sombrero; y los cuatro habían salido por la puerta del parque, que abrió Frigilis con su llave. ¡Iban al campo!

Cuando don Fermín se vió encerrado entre las cuatro tablas de su confesonario, se comparó al criminal metido en el cepo.

Aquel día las hijas de confesión del Magistral le encontraron distraído, impaciente; le sentían dar vueltas en el banco, la madera del armatoste crujía, las penitencias eran desproporcionadas, enormes.

En vano esperó, con loca esperanza, ver á la Regenta presentarse en la capilla, por casualidad, por impulso repentino, como quiera que fuese, presentarse, que era lo que él quería, lo que él necesitaba. Verdad era que no habían quedado en tal cosa; ocho días faltaban para la próxima confesión, ¿por qué había de venir? «Porque sí, porque él lo necesitaba, porque quería hablarla, decirle que aquello no estaba bien, que él no era un saco para dejarlo arrimado á una pared, que la piedad no era cosa de juego y que los libros edificantes no se tiran con desdén sobre los ban-

cos de la huerta; ni se pierde uno entre los árboles de Frígilis sin más ni más, en compañía de un buen mozo materialista y corrompido.» Pero, no, no pareció por la capilla Ana. «Sabe Dios dónde estarían. ¿Qué expedición era aquella? Necedades de don Víctor; había levantado el brazo señalando á las nubes; aquello parecía como responder del buen tiempo; en efecto, la tarde estaba hermosa, podía asegurarse que no llovería... pero ¿y qué? ¿Era esa razón suficiente para salir con el enemigo al campo? Porque aquel era el enemigo, sí, don Fermín volvía á sospecharlo. La Regenta, sin embargo, jamás se había acusado de una afición singular; hablaba de tentaciones en general y de ensueños lascivos, pero no confesaba amar á un hombre determinado. Y Ana, su dulce amiga, no mentía jamás y menos en el tribunal santo! Pero entonces ¿con quién soñaba? El Magistral recordó la dulcísima hipótesis que había acariciado algún día... y ahora se oponía esta otra que le hacía saltar dentro del cajón de celosías: supongamos que sueña con... ese caballero!» Salió de la capilla furioso, sin disimularlo apenas. Encontró en el trascoro á don Custodio y no le contestó al saludo; entró en la sacristía y amenazó al *Palomo* con la cesantía, porque el gato había vuelto á ensuciar los cajones de la ropa. Pasó después al palacio y el obispo sufrió una fuerte reprensión de las que en tono casi irrespetuoso, avinagrado, espinoso, solía enderezarle su Provisor. El buen Fortunato estaba en un apuro, no tenía dinero para pagar una cuenta de un sastre que había hecho sotanas nuevas á los familiares de S. I. Y el sastre, con las mejores maneras del mundo, pedía los cuartos en un papel sobado, lleno de letras gordas, que el obispo tenía entre los dedos. El alfayate llamaba serenísimo señor al prelado, pero pedía lo suyo.

Fortunato, temblorosa la voz, solicitaba un presta-

mo. El Magistral se hizo rogar, y ofreció anticipar el dinero después de humillar cien veces al buen pastor que tomaba al pié de la letra las metáforas religiosas.

«¿ Á qué habían venido las sotanas nuevas ? Y sobre todo ¿ por qué las pagaba él, Fortunato, de su bolsillo ? Si sabía que no tenía un cuarto, porque toda la paga repartía antes de cobrarla, ¿ por qué se comprometía ? » Fortunato confesó que parecía un subteniente de los sometidos á descuento ; dijo que quería salir de aquella vida de trampas.

—« Yo no sé lo que debo ya á tu madre, Fermín, ¿ debe de ser un dineral ? »

—« Sí, señor, un dineral, pero lo peor no es que usted nos arruine, sino que se arruina también, y lo sabe el mundo y esto es en desprestigio de la Iglesia... Empeñarse por los pobres... Ser un tramposo de la caridad. Hombre, por Dios, ¿ dónde vamos á parar ? Cristo ha dicho: reparte tus bienes y sígueme, pero no ha dicho: reparte los bienes de los demás... »

—Hablas como un sabio, hijo mío, hablas como un sabio, y si no fuera indecoroso, pedía al ministro que me pusiera á descuento, á ver si me corregía.

Después entró en las oficinas De Pas y allí tuvieron motivo para acordarse mucho tiempo de la visita. Todo lo encontró mal ; revolvió expedientes, descubrió abusos, sacudió polvo, amenazó con suspender sueldos, negó todo lo que pudo, preparó dos ó tres castigos para varios párrocos de aldea y por fin dijo, ya en la puerta, que « no daba un cuarto » para una suscripción de los marineros náufragos de Palomares.

—Señor—le dijo llorando un pobre pescador de barba blanca, con un gorro catalán en la mano—¡ señor, que este año nos morimos de hambre ! ¡ que no da para borona la costera del besugo !... »

Pero el Magistral salió sin responder siquiera, pensando en Ana y en Mesía ; y á la media hora, cuando

paseaba por el Espolón solo y á paso largo, olvidado el compás de su marcha ordinaria, le repetía en los sesos, no sabía qué voz: ¡besugo, besugo!

«¿Por qué se acordaba él del besugo?» Y encogió los hombros irritado también con aquella obsesión de estúpido.

—No faltaba más que ahora me volviera loco.

Pasaron ocho días y á la hora señalada Anita se presentó de rodillas ante la celosía del confesonario.

Después de la absolución enjugó una lágrima que caía por su mejilla, se levantó y salió al pórtico. Allí esperó al Magistral y juntos, cerca ya del oscurecer, llegaron á casa de doña Petronila.

Estaba sola el Gran Constantino; repasaba las cuentas de la *Madre del Amor Hermoso*, con sus ojazos de color de avellana asomados á los cristales de unas gafas de oro. Era muy morena, la frente muy huesuda, los párpados salientes, ceja gris espesa, como la gran mata de pelo áspero que ceñía su cabeza; barba redonda y carnosa, nariz de corrección insignificante, boca grande, labios pálidos y gruesos. Era alta, ancha de hombros, y su larga viudez casta parecía haber echado sobre su cuerpo algo como matorral de pureza que le daba cierto aspecto de virgen vetusta. El vestido era negro, hábito de los dolores, con una correa de charol muy ancha y escudo de plata chillón, ostentoso, en la manga, ceñida á la muñeca de gañán con presillas de abalorios.

Estaba sentada delante de un escritorio de armario con figuras chinescas, doradas, incrustadas en la madera negra. Se levantó, abrazó á la Regenta y besó la mano del Magistral. Les suplicó, después de agradecer la sorpresa de la visita, que la dejarasen terminar aquel embrollo de números; y dama y clérigo se vieron solos en el salón sombrío, de damasco verde oscuro y de papelgris y oro. Ana se sentó en el sofá, el Ma-

gistrál á su lado en un sillón. Las maderas de los balcones entornados dejaban pasar rayos estrechos de la luz del día moribundo; apenas se veían Ana y De Pas. Del gabinete de la derecha, salió un gato blanco, gordo, de cola opulenta y de curvas elegantes; se acercó al sofá, paso á paso, levantó la cabeza perezoso, mirando á la Regenta, dejó oír un leve y mimoso quejido gutural, y después de frotar el lomo familiarmente contra la sotana del Provisor, salió al pasillo con lentitud, sin ruido, como si anduviera entre algodones. Ana tuvo aprensión de que olía á incienso el blanquísimo gato; de todas maneras, parecía un símbolo de la devoción doméstica de doña Petronila. En toda la casa reinaba el silencio de una caja almohadillada; el ambiente era tibio y estaba ligeramente perfumado por algo que olía á cera y á estoraque y acaso á espliego... Ana sentía una somnolencia dulce pero algo alarmante; se estaba allí bien, pero se temía vagamente la asfixia.

Doña Petronila tardaba. Una criada, de hábito negro también, entró con una lámpara antigua de bronce, que dejó sobre un velador después de decir con voz de monja acatarrada: «¡Buenas noches!» sin levantar los ojos de la alfombra de fieltro, á cuadros verdes y grises.

Volvieron á quedar solos Ana y su confesor.

Interrumpiendo un silencio de algunos minutos dijo el Magistrál con una voz que se parecía á la del gato blanco:

—No puede Vd. imaginar, amiguita mía, cuánto le agradezco esta resolución...

—Hubiera Vd. hablado antes...

—Bastante he hablado, picarilla...

—Pero no como hoy, nunca me dijo Vd. que era un desaire que yo le hacía y que ya sabían estas señoras el negarme á venir... ¡Llovia tanto!... Ya sabe Vd. que á mí la humedad me mata, la calle mojada me horro-

riza... Yo estoy enferma... sí, señor, á pesar de estos colores y de esta carne, como dice don Robustiano, estoy enferma; á veces se me figura que soy por dentro un montón de arena que se desmorona... No sé cómo explicarlo... siento grietas en la vida... me divido dentro de mí... me achico, me anulo... Si Vd. me viera por dentro me tendría lástima... Pero á pesar de todo eso, si Vd. me hubiese hablado como hoy antes, hubiese venido aunque fuera á nado. Sí, don Fermín, yo seré cualquier cosa, pero no desagradecida. Yo sé lo que debo á Vd., y que nunca podré pagárselo. Una voz, una voz en el desierto solitario en que yo vivía, no puede Vd. figurarse lo que valía para mí... y la voz de Vd. vino tan á tiempo... Yo no he tenido madre, viví como Vd. sabe... no sé ser buena; tiene Vd. razón, no quiero la virtud sino es pura poesía, y la poesía de la virtud parece prosa al que no es virtuoso... ya lo sé... Por eso quiero que Vd. me guíe... Vendré á esta casa, imitaré á estas señoras, me ocuparé con la tarea que ellas me impongan... Haré todo lo que usted manda; no ya por sumisión, por egoísmo, porque está visto que no sé disponer de mí; prefiero que me mande Vd... Yo quiero volver á ser una niña, empezar mi educación, ser algo de una vez, seguir siempre un impulso, no ir y venir como ahora... Y además necesito curarme; á veces temo volverme loca... Ya se lo he dicho á Vd.; hay noches que, desvelada en la cama, procuro alejar las ideas tristes pensando en Dios, en su presencia. «Si él está aquí, ¿qué importa todo?» Esto me digo, pero no vale, porque, ya se lo he dicho, me saltan de repente en la cabeza ideas antiguas, como dolores de llagas manoseadas, ideas de rebelión, argumentos impíos, preocupaciones necias, tercas, que no sé cuándo aprendí, que vagamente recuerdo haber oído en mi casa, cuando vivía mi padre. Y á veces se me antoja preguntarme, ¿si será Dios

esta idea mía y nada más, este peso doloroso que me parece sentir en el cerebro cada vez que me esfuerzo por probarme á mí misma la presencia de Dios?...

—Anita, Anita... calle Vd.... calle Vd., que se exalta! Sí, sí, hay peligro, ya lo veo, gran peligro... pero nos salvaremos, estoy seguro de ello; Vd. es buena, el Señor está con Vd... y yo daría mi vida por sacarla de esas aprensiones... Todo ello es enfermedad, es flato, nervios... ¿qué sé yo? Pero es material, no tiene nada que ver con el alma... pero el contacto es un peligro, sí, Anita; no ya por mí, por Vd. es necesario entrar en la vida devota práctica... ¡Las obras, las obras, amiga mía! Esto es serio, necesitamos remedios enérgicos. Si á Vd. le repugnan á veces ciertas palabras, ciertas acciones de estas buenas señoras, no se deje llevar por la imaginación, no las condene ligeramente; perdone las flaquezas ajenas y piense bien, y no se cuide de apariencias... Y ahora, hablando un poco de mí, ¡si Vd. pudiera penetrar en mi alma, Anita! yo sí que jamás podré pagarle esta hermosa resolución de esta tarde...

—¡Habló Vd. de un modo!...

—Hablé con el alma...

—Yo estaba siendo una ingrata sin saberlo...

—Pero al fin... vida nueva; ¿no es verdad, hija mía?

—Sí, sí, padre mío, vida nueva...

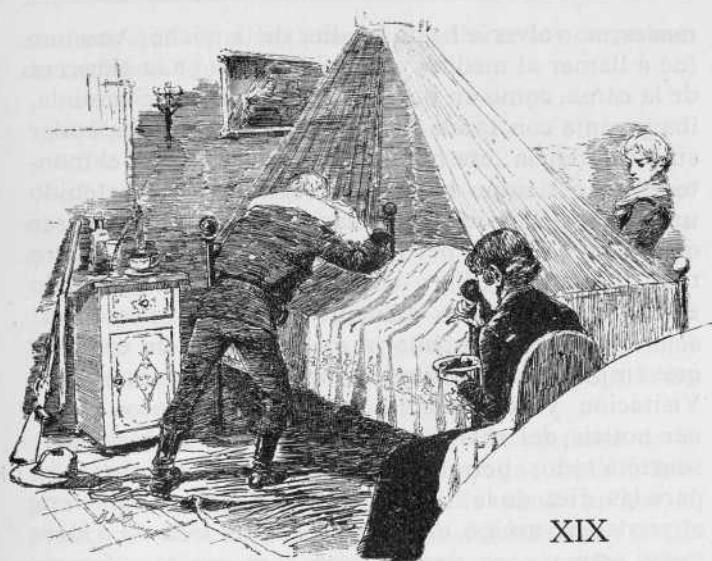
Callaron y se miraron. Don Fermín, sin pensar en contenerse, cogió una mano de la Regenta que estaba apoyada en un almohadón de crochet, y la oprimió entre las suyas sacudiéndola. Ana sintió fuego en el rostro, pero le pareció absurdo alarmarse. Los dos se habían levantado, y entonces entró doña Petronila á quien dijo De Pas sin soltar la mano de la Regenta...

—Señora mía, llega Vd. á tiempo; Vd. será testigo de que la oveja ofrece solemnemente al pastor no separarse jamás del redil que escoge...

El Gran Constantino besó la frente de Ana.

Fué un beso solemne, apretado, pero frío... Parecía poner allí el sello de una cofradía mojado en hielo.





XIX

DON Robustiano Somoza, en cuanto asomaba Marzo, atribuía las enfermedades de sus clientes á la *Primavera médica*, de la que no tenía muy claro concepto; pero como su misión principal era consolar á los afligidos y solía satisfacerles esta explicación climatológica, el médico buen mozo no pensaba en buscar otra. La *Primavera médica* fué la que *postró en cama*, según don Robustiano, á la Regenta, que se acostó una noche de fines de Marzo con los dientes apretados sin querer, y la cabeza llena de fuegos artificiales. Al despertar al día siguiente, saliendo de sueños poblados de larvas, comprendió que tenía fiebre.

Quintanar estaba de caza en las marismas de Palo-

mares; no volvería hasta las diez de la noche. Anselmo fué á llamar al médico y Petra se instaló á la cabecera de la cama, como un perro fiel. La cocinera, Servanda, iba y venía con tazas de tila, silenciosa, sin disimular su indiferencia; era nueva en la casa y venía del monte. Mucho tiempo hacía que Anita no había tenido uno de aquellos impulsos cariñosos de que solía ser objeto don Víctor, pero aquel día, á la tarde, sobre todo al oscurecer, lloró ocultando el rostro, pensando en el esposo ausente. «¡Cuánto deseaba su presencia! sólo él podría acompañarla en la soledad de enfermo que empezaba aquel día.» En vano la Marquesa, Paco, Visitación y Ripamilán acudieron presurosos al tener noticia del mal; á todos los recibió afablemente, sonrió á todos, pero contaba los minutos que faltaban para las diez de la noche. «¡Su Quintanar! Aquel era el verdadero amigo, el padre, la madre, todo.» La Marquesa estuvo poco tiempo junto á su amiga enferma; le tocó la frente y dijo que no era nada, que tenía razón Somoza, la primavera médica... y habló de zarzaparrilla y se despidió pronto. Paco admiraba en silencio la hermosura de Ana, cuya cabeza hundida en la blancura blanda de las almohadas le parecía «una joya en su estuche.» Observó Visita que más que nunca se parecía entonces Ana á la Virgen de la Silla. La fiebre daba luz y lumbre á los ojos de la Regenta, y á su rostro rosas encarnadas; y en el sonreír parecía una santa. Paco pensó, sin querer, «que estaba apetitosa.» Se ofreció mucho, como su madre, y salió. En el pasillo dió un pellizco á Petra que traía un vaso de agua azucarada. Visita dejó la mantilla sobre el lecho de su amiga y se preparó á meterse en todo, sin hacer caso del gesto impertinente de Petra. «¿Quién se fiaba de criados? Afortunadamente estaba ella allí para todo lo que hiciera falta.»

«Por lo demás, tu Quintanar del alma hemos de

confesar que tiene sus cosas; ¿á quién se le ocurre irse de caza dejándote así!»

—Pero qué sabía él...

—¿Pues no te quejabas ya anoche?

—Ese Frigilis tiene la culpa de todo...

—Y quien anda con Frigilis se vuelve loco ni más ni menos que él. ¿No es ese Frigilis el que ingertaba gallos ingleses?

—Sí, sí, él era.

—¿Y el que dice que nuestros abuelos eran monos? Valiente mono mal educado está él... pero, mujer, si ni siquiera viste de persona decente... Yo nunca le he visto el cuello de la camisa... ni *chistera*...

Somoza volvió á las ocho de la noche; á pesar de la primavera médica, no estaba tranquilo; miró la lengua á la enferma, le tomó el pulso, le mandó aplicar al sobaco un termómetro que sacó él del bolsillo, y contó los grados. Se puso el doctor como una cereza... Miró á Visita con torvo ceño y echándose á adivinar, exclamó con enojo:

—¡Estamos mal!... Aquí se ha hablado mucho... Me la han aturdido, ¿verdad? ¡Como si lo viera... mucha gente, de fijo... mucha conversación!...

Entonces fué Visita quien sintió encendido el rostro. Somoza había adivinado. No sabía medicina, pero sabía con quien trataba. Recetó; censuró también á don Víctor por su intempestiva ausencia; dijo que un loco hacía ciento; que Frigilis sabía tanto de darwinismo como él de errar moscas; dió dos palmaditas en la cara á la Regenta, complaciéndose en el contacto; y cerrando puertas con estrépito salió, no sin despedirse hasta mañana temprano, desde lejos.

Visitación, mientras sentada á los piés de la cama devoraba una buena ración de dulce de conserva, aseguraba con la boca llena que Somoza y la carabina de Ambrosio todo uno. La del Banco creía en la medicina

casera y renegaba de los médicos. Dos veces la había sacado á ella de peligros puerperales una famosa matrona sin matrícula ni Dios que lo fundó. «Dí tú que todo es farsa en este mundo. ¡Cómo decir que estás peor porque se ha procurado distraerte! ¡animal! ¡qué sabrá él lo que es una mujer nerviosa, de imaginación viva! De fijo que si no estoy yo, aquí te consumes todo el día pensando tristezas, y dándole vueltas á la idea de tu Quintanar ausente; «que porque no estará aquí, que si es un buen marido, que ya no es un niño para no reflexionar... y qué sé yo; las cosas que se le ocurren á una en la soledad, estando mala y con motivo para quejarse de alguno.»

Ana estudiaba el modo de oír á Visita sin enterarse de lo que decía, pensando en otra cosa, única manera de hacer soportable el tormento de su palique. Á las diez y cuarto entró en la alcoba don Víctor, chorreando pájaros y arreos de caza, con grandes polainas y cinturón de cuero; detrás venía don Tomás Crespo, Frígilis, con sombrero gris arrugado, tapabocas de cuadros y zapatos blancos de triple suela. Quintanar dejó caer al suelo un impermeable, como Manrique arroja la capa en el primer acto del Trovador; y en cuanto tal hizo, saltó á los brazos de su mujer, llenándole de besos la frente, sin acordarse de que había testigos.

«¡Ay, sí! aquello era el padre, la madre, el hermano, la fortaleza dulce de la caricia conocida, el amparo espiritual del amor casero; no, no estaba sola en el mundo, su Quintanar era suyo.» Eterna fidelidad le juró callando, en el beso largo, intenso con que pagó los del marido. El bigote de don Víctor parecía una escoba mojada; con la humedad que traía de las marismas roció la frente de su esposa; pero ella no sintió repugnancia, y vió oro y plata en aquellos pelos tiesos que parecían un cepillo de yerbas hechas ceniza por la raíz y tostadas por las puntas.

También don Víctor opinó que «aquello no sería nada», pero de todos modos, lamentó en el alma no haber venido en el tren de las cuatro y media.

—Ya lo ves, Crespo, si hubiera obedecido á aquella corazonada. Sí señora —añadió dirigiéndose á Visita —que lo diga éste, no sé por qué se me figuró que debía volver más temprano á casa...

—Oh, sí, de eso esté Vd. seguro. Hay presentimientos—gritó la del Banco, que se disponía á narrar tres ó cuatro adivinaciones suyas.

—Pero éste tuvo la culpa...

Frígilis encogió los hombros y tomó el pulso á la enferma, que le apretó la mano, perdonándose todo. La verdad era que don Víctor había querido volver temprano... para no perder el teatro. Pero esto no se podía decir. Frígilis, en silencio, tuvo una vez más ocasión de negar la existencia de los avisos sobrenaturales.—Se había destocado y su cabello espeso, de color montaraz, cortado por igual, parecía una mata, una muestra de las breñas. Cerraba los ojos grises y arrugaba el entrecejo; le enojaba la luz, tropezaba con los muebles, olía al monte; traía pegada al cuerpo la niebla de las marismas y parecía rodeado de la oscuridad y la frescura del campo. Tenía algo de la fiera que cae en la trampa, del murciélago que entra por su mal en vivienda humana llamado por la luz... Y cerca de Ana nerviosa, aprensiva, febril, semejava el símbolo de la salud queriendo *contagiar* con sus emanaciones á la enferma.—

Cuando quedaron solos marido y mujer, después de conseguir, no sin trabajo, que Visita renunciara á sacrificarse quedándose á velar á su amiga, Ana volvió á solicitar los brazos del esposo y le dijo con voz en que temblaba el llanto:

—No te acuestes todavía, estoy muy asustadiza, te necesito, estáte aquí, por Dios, Quintanar...

—Sí, hija sí, pues no faltaba más...—Y solícito, cariñoso le ceñía el embozo de las sábanas á la espalda sonrosada, de raso, que él no miraba siquiera. Pero la Regenta notó luégo que su marido estaba preocupado.

—¿Qué tienes? ¿Tienes aprensión? Crees que estoy peor de lo que dicen... y quieres disimular...

—No, hija, no... por amor de Dios... no es eso...

—Sí, sí; te lo conozco yo; pues no temas, no; yo te aseguro que esto pasará; lo conozco yo; ya sabes cómo soy, parece que me amaga una enfermedad... y después no es nada... Ahora, sí, estoy muy nerviosa, se me figura á lo mejor que me abandona el mundo, que me quedo sola, sola... y te necesito á ti... pero esto pasa, esto es nervioso...

—Sí, hija, claro, nervioso.

Y sin poder contenerse se levantó diciendo:

—Vida mía, soy contigo.

Y salió por la puerta de escape.

—Á ver—gritó en el pasillo;—Petra, Servanda, Anselmo, cualquiera... ¿se llevó la perdiz don Tomás?

Anselmo registró las aves muertas, depositadas en la cocina, y contestó desde lejos:

—¡Sí, señor; aquí no hay perdices!

—¡Ira de Dios! ¡Pardiez! ¡Malhaya! ¡Siempre el mismo! Si es mía, si la maté yo... si estoy seguro de que fuè mi tiro... ¡Es lo más vanidoso!... ¡Anselmo! oye esto que digo: mañana al ser de día, ¿entiendes? te *personas* en casa de don Tomás, y le pides de mi parte, con la mayor energía y seriedad, la perdiz, esté como esté, ¿entiendes? y que no es broma, y aunque esté pelada, que quiero que me la restituyan... *Suum cuique*.

Ana oyó los gritos, y se apresuró á perdonar aquella debilidad inocente de su esposo. «Todos los cazadores son así;» pensó con la benevolencia de la fiebre incipiente.

Volvió don Víctor y la sonrisa dulce, cristiana de su esposa, le restituyó la calma, ya que la perdiz no podía.

Hasta la una y media no concilió el sueño su mujer, y entonces y sólo entonces, pudo don Víctor disponerse á dormir.

Una vez en mangas de camisa ante su lecho, consideró que era un contratiempo serio la enfermedad de su queridísima Ana. «Él no estaba alarmado, bien lo sabía Dios; no había peligro; si lo hubiese lo conocería en el susto, en el dolor que le estaría atormentando; no había susto, no había dolor, luego no había peligro. Pero había contratiempo; por de pronto, adiós teatro para muchos días, y aunque se trataba ahora de una compañía de zarzuela, que era un género híbrido, sin embargo, él confesaba que empezaba á saborear las bellezas suaves y sencillas de la zarzuela seria, y había encontrado noches pasadas, cierto color local en *Marina*, y sabor de época en *El Dominó Azul*, sin contar con los amores contrariados del *Juramento*, que eran cosa delicada. Pero ¿y la expedición con el gobernador de la Provincia, para inaugurar el ferrocarril económico de Occidente? ¿Y las partidas de dominó con el Ingeniero jefe en el Casino? ¿Y los paseos largos que necesitaba para hacer bien la digestión?» La idea de no salir de casa en muchos días, le aterraba... Se acostó de muy mal humor. Apagó la luz. La oscuridad le sugirió un remordimiento: «Era un egoísta, no pensaba en su pobrecita mujer, sino en su comodidad, en sus caprichos.» Y, como en desagravio, para engañarse á sí propio, suspiró con fuerza y exclamó en voz alta:

—¡Pobrecita de mi alma!

Y se durmió satisfecho.

Despertó con la cabeza llena de proyectos, como solía; pero de repente pensó en Ana, en la fiebre y se

llenó su alma de tristeza cobarde... «¡ Sabe Dios lo que sería aquello !» La botica, los jaropes que él aborrecía, el miedo á equivocarse las dosis, el pavor que le inspiraban las medicinas verdosas, creyendo que podían



ser veneno (para don Víctor el veneno, á pesar de sus estudios fisico-químicos, siempre era verde ó amarillo), las equivocaciones y torpezas de las criadas, las horas de hastío y silencio al pié del lecho de la enferma, las inquietudes naturales, el estar pendiente de las palabras de Somoza, el hablar con todos los que quisieran enterarse de la misma cosa, de los grados de la enfermedad... todas estas incomodidades se aglomeraron en la imaginación de don Víctor, que escupió bilis repetidas veces, y se levantó lleno de lástima de sí mismo. Fué á la alcoba de su mujer y se olvidó de repente de todo aquello: Ana estaba mal, había delirado; no habían querido despertarle, pero la señora había pasado una noche terrible según Petra, que había velado.

Somoza llegó á las ocho.

—¿Qué es? ¿qué tiene? ¿hay gravedad?

Don Víctor con las manos cruzadas, apretadas, convulso, preguntaba estas cosas delante de la enferma, que aunque aletargada, oía.

El médico no contestó. Recetó y salió al gabinete.

—¿Qué hay? ¿qué hay?—repetía allí Quintanar con voz trémula y muy bajo...—¿Qué hay?

Don Robustiano le miró con desprecio, con odio y con indignación...

«¡Qué hay! ¡qué hay! eso pronto se pregunta»; don Robustiano no sabía lo que iba á haber, pero parecía algo gordo por las señas; esto pensó, pero dijo:

—Hay... que andar en un pié, tener mucho cuidado, no dejarla en poder de criadas, ni de Visitación que la aturda con su cháchara;... eso hay.

—Pero ¿es cosa grave, es cosa grave?

—Ps... es y no es. No, no es grave; la ciencia no puede decir que es grave,... ni puede negarlo. Pero hijo, Vd. no entiende de esto... ¿Se trata de una hepatitis? puede... tal vez hay gastro-enteritis... tal vez... pero hay fenómenos reflejos que engañan...

—¿De modo que no son los nervios? ¿Ni la primavera médica?...

—Hombre, los nervios siempre andan en el ajo... y la primavera... la sangre... la savia nueva... es claro... todo influye... pero Vd. no puede entender esto...

—No, señor, no puedo. En mis ratos de ocio he leído libros de medicina, conozco el Jaccoud... pero semejante lectura me daba ganas de... vamos, sentía náuseas y se me figuraba oír la sangre circular, y creía que era así... una cosa como el depósito del Lozoya, con canales, compuertas en el corazón...

—Bueno, bueno; por mí no disparate Vd. más. Hasta la tarde; si hay novedad, avisar. Ah, y no echarle encima demasiada ropa, ni dejar... que éntre Visitación... que la aturde. La ciencia prohíbe terminan-

temente que esa señora protectora de comadronas parteras, meta aquí la patal..

Cuatro días después, don Robustiano mandaba en su lugar á un médico joven, su protegido; creía llegado el caso de inhibirse; ya se sabía, él no podía asistir á las personas muy queridas cuando llegaban á cierto estado...

El sustituto era un muchacho inteligente, muy estudioso. Declaró que la enfermedad no era grave, pero sí larga, y de convalecencia penosa. No le gustaba usar los nombres vulgares y poco exactos de las enfermedades, y empleaba los técnicos si le apuraban, no por ridícula pedantería, sino por salir con su gusto de no enterar á los profanos de lo que no importa que sepan, y en rigor no pueden saber. Ello fué que Anita creyó que se moría, y padeció aún más que en el tiempo del mayor peligro, cuando empezaron á decirle que estaba mejor. Al saber que había pasado seis días en aquella torpeza con intervalos de exaltación y delirio, extrañó mucho que se le hubiese hecho tan corto aquel largo martirio.

La debilidad la tenía aún más que rendida, exaltada y vidriosa. Todo lo veía de un color amarillento pálido; entre los objetos y ella, flotaban infinitos puntos y circulillos de aire, como burbujas á veces, como polvo y como telarañas muy sutiles otras: si dejaba los brazos tendidos sobre el embozo de su lecho y miraba las manos flacas, surcadas por haces de azul sobre fondo blanco mate, creía de repente que aquellos dedos no eran suyos, que el moverlos no dependía de su voluntad, y el decidirse á querer ocultar las manos, le costaba gran esfuerzo. Sus mayores congojas eran al tomar el primer alimento: unos caldos insípidos, desabridos, que don Víctor enfriaba á soplos, soplando con fe y perseverancia, dando á entender su celo y su cariño en aquel modo de soplar. El ideal del caldo,

según Quintanar, nunca lo *realizaban* las criadas de Vetusta. De esto hablaba él, mientras Ana sentía sudores mortales que parecían sacarle de la piel la última fuerza, y hasta el ánimo de vivir. Cerraba los ojos, y dejaba de sentirse por fuera y por dentro; á veces se le escapaba la conciencia de su unidad, empezaba á verse repartida en mil, y el horror dominándola, producía una reacción de energía suficiente á volverla á su *yo*, como á un puerto seguro; al recobrar esta conciencia de sí, se sentía padeciendo mucho, pero casi gozaba con tal dolor, que al fin era la vida, prueba de que ella era quien era. Si don Víctor hablaba á su lado, sin querer Ana seguía entonces el pensamiento de su esposo, y contra su deseo, la atención se fijaba en los juicios de Quintanar, y la inteligencia les aplicaba rigurosa crítica, un análisis sutil y doloroso para la enferma, que al pulverizar á pesar suyo las sinrazones del marido, padecía tormento indescriptible, en el cerebro, según ella.

Veía al médico muy preocupado con el *tronco* y sin pensar en los dolores inefables que ella sentía en lo más suyo, en algo que sería cuerpo, pero que parecía alma, según era íntimo. Todos los días había que palpar el vientre y hacer preguntas relativas á las funciones más humildes de la vida animal; don Víctor, que no se fiaba de su memoria, siempre reloj en mano, llevaba en un cuaderno un registro en que asentaba con pulcras abreviaturas y con estilo gongorino, lo que al médico importaba saber de estos pormenores.

Mientras duró el temor de la gravedad, el amante esposo no pensó más que en la enferma y cumplió como bueno; si era á veces importuno, descuidado, ó poco hábil, era sin conciencia. Después empezó á aburrirse, á echar de menos la vida ordinaria, y exageraba al decir las horas que pasaba en vela. Para resistir mejor su cruz, decidió tomarle afición al oficio de en-

fermero y lo consiguió: llegó á ser para él tan divertido como hacer pórticos ojivales de marquetería, el preparar menjurges y pintarle el cuerpo á su mujer con yodo; soplar y limpiar caldos y consultar el reloj para contar los minutos y hasta los segundos; operación en que llegó á poner una exactitud que impacientaba á Petra y á Servanda. Esperaba con afán la visita del médico, primero para hacerse decir veinte veces que Ana iba mejor, mucho mejor, y además, para gozar con la conversación alegre, agena á todas las enfermedades del mundo, que seguía á la parte facultativa de la visita. El sustituto de Somoza no era hablador, pero se divertía oyendo á Quintanar, y éste llegó á profesar gran cariño á Benítez, que así se llamaba. El contraste de los cuidados vulgares, insignificantes; de la alcoba estrecha y llena de una atmósfera pesada; de la vida monótona de casa, con los grandes intereses de la Europa, la guerra de Rusia, el aire libre, la última zarzuela, encantaban á don Víctor, que llevaba la conversación á cosas frescas, grandes y de muchos accidentes. También le gustaba discutir con Benítez y sondearle, como él decía. Uno de los problemas que más preocupaban al amo de la casa, era el de la pluralidad de los mundos habitados. Él creía que sí, que había habitantes en todos los astros, la generosidad de Dios lo exigía; y citaba á Flammarion, y las cartas de Feijoo y la opinión de un obispo inglés, cuyo nombre no recordaba «Mister no sé cuantos,» porque para él todos los ingleses eran Mister.

Desde que el médico declaró que la mejoría, aunque lenta, sería continua probablemente, Quintanar, muy contento, no permitió que se dudase de aquella no interrumpida marcha en busca de la salud. Su egoísmo candoroso, pero fuerte, estaba cansado de pensar en los demás, de olvidarse á sí mismo, no quería más tiempo de servidumbre, y si Ana se quejaba, su mari-

do torcía el gesto, y hasta llegó á hablar con voz agri-dulce de la paciencia y de la formalidad.

—No seamos niños, Ana; tú estás mejor; eso que tienes es efecto de la debilidad... no pienses en ello... es aprensión, la aprensión hace más víctimas que el mal. Y repetía infaliblemente la parábola del cólera y la aprensión.

La idea de una recaída, de un estancamiento siquiera, le parecía subversiva, una maquinación contra su reposo. «Él no era de piedra. No podría resistir...»

Ya no tenía compasión de la enferma; ya no había allí más que nervios... y empezó á pensar en sí mismo exclusivamente. Entraba y salía á cada momento en la alcoba de Ana; casi nunca se sentaba, y hasta llegó á fastidiarle el registro de medicinas y demás pormenores íntimos. El médico tuvo que entenderse con Petra. Quintanar inventaba sofismas y hasta mentiras para estar fuera, en su despacho, en el Parque. «¡Qué gran cosa eran el Arte y la Naturaleza! En rigor todo era uno, Dios el autor de todo.» Y respiraba don Víctor las auras de abril con placer voluptuoso, tragando aire á dos carrillos. Volvió á componer sus maquinillas, soñó con nuevos inventos, y envidió á Frígilis la aclimatación del *Eucaliptus glóbulus* en Vetusta.

La Regenta notó la ausencia de su marido; la dejaba sola horas y horas que á él le parecían minutos. Cuando las congojas la anegaban en mares de tristeza, que parecían sin orillas, cuando se sentía como aislada del mundo, abandonada sin remedio, ya no llamaba á Quintanar, aunque era el único sér vivo de quien entonces se acordaba; prefería dejarle tranquilo allá fuera, porque si venía le hacía daño con aquel desdén gárrulo y absurdo de los padecimientos nerviosos.—

Una tarde de color de plomo, más triste por ser de primavera y parecer de invierno, la Regenta, incorpo-

rada en el lecho, entre murallas de almohadas, sola, oscuro ya el fondo de la alcoba, donde tomaban posturas trágicas abrigos de ella y unos pantalones que don Víctor dejara allí; sin fe en el médico, creyendo en no sabía qué mal incurable que no comprendían los doctores de Vetusta, tuvo de repente, como un amargor del cerebro, esta idea: «Estoy sola en el mundo.» Y el mundo era plumizo, amarillento ó negro según las horas, según los días; el mundo era un rumor triste, lejano, apagado, donde había canciones de niñas, monótonas, sin sentido; estrépito de ruedas que hacen temblar los cristales, rechinar las piedras y que se pierde á lo lejos como el gruñir de las olas rencorosas; el mundo era una contradanza del sol dando vueltas muy rápidas al rededor de la tierra, y esto eran los días; nada. Las gentes entraban y salían en su alcoba como en el escenario de un teatro, hablaban allí con afectado interés y pensaban en lo de fuera: su realidad era otra, aquello la máscara. Nadie amaba á nadie. Así era el mundo y ella estaba sola.» Miró á su cuerpo y le pareció tierra. «Era cómplice de los otros, también se escapaba en cuanto podía; se parecía más al mundo que á ella, era más del mundo que de ella.» «Yo soy mi alma,» dijo entre dientes, y soltando las sábanas que sus manos oprimían, resbaló en el lecho, y quedó supina mientras el muro de almohadas se desmoronaba. Lloró con los ojos cerrados. La vida volvía entre aquellas olas de lágrimas. Oyó la campana de un reloj de la casa. Era la hora de una medicina. Era aquella tarde el encargado de dársela Quintanar y no parecía. Ana esperó. No quiso llamar, y se inclinó hacia la mesilla de noche. Sobre un libro de pasta verde, estaba un vaso. Lo tomó y bebió. Entonces leyó distraída en el lomo del libro voluminoso: *Obras de Santa Teresa*. I.

Se estremeció, tuvo un terror vago; acudió de repente á su memoria aquella tarde de la lectura de san

Agustín en la glorieta de su huerto, en Loreto, cuando era niña, y creyó oír voces sobrenaturales que estallaban en su cerebro; ahora no tenía la cándida fe de entonces. «Era una casualidad, pura casualidad la presencia de aquel libro místico coincidiendo con los pensamientos de abandono que la entristecían, y despertando ideas de piedad, con fuerte impulso, con calor del alma, serias, profundas, no impuestas, sino como reveladas y acogidas al punto con abrazos del deseo... Pero no importaba, fuera ó no aviso del cielo, ella tomaba la lección, aprovechaba la coincidencia, entendía el sentido profundo del azar. ¿No se quejaba de que estaba sola, no había caído como desvanecida por la idea del abandono?... Pues allí estaban aquellas letras doradas: *Obras de santa Teresa*. I. ¡Cuánta elocuencia en un letrado! «¡Estás sola! pues ¿y Dios?»

El pensamiento de Dios fué entonces como una brasa metida en el corazón; todo ardió allí dentro en piedad; y Ana, con irresistible ímpetu de fe ostensible, viva, material, fortísima, se puso de rodillas sobre el lecho, toda blanca; y ciega por el llanto, las manos juntas temblando sobre la cabeza, balbuciente, exclamó con voz de niña enferma y amorosa:

—¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Señor! ¡Señor! ¡Dios de mi alma!

Sintió escalofríos y ondas de mareo que subían al cerebro; se apoyó en el frío estuco, y cayó sin sentido sobre la colcha de damasco rojo.

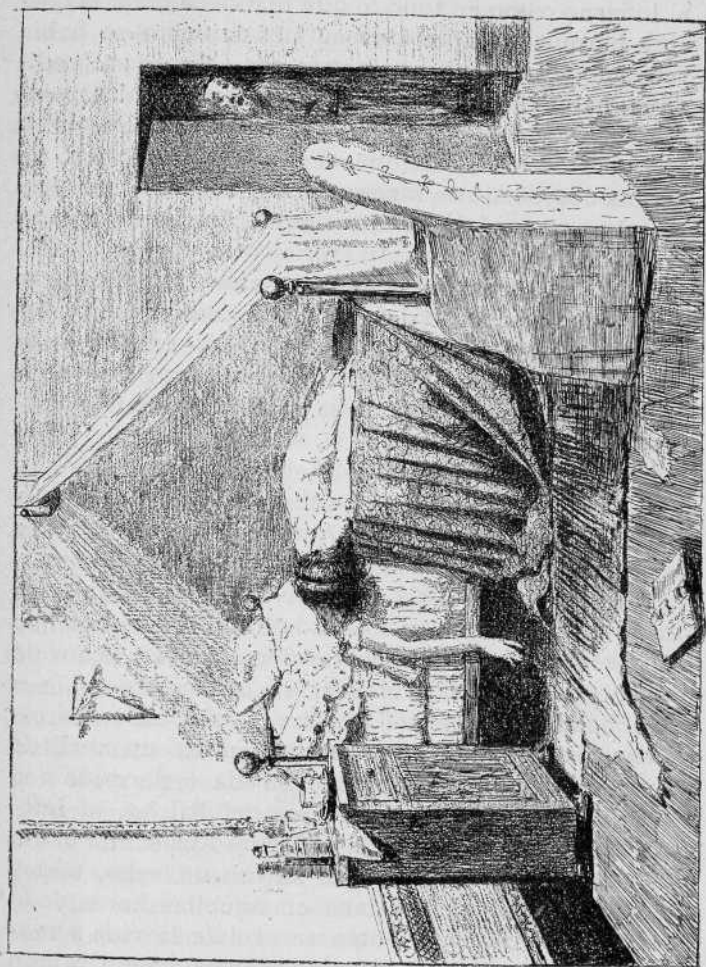
Á pesar de la prohibición de don Víctor, vino el retroceso, recayó la enferma, y se volvió á los sustos, á los apuros, á las noches en vela; el médico volvió á ser un oráculo, los pormenores de alcoba negocios arduos, el reloj un dictador lacónico.

Ana tuvo aquellas noches sueños horribles. Al amanecer, cuando la luz pálida y cobarde se arrastraba por el suelo, después de entrar laminada por los in-

tersticios del balcón, despertaba sofocada por aquellas visiones, como náufrago que sale á la orilla... Parecía-le sentir todavía el roce de los fantasmas groseros y cínicos, cubiertos de peste; oler hediondas emanaciones de sus podredumbres, respirar en la atmósfera fría, casi viscosa, de los subterráneos en que el delirio la aprisionaba. Andrajosos vestiglos amenazándola con el contacto de sus llagas purulentas, la obligaban, entre carcajadas, á pasar una y cien veces por angosto agujero abierto en el suelo, donde su cuerpo no cabía sin darle tormento. Entonces creía morir. Una noche la Regenta reconoció en aquel subterráneo las catacumbas, según las descripciones románticas de Chateaubriand y Wisseman; pero en vez de vírgenes de blanca túnica, vagaban por las galerías húmedas, angostas y aplastadas, larvas asquerosas, descarnadas, cubiertas de casullas de oro, capas pluviales y mantos que al tocarlos eran como alas de murciélago. Ana corría, corría sin poder avanzar cuanto anhelaba, buscando el agujero angosto, queriendo antes destrozar en él sus carnes que sufrir el olor y el contacto de las asquerosas carátulas; pero al llegar á la salida, unos la pedían besos, otros oro, y ella ocultaba el rostro y repartía monedas de plata y cobre, mientras oía cantar responsos á carcajadas y le salpicaba el rostro el agua sucia de los hisopos que bebían en los charcos.

Cuando despertó se sintió anegada en sudor frío y tuvo asco de su propio cuerpo y aprensión de que su lecho olía como el fétido humor de los hisopos de la pesadilla...

«¿Iría á morir? Eran aquellos sueños repugnantes emanaciones de la sepultura, el sabor anticipado de la tierra? ¿Y aquellos subterráneos y sus larvas eran imitación del Infierno? ¡El Infierno! Nunca había pensado en él despacio; era una de tantas creencias irre-



flexivas en ella como en los más de los fieles; creía en el Infierno como en todo lo que mandaba creer la Iglesia, porque siempre que su pensamiento se había rebelado, ella lo había sometido con acto de pretendida fe, había dicho «creo á ciegas,» tomando las palabras y la resolución de creer por la creencia. Pero otra cosa era en esta ocasión: el Infierno ya no era un dogma englobado en otros; ella había sentido su olor, su sabor... y comprendía que antes, en rigor, no creía en el Infierno. Sí, sí, era material ó lo parecía, ¿porqué no? ¡Qué vana se le antojaba ahora á la Regenta la filosofía superficial del optimismo bullanguero, del espiritualismo abstracto, bonachón, sin sentido de la realidad triste del mundo! ¡Había infierno! Era así... la podredumbre de la materia para los espíritus podridos... Y ella había pecado, sí, sí, había pecado. ¡Qué diferentes criterios el que ahora aplicaba á sus culpas, y el que el mundo solía tener y con el cual ella se había absuelto de ciertas *ligerezas* que ya le pesaban como plomo!» Y recordaba máximas y aforismos religiosos que había oído al Magistral, sin penetrar su terrible severidad, aquel sentido lúgubre y hondo que no parecían tener en los labios finos, suaves, llenos de silbantes sonidos del pulquérriimo canónigo.—

Ya había subido el sol gran trecho del cielo, ya calentaba la mañana con tibias caricias de un abril de Vetusta; en la casa creían postrada ó dormida á la Regenta y no abrían las maderas del balcón, ni interrumpían el descanso de la enferma. Ana sentía el día en el melancólico regalo que su mismo lecho, tantas veces aborrecido, le prestaba en aquellas horas de la mañana de primavera; otra vez volvía la vida á moverse en aquel cuerpo mustio, asolado, como campo de batalla; la vida iba avanzando por aquel terreno de su victoria, dudosa de ella todavía. El cerebro recordaba los dominios de la lógica, su salud; la memoria,

firme, no era ya un tormento ni se mezclaba con visiones y disparates.

Ana, contenta de que la dejaran sola, de que la creyesen dormida ó en sopor, repasaba en su conciencia aquellos pecados de que quería acusarse; era relator la memoria, fiscal la imaginación, y poco á poco, según las olas de salud subían en su marea, la enferma, perdido el terror con que despertara, oía la acusación con dulce curiosidad creciente; la idea del infierno se desvanecía, como mueren las vibraciones de una placa, lejos ya de las sensaciones de asco y terror; aquellas culpas recordadas, que eran la vida, la realidad ordinaria, pasaban por el cerebro de Ana como un alimento, daban calor, fuerza al ánimo, y, sin que el remordimiento se extinguiera, el relato adquiría más y más interés.

Pasaron entonces por el recuerdo todos los días que siguieron al entumecimiento del riguroso temporal, cuando el espíritu de Ana había dejado aquella especie de vida de culebra invernante. Recordó la romería de san Blas, en la carretera de la Fábrica Vieja; aquella tarde de sol que era una fiesta del cielo; la torre de la catedral allá arriba, como en la cúspide de un monumento, encaje de piedra oscura sobre fondo de naranja y de violeta de un cielo suave, listado, de nubes largas, estrechas, ondeadas, quietas sobre el abismo, como esperando á que se acostara el sol para cerrar el horizonte... Sin saber cómo, san Blas anunciaba la primavera; Ana esperaba ya aquellos días en que, con largos intervalos de mal tiempo, aparece un poco de luz que arranca vibraciones de alegría y resplandor al verde dormido de los campos vetustenses; aquellos días que son algo mejor que Abril y Mayo; su esperanza. Las ideas tristes habían volado como pájaros de invierno, Ana se había visto en el paseo de san Blas, rodeada del mundo, agasajada, y á su lado iba

don Alvaro Mesía, enamorado, triste de tanto amor, resignado, cariñoso sin interés, suave y tierno, sin esperanza. Algo así como el mismo encanto del día: en rigor, el invierno, nada, pero en la tranquilidad y tibia y vaga alegría del ambiente, una delicia que saboreaba con inefable gozo la Regenta.

Así don Alvaro; no sería jamás suya, eso no; ese verano ardiente no vendría, ni siquiera le consentiría hablarle claro, insistir en sus pretensiones; pero tenerle á su lado, *sentirle* quererla, adorarla, eso sí: era dulce, era suave, era un placer tranquilo, profundo... Ella le miraba con llamaradas que apagaba al brotar de los ojos, le sonreía como una diosa que admite el holocausto, pero una diosa humilde, maternal, llena de caridad y de gracia, sino de amor de fuego. Tal había sido el paseo de san Blas.

Desde aquella tarde Mesía había recobrado parte de sus esperanzas; creyó otra vez en la influencia *del físico* y se propuso estar al lado de Ana la mayor cantidad de tiempo posible. Era una villanía, pero recurrió á la ciega amistad de don Víctor. En el Casino se sentaba á su lado, tenía la paciencia de verle jugar al dominó ó al ajedrez, y terminada la partida le cogía del brazo, y, como solía llover, paseaban por el salón largo, el de baile, oscuro, triste, resonante bajo las pisadas de las cinco ó seis parejas que lo medían de arriba abajo á grandes pasos, que tenían por el furor de los tacones, algo de protesta contra el mal tiempo. Veterano del Casino había que llevaba andado en aquel salón camino suficiente para llegar á la luna. Paseaban los dos amigos, y Mesía iba entrando, entrando por el alma del jubilado regente y tomando posesión de todos sus rincones.

Don Víctor llegó á creer que á Mesía ya no le importaban en el mundo más negocios que los de él, los de Quintanar, y sin miedo de aburrirle, tardes enteras le

tenía amarrado á su brazo, dando vueltas por las tablas temblonas del salón, parándose á cada pasaje interesante del relato ó siempre que había una duda que consultar con el amigo. Don Alvaro sufría el tormento pensando en la venganza. Mucho tiempo se había resistido su delicadeza, ó lo que fuese, á emprender aquel camino subterráneo y traidor, pero ya no podía menos. Además « ¡qué diablo! mayores bellasquerías había en la historia de sus aventuras.»

Don Víctor se paraba, soltaba el brazo del confidente, levantaba la cabeza para mirarle cara á cara, y decía, por ejemplo:

— Mire Vd., aquí en el secreto de la... pues... contando con el sigilo de Vd... Frígilis tiene también sus defectos. Yo le quiero más que un hermano, eso sí, pero él... él me tiene en poco... créalo Vd... No me lo niegue Vd., es inútil, yo le conozco mejor: me tiene en poco, se cree muy superior. Yo no le niego ciertas ventajas. Sabe más arboricultura, conoce mejor los cazaderos, es más constante que yo en el trabajo... pero ¡tirar mejor que yo! hombre por Dios! ¿Y el talento mecánico? Él es torpe de dedos y tardo de ingenio.—Y don Víctor, parándose otra vez, casi al oído de don Alvaro añadía:—Diré la palabra: un rutinario!

Quintanar era inagotable en el capítulo de las quejas y de la envidia pequeña, al pormenor, cuando se trataba de su amigo íntimo, de su Frígilis; se sentía dominado por él y desahogaba la colerilla sorda, cobarde, bonachona en el fondo, en estas confidencias; Mesía era una especie de rival de Frígilis que asomaba; don Víctor encontraba cierta satisfacción maligna en la infidelidad incipiente.

Don Alvaro callaba y oía. Sólo cuando trataba don Víctor de su buena puntería se quedaba un poco preocupado. Le parecía imposible que se pudiera hablar tanto de un hombre tan insignificante como don To-

más Crespo, á quien él creía loco de nacimiento.

Anocheía, seguía lloviendo, los mozos de servicio encendían dos ó tres luces de gas en el salón, y Quintanar conocía por esta seña y por el cansancio, que le arrancaba sudor copioso, que había hablado mucho; sentía entonces remordimientos, se apiadaba de Mesía, le agradecía en el alma su silencio y atención, y le invitaba muchas veces á tomar un vaso de cerveza alemana en su casa.

La frase era:

—¿Vamos á la Rinconada?

Mesía, callando, seguía á don Víctor.

Una intuición singular le decía al ex-regente que pagaba bien al amigo su atención llevándosele á casa. ¿Por qué don Alvaro había de tener gusto en seguirle? Si se lo hubieran preguntado á Quintanar, no hubiese podido responder. Pero se lo daba el corazón; lo había observado, sin fijarse en la observación: á Mesía le gustaba entrar en la casa de la Rinconada.

Solía llevarle al despacho, á su museo como él decía; allí le explicaba el mecanismo de aquellos intrincados maderos y resortes y, convencido de la ignorancia de su amigo, le engañaba sin conciencia. Lo que no consentía don Alvaro era que se pasase revista á las colecciones de yerbas y de insectos: le mareaba el fijar sucesiva y rápidamente la atención en tantas cosas inútiles. —El único *bicho* que le era simpático á don Alvaro era un pavo real disecado por Frígilis y su amigo.—Solía acariciarle la pechuga, mientras Quintanar disertaba.

—Bueno—decía don Víctor—pues pasaremos á mi gabinete, ya que Vd. desprecia mis colecciones.—Anselmo, la cerveza al gabinete.

El gabinete era otro museo: estaban allí las armas y la indumentaria. Una panoplia antigua completa, otras dos modernas muy brillantes y bordadas; escopetas,

pistolas y trabucos de todas épocas y tamaños llenaban las paredes y los rincones. En arcas y armarios guardaba



don Víctor con el cariño de un coleccionador los trajes de aficionado que había lucido en mejores tiempos; se abaloriosaba hablando de sedas, galones y cintajos en mezclas; saltaban á la alreuerda de traer. En una caja de latón, entre yerba, guardaba como oro en paño, un objeto, que á primera vista se le antojó á Mesía una serpiente; en efecto, yacía enroscado y era verdinegro el bulto... No había que temer... don Víctor no domaba fieras; aquello era la cadena que él ha-

pos. Si se entuendo de sus marchitos arcas, abría los armarios y plumas, abalorios de colores chillones fombra, y en aquel mar de po perdía la cabeza Quintanar. En una caja de latón, entre yerba, guardaba como oro en paño, un objeto, que á primera vista se le antojó á Mesía una serpiente; en efecto, yacía enroscado y era verdinegro el bulto... No había que temer... don Víctor no domaba fieras; aquello era la cadena que él ha-

bia arrastrado representando el Segismundo de *La vida es sueño*, en el primer acto.

— Mire Vd., amigo mío, á Vd. puedo decírselo; no es inmodestia; reconozco, ¿ cómo no? la superioridad de Perales en el teatro antiguo, su Segismundo es una revelación, concedo, revela mejor que el mío la filosofía del drama, pero... no me gustaba su modo de arrastrar la cadena; parecía un perro con maza; yo la manejaba con mucha mayor verosimilitud y naturalidad; arrastraba la cadena, créame Vd., como si no hubiese arrastrado otra cosa en mi vida. Tanto, que una noche, en Calatayud, me arrojaron todo ese hierro al escenario, como símbolo de mi habilidad. Por poco se hunde el tablado. Guardo esa cadena como el mejor recuerdo de mi efímera vida artística.

Mesía esperaba la presencia de Ana y así podía resistir la conversación de su amigo, pero muchas veces la Regenta no parecía por el gabinete de su marido, y el galán tenía que contentarse con el bock de cerveza y el teatro de Calderón y Lope.

Pero ya estaba en casa. Poco á poco fué atreviéndose á ir á cualquier hora y Ana, sin sentirlo, se le encontró á su lado como un objeto familiar. Iba siendo Mesía al caserón lo que Frígilis á la huerta.

Aquel procedimiento rastrero, de villano, debió irritarla, pero no la irritó; tuvo que confesar que no despreciaba ni aborrecía á don Alvaro, á pesar de que sus intenciones eran torcidas, miserables; quería abusar de la confianza de don Víctor. « Pero ¿ y si no quería? Si se contentaba con estar cerca de ella, con verla y hablarla á menudo y tenerla por amiga? Veríamos. Si él se propasaba, estaba segura de resistir y hasta valor sentía para echarle en cara su crimen, su bajeza y arrojarle de casa.»

Pasaron días y Ana cada vez estaba más tranquila. « No, no se propasaba; no hacía más que admirarla,

amarla en silencio. Ni una palabra peligrosa, ni gesto atrevido, nada de acechar ocasiones, nada de buscar *escenas*; una honradez cabal; el amor que respeta la honra, la pasión que se alimenta de ver y respirar el ambiente que rodea al sér amado. El placer que ella sentía, también tenía que confesárselo, era el más intenso que había saboreado en su vida. Poco decir era porque ¡había gozado tan poco!» Al sentir cerca de sí á don Alvaro, segura de que no había peligro, respiraba con delicia, dejaba el espíritu en una somnolencia moral que la tenía bajo los efectos del opio. Comparaba ella la situación á la ventura de flotar sobre mansa corriente perezosa, sombría, á la hora de la siesta; el agua va al abismo, el cuerpo flota... pero hay la seguridad de salir de la corriente cuando el peligro se acerque; basta con un esfuerzo, dos golpes de los brazos y se está fuera, en la orilla... Ya sabía Ana en sus adentros que aquello no estaba bien, porque ella no podía responder de la prudencia de don Alvaro. «Pero ¿no estaba segura de sí misma? sí ¡pues entonces! ¿por qué no dejarle venir á casa, contemplarla, mostrar los cuidados de una madre, la fidelidad de un perro?» «Además, quien mandaba en casa era su marido, no era ella. ¿Buscaba ella á Mesía? No. ¿Mandaba ella á Quintanar que le trajese? No. Pues bastaba. Obrar de otro modo hubiera sido alarmar al esposo sin motivo, infundir sospechas sin fundamento, tal vez robar á don Víctor para siempre la paz del alma. Lo mejor era callar, estar alerta, y... gozar la tibia llama de la pasión de soslayo; que con ser poco tal calor era la más viva hoguera á que ella se había arrimado en su vida.»

«Y al Magistral no se le decía nada de esto. ¿Para qué? No había pecado. Había ocasión, pero no se buscaba.» Además, Ana, puesto que defendía su virtud, creía prudente ocultar todo lo que fueran personalida-

des al confesor. «Si crecía el peligro, hablaría. Mientras tanto no.»—

Entonces fué cuando el Provisor vió con su catalejo, desde el campanario de la catedral, los preparativos de una expedición al campo en la que acompañaban á la Regenta Mesía, Frígilis y Quintanar. No fué aquella sola ; muchas veces, en cuanto veía un rayo de sol, á don Víctor se le antojaba aprovechar el buen tiempo y echar una cana al aire en los ventorrillos de la carretera de Castilla ó en los de Vistalegre, en compañía de las personas que más quería en Vetusta, á saber: su cara esposa, Frígilis... y don Alvaro. El pobre Ripamilán era invitado, pero decía que si no le llevaban en coche... «El espíritu no faltaba, pero los huesos no tienen espíritu.»

Se comía, allá arriba, lo que salía al paso, lo que daban los pasmados venteros: chorizos tostados, chorreando sangre, unas migas, huevos fritos, cualquier cosa ; el pan era duro, ¡mejor! el vino malo, sabía á la pez, ¡mejor! esto le gustaba á Quintanar: y en tal gusto coincidía con su esposa, amiga también de estas meriendas aventuradas, en las que encontraba un condimento picante que despertaba el hambre y la alegría infantil. En aquellos altozanos se respiraba el aire como cosa nueva; se calentaban á los rayos del sol con voluptuosa pereza, como si el sol de Vetusta, de allá abajo, fuera menos benéfico. Notaba Ana que en aquella altura, en aquel escenario, mitad pastoril, mitad de novela picaresca, entre arrieros, maritornes y señores de castillos, á lo don Quijote, se despertaba en ella el instinto del arte plástico y el sentido de la observación; reparaba las siluetas de árboles, gallinas, patos, cerdos, y se fijaba en las líneas que pedían el lápiz, veía más matices en los colores, descubría grupos artísticos, combinaciones de composición sabia y armónica, y, en suma, se le revelaba la naturaleza

como poeta y pintor en todo lo que veía y oía, en la respuesta aguda de una aldeana ó de un zafio gañán, en los episodios de la vida del corral, en los grupos de las nubes, en la melancolía de una mula cansada y cubierta de polvo, en la sombra de un árbol, en los reflejos de un charco, y sobre todo en el ritmo recóndito de los fenómenos, divisibles á lo infinito, sucediéndose, coincidiendo, formando la trama dramática del tiempo con una armonía superior á nuestras facultades perceptivas, que más se adivina que de ella se da testimonio. Este nuevo sentido de que tenía conciencia Ana en estas expediciones á los ventorrillos altos de Vistalegre, camino de Corfín, le inundaba de visiones el cerebro y la sumía en dulce inercia en que hasta el imaginar acababa por ser una fatiga. Entonces la sacaban de sus éxtasis naturalistas una atención delicada de Mesía ó una salida de buen humor intempestivo de Quintanar. Don Víctor creía que en el campo, sobre todo si se merienda, no se debe hacer más que locuras; y, por supuesto, era según él indispensable que alguien se disfrazase cambiando, por lo menos, de sombrero. Él solía en tales ocasiones buscar un aldeano que usara la antigua montera del país; se la pedía en préstamo y se presentaba cubierto con aquel trapo de pana negra al respetable concurso. Se reían por complacerle. Se merendaba casi siempre al aire libre, contemplando allá abajo el caserío pardusco de Vetusta; la catedral parecía desde allí hundida en un pozo, y muy chiquita; esbelta, pero como un juguete; detrás el humo de las fábricas en la barriada de los obreros en el campo del Sol, y más allá los campos de maíz, ahora verdes con el alcacer, los prados, los bosques de castaños y robles... las colinas de un verde oscuro y la niebla, por fin, confundiéndose con los picachos de los puertos lejanos. Se filosofaba mientras se comía, tal vez con los dedos, salchichón ó cho-

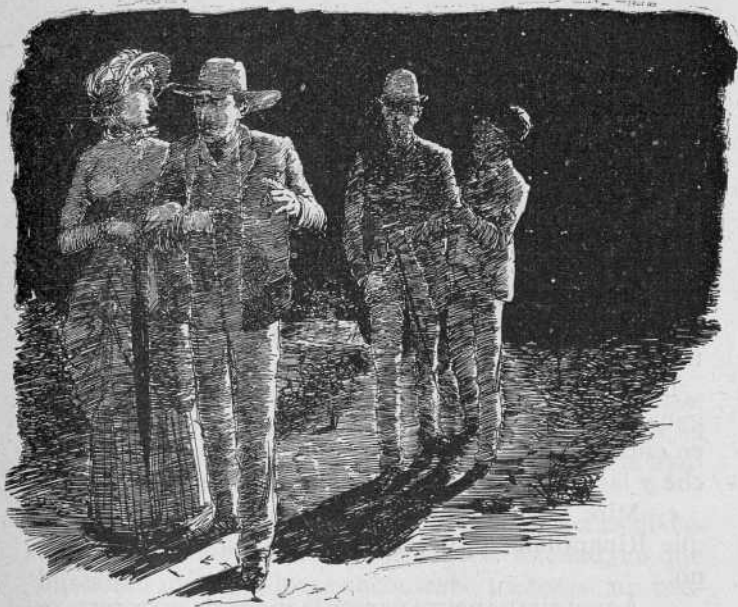
rizos mal tostados, queso duro, ó tortillas de jamón, lo que fuese; se hablaba al descuido, lentamente, pensando en cosas más hondas que las que se decía, con los ojos clavados en la lontananza, detrás de la cual se veía el recuerdo, lo desconocido, la vaguedad del sueño; se hablaba de lo que era el mundo, de lo que era la sociedad, de lo que era el tiempo, de la muerte, de la otra vida, del cielo, de Dios; se evocaba la infancia, las fechas lejanas en que había una memoria común; y un sentimentalismo, como desprendido de la niebla que bajaba de Corfin, se extendía sobre los comensales bucólicos y su filosofía de sobremesa.

Comenzaba la brisa; picaba un poco y tenía sus peligros, pero halagaba la piel; salía una estrella; el cuarto de luna (que á don Víctor le parecía la plegadera de oro que le habían regalado en Granada), tomaba color, es decir, luz. La conversaci3n, ya perezosa, daba entonces en la astronomía y se paraba en el concepto de lo infinito; se acababa por tener un deseo vago de oír música. Entonces Quintanar recordaba que se cantaba aquella noche *El Relámpago* ó *Los Magyares*; levantaba el campo, y paso á paso, volvían á la soñolienta Vetusta, dejándose resbalar por la pendiente suave de la carretera. Frígilis dejaba el brazo á la Regenta, que indefectiblemente lo buscaba; y Mesía resignado, firme en su propósito de ser prudente mientras fuera necesario, se emparejaba con don Víctor, que tal vez se permitía cantar á su modo el *spirto gentil* ó la *casta diva*; aunque prefería recitar versos, sin que jamás se le olvidase decir con Góngora:

Á su cabaña los guía
que el sol deja el horizonte,
y el humo de su cabaña
les va sirviendo de Norte.

Los sapos cantaban en los prados, el viento cuchicheaba en las ramas desnudas, que chocaban alegres,

inclinándose, preñadas ya de las nuevas hojas ; y Ana, apoyándose tranquila en el brazo fuerte del mejor amigo, olfateaba en el ambiente los anuncios inefables de la primavera. De esto hablaban ella y Frígilis. Cres-



po, satisfecho, tranquilo, apacible, en voz baja, como respetando el primer sueño del campo, su ídolo, dejaba caer sus palabras como un rocío en el alma de Ana, que entonces comprendía aquella adoración tranquila, aquel culto poético, nada romántico, que consagraba Frígilis á la naturaleza, sin llamarla así, por supuesto. Nada de *grandes síntesis*, de cuadros disolventes, de filosofía panteística ; pormenores, historia de los pájaros, de las plantas, de las nubes, de los astros ; la experiencia de la vida natural llena de lecciones de una

observación riquísima. El amor de Frígilis á la naturaleza era más de marido que de amante, y más de madre que de otra cosa. En aquellos momentos, al volver á Vetusta con Ana del brazo, se hacía elocuente, hablaba largo y sin miedo, aunque siempre pausadamente; en su voz había arrullos amorosos para el campo que describía, y temblaba en sus labios el agradecimiento con que oía á otra persona palabras de cariño y de interés por árboles, pájaros y flores. Ana envidiaba en tales horas aquella existencia de árbol inteligente, y se apoyaba y casi recostaba en Frígilis como en una encina venerable. Y detrás venía el otro, ella lo sentía. A veces hablaba con Ana don Alvaro y Ana contestaba con voz afable, como en pago de su prudencia, de su paciencia y de su martirio... «Porque, sin duda, sufrir tanto tiempo á Quintanar era un martirio.»

Don Alvaro sudaba de congoja. Don Víctor se le colgaba del brazo, levantaba los ojos al cielo y se divertía en encontrar parecidos entre los nubarrones de la noche y las formas más vulgares de la tierra.

«—Mire Vd., mire Vd., aquel cúmulus es lo mismo que Ripamilán; figúreselo Vd. con la teja en la mano...»

«—Aquel cirrus negro parece la moña de un torero...»

Don Alvaro, al llegar á la Rinconada, mientras dejaba pasar delante á don Víctor, que traía llavín, levantaba el puño cerrado sobre la cabeza del insoportable amigo... No descargaba el golpe... no... pero... «¡Ya lo descargaría!»

«¡Oh! pensaba, lo que es ahora estoy en mi derecho! Ojo por ojo.»—

Así vivía Ana, menos aburrida si no contenta, sin grandes remordimientos, aunque no satisfecha de sí misma. Ni permitía á don Alvaro acercarse, alentar esperanzas que ella sustentase, ni le rechazaba con el

categorico desdén que la virtud, lo que se llama la virtud, exigía. Estas medias tintas de la moralidad le parecían entonces á ella las más conformes á la flaca naturaleza humana. «¿Por qué he de creerme más fuerte de lo que soy?»

También volvió á frecuentar la casa de Vegallana. Fué muy bien recibida; la del Banco se la comía á besos, le hablaba de modas, le mandaba patronos á casa, y le recordaba visitas que tenía que pagar y á que ella la acompañaba, porque don Víctor se negaba á perder el tiempo en estos cumplidos.

—Señor—gritaba él—yo no sirvo para eso; no se me haga á mí hablar del tiempo, del mal servicio de criadas, de la carestía de los comestibles. ¡Exijase de mí cualquier cosa menos hacer visitas de cumplido!

—Yo soy artista, no sirvo para esas nimiedades—decía para sus adentros.

Visitación procuraba meterle á Ana, á manos llenas, por los ojos, por la boca, por todos los sentidos, el demonio, el mundo y la carne; el buen tiempo la ayudaba.

La Regenta no tomaba con gran calor aquellas diversiones, pero las prefería á su estéril soledad, en que buscando ideas piadosas encontraba tristezas, un hastío hondo y el rencoroso espíritu de protesta de la carne pisoteada, que bramaba en cuanto podía. «Era mejor vivir como todos, dejarse ir, ocupar el ánimo con los pasatiempos vulgares, sosos, pero que, al fin, llenan las horas...»

En esta situación estaba cuando el Magistral le dijo en el confesonario que se perdía; que él la había visto arrojar con desdén sobre un banco de césped la historia de Santa Juana Francisca... Aquella tarde De Pas estuvo más elocuente que nunca; ella comprendió que estaba siendo una ingrata, no sólo con Dios, sino con su apóstol, aquel apóstol todo fuego, razón luminosa,

lengua de oro, de oro líquido... La voz del sacerdote vibraba, su aliento quemaba, y Ana creyó oír sollozos comprimidos. «Era preciso seguirle ó abandonarle; él no era el capellán complaciente que sirve á los grandes como lacayo espiritual; él era el padre del alma, el padre, ya que no se le quería oír como hermano. Había que seguirle ó dejarle.» Y después había hablado de lo que él mismo sentía, de sus ilusiones respecto de ella. «Sí, Ana (Ana la había llamado, estaba ella segura), yo había soñado lo que parecía anunciarse desde nuestra primer entrevista, un espíritu compañero, un hermano menor, de sexo diferente para juntar facultades opuestas en armónica unión; yo había soñado que ya no era Vetusta para mí cárcel fría, ni semillero de envidias que se convierten en culebras, sino el lugar en que habitaba un espíritu noble, puro y delicado, que al buscarme para caminar en la vía santa de salvación, sin saberlo, me guiaba también por esa vía; yo esperaba que Vd. fuese lo que aquella historia que llorando me contaba, prometía... lo que Vd. me prometió cien veces después... Pero no, Vd. desconfía de mí, no me cree digno de su dirección espiritual, y para satisfacer esas ansias de amor ideal que siente, tal vez ya busca en el mundo quien la comprenda y pueda ser su confidente.»

—No, no—repetía Ana llorando; pero él había seguido hablando de su despecho, cada vez más triste, cada vez con más ardor en las palabras y en el aliento... Y habían concluido por reconciliarse, por prometerse nueva vida, verdadera reforma, eficaz cambio de costumbres; y ella exaltada le había dicho: «¿Quiere usted que hoy mismo le acompañe á casa de doña Petronila?» «Sí, sí; eso, lo mejor es eso,» había contestado él. Y habían ido juntos sin pensar ni uno ni otro lo que hacían.

Desde aquella tarde había empezado para la Regenta

la vida de la devota práctica; pero duró poco la eficacia de aquel impulso en que no había piedad acendrada sino gratitud, el deseo de complacer al hombre que tanto trabajaba por salvarla, y que era tan elocuente y que tanto valía. Ana á veces, no pudiendo elevar su atención á las cosas invisibles, á la contemplación piadosa, procuraba preparar este viaje místico pensando en el Magistral. «¡Oh, qué grande hombre! ¡Y qué bien penetraba en el espíritu, y qué bien hablaba de lo que parece inefable, de los subterráneos de las intenciones, de las delicadezas del sentimiento! ¡Y cuánto le debía ella! ¿Por qué tanto interés si aquella pecadora no lo merecía?» Las lágrimas se agolpaban a los ojos de Ana. Lloraba de gratitud y de admiración. Y no pudiendo meditar sobre cosas santas, piadosas, poníase la mantilla y corría á la conferencia de San Vicente, ó á la Junta del Corazón ó al Catecismo, ó á misa... donde correspondiera. Pero la fe era tibia; por allí no se iba á donde ella había deseado. Además, se conocía; sabía que ella, de entregarse á Dios, se entregaría de veras; que mientras su devoción fuese callejera, ostentosa y distraída, ella misma la tendría en poco, y cualquier pasión mala, pero fuerte, la haría polvo.

Mas resuelta á huir de los extremos, á ser *como todo el mundo*, insistió en seguir á las *demás beatas* en todos sus pasos, y aunque sin gusto, entró en todas las cofradías, fué hija y hermana, según se quiso, de cuantas juntas piadosas lo solicitaron.

Dividía el tiempo entre el mundo y la iglesia: ni más ni menos que doña Petronila, Olvido Paez, Obdulia y en cierto modo la Marquesa. Se la vió en casa de Vegallana y en las Paulinas, en el Vivero y en el Catecismo, en el teatro y en el sermón. Casi todos los días tenían ocasión de hablar con ella, en sus respectivos círculos, el Magistral y don Alvaro, y á veces uno

y otro en el mundo y uno y otro en el templo; lugares había en que Ana ignoraba si estaba allí en cuanto mujer devota ó en cuanto mujer de sociedad.

Pero ni De Pas ni Mesía estaban satisfechos. Los dos esperaban vencer, pero á ninguno se le acercaba la hora del triunfo.



—Esta mujer —decía don Alvaro— es *peor* que Troya.

—El remedio ha sido peor que la enfermedad — pensaba don Fermín.

Ana veía en los pormenores de la vida de beata mil motivos de repugnancia; pero prefería apartar de ellos la atención: no dejaba que el espíritu de contra-

dicción buscase las debilidades, las groserías, las miserias de aquella devoción exterior y bullanguera. No quería censurar, no quería ver.

Pero á sí misma se comparaba al cadáver del Cid venciendo moros. No era ella, era su cuerpo el que llevaban de iglesia en iglesia.

Y volvió la inquietud honda y sorda á minar su alma. Esperaba ya otra época de luchas interiores, de aridez y rebelión.

Una noche, después de oír un sermón soporífero,

entró en su tocador casi avergonzada de haber estado dos horas en la iglesia como una piedra; oyendo, sin piedad y sin indignación, sin lástima siquiera, necesidades monótonas, tristes; viendo ceremonias que nada le decían al alma...

—Oh, no, no—se dijo, mientras se desnudaba—yo no puedo seguir así...

Y luégo, sacudiendo la cabeza, y extendiendo los brazos hacia el techo, había añadido en voz alta, para dar más solemnidad á su protesta:

—¡Salvarme ó perderme! pero no aniquilarme en esta vida de idiota... ¡Cualquier cosa... menos ser como *todas esas!*

Y á los pocos días cayó enferma.

Cuando esta historia de su tibieza y de sus cobardes y perezosas transacciones con el mundo pasaban por la memoria de Ana, con formas plásticas, teatrales,—gracias á la salud que volvía á rodar con la sangre—sentía la débil convaleciente remordimientos que ella se complacía en creer intensos, punzantes. «¡Oh! qué diferencia entre aquel sopor moral en que vivía pocas semanas antes, y la agudeza de su conciencia ahora, allí postrada, sin poder levantar el embozo de la colcha con la mano, pero con fuerza en la voluntad para levantar el plomo del pecado, que la abrumaba con su pesadumbre!»

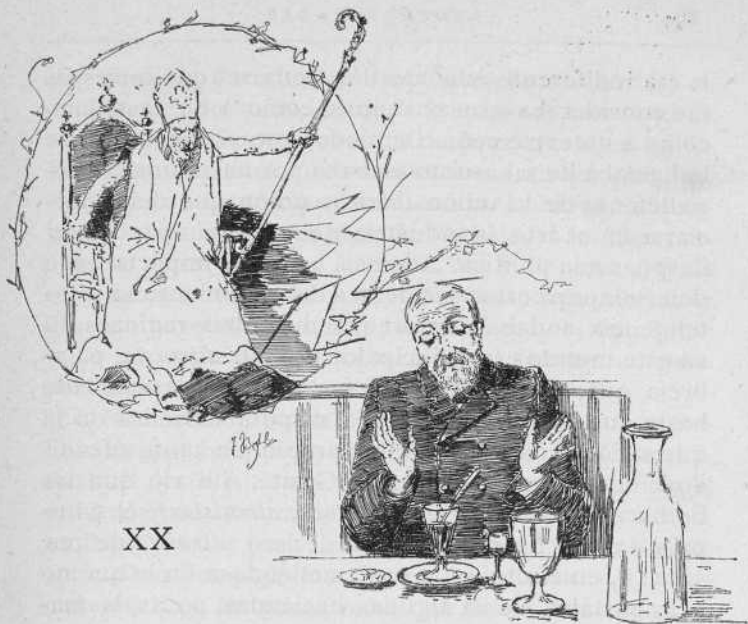
«¡Esta sí que era resolución firme! Iba á ser buena, buena, de Dios, sólo de Dios; ya lo vería el Magistral. Y él, don Fermín, sería su maestro vivo, de carne y hueso; pero además tendría otro; la santa doctora, la divina Teresa de Jesús... que estaba allí, junto á su cabecera esperándola amorosa, para entregarle los tesoros de su espíritu.»

Ana, burlando los decretos del médico, probó en los primeros días de aquella segunda convalecencia á leer en el libro querido: iba á él como un niño á una golosina.

Pero no podía. Las letras saltaban, estallaban, se escondían, daban la vuelta... cambiaban de color... y la cabeza se iba... «Esperaría, esperaría.» Y dejaba el libro sobre la mesilla de noche, y con delicia que tenía mucho de voluptuosidad, se entretenía en imaginar que pasaban los días, que recobraba la energía corporal; se contemplaba en el Parque, en el cenador, ó en lo más espeso de la arboleda leyendo, devorando á su santa Teresa. «¡Qué de cosas la diría ahora que ella no había sabido comprender cuando la leyera distraída, por máquina y sin gusto!»

La impaciencia pudo más que las órdenes del médico, y antes de dejar el lecho, cuando empezaron á permitirle otra vez incorporarse entre almohadones, algo más fuerte ya, Ana hizo nuevo ensayo y entonces encontró las letras firmes, quietas, compactas; el papel blanco no era un abismo sin fondo, sino tersa y consistente superficie. Leyó; leyó siempre que pudo. En cuanto la dejaban sola, y eran largas sus soledades, los ojos se agarraban á las páginas místicas de la santa de Ávila, y á no ser lágrimas de ternura ya nada turbaba aquel coloquio de dos almas á través de tres siglos.





DON Pompeyo Guimarán, presidente dimisionario de la *Libre Hermandad*, natural de Vetusta, era de familia portuguesa; y don Saturnino Bermúdez, el arqueólogo y etnógrafo, que dividía á todos sus amigos en celtas, iberos y celtiberos, sin más que mirarles el ángulo facial y á lo sumo palparles el cráneo, aseguraba que á don Pompeyo le quedaba mucho de la gente lusitana, no precisamente en el cráneo, sino más bien en el abdomen. Don Pompeyo no decía que sí ni que no; cierto era que él tenía un poco de panza, no mucho, obra de la edad y la vida sedentaria; que andaba muy tieso, porque creía que «quien era recto como espíritu, digámoslo así, debía serlo como físico»; pero en punto á los vestigios de raza y nación él se declaraba neutral: quería decir que

le era indiferente esta cuestión, toda vez que tan español consideraba á un portugués como á un castellano como á un extremeño. De modo, que siempre que se le hablaba de tal asunto acababa por hacer una calorosa defensa de la unión ibérica, unión que debía iniciarse en el arte, la industria y el comercio para llegar después á la política. Además, ¿qué le importaban á don Pompeyo estos accidentes del nacimiento? Su inteligencia andaba siempre por más altas regiones. Él en este mundo era principalmente un *altruista*, palabra que, preciso es confesarlo, no había conocido hasta que con motivo de una disputa filosófica de la que salió derrotado, el amor propio un tanto ofendido le llevó á leer las obras de Comte. Allí vió que los hombres se dividían en egoístas y *altruistas* y él, á impulsos de su buen natural, se declaró *altruista* de por vida; y, en efecto, se la pasó metiéndose en lo que no le importaba. Tenía algunas haciendas, pocas, la mayor parte procedentes de bienes nacionales; y de su renta vivía con mujer y cuatro hijas casaderas.

Comía sopa, cocido y principio; cada cinco años se hacía una levita, cada tres compraba un sombrero alto lamentándose de las exigencias de la moda, porque el viejo quedaba siempre en muy buen uso. Á esto lo llamaba él su *aurea mediocritas*. Pudo haber sido empleado; pero «¿con quién? ¡si aquí nunca hay gobiernos!» Cargos gratuitos los desempeñaba siempre que se le ofrecían, porque sus conciudadanos le tenían á su disposición, sobre todo si se trataba de dar á cada uno lo suyo. Á pesar de tanta modestia y parsimonia en los gastos, los maliciosos atribuían su exaltado liberalismo y su descreimiento y desprecio del culto y del clero á la procedencia de sus tierras. «Claro, decían las beatas en los corrillos de San Vicente de Paul, y los ultramontanos en la redacción de *El Lábaro*, claro, como lo que tiene lo debe á los despojos impíos de los

liberalotes! ¿Cómo no ha de aborrecer al clero si se está comiendo los bienes de la Iglesia?» Á esto hubiera objetado don Pompeyo, si no despreciara tales hablillas «abroquelado en el santuario de su conciencia», hubiera contestado que don Leandro Lobežno, el obispo de levita, el Preste Juan de Vetusta, el seráfico presidente de la Juventud Católica, era millonario gracias á los bienes nacionales que había comprado cierto tío á quien heredara el don Leandro.» Pero no, don Pompeyo no contestaba. Él aborrecía el fanatismo, pero perdonaba á los fanáticos.

«¿No era él un filósofo? Bien sabía Dios que sí.»— Esto de que bien lo sabía Dios era una frase hecha, como él decía, que se le escapaba sin querer, porque, en verdad sea dicho, don Pompeyo Guimarán no creía en Dios. No hay para qué ocultarlo. Era público y notorio. Don Pompeyo era el ateo de Vetusta. «¡El único!» decía él, las pocas veces que podía abrir el corazón á un amigo. Y al decir ¡el único! aunque afectaba profundo dolor por la ceguedad en que, según él, vivían sus conciudadanos, el observador notaba que había más orgullo y satisfacción en esta frase que verdadera pena por la falta de propaganda. Él daba ejemplo de ateísmo por todas partes, pero nadie le seguía.

En Vetusta no se aclimatava esta planta; él era el único ejemplar, robusto, inquebrantable eso sí, pero el único. Y don Pompeyo sentía remordimientos cuando se sorprendía deseando que jamás cudiese *la doctrina racional, salvadora*, que por tal la tenía. Todos le llamaban el *Ateo*, pero la experiencia había convencido á los más fanáticos de que no mordía. «Era el león enamorado de una doncella,» decía elegantemente Gloucester, «una fiera sin dientes.» Hasta las más recalcitrantes beatas pasaban al lado del *Ateo* sin echarle una mala maldición: era como un oso viejo, ciego y con bozal que anduviese domesticado, de calle en calle,

divirtiéndolo á los chiquillos; olía mal pero no pasaba de ahí. Sin embargo, varias veces se había pensado en darle un disgusto serio para que se convirtiera ó abandonase el pueblo. Esto dependía del mayor ó menor celo apostólico de los obispos. Uno hubo (después llegó á cardenal), que pensó seriamente en excomulgar á don Pompeyo. Este recibió la noticia en el casino—todavía iba al casino entonces.—Una sonrisa angelical se dibujó en su rostro: así debió de sonreír el griego que dijo: pega pero escucha. La boca se le hizo agua: aquella excomunión le hacía cosquillas en el alma: ¡qué más podía ambicionar! En seguida pensó en tomar una postura moral digna de las circunstancias. Nada de aspavientos, nada de protestas.—Se contentó con decir:—El señor obispo no tiene derecho de excomulgar á quien no comulga; pero venga en buen hora la excomunión... y ahí me las den todas.

Su mujer y cuatro hijas pensaban de muy distinta manera. En vano quiso ocultarlas que el rayo amenazaba su hogar tranquilo. La casa de don Pompeyo se convirtió en un mar de lágrimas; hubo síncope; doña Gertrudis cayó en cama. El infeliz Guimarán sintió terribles remordimientos: sintió además inesperada debilidad en las piernas y en el espíritu. «¡No que él se convirtiera! eso jamás! pero ¡su Gertrudis, sus niñas!» y lloraba el desgraciado; y volviéndose del lado hacia donde caía el palacio episcopal enseñaba los puños y gritaba entre suspiros y sollozos: «—Me tienen atado, me tienen atado esos hijos de la aberración y la ceguera! desgraciado de mí! pero más dignos de compasión ellos que no ven la luz del mediodía, ni el sol de la Justicia!» Ni aun en tan amargos instantes insultaba al obispo y demás alto clero. Tuvo que transigir; tuvo que tolerar lo que al principio le sublevaba sólo pensado, que sus hijas se *moviesen*, que sus amigos pusieran en juego sus relaciones para que el obis-

po se metiera el rayo en el bolsillo... Se consiguió, no sin trabajo, y sin necesidad de que don Pompeyo se retractase de sus errores. Se echó tierra al ateísmo de Guimarán. Él calló una temporada, pero luego volvió á la carga, incansable en aquella propaganda, que, en el fondo de su corazón, deseaba infructuosa, por el gusto de ser el único ejemplar de la, para él, preciosa especie del ateo. Sus principales batallas las daba en el casino, donde pasaba media vida (después lo abandonó por motivos poderosos). Los vetustenses eran, en general, poco aficionados á la teología; ni para bien ni para mal les agradaba hablar de las cosas *de tejas arriba*. Los *avanzados* se contentaban con atacar al clero, contar chascarrillos escandalosos en que hacían principal papel curas y amas de cura; en esta amena conversación entraban también con gusto algunos conservadores muy ortodoxos. Si creían haber llegado demasiado lejos y temían que alguien pudiera sospechar de su acendrada religiosidad, se añadía, después de la murmuración escandalosa:—Por supuesto que estas son las excepciones.—No hay regla sin excepción, decía don Frutos el americano.—La excepción confirma la regla, añadía Ronzal el diputado. Y hasta había quien dijera:—Y hay que distinguir entre la religión y sus ministros.—Ellos son hombres como nosotros...» Los *avanzados* presentaban objeciones, defendían la solidaridad del dogma y el sacerdote, y entonces el mismo don Pompeyo tenía que ponerse de parte de los reaccionarios, hasta cierto punto y decir:—Señores, no confundamos las cosas, el mal está en la raíz... El clero no es malo ni bueno; es como tiene que ser... Al oír tal, todos se levantaban en contra, unos porque defendía al clero y otros porque atacaba el dogma. Bien decía él que estaba completamente solo, que era el *único*.—De aquellas discusiones, que buscaba y provocaba todos los días, afirmaba él que «salía su espíri-

tu, llamémosle así, lleno de amargura (y no era verdad, el remordimiento se lo decía), lleno de amargura porque en Vetusta nadie pensaba; se vegetaba y nada más. Mucho de intrigas, mucho de politiquilla, mucho de intereses materiales mal entendidos; y nada de filosofía, nada de elevar el pensamiento á las regiones de lo ideal. Había algún erudito que otro, varios canonistas, tal cual jurisconsulto, pero pensador ninguno. No había más pensador que él.» «Señores, decía á gritos después de tomar café, cerca del gabinete del tresillo, si aquí se habla de las graves cuestiones de la inmortalidad del alma, que yo niego por supuesto, de la Providencia, que yo niego también, ó toman Vds. la cosa á broma, á guasa, como dicen Vds., ó sólo se preocupan con el aspecto utilitario, egoísta, de la cuestión: si Ronzal será inmortal, si don Frutos prefiere el aniquilamiento á la vida futura sin recuerdo de lo presente... Señores ¿qué importa lo que quiera don Frutos ni lo que prefiera Ronzal? La cuestión no es esa; la cuestión es (y contaba por los dedos) si hay Dios ó no hay Dios; si caso de haberlo, piensa para algo en la mísera humanidad, si...

—«¡Chitón! ¡silencio! gritaban desde dentro los del tresillo; y don Pompeyo bajaba la voz, y el corro se alejaba de los tresillistas, lleno de respeto, obedientes todos, convencidos de que aquello del juego era cosa mucho más seria que las teologías de don Pompeyo, más práctica, más respetable.—Miren Vds., decía Ronzal, que todavía no era sabio, yo creo todo lo que cree y confiesa la Iglesia, pero la verdad, eso de que el cielo ha de ser una contemplación eterna de la Divinidad... hombre, eso es pesado.—¿Y qué? objetaba el americano don Frutos, en voz baja también, temeroso de nuevo aviso de los tresillistas; ¿y qué? Yo me contento con pasar la vida eterna mano sobre mano. Bastante he trabajado en este mundo. Peor sería eso

que dicen que dice *Alancardan*, ó san Cardan, ó san Diablo! pues... que... No sabía cómo explicarlo el pobre don Frutos. «Ello venía á ser que en muriéndonos íbamos á otra estrella, y de allí á otra, á pasar otra vez las de Caín, y ganarnos la vida.» La idea de volver, en Venus ó en Marte, á buscar negros al África y comprarlos y venderlos á espaldas de la ley, le parecía absurda á Redondo y le volvía loco. «Antes el aniquilamiento, como dice el ateo!» concluía limpiando el copioso sudor de la frente, provocado por aquel esfuerzo intelectual, tan fuera de sus hábitos.—Con esta cuestión de la inmortalidad, era con la que abría don Pompeyo brecha en el alcázar de la fe de los socios, pero siempre concluían por cerrar aquella brecha con las salvedades de rúbrica. «—Por supuesto, Dios sobre todo... Doctores tiene la Iglesia...»

Y en último caso, don Pompeyo ya les iba aburriendo con sus teologías. Le dejaban solo. Los tresillistas se quejaron á la junta. Tuvo que cambiar de mesa y de sala, si quiso seguir predicando ateísmo.

«¡Éste era el estado del libre examen en *Vetusta!*» pensaba Guimarán con tristeza mezclada de orgullo.

En el billar tampoco querían teología racional. Don Pompeyo, más abandonado cada día, se colocaba taciturno, como Jeremías podría pararse en una plaza de Jerusalem, se colocaba, abierto de piernas, delante de la mesa pequeña, la de carambolas, y largo rato contemplaba á aquellos ilusos que pasaban las horas de la brevísima existencia, viendo chocar ó no chocar tres bolas de marfil. Algunas veces tropezaba la maza de un taco con el abdomen de don Pompeyo.

—Vd. dispense, señor Guimarán.

—Está Vd. dispensado, joven—respondía el pensador rascándose la barba con una ironía trágica, profunda, y sonriendo, mientras movía la cabeza dando á entender que estaba perdido el mundo.

Aburrido de tanta *superficialidad* subía al *cuarto del crimen*, á ver á los partidarios del azar. Allí oía el nombre de Dios á cada momento, pero en términos que no le parecían nada filosóficos.

—¡Don Pompeyo, tiene Vd. razón!—gritaba un perdido al despedirse de la última peseta—¡tiene Vd. razón, no hay Providencia!

—¡Joven, no sea Vd. majadero, y no confunda las cosas!

Y salía furioso del Casino. «No se podía ir allí.»

Cuando *estalló la Revolución de Setiembre*, Guimarán tuvo esperanzas de que el libre pensamiento tomase vuelo. Pero, nada. ¡Todo era hablar mal del clero! Se creó una sociedad de filósofos... y resultó espiritista; el jefe era un estudiante madrileño que se divertía en volver locos á unos cuantos zapateros y sastres. Salió ganando la Iglesia, porque los infelices menestrales comenzaron á ver visiones y pidieron confesión á gritos, arrepintiéndose de sus errores con toda el alma. Y nada más; á eso se había reducido la *revolución religiosa* en Vetusta, como no se cuente á los que *comían de carne* en Viernes Santo.

Don Pompeyo no creía en Dios, pero creía en la Justicia. En figurándose la con J mayúscula, tomaba para él cierto aire de divinidad, y sin darse cuenta de ello, era idólatra de aquella palabra abstracta. Por *la Justicia* se hubiera dejado hacer tajadas.

«La Justicia le obligaba á reconocer que el actual obispo de Vetusta, don Fortunato Camoirán, era una persona respetable, un varón virtuoso, digno; equivocado, equivocado de medio á medio, pero digno. ¿Tenía un ideal? pues don Pompeyo le respetaba.»

Don Pompeyo no leía, meditaba. Después de las obras de Comte (que no pudo terminar), no volvió á leer libro alguno; y en verdad, él no los tenía tampoco. Pero meditaba.

Algunas veces discutía con Frígilis, en quien reconocía la *madera de un libre pensador*, pero mal educado. No le quería bien. «¡Ese es panteísta!» decía con desdén. «Ese adora la naturaleza, los animales, y los árboles especialmente... además, no es filósofo; no quiere pensar en las grandes cosas, sólo estudia nimiedades... Está muy hueco porque después de cien mil ensayos ridículos, aclimató el Eucaliptus en Vestusta... ¿Y qué? ¿Qué problema metafísico resuelve el Eucaliptus globulus? Por lo demás yo reconozco que es íntegro... y que sabe... que sabe... por más que su decantado darwinismo... y aquella locura de inger-tar gallos ingleses...»

Guimarán fué varias veces derrotado por Frígilis en sus polémicas. Frígilis era apóstol ferviente del transformismo; le parecía absurdo y hasta ridículo hacer ascos al abolengo animal... Don Pompeyo, aunque se sentía seducido por aquella teoría que *dejaba* un subido y delicioso olor á herética y atea, no se decidía á creerse descendiente de cien orangutanes; sonreía como si le hiciesen cosquillas... pero no se determinaba á decir sí ni á decir no.

«Mi última afirmación es la duda... Se me hace cuesta arriba.» Pero de todas suertes su ateísmo quedaba en pié; para negar á Dios con la constancia y energía con que él lo negaba, no hacía falta leer mucho, ni hacer experimentos, ni meterse á cocinero químico. «¡Mi razón me dice que no hay Dios; no hay más que Justicia!»

Frígilis, mientras don Pompeyo afirmaba estas cosas, le miraba sonriendo con benevolencia; y con un poco de burla, en que había algo de caridad, le decía:

—«¿Pero, señor Guimarán, tan seguro está Vd. de que no hay Dios?»

—«¡Sí, señor mío! ¡ mis principios son fijos! ¡ fijos! entiende Vd? Y yo no necesito manosear librotos y

revolver tripas de cristianos y de animales, para llegar á mi conclusión categórica... Si su ciencia de usted, después de tanta retorta, y tanto protoplasma y demás zarandajas, no da por resultado más que esa duda, guárdese la ciencia de los libros en donde quiera, que yo no la he menester!»

El honrado Guimarán daba media vuelta y se iba furioso, llena el alma de rencores y envidias pasajeras, y Frígilis seguía sonriendo y movía la cabeza á un lado y á otro.

Si le preguntaban qué opinaba del *Ateo*, decía:

—«¿Quién, don Pompeyo? Es una buena persona. No sabe nada, pero tiene muy buen corazón.»—

Guimarán juró—tenía que parar en ello—juró no poner jamás los piés en el casino.

—«Lo que se ha hecho allí conmigo no se hace con ningún cristiano.»

Tenía el estilo sembrado de frases y modismos puramente ortodoxos, pero protestaba en seguida contra «aquellas metáforas y solecismos del lenguaje.»

Lo que habían hecho con él había sido celebrar el aniversario 25 de la exaltación de Pío Nono al Pontificado, colgando los tapices de gala y sacando á relucir los aparatos de gas, con que iluminaban la fachada en las grandes solemnidades.

Don Pompeyo se dirigió á la Junta en papel de oficio citando los artículos del Reglamento que, en su opinión, «prohibían semejantes muestras de júbilo por parte de una corporación que, por su calidad de círculo de recreo no debía, no podía tener religión positiva determinada.»

Y en el salón daba gritos, mientras los mozos colgaban los tapices de los balcones; hacía aspavientos, é invocaba la tolerancia religiosa, la libertad de cultos y hasta la sesión del juego de pelota.

—Pero, hombre—le decía Ronzal, con deseos de pe-

garle—¿qué le importa á Vd. que el Casino cuelgue é ilumine? ¿Qué le ha hecho á Vd. la Santidad de Pío Nono?

—Qué me ha hecho la Santidad?... Se lo diré á Vd., sí señor, se lo diré á Vd. Pío Nono me era... hasta simpático... reconocía en él un hombre de buena fe... Pero la infalibilidad ha puesto entre los dos una muralla de hielo; un abismo que no se puede salvar... ¡Un hombre infalible! ¿Comprende Vd. eso, Ronzal?

—Sí, señor, perfectamente. Es la cosa más clara...

—Pues explíquemelo Vd.

—Entendámonos, señor Guimarán, si Vd. quiere examinarme... sepa Vd. que yo... no aguanto ancas!...

—No se trata aquí de la grupa de nadie... sino de que Vd. pruebe la infali...

—¿La *infalibilidad*?

—Sí, señor... la infalibilidad... la in... fa... li... bi... li...

—Oiga Vd., señor don Pompeyo, que á mí las canas no me asustan! y si Vd. se burla, yo hago la cuestión personal...

—¿Cómo personal? ¿También Vd. es infalible?

—¡Señor Guimarán!

—En resumen, señor mío...

—Eso es, *reasumiendo*...

—Yo me borro de la lista...

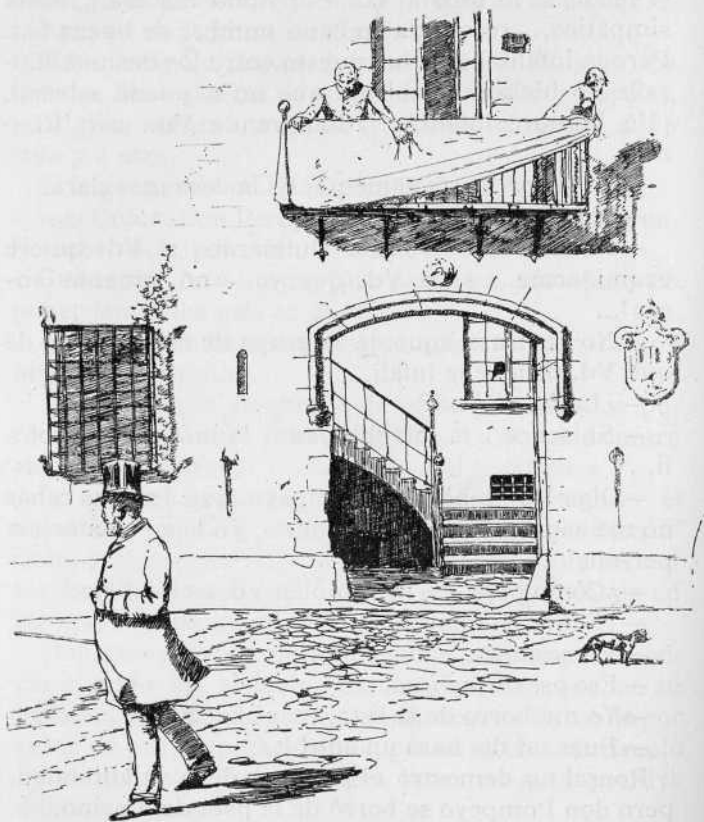
—Pues tal día hará un año!

Ronzal no demostró el por qué de la infalibilidad, pero don Pompeyo se borró de la lista del Casino.

Perdió aquel refugio de sus horas desocupadas que eran muchas, y anduvo como alma en pena vagando de café en café hasta que al cabo de algunos años tropezó con don Santos Barinaga en el *Restaurant y café de la Paz*, donde todas las noches el enemigo implacable

del Magistral se preparaba á mal morir bebiendo un cognac con honores de espíritu de vino.

Entablaron amistad que llegó á ser íntima. Don Santos había sido siempre un buen católico; es más, de la



Iglesia vivía, pues su comercio era de objetos del culto. Pero desde que el monopolio mal disfrazado de competencia de «La Cruz Roja» había empezado á *labrar su ruina*, iba sintiendo cada día más vacilante el alcázar de su fe... y más vacilantes las piernas. Empe-

zaba, como otros muchos, por negar la virtud del sacerdocio y, además, — esto no se sabe que lo hayan hecho otros heresiarcas — coincidía en él aquel desprecio de los ordenados *in sacris* con la afición desmesurada al alcohol en sus varias manifestaciones.

Poco trabajo le costó á Guimarán hacer un prosélito de don Santos. De día en día y de copa en copa avanzaba la impiedad en aquel espíritu; y llegó á creer que Jesucristo no era más que una constelación; disparate que había leído don Pompeyo en un libro viejo que compró en la feria. Guimarán tenía la impiedad fría del filósofo, Barinaga los rencores del sectario, la ira del apóstata.

Cuando le parecía al buen tendero que iba demasiado lejos en sus negaciones, para ocultar el miedo, se ponía de pié, copa en mano, y decía solemnemente:

—En último caso, si me equivoco, si blasfemo... toda la responsabilidad caiga sobre ese pillo... sobre ese *rapavelas*... sobre ese maldito don Fermín!...

El café de la Paz era grande, frío; el gas amarillento y escaso parecía llenar de humo la atmósfera cargada con el de los cigarros y las cocinas; á la hora en que los dos amigos conferenciaban estaba desierto el salón; los mozos, de chaqueta negra y mandil blanco, dormitaban por los rincones. Un gato pardo iba y venía del mostrador á la mesa de don Santos, se le quedaba mirando largo rato, pero convencido de que no decía más que disparates, bostezaba, y daba media vuelta.

Guimarán veía con gran satisfacción los progresos de la impiedad en aquel espíritu lleno de pasión; no había llegado don Santos al ateísmo, «pero este era un grado de perfección filosófica que tal vez le venía muy ancho al antiguo comerciante de cálices y patenas.» Don Pompeyo se contentaba con arrancarle las raíces y retoños de toda religión positiva. No le agradaba verle cada vez más *enfrascado* en el aguardiente

y el cognac; pero don Santos si no bebía no daba pié con bola, no entendía palabra de lugares teológicos. Había que dejarle beber.

Á las diez y media de la noche salían juntos; don Pompeyo daba el brazo á don Santos y le acompañaba hasta dejarle bastante lejos del café, porque sino se volvía solo. En la esquina de una calleja se despedían con largo apretón de manos, y Guimarán, sereno y satisfecho, se restituía á su hogar tranquilo donde le esperaban su amante esposa y cuatro hijas que le adoraban.

Don Santos quedaba solo en batalla con las quimeras del alcohol, con nieblas en el pensamiento y en los ojos. Su pié vacilaba; el pudor entregado á sí mismo, luchaba por encontrar una marcha y un continente decoroso; pero en vano, un movimiento en zizás agitaba todo el cuerpo del enfermo; cada paso era un triunfo; la cabeza se tenía mal sobre los hombros... y de la faringe del borracho salían, como arrullos de tórtola, gritos sofocados de protesta, de una protesta monótona, inarticulada, que era á su modo expresión de una idea fija, ó mejor, de un odio clavado en aquel cerebro con el martillo de la manía. Á todas las manchas de las paredes, á todas las sombras de los faroles les contaba, gruñendo, la historia de su ruina, y no había piedra de aquel camino, que no supiese la escandalosa leyenda de la fortuna del Magistral.

Si Barinaga tomó de don Pompeyo su apostasía, Guimarán se contagiò con el odio de don Santos al Provisor y á doña Paula. « ¡ Era escandaloso, ciertamente, aquel tráfico indigno ! » Los dos viejos fueron trompas de la fama contra la honra del Provisor. Don Santos alborotó la vecindad muchas noches; no bastó la intervención del sereno; llegó á dar puñadas, bastonazos y hasta patadas en la puerta de la *Cruz Roja*. El dueño del establecimiento se quejó á la autoridad, creció el

escándalo, los enemigos del Magistral atizaron la discordia, en todas partes se gritaba: «¿Cómo se entiende? ¿van á prender á don Santos después de haberle arruinado? ¿Se atrevería la autoridad á tomar una *medida represiva*?»

En el cabildo, Gloucester, el maquiavélico Arcediano, hablaba al oído de los canónigos «de descrédito colectivo, de lo que la iglesia, y la catedral sobre todo, perdían con aquellas *algaradas* (frase de Gloucester).»—El beneficiado don Custodio apoyaba al señor Mourelo.

—¡Y si fuera eso lo peor! —decía el Arcediano.

Y entonces comenzaba el segundo capítulo de la murmuración.

«Lo peor era que, con razón ó sin ella, pero no sin que las apariencias diesen motivo para las hablillas, se decía que el Magistral quería seducir, y en camino estaba, nada menos que á la Regenta.

—¡Hombre, eso no! — gritaba el chantre—¡ella está hecha una santa; después de su enfermedad, desde que estuvo si la entrega ó no la entrega, su vida es ejemplar. Si antes era una señora virtuosa, como hay muchas, ahora es una perfecta cristiana. Está más delgadilla, más pálida, pero hermosísima... quiero decir, que edifica, que es una santa... vamos... una santa...

— Señor, yo quiero hechos... y el público no se fía de santidades... se fía de hechos...

Y Gloucester citaba muchos hechos: la frecuencia de las confesiones de Anita Ozores, lo mucho que duraban las visitas del Provisor al Caserón, las visitas de la Regenta á doña Petronila...

—¡Cómo! ¿Y qué? ¿qué tenemos con esas visitas? ¿También va Vd. á creer que doña Petronila se presta?...

— Señor... yo no creo ni dejo de creer... yo cito hechos y digo lo que dice el público... El escándalo crece...

Era verdad. Tal maña se daban Gloucester y don Custodio y otros señores del cabildo, algunos empleados de la curia eclesiástica, y entre el elemento lego Foja y don Alvaro; éste por debajo de cuerda y conteniéndose en lo que se refería á la simonía y despotismo que se achacaba al Provisor. En el Casino tampoco se hablaba de otra cosa. Ya todos aseguraban haber encontrado á don Santos dando patadas á la puerta de la Cruz Roja y desafiando á gritos al Magistral. Había bandos: unos reclamaban la intervención de la autoridad, otros sostenían *el derecho del pataleo* de Baringa.

El Chato iba y venía, espía en todas partes, y dos ó tres veces al día entraba en casa del Provisor á dar parte de las murmuraciones á su jefe, á doña Paula, que le pagaba bien.

La madre de don Fermín vivía en perpetua zozobra; pero no desmayaba. «Ya que él quería perderse, allí estaba ella para salvarle.» Era lo principal visitar al obispo, conseguir que la murmuración, la calumnia ó lo que fuese, no llegara á su Ilustrísima. Doña Paula pasaba gran parte del día y de la noche en palacio. Su lugarteniente Úrsula, el ama de llaves del Obispo, tenía orden de no dejar á ninguna persona sospechosa llegar á la cámara de su dueño; los familiares, gente devota de doña Paula, hechuras suyas, obedecían á la misma consigna. El Magistral, aunque le disgustaba emplearse en tal oficio, también espía y vigilaba; el instinto de conservación le obligaba á secundar los planes de su madre.

Doña Paula y don Fermín hablaban poco; se defendían por acuerdo tácito; empleaban el mismo sistema de resistencia sin comunicárselo. Estaba la madre irritada. «Su hijo la engañaba, la perdía. Para ella doña Ana Ozores, la dichosa Regenta, era ya *barragana* (esta palabra decía en sus adentros) barragana de su

Fermo. Por allí iba á romper la sogá ; por allí hacía agua el barco. Si se hablaba tanto de los abusos de la curia eclesiástica, de la *Cruz Roja* y de don Santos, era porque el *otro negocio*, el más escandaloso, el de las *faldas* traía consigo los demás.» Esto pensaba ella. «Lo otro es antiguo ; ya nadie hacía caso de esas hablillas por viejas, por gastadas, pero con el escándalo nuevo, con lo de esa mala pécora, hipócrita y astuta, todo se renueva, todo toma importancia, y muchos pocos hacen un mucho. Si Fortunato sabe algo, cree algo, nos hundimos.» Al dueño de la Cruz Roja se le prohibió oír los golpes que descargaba en la puerta todas las noches el borracho de don Santos. No se volvió á pensar en pedir auxilio á la autoridad. Se compró al sereno y se le dió orden de que evitara el ruido ante todo. Era inútil. Muchos vecinos ya esperaban con curiosidad maliciosa la hora del alboroto y salían á los balcones á presenciar la escena.

Pero doña Paula tenía además que seguir los pasos á su hijo.

El Chato había visto á la Regenta y al Magistral entrar juntos al anoecer en casa de doña Petronila. Y ya lo sabía doña Paula. Pero también les había visto don Custodio y se lo había dicho á Gloucester y después los dos á toda Vetusta.

En tanto, en el café de la Paz había ya público para oír á don Pompeyo y á don Santos maldecir de las religiones positivas y especialmente del señor Vicario general, como llamaba siempre á De Pas el señor Guimarán. Entre el *pueblo bajo* corría la historia de las aras, de la ruina de don Santos, de los millones del Magistral depositados en el Banco ; con tal motivo algunos obreros de la Fábrica vieja hablaban de ahorcar al clero en masa. Á esto lo llamaban cortar por lo sano. Los trabajadores carlistas dudaban ; tenía entre ellos amigos el Magistral, pero si le respetaban por sacer-

dote, le temían por rico... y sospechaban algo. De lo que no hablaba la multitud era del asunto de *las faldas*. Allá cuando la Revolución, se había dicho si tenía ó no tenía don Fermín aventuras en los barrios bajos; pero ya nadie se acordaba por allí de tales cuentos. Los obreros que entonces llevaban la voz en la propaganda revolucionaria habían muerto, ó habían envejecido, ó se habían dispersado, ó estaban desengañados de *la idea*; la generación nueva no era clerófoba más que á ratos; era amiga de la taberna, no del club. Se hablaba sólo de revolución social; y ya se decía que los curas no son ni más ni menos malos que los demás *burgueses*. Malo era el fanatismo, pero el *capital* era peor. No había en los barrios bajos un elemento de activa propaganda contra las sotanas. El Magistral era allí más despreciado que aborrecido. Pero el escándalo de don Santos el de los Cristos, como le llamaban; dos ó tres rasgos de despotismo en la curia eclesiástica, el dineral que costaba casarse—como si antes no costara lo mismo—y las acciones del Banco, volvieron á encender los odios, y esta vez se habló de colgar al Provisor y *demás clerigalla*.

Quien más gozaba con aquella propaganda de infamia, después de Gloucester que la creía obra suya exclusivamente, era don Alvaro Mesía. Ya aborrecía de muerte al Magistral: «Era el primer hombre ¡y *con faldas!* que le ponía el pié delante: el primer rival que le disputaba una presa, y con trazas de llevársela!» «Tal vez se la había llevado ya. Tal vez la fina y corrosiva labor del confesonario había podido más que su sistema prudente, que aquel sitio de meses y meses, al fin del cual el *arte* decía que estaba la rendición de la mas robusta fortaleza. Yo pongo el cerco, pero ¿quién sabe si él ha entrado por la mina? El dandy vetustense sudaba de congoja recordando lo mucho que había padecido bajo el poder de don Víctor Quin-

tanar, que según su cuenta, en pocos meses de íntima amistad le había *declamado* todo el teatro de Calderón, Lope, Tirso, Rojas, Moreto y Alarcón. Y todo, ¿para qué? «Para que el diablo haga á esa señora caer en cama, tomarle miedo á la muerte, y de amable, sensible y condescendiente (que era el primer paso), convertirse en arisca, timorata, mística... pero mística de verdad. ¿Y quién

se la había puesto así? El Magistral, ¿qué duda cabía? Cuando él comenzaba á preparar la escena de la declaración, á la que había de seguir de cerca la del *ataque personal*, cuando la próxima primavera prometía eficaz ayuda... se encuentra con que la señora tiene fiebre.» «La señora no recibe»,

y estuvo sin verla quince días. Se le permitía llegar al gabinete, preguntarle cómo estaba... pero no entrar en la alcoba. Él había ido á visitarla todos los días, pero como si no, no le dejaban verla. Y ¡oh rabia! el Magistral, él lo había visto, pasaba sin obstáculo, y estaba solo con ella. «La lucha era desigual.» Durante la primer convalecencia, que duró pocos días, se le permitió á él también entrar en la alcoba dos ó tres veces; pero nunca pudo hablar á solas con Ana. Y lo más triste había



sido después; cuando la segunda arremetida del mal, que fué tan peligrosa, cedió el paso poco á poco á la salud. Ana le recibió en su gabinete. ¡Pero cómo! Por de pronto estaba bastante delgada, y pálida como una muerta. «Hermosísima, eso sí, hermosísima... pero á lo romántico. Con mujeres de aquellas carnes y de aquella sangre no luchaba él. Estaba entregada á Dios. ¡Claro! ¡Apenas comía! No podía levantar un brazo sin cansarse.» Don Alvaro calculaba, furioso de impaciencia, cuánto tiempo tardaría aquella *naturaleza* en adquirir la fuerza necesaria para volver á sentir los impulsos sensuales, que eran la fe viva del señor Mesía y su esperanza. Tardaría mucho. Mientras tanto él no podría emprender nada de provecho. «Y el Magistral estaba haciendo allí su agosto; embutiendo aquel cerebro débil de visiones celestes... Ana era otra para él. No le miraba jamás, y las pocas palabras con que contestaba á las preguntas de cariñoso interés, eran corteses, afables, pero frías, como cortadas por patrón. Á veces se le ocurría á él si se las dictaría el Magistral.» Una tarde comía la Regenta en presencia de su esposo, don Alvaro y De Pas. Le costaba lágrimas cada bocado. El Magistral opinaba que á la fuerza no debía comer. Entonces Mesía tomó con mucho calor la defensa del alimento obligatorio.

—Yo creo, con permiso de este señor canónigo, que lo principal aquí es sentirse bien; y pronto, para que no se apodere la anemia de ese organismo...

—Oh, amigo mío—replicó el Magistral, sonriendo con mucha amabilidad—la anemia, Vd. sabe mejor que yo que puede venir á pesar del alimento... Además, comer no es lo mismo que alimentarse...

—Pues, con permiso del señor canónigo, yo aconsejaría carne cruda, mucha carne á la inglesa...

«¡Oh! le corría prisa; hubiera dado sangre de un brazo por verla correr por aquellas venas que se figu-

raba exhaustas. ¡La vida, la fuerza, á todo trance, para aquella mujer! Hasta habló un día don Alvaro de transfusiones. «La ciencia había adelantado mucho en esta materia.»

Somoza solía aprobar moviendo la cabeza y diciendo:

—¡Mucho! mucho! ¡oh, sí, la ciencia! mucho!... la transfusión!... claro! Tenía cierto miedo á los conocimientos médicos de don Alvaro. Aquel hombre que iba á París y traía aquellos sombreros blancos y citaba á Claudio Bernard y á Pasteur... debía de saber más que él de medicina moderna... porque él, Somoza, no leía libros, ya se sabe, no tenía tiempo.

Pero la Regenta mejoraba; volvía la sangre, aunque poco á poco; los músculos se fortalecían y redondeaban... y la frialdad y la reserva no desaparecían. Don Víctor siempre el mismo para su don Alvaro; seguían las confidencias acompañadas de cerveza... pero Ana jamás se presentaba. Si don Alvaro se atrevía á preguntar por ella, don Víctor fingía no oír, ó mudaba de conversación; si el otro insistía, Quintanar suspiraba y encogiendo los hombros decía:

—¡Déjela Vd... estará rezando!

—¡Rezando!... Pero tanto rezar puede matarla...

—No... sí... no reza... es decir... oración mental... ¿qué sé yo?... cosas de ella. Hay que dejarla.

Y suspiraba otra vez. Sí, había que dejarla. Pero á solas, don Alvaro se mesaba los rubios y finos cabellos ¡quién lo diría! se llamaba animal, bestia, bruto, como si no fuera todo lo mismo, y se decía:

—¡Me he portado como un cadete! Me ha perdido la timidez... Debí dar el *ataque personal* una noche que la encontré á oscuras... ó aquella tarde del cenador...

Pero no lo había dado... Y ahora no había remedio. Un día llegó Ana *al extremo* de retirar la mano, que él solicitaba con la suya extendida. Buscó un pre-

texto con la habilidad rápida que tienen las mujeres... y... no le dió la mano. No volvió á tocarle aquellos dedos suaves. Y es más, apenas la veía.

«—¡ Oh, á él, á don Alvaro Mesía le pasaba aquello! ¿Y el ridículo? ¡ Qué diría Visita, qué diría Obdulia, qué diría Ronzal, qué diría el mundo entero !

»Dirían que un cura le había derrotado. ¡ Aquello pedía sangre ! Sí, pero ésta era otra. « Si don Alvaro se figuraba al Magistral vestido de levita, acudiendo á un duelo á que él le retaba... sentía escalofríos. » Se acordaba de la prueba de fuerza muscular en que el canónigo le había vencido delante de Ana misma. Aquel valor que él sentía ante una sotana, por la esperanza irreflexiva de que la mansedumbre obliga al clérigo á no devolver las bofetadas, aquel valor desaparecía pensando en los puños de don Fermín. « No había salida. No había más que acabar con él ayudando á Foja, ayudando á Gloucester, á todos los enemigos del tirano eclesiástico. »

Por las tardes, paseándose en el Espolón, donde ya iban quedándose á sus anchas curas y magistrados, porque el mundanal ruido se iba á la sombra de los árboles frondosos del Paseo grande, don Alvaro solía cruzarse con el Provisor ; y se saludaban con grandes reverencias, pero el seglar se sentía humillado, y un rubor ligero le subía á las mejillas. Se le figuraba que todos los presentes les miraban á los dos y los comparaban, y encontraban más fuerte, más hábil, más airoso al vencedor, al cura. Don Fermín era el de siempre; arrogante en su humildad, que más quería parecer cortesía que virtud cristiana; sonriente, esbelto, armonioso al andar, enfático en el sonsonete rítmico del manteo ampuloso, pasaba desafiando el qué dirán, con imperturbable sangre fría. Solían juntarse en el Espolón los tres mejores mozos del Cabildo ; el chantre, alto y corpulento, el pariente del ministro, más fino,

más delgado, pero muy largo también, y don Fermín, el más elegante y poco menos alto que la dignidad. Gastaban entre los tres muchas varas de paño negro reluciente, inmaculado; eran como firmes columnas de la iglesia, enlutadas con fúnebres colgaduras. Y á pesar de la tristeza del traje y de la seriedad del continente, don Alvaro adivinaba en aquel grupo una seducción para las vetustenses; iba allí el prestigio de la Iglesia, el prestigio de la gracia, el prestigio del talento, el prestigio de la salud, de la fuerza y de la carne que medró cuanto quiso... Él se figuraba tres monjas hermosas, buenas mozas, que tuviesen además talento, gracia; se las figuraba paseando por el Espolón... y estaba seguro de que los ojos de los hombres se irían tras ellas. Pues lo mismo debía de suceder trocados los sexos. Y, en efecto, en los saludos que las señoras que todavía paseaban en el Espolón dedicaban á los tres buenos mozos del Cabildo, á las tres torres davidicas, creía ver el Presidente del Casino ocultos deseos, declaraciones inconscientes de la lascivia refinada y contrahecha.

Cada día aumentaba en don Alvaro la superstición del confesonario, cada día creía más poderosa la influencia del cura sobre la mujer que le cuenta sus culpas. Y mirando á las damas que iban y venían, unas elegantes, lujosas, otras enlutadas ó con hábito humilde, todas deseando á su modo agradar, todas procurándolo, Mesía imaginaba secretos hilos invisibles que iban de faldas á faldas, de la sotana á la basquiña, del cura á la hembra.

En suma, don Alvaro tenía celos, envidia y rabia. Su materialismo subrepticio era más radical que nunca. «Nada, nada, fuerza y materia, no hay más que eso,» pensaba.

Y sino fuera porque los partidos avanzados nunca son poder ó lo son poco tiempo, se hubiera decla-

rado demagogo y enemigo de la religión del Estado.

Llegó al extremo de proponer en la Junta del Casino que no se celebrara en adelante ninguna fiesta de orden religioso colgando é iluminando los balcones. Ronzal se opuso, pero el Presidente se impuso y se votó aquella abstención. ¡ Había triunfado al cabo don Pompeyo Guimarán !

Don Alvaro queria que el ateo volviese al Casino, hacía falta aquel refuerzo á los que se empeñaban en deshonar al Magistral. Foja y Joaquinito Orgaz que capitaneaban la partida de los murmuradores, propusieron á don Alvaro que fuera una comisión á buscar á don Pompeyo para restituirlo al Casino, « de donde nunca debió haber salido. » Se celebraría la *restauración* de Guimarán con una buena cena. Paco el Marquesito, á pesar de que como buen aristócrata se creía obligado á ser religioso *en la forma por lo menos*, se opuso al principio á los proyectos de Foja y Orgaz, pero considerando que su amigo, su ídolo Mesía deseaba tener allí al otro para que le ayudara á desacreditar al Provisor, y considerando que iban á divertirse de veras en el *gaudeamus* de la noche, falló que debía ayudar y ayudaba á los enemigos del Magistral y se agregó á la comisión que fué á buscar á don Pompeyo.

Fueron: el señor Foja, ex-alcalde, Paco Vegallana y Joaquín Orgaz.

Los recibió el señor Guimarán en su despacho, lleno de periódicos y bustos de yeso, baratos, que representaban bien ó mal á Voltaire, Rousseau, Dante, Francklin y Torcuato Tasso, por el orden de colocación sobre la cornisa de los estantes, llenos de libros viejos.

Usaba don Pompeyo en casa bata de cuadros azules y blancos, en forma de tablero de damas. Acogió á los comisionados con la amabilidad que le distinguía y ocultando mal la sorpresa.

«¿Á qué vendrían aquellos señores? ¿Querrían darle alguna broma? No lo esperaba.» De todos modos el ver allí al hijo del marqués de Vegallana le inundaba el alma de alegría, aunque él no quisiera reconocerlo.

Cuando supo de lo que se trataba, por boca de Foja, tuvo que levantarse para ocultar la emoción. Sintió que la hebilla del chaleco estallaba en su espalda.

—Señores—pudo decir al cabo con voz temblorosa—si un juramento solemne no me obligara á permanecer en el ostracismo que voluntariamente me impuse hace tantos años, ó mejor dicho, que me impusieron el fanatismo y la injusticia, si eso no fuera, yo volvería con mil amores al seno de aquella sociedad de la que fui fundador con otros seis ó siete amigos. ¿Y cómo no, señores, si allí corrieron los mejores días para mí, en pláticas provechosas y amenas con el elemento más culto de la población? Allí la tolerancia solía tener su asiento; y las personas, los personajes en quien más arraigadas están ciertas ideas venerables al fin, porque son profesadas con sinceridad y vienen hasta cierto punto de abolengo, obligan por la raza, esos mismos personajes, entre los cuales cuento al papá de este joven ilustrado, á mi buen amigo y condiscípulo el excelentísimo señor marqués de Vegallana, respetaban mis opiniones, como yo las suyas. Lo que Vds. hacen ahora nunca lo agradeceré yo bastante. Pero lo principal ya se ha logrado; la libertad del pensamiento vuelve á brillar en el Casino... Mi aspiración se ha realizado. Ahora, por lo que á mí toca, señores, debo declarar que no puedo romper un voto solemne, un juramento... y no iré con Vds., aunque bien quisiera.

La comisión insistió, conociendo en la cara de don Pompeyo que vencerían.

Foja presentó un argumento de mucha fuerza.

—Dice Vd., señor don Pompeyo, que por su gusto vendría con nosotros, se restituiría al Casino...

—Con mil amores! esa es la palabra... me restituiría...

—Que únicamente le retrae el juramento...

—Eso, el juramento solemne de no poner en mi vida allí los piés.

—¿Pero qué solemnidad ni qué castañuelas? y usted dispense que me exprese así. El que jura, pone á Dios por testigo; pero Vd. no cree en Dios... luego Vd. no puede jurar.

—Perfectamente—dijo Joaquinito Orgaz; de *p* y *p* y doble *u*; y se puso en pié para hacer una pirueta flamenco.

Creía Joaquín que en casa de un ateo de profesión, de un loco, en otros términos, la buena crianza estaba de más.

Don Pompeyo se quedó mirando á Orgaz asombrado de su desfachatez, mientras consideraba el argumento de Foja.

No tenía que contestar.

Al cabo dijo:

—La verdad es... que jurar... yo no puedo jurar... pero... metafóricamente... Además, puedo prometer por mi honor...

—Pero amigo, en aquella ocasión Vd. no prometió por su honor; juró Vd. no poner allí los piés... todo Vetusta recuerda sus palabras de Vd.

Don Pompeyo sintió vapores en la cabeza al oír que todo Vetusta recordaba sus palabras.

Pero insistió, aunque más débilmente cada vez, en su negativa.

Foja guiñó el ojo al Marquesito. Empezó entonces éste el ataque, y Guimarán no pudo resistir más. Se rindió.

¡El hijo de Vegallana, del primer aristócrata, venía

á suplicarle que volviera al Casino! Oh, aquello era demasiado. No pudo sostener la fortaleza de su resolución.

—Después de todo—dijo—en el mero hecho de haberse restablecido la legislación que yo invocaba... ya puedo pisar sin desdoro aquel pavimento...

—Pues claro que puede Vd. pisar. Nada, nada; póngase Vd. la levita, que la cena espera.

—¿Qué cena?

—Sí, señor; se ha acordado por el elemento vencedor, por los que solicitan la presencia de Vd., obsequiarle con un banquete... y vamos á cenar juntos unos doce amigos...

Don Pompeyo no sabía si debía aceptar... No le dejaron ser modesto; y corrió aturdido á ponerse la levita y el sombrero de copa alta. Estaba deslumbrado, y creía sentir al rededor de su cuerpo un baño; un baño de agua rosada.

La presencia del Marquesito era el principal factor de aquella alegría. «¡Oh! al fin la aristocracia era algo, algo más que una palabra, era un elemento histórico, una grandeza positiva... podía haber nobleza y no haber Dios... ¿qué duda cabía?»

Una hora después en el comedor del Casino que ocupaba una crugia del segundo piso, no lejos de la sala de juego, se sentaban á la mesa presidida por don Pompeyo Guimarán, don Álvaro Mesía, enfrente del protagonista, y en agradable confusión después, sin pensar en preferencias de sitio, Paco Vegallana, Orgaz padre é hijo, Foja, don Frutos Redondo (que acudía á todas las cenas fuesen del partido religioso ó político que fuesen), el capitán Bedoya, el coronel Fulgoso, desterrado por republicano, famoso por sus malas pulgas y buena espada, un tal Juanito Reseco, que escribía en los periódicos de Madrid y venía á Vetusta, su patria, á darse tono de vez en cuando, y además

un banquero y varios jóvenes de la *bolsa* de Mesía, trasnochadores abonados del Casino.

Pocas veces comía en la fonda don Pompeyo, y como sus relaciones con los poderosos de la tierra eran muy poco íntimas, casi nunca veía una mesa bien puesta. Así le parecía digno de Baltasar aquel vulgarísimo aparato de restaurant provinciano. El mantel adamasado, más terso que fino; los platos pesados, gruesos; de blanco mate con filete de oro; las servilletas en forma de tienda de campaña dentro de las copas grandes, la fila escalonada de las destinadas a los vinos; las conchas de porcelana que ostentaban rojos pimientos, cárdena lengua de escarlata, húmedas aceitunas, pepinillos rozagantes y otros entremeses; la gravedad aristocrática de las botellas de Burdeos, que guardaban su aromático licor como un secreto; los reflejos de la luz quebrándose en el vino y en las copas vacías y en los cubiertos relucientes de plata Meneses; el centro de mesa en que se erguía un ramillete de trapo con guardia de honor de dos floreros cilíndricos con pinturas chinescas, de cuya boca salían imitaciones groseras de no se sabía qué plantas, pero que a don Pompeyo le recordaban la cabellera rubia y estoposa de alguna *miss* de circo ecuestre; las cajas de cigarros, unas de madera olorosa, otras de latón; los talleres cursis y embarazosos cargados con aceite y vinagre y con más especias que un barco de Oriente;... todo contribuía a deslumbrar al buen ateo, que contemplaba sonriendo y fascinado el conjunto claro, alegre, fresco, vivo, lleno de promesas, de la mesa aún pulcra, correcta, intacta.

Se comenzó a comer sin mucho ruido; todos se esforzaban en decir chistes. Joaquinito se burlaba del servicio y hablaba de Fornos... y de La Taurina y el Puerto, donde se cenaba *por todo lo flamenco*.

Todos comían mucho, menos don Pompeyo a quien

la emoción apretaba la garganta. Desde el segundo plato comenzó á atormentarle un cuidado. «Estoy, pensó, en el ineludible compromiso de brindar; tengo que improvisar un discurso.» Y ya no comió bocado que le aprovechase. Oía hablar como quien oye llover; sonreía á derecha é izquierda, contestaba con monosílabos, pero él pensaba en su brindis; las orejas se le convertían en brasas y á veces sentía náuseas y temblor de piernas. En resumidas cuentas, estaba pasando un mal rato. Él esperaba que las cosas sucedieran así: hablaría primero don Álvaro, haría un elogio de la constancia con que él, don Pompeyo, había sostenido la idea santa de la libertad de pensamiento, y prometería en nombre de la Junta que el Casino jamás tendría religión, como no debía tenerla el Estado. Después hablarían Foja, el Marquesito y otros, abundando en las mismas ideas... y por último él, Guimarán, tendría que levantarse á... *hacer el resumen*. Y mientras comía y bebía por máquina preparaba su arenga, sin poder pasar del exordio, que quería original, sin afectación, modesto sin falsa humildad... «Estos jóvenes... debieron haberme avisado ayer... y entonces tendría yo tiempo.»

Contra lo que esperaba el *ateo*, la conversación, al llegar el Champaña, había tomado un rumbo que no podía llevarla á los asuntos serios que él creía propios de aquella solemnidad. Se hablaba de mujeres. Casi todos echaban de menos la edad de las ilusiones, no por las ilusiones, sino por la secreta fuerza, que según ellos, era su origen. Se declaraban, aun los jóvenes, en la edad triste en que el amor es de cabeza, pura imaginación. Sólo Paco, franco y noble, confesaba que se sentía mejor que nunca, á pesar de haber vivido tanto como cualquiera.

Uno de los compañeros de bolsa de Mesía, viejo verde de cincuenta años, el señor Palma, banquero, la-

mentaba que la juventud no fuese eterna, y con lágrimas en los ojos, de pié, con una copa ya vacía en la mano, exponía su sistema filosófico de un pesimismo desgarrador, como decía el capitán Bedoya. Hubo interrupciones y entonces la conversación tomó un vuelo más alto; Guimarán se dignó prestar atención. Se hablaba ya de la otra vida, y de la moral, que era relativa según la opinión de la mayoría.

Foja, pálido, desencajado, con voz temblorosa, sostenía que no había moral de ninguna clase—y también se puso de pié;—que el hombre era un animal de costumbres; que cada cual barria para dentro.

—*Homo homini lupus*—advirtió Bedoya el capitán.

El coronel Fulgoso le miró con respeto y aprobó la proposición sin entenderla.

—Eso es la lucha por la existencia—dijo muy serio Joaquinito Orgaz.

—No hay más que materia...—añadió Foja, que sólo en sus borracheras exponía sus opiniones filosóficas.

—Fuerza y materia—dijo Orgaz padre—que lo había oído á su hijo.

—Materia... y pesetas—rectificó Juanito Reseco—con voz aguda, estridente y cargada de una ironía que Orgaz padre no podía comprender.

—Eso es—gritó el orador Palma; y siguió brindando por todas las excelencias naturales que él echaba de menos en su miserable cuerpo de anémico incurable.

Se volvió al amor y á las mujeres, y comenzaron las confesiones, coincidiendo con el café y los licores, sacatrapos del corazón. Entre la ceniza de los cigarros, las migas de pan, las manchas de salsa y vino, rodaron el nombre y el honor de muchas señoras. «Allí se podía decir todo, estaban solos, todos eran unos.» Mesía hablaba poco; era su costumbre en tales casos. Te-

mía estas expansiones en que se toma por amigo á cualquiera y en que se dicen secretos que en vano después se querría recoger. Mientras los demás referían aventuras vulgares, sin gloria, él atento á sus pensamientos, con un codo apoyado en la mesa y la barba apoyada en la mano, fumaba un buen cigarro besando el tabaco con cariño y voluptuosa calma; los ojos animados, húmedos, llenos de reflejos de la luz y de reflejos eléctricos del vino, se fijaban en el techo. Las demás figuras de la cena eran vulgares, su embriaguez no tenía dignidad, ni gracia la libertad de sus posturas. Mesía estaba hermoso; se notaba mejor que nunca la esbeltez y armonía de sus formas de buen mozo elegante; en su rostro correcto los vapores de la gula no imprimían groseras tintas, sino cierta espiritualidad entre melancólica y lasciva; se veía allí al hombre del vicio, pero sacerdote, no víctima: dominaba él á su borrachera, *morigerada*, señorial, discreta. Don Álvaro, á solas entre aquellos pobres diablos, soñaba despierto, enternecido. En aquellos momentos se creía enamorado de veras, y se creía y se sentía de veras interesante. Aunque él era sensualista; qué diablo! la sensualidad, pensaba, también tiene su romanticismo. El *claire de lune* es *claire de lune* aunque la luna sea un cacho de hierro viejo, una herradura de algún caballo del sol.

Y pasaban por su memoria y por su imaginación recuerdos de noches de amor, no todas claras ni todas poéticas, pero muchas, muchas noches de amor. Y sintió comecón de hablar, de contar sus hazañas. Este prurito era nuevo en él; no lo había sentido hasta que la Regenta le había humillado con su resistencia.

Dos ó tres veces intervino en la algazara para dar su dictamen tan lleno de experiencia en asuntos amorosos. Y todos se volvieron á él, y callaron los demás para oírle. Entonces habló, sin poder remediarlo, para

satisfacer secreto impulso de rehabilitarse con su historia. Habló el maestro. Quitó el codo de la mesa y apoyó en ella los dos brazos cruzando las manos, entre cuyos dedos oprimía el cigarro, cargado con una pulgada de ceniza; inclinó un poco la cabeza, con cierto misticismo báquico, y con los ojos levantados á la luz de la araña, con palabra suave, tibia, lenta, comenzó la confesión que oían sus amigos con silencio de iglesia. Los que estaban lejos se incorporaban para escuchar, apoyándose en la mesa ó en el hombro del más cercano. Recordaba el cuadro, por modo miserable, la *Cena* de Leonardo de Vinci.

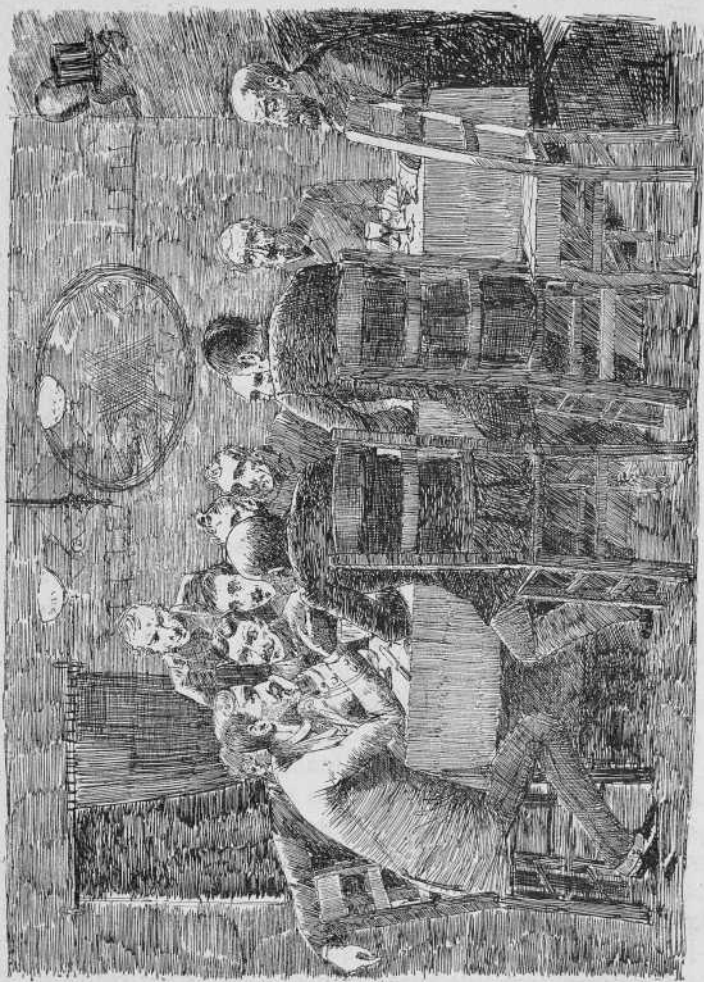
La atención profunda del auditorio, el interés que se asomaba á las miradas y á las bocas entreabiertas, sedujeron al Tenorio de Vetusta, le halagaron y habló como podría hablar sobre el pecho de un amigo. Joaquín Orgaz y el Marquesito oían con recogimiento de sectario al maestro. Aquella era palabra de sabiduría.

Unas veces las aventuras eran románticas, peligrosas, de audacia y fortuna; las más probaban la flaqueza de la mujer, sea quien sea; otras demostraban la necesidad de prescindir de escrúpulos; muchas el buen éxito de la constancia, de la astucia y de la rapidez en el ataque.

De vez en cuando el silencio era interrumpido por carcajadas estrepitosas; era que una aventura cómica alegraba al concurso, sacándole de su estupor mal sano y corrosivo. Entre la admiración general serpeaba la envidia abrazada á la lujuria: las tenias del alma. Los ojos brillaban secos.

El arte del seductor se extendía sobre aquel mantel, ya arrugado y sucio; anfiteatro propio del cadáver del amor carnal.

Mesía se dejaba ver por dentro, más que por complacer á sus oyentes, por oírse á sí mismo, por saber que él era todavía quien era.



«Las trazas del amor eran casi siempre malas artes; era un soñador el que pensase otra cosa. Alguna vez se le había arrojado á Mesía á los brazos una mujer loca de puro enamorada; pero estas aventuras eran muy raras. Además: si la mujer no fuera tan lasciva á ratos, las victorias escasearian; por amor puro se entregan pocas. Más hace la ocasión que la seducción. La seducción debe transformarse en ocasión.»

Llegó el caso de contar cómo había podido don Álvaro vencer á la hija de un maestro de la Fábrica vieja, muy honrado, que velaba por el honor de su casa como un Argos. Angelina tenía padre, madre, abuela, hermanos; ella era pura como un armiño... Mesía había empezado por seducir á los parientes. En cada casa entraba según lo exigía la vida de aquel hogar. Jugaba al escondite con los niños, les fabricaba pajaritas de papel, jugaba al dominó con la abuela, servía á la madre de devanadera, oía con paciencia y fingida atención las lucubraciones socialistas y humanitarias del padre, encantaba á todos; llegaba á ser el tertulio necesario, el paño de lágrimas, el consejero, el mejor ornamento de la casa; la llenaba con su hermosa presencia; era dulce, cariñoso, tenía blanduras de padrazo; cuidaba de los intereses domésticos como si fueran propios, hasta ponía paz entre los criados y los amos. Así iba entrando, entrando en el corazón de todos; los amores con Angelina (ó quien fuera, pues de tales aventuras había tenido muchas) comenzaban en secreto; y poco á poco, junto á la camilla, una mesa cubierta con gran tapete debajo del cual hay un brasero; en el balcón al oscurecer, en cuantas ocasiones podía, se acercaba, se apretaba contra su víctima, la llenaba de deseos de él, de su arrogante belleza varonil y simpática; después hablaba de amor como en broma, con un tono de paternal amparo que parecía la misma inocencia; y cualquier día ó cualquiera no-

che, en una merienda en el campo, después de la cena de Noche buena, mientras los demás de la familia reían alegres, descuidados, la pasión de Angelina llegaba al paroxismo, la ocasión echaba el resto y la deshonra entraba en la casa, y el amigo íntimo, el favorito de todos, salía para no volver nunca.

Los que oían á don Álvaro se figuraban presenciar aquellas escenas de amistad íntima, tranquilas, dulces, llenas de expansión y confianza; en el rostro del seductor, en sus ademanes, en las sonrisas, en la voz, se reflejaban, por virtud del recuerdo, la bondad suave, el aire bonachón y entrañable, la franqueza sencilla, noble, familiar, la habilidad casera, todas las artes y cualidades que hacían vencer á Mesía en lides tales.

—Otras veces, amigos, había que recurrir á la fuerza. Renunciar á una victoria que se consigue con los puños y sudando gotas como garbanzos, entre arañazos y coces, es ser un platónico del amor, un *cursi*; el verdadero don Juan del siglo, y de todos los siglos tal vez, vence como puede; es romántico, caballeresco, pundonoroso cuando conviene; grosero, violento, descarado, torpe, si hace falta.

Nunca se le olvidaría á don Álvaro un combate de amor que duró tres noches, y fué más glorioso para la vencida que para el vencedor. La escena representaba una panera, casa de madera sostenida por cuatro piés de piedra, como las habitaciones palúdicas sustentadas por troncos, y las de algunos pueblos salvajes. En la panera dormía Ramona, aldeana, y cerca de su lecho de madera pintada de azul y rojo, que rechinaba á cada movimiento del jergón, yacía la cosecha de maíz de su casería, en montón deleznable que subía al techo.

Allí fué la batalla. Y don Álvaro, como si lo estuviera pasando todavía, describía la oscuridad de la noche, las dificultades del escalo, los ladridos del perro, el

crugir de la ventana del corredor al saltar el pestillo; y después las quejas de la cama frágil, el gruñir del jergón de gárrulas hojas de mazorca, y la protesta muda, pero enérgica, brutal de la moza, que se defendía á puñadas, á patadas, con los dientes, despertando en él, decía don Álvaro, una lascivia montaraz, desconocida, fuerte, invencible.

«Hubo momentos en que peleé, como César en Munda, por la vida. Era Ramona, señores, morena; su carne de cañón, dura, tersa, y aquellos brazos que yo deseaba enlazados á mi cuerpo, en arrebató amoroso, me probaban su fuerza dando tortura á los míos, oprimidos, inertes. Mi deseo era más poderoso, porque tenía un incentivo más picante que la pimienta: conocía yo que Ramona gozaba, gozaba como una loca en la refriega. Segura de no ser vencida por la fuerza, enamorada á su modo del *señorito*, sobre todo por su audacia, acostumbrada á tales devaneos mudos, gimnásticos, callaba, forcejeaba, mordía con deleite, magullaba con voluptuosidad bárbara, y encontraba placer de salvaje en el martirio de mis sentidos, que tocaban su presa, y se sentían dominados por ella. La cama se hundió; rodamos por el suelo; y rodando llegamos al monte de maíz. Entonces salió la luna; entraron sus rayos por la ventana que yo dejara abierta, y ví á mi robusta aldeana, en pié, hundida una pierna entre los granos de oro y la rodilla de la otra clavada sobre mi pecho. Me intimaba la muerte ó la huida, amenazándome con una medida para áridos, cajón enorme de madera con chapas de hierro. Huí, huí por la ventana; del corredor de la panera salté al callejón como pude, y tuve que emprender, ya sin fuerzas, nueva lucha con el perro. (Pausa). Pero volví á la noche siguiente. El perro ladró menos. La ventana no estaba cerrada, el pestillo estaba descompuesto; Ramona no dormía, me esperaba; en cuan-

to me sintió, descargó tremendo bofetón sobre mi rostro. No importaba. Volvimos á la lucha; los mismos incidentes; rodamos, nos anegamos en maíz; yo tragué muchos granos. Y tampoco vencí aquella noche. Salí de allí por un armisticio, con promesas de futura victoria. Y á la noche tercera luché todavía; me había engañado; el premio me costó batalla nueva, y sólo pude recogerlo entre molestias sin cuento, por culpa del maíz deleznable, curioso, importuno, entremetido. Ramona, ya rendida, se quejaba también. Nos hundíamos, olvidados de todo; y si no estuviera mandado que lo cómico no acabe en trágico, en buena retórica, en aquel montón inquieto hubieran encontrado sepultura Álvaro y Ramona sofocados por uno de nuestros más humildes cereales.

Aplausos y carcajadas ahogaron la voz del narrador. Y entonces don Álvaro, gozoso, entusiasmado, quiso deslumbrar á su auditorio con el contraste de aventuras románticas, en que él aparecía como un caballero de la Tabla Redonda.

Y á todo esto don Pompeyo Guimarán olvidaba su exordio, interesado á su pesar en las aventuras eróticas del *frívolo* Presidente del Casino. Paco Vegallana había hecho beber al ateo, sin que éste lo sintiera, más de lo que la Justicia manda. No estaba borracho, pero se sentía mal y á su pesar encontraba cierto deleite en oír aquellas escenas escandalosas que en otra ocasión le hubieran indignado.

Mesía al fin, cansado, y algo arrepentido de haber hablado tanto, puso término á sus confesiones, y volviéndose á don Pompeyo le invitó á usar de la palabra.

—Don Pompeyo—dijo, y se puso en pié tambaleándose, lo cual probaba que, sino el vino, sus recuerdos le habían embriagado—don Pompeyo; puesto que esta es la hora de las grandes revelaciones, es preciso que usted nos diga cuál es el fondo de su alma...

—Señores— interrumpió el ateo— el fondo de mi alma lo traigo en la superficie para que el mundo se entere.

—¡Bravo! bravo!—gritó el concurso.

Y se vertieron y rompieron algunas copas.

—Propongo—gritó Juanito Reseco, encaramado en una silla—que en vista de ese rasgo de genio... se le permita llamarnos de tú y estar á la recíproca.

—¡Admitido! Aprobado!

—Pues bien—prosiguió Juanito;—oh tú, Pompeyo, pomposo Pompeyo; voy á darte un disgusto. Tú piensas que en Vetusta no hay más ateos que tú...

—¡Caballerito!...

—Pues yo soy otro; *anch'io... so pittore*. Sólo que tú eres un ateo progresista, un ateo fanático, un teólogo patas arriba... Tú pasas la vida mirando al cielo... pero lo miras cabeza abajo y por debajo de tus piernas. Y aunque hay contradicción aparente en eso de patas arriba y patas abajo... todo se concilia, ó se resuelve la antinomia como dicen los filósofos cursis, considerando que el sér bípedo no es para todos...

--Caballerito... no comprendo esa jerga filosófica. Antes que Vd. naciera, estaba yo cansado de ser ateo, y si lo que Vd. se propone es insultar mis canas, y mi consecuencia...

—Decía que eres un teólogo patas arriba; pues sabe que en el mundo civilizado ya nadie habla de Dios ni para bien ni para mal. La cuestión de si hay Dios ó no lo hay, no se resuelve... se disuelve. Tú no puedes entender esto, pero oye lo que te importa; tú, fanático de la negación, morirás en el seno de la Iglesia, del que nunca debiste haber salido. *Amen dico vobis*.

Y cayó Juanito debajo de la mesa.

Á todos había indignado su discurso, menos á Mesía que extendiendo su mano hacia él, exclamó:

—Perdonadle... porque ha bebido mucho!

—Ese Juanito—decía el coronel á don Frutos el americano—me parece un gran pedante.

—Es un hambriento con más orgullo que don Rodrigo en la horca.

Se habló de religión otra vez. Don Frutos expuso sus creencias con una palabra aquí, otra allí, haciendo islas y continentes de vino tinto sobre el mantel y suplicando con los ojos que le terminasen las cláusulas.

Insistía don Frutos en que él sentía que su alma era inmortal; había otro mundo, además de las Américas, otro mundo mejor al cual iban las almas de los que no habían robado en las carreteras. Además Dios era misericordioso, hacía la vista gorda. Y por supuesto, quería don Frutos ir á ese mundo mejor con el recuerdo de la mala vida pasada, porque si no, vaya una gracia!

—¿Para qué querrá don Frutos acordarse de lo bruto que ha sido sobre el haz de la tierra?—preguntaba Foja al oído de Orgaz hijo.

—Señores—gritó Joaquín—si en la otra vida no hay *cante* ó es *cante* adulterado, renuncio al más allá!

Y dió un salto sobre la mesa agarrándose á una columna y comenzó un baile flamenco con perfección clásica. No faltaron jaleadores, y sonaban las palmas mientras cantaba el mediquillo con voz ronca y melancolía de chulo:

Es una cooosa
que maravilla mamá
ver al Frascueeelo
la pantorriiilla mamá...

Don Pompeyo sentía escalofríos. ¡Qué degradación! Meditaba y veía dos Orgaz hijo sobre la mesa.

—Me han embriagado con sus herejías.... quiero decir... con sus blasfemias...—dijo al Marquesito, que

callaba, pensando que todo aquello era muy soso sin mujeres.

Joaquín gritó :

—Allá va una á la salud de don Pompeyo.

Y comenzó una copla impía y brutal alusiva á una sagrada imagen.

—¡Alto ahí, señor mío!—exclamó indignado el buen Guimarán al oír el penúltimo verso.—Mi salud no necesita de semejantes indecencias; y lo que Vds. hacen con tamañas blasfemias indecorosas es la causa, el caldo gordo del clero; porque tenga Vd. entendido, joven inexperto y procaz, que por el mundo han pasado muchas religiones positivas, y hoy se ha creído esto y mañana lo otro; pero de lo que nunca han prescindido los pueblos cultos, ni ahora, ni en la antigüedad, es de la buena crianza, y del respeto que nos debemos todos.

—¡Bien, muy bien!—dijeron todos, incluso Joaquín.

—Y yo estoy cansado de que se me tome á mí por un iconoclasta; sí, iconoclasta soy, pero iconoclasta del vicio, apóstol de la virtud y heresiarca de las tinieblas que envuelven la inteligencia y el corazón de la humanidad.

—¡Bravo! bravo!

—Y si por alguien se ha creído que yo puedo fraternizar con el escándalo, aunarme con la desfachatez y adherirme á la orgía, protesto indignado, que á muy otra cosa he venido aquí. Y creo llegado el momento de que se hable con alguna formalidad.

—Perfectamente—interrumpió Foja—el señor Guimarán ha hablado como un libro, y eso que no los lee, pero no importa, ha hablado como el libro de su conciencia, según él dice. Aquí, señores, nos hemos reunido para celebrar la vuelta del señor Guimarán al hogar doméstico, llamémoslo así, del Casino. Pero ¡ah! señores diputados, ¿por qué ha vuelto al Casino el

señor Guimarán? *Tatiste question*, como dice Trabuco, á quien siento no ver entre nosotros (Aplausos, risas). Pues ha vuelto porque nos hemos emancipado de la repugnante tutela del fanatismo, y ha vuelto á fundar una sociedad cuya sesión inaugural estáis celebrando, acaso sin saberlo. Esta sociedad que, desde luégo, no se llamará de la templanza, se propone perseguir á los fariseos, arrancar las caretas de los hipócritas y arrancar del cuerpo social de Vetusta las sanguijuelas místicas que chupan su sangre. (Estrepitosos aplausos. Paco se abstiene y piensa lo mismo que antes: que faltan chicas.) Señores... guerra al clero usurpador, invasor, inquisidor; guerra á esa parte del clero que comercia con las cosas santas, que se vale de subterráneos para entrar con sus tentáculos de pólipo en las arcas de la *Cruz Roja*...

—¡ Ahí, ahí le duele!...

—Á ese clero que condena á la tisis del hambre á dignos comerciantes, á padres de familia; á ese clero que dispersa los hogares y hunde en alcantarillas inmundas, mal llamadas celdas, á las vírgenes del Señor, y que entiende que las entrega á Jesús entregándolas á la muerte. (Frenéticos aplausos.) Juremos todos ser trompetas del escándalo, para que tanto sea, y á tales oídos llegue, que la ruína del enemigo común sea un hecho. Porque, señores, nadie como yo respeta al clero parroquial, ese clero honrado, pobre, humilde... pero el alto clero... muera... y sobre todo... muera el señor Provisor... el...

—¡ Muera! ¡ muera!—contestaron algunos: Joaquín, el coronel, que estaba sereno, pero quería que muriese el Magistral, y otros dos ó tres comensales borrachos.

Cuando se levantaron de la mesa amanecía. Se había hablado mucho más; se había contado la historia del Provisor tal como la narraba la leyenda escandalo-

sa. Convinieron, hasta los más prudentes, en que era preciso fundar seriamente aquella sociedad propuesta por Foja. Se acordó juntarse á cenar una vez al mes y hacer gran propaganda contra el Magistral. Al salir, repartidos en grupos, se decían en voz baja :

«—Todo esto lo ha preparado Mesía; don Fermín es su rival y él quiere arruinarle, aniquilarle.

»—Pero ¿quién llevará el gato al agua ?

»—¿Qué gato ?

»—¿Ó la gata ?

»—El Magistral.

»—Álvaro.

»—Ó los dos...

»—Ó ninguno.

»—En fin—advirtió Foja—yo ni quito ni pongo rey...

»—Pero ayudo á mi señor»—concluyó el coro.

Mesía, Paco Vegallana y Joaquín Orgaz, acompañaron á don Pompeyo á su casa. Era una mañana de junio alegre, tibia, sonrosada. El sol anunciaba sus rayos en los colores vivos de las nubes de Oriente. Los pasos de los trasnochadores retumbaban en las calles de la Encimada como si anduvieran sobre una caja sonora. Aunque no hacía frío, todos habían levantado el cuello de la levita ó lo que fuese. Don Pompeyo iba taciturno. Abrió la puerta de su casa con su llavín; entró sin hacer ruido; y á poco cerraba los ojos, metido en su lecho, por no ver la claridad acusadora que entraba por las rendijas de los balcones cerrados. Aquello de acostarse de día era una revolución que mareaba á Guimarán; dudaba ya si las leyes del mundo seguían siendo las mismas. Al cerrar los ojos sintió que su lecho, siempre inmóvil, también se sublevaba bajando y subiendo. Poco después se creía en el Océano, encerrado en un camarote, víctima del mareo y corriendo borrasca.

Se levantó á las doce y no quiso hablar con su mujer y sus hijas de la cena, de la dichosa cena. Sin embargo, aunque se prometió no verse en otra; pocas horas después, en el Casino, donde le recibieron con muestras de simpatía y de júbilo, ofrecía solemnemente volver á las andadas, acudir á los *gaudeamus* mensuales en que se daría cuenta de los trabajos de la *sociedad innominada* que habían fundado *inter-pocula*.

Doña Paula supo por el Chato, á quien se lo contó un mozo del restaurant del Casino, cuánto se había hablado en la cena inaugural, y lo que pretendían aquellos señores. Cuando el Magistral oyó á su madre que se había gritado: «Muera el Provisor» encogió los hombros, se levantó y salió de casa.

—Este chico anda tonto... yo no sé lo que tiene; parece que no está en este mundo... ¡Oh, maldita Regenta! ¡Esa mala pécora me lo tiene embrujado!

Al mes siguiente se celebró la segunda sesión de la *Innominada*; se bebió, se emborracharon los que solían y se dió cuenta de los trabajos de propaganda. Foja participó que se había entendido en secreto con el Arcediano, don Custodio y otros *enemigos capitulares* (así dijo) del Provisor. Se sabían muchos escándalos nuevos; el elemento eclesiástico y el secular, de común acuerdo para librar á Vetusta del enemigo general, tramaban la ruina del monstruo; pronto se llegaría á poner en manos del obispo las pruebas de aquellas prevaricaciones de todas clases de que se acusaba á don Fermín de Pas. Lo peor de todo, lo que haría saltar al obispo, era lo que se refería al abuso indecoroso del confesonario. Se contaban horrores; en fin, ello diría.

Don Álvaro propuso que las cenas mensuales se suspendiesen hasta el Otoño y suplicó que se guardase el más profundo secreto. Además, él, sintiéndolo, tenía que privarse en adelante de asistir á tales reunio-

nes : su espíritu allí quedaba, pero él, don Álvaro, por razones poderosas, que suplicaba á los presentes respetaran, se abstendría de acudir á tan agradables banquetes.

Quince días después, á mediados de julio, entraba una tarde el Presidente del Casino en el caserón de los Ozores. Iba á despedirse. Don Víctor le recibió en el despacho. Estaba el amo de la casa en mangas de camisa, como solía en cuanto llegaba el verano, aunque no tuviera mucho calor. Para él venían á ser ideas inseparables el estío y aquel traje ligero. Quintanar al ver á don Álvaro suspiró, le tendió ambas manos, después de dejar un libro negro sobre la mesa y exclamó :

— ¡Oh mi queridísimo Mesía ! ¡ Ingrato ! cuánto tiempo sin parecer por aquí...

— Vengo á despedirme. Me voy á dar una vuelta por las provincias, después á los baños de Sobrón y á mediados de agosto estaré de vuelta en Palomares, por no perder la costumbre.

— De modo que hasta setiembre...

— Hasta fines de setiembre no nos veremos...

Don Álvaro hablaba alto, como si quisiera que le oyesen en toda la casa.

Don Víctor lamentó aquella ausencia. Suspiró. « Era un nuevo contratiempo, nuevo asunto de tristeza. »

Notó don Álvaro que su amigo estaba menos decididor que antes, que se movía y gesticulaba menos.

— ¿ Ha estado Vd. malo ?

— ¡ Quiá ! ¿ quién ? ¿ yo ? ¡ ni pensarlo ! Pues qué, ¿ tengo mala cara ? Dígame Vd. con franqueza... ¿ tengo mala cara ?... Pálido... ¿ tal vez ? ¿ pálido ?...

— No, no, nada de eso. Pero... se me figura que está Vd. menos alegre, preocupado... qué sé yo...

Don Víctor suspiró otra vez. Tras una pausa preguntó, con tono quejumbroso :

—¿Ha leído Vd. eso?

—¿Qué es eso?

—Kempis, la *Imitación de Jesucristo*...

—¿Cómo? ¡Vd.! ¿también Vd?...

—Es un libro que quita el humor. Le hace á uno pensar en unas cosas... que no se le habían ocurrido nunca... No importa. La vida, de todas maneras, es bien triste. Vea Vd. Todo es pasajero. Vd. se nos va... Los marqueses se van... Visita se va... Ripamillán ya se marchó... Vetusta antes de quince días se quedará sola; de la Colonia... ni un alma queda... De la Encimada se ausenta lo mejor... quedan los pobres... los jornaleros... y nosotros. Nosotros no salimos este año. ¡Y qué triste es un verano entero en Vetusta! El césped del paseo grande se pone como un rueda de esparto... no se ve un alma por allí, en las calles no hay más que perros y policías... Mire Vd., prefiero el invierno con todas sus borrascas y su agua eterna... que sé yo... á mí el frío me anima... En fin, felices ustedes los que se van...

Y don Víctor suspiró otra vez.

—Voy á llamar á mi mujer. ¿Querrá Vd. decirle adiós, verdad? Es natural.

—No... si está ocupada... no la moleste Vd...

—No faltaba más. Ocupada... ella siempre está ocupada... y desocupada... qué sé yo. Cosas de ella.

Salió. Don Álvaro tomó en las manos el Kempis; era un ejemplar nuevo, pero tenía manoseadas las cien primeras páginas, y llenas de registros. Nunca había leído él aquello. Lo miraba como una caja explosiva. Lo dejó sobre la mesa con miedo y con ciertas precauciones.

Ana entró en el despacho. Vestía hábito del Carmen. Seguía pálida, pero había vuelto á engordar un poco. Á Mesía le latió el corazón y se le apretó la garganta, con lo que se asustó no poco.

Aquella mujer despertaba en él, ahora, una ira sorda mezclada de un deseo intenso, doloroso. La miraba como el descubridor de una isla ó un continente, á quien la tempestad arrastrara lejos de la orilla, tal vez para siempre, antes de poner el pié en tierra. «¿Qué sabía él si jamás aquella mujer sería suya?» Su orgullo no renunciaba á ella. Pero otras voces le decían: «Renuncia para siempre á la Regenta.» Ya se vería. Pero era doloroso aplazar otra vez, y sabía Dios hasta cuándo, toda esperanza, todo proyecto de conquista.

Quería observar en el rostro de Ana la huella de una emoción, al decirle que se marchaba sin saber cuándo volvería. Pero Ana oyó la noticia como distraída; ni un solo músculo de su rostro se movió.

—Nosotros—dijo—nos quedamos este verano en Vetusta. Yo no puedo bañarme y el médico me ha dicho que el aire del mar más podría hacerme daño que provecho por ahora.

—Vetusta se pone muy triste por el verano...

—No... no me parece...

Don Víctor los dejó solos.

Don Álvaro clavó los ojos en el rostro de Ana con audacia y ella levantó los suyos, grandes, suaves, tranquilos y miró sin miedo al seductor, á la tentación de años y años. Sintió él que perdía el aplomo, creyó que iba á decir ó hacer alguna atrocidad; y sin poder contenerse, se puso en pié delante de ella.

—¿Se marcha Vd. ya?

«Si yo me arrojo á sus piés ahora, ¿qué pasa aquí?» se preguntó don Álvaro. Y sin saber lo que hacía, tendió la mano enguantada y dijo temblando:

—Anita... si Vd. quiere... algo para las provincias...

—Que Vd. se divierta mucho, Álvaro...—contestó ella sin asomo de ironía. Pero á él se le figuró que se burlaba de su torpeza ridícula, de su miedo estúpido... y sintió vehementes deseos de ahogarla. La mano

de la Regenta tocó la de Mesía sin temblar, fría, seca.

Salió el buen mozo tropezando con el pavo real disecado y después con la puerta. En el pasillo se despidió de su amigo Quintanar.

La Regenta sacó del seno un crucifijo y sobre el marfil caliente y amarillo puso los labios, mientras los ojos rebosando lágrimas, buscaban el cielo azul entre las nubes pardas.





XXI



ANA leyó en su lecho, á escondidas de don Víctor, los cuarenta capítulos de la *Vida de Santa Teresa escrita por ella misma*.

Fué en aquella convalecencia larga, llena de sobresaltos, de pasmos y crisis nerviosas. Don Víctor, á quien los remordimientos, durante la recaída de su mujer, habían he-

cho jurar que hasta verla salva, sana, jamás se apartaría de ella, faltó al juramento en cuanto la creyó fuera de peligro. Un día se aventuró á dar una vuelta por el Casino; después iba á ver los periódicos; más adelante jugaba una partida de ajedrez, y «ya se sabe lo pesado que es este juego.» Al fin, sin

dar pretexto alguno, estaba fuera toda la tarde. La casa se le caía encima. «Empezaba el calor—porque don Víctor, en cuestión de temperatura, se regía por el calendario—y ya se sabía que él no podía trabajar en su despacho en cuanto el sudor le molestaba; necesitaba el aire libre; mucho paseo, mucha naturaleza.»

La Marquesa, Visitación, Obdulia, doña Petronila y otras amigas que habían hecho compañía á la Regenta mientras duró el mal tiempo, ahora la visitaban cada dos ó tres días y las visitas eran breves. Hacía un sol hermoso, días azules, sin una nube en el cielo; había que aprovechar el buen tiempo; era la época del año en que Vetusta se anima un poco: había teatro, paseos concurridos, con música, forasteros... una exposición de minerales.—Hasta Petra pidió una tarde permiso á la señora para ir á ver un arco de carbón que habían construído...

Ana pasaba horas y más horas en la soledad de su caserón; á su lecho llegaban las ruidos lejanos de la calle apagados, como aprensión de los sentidos. Allá abajo, en la cocina, quedaba Servanda, y á veces Petra. Anselmo silbaba en el patio, acariciando un gato de Angola, su único amigo.

La Regenta sentía más la soledad con tal compañía; aquellos criados indiferentes, mudos, respetuosos, sin cariño, le hacían echar de menos la humanidad que compadece. Petra le era antipática. La temía sin saber por qué. Para tranquilizarse un tanto, cuando las congojas nerviosas la invadían, preguntaba á la doncella:

—¿ Anda don Tomás por la huerta ?

Si Frígilis estaba en el Parque, sentía un amparo cerca de sí. Se calmaba. Crespo subía una vez cada tarde á verla; pero no se sentaba casi nunca. Estaba cinco minutos en el gabinete, paseando del balcón á la puerta, y se despedía con un gruñido cariñoso.

Ana, á quien tanto molestaba aquel abandono en los

momentos de debilidad en que los nervios exaltados la mortificaban con tristeza y desconsuelo, cuando estaba serena, sobre todo después de dormir algunas horas ó de tomar alimento con gusto, llegaba á sentir un placer sutil, casi voluptuoso en aquella soledad. El balcón del gabinete daba al Parque; incorporándose en el lecho, veía detrás de los cristales las copas de algunos árboles que brillaban con la hoja nueva, rumorosa, tersa y fresca. Gorjeos de pájaros y rayos de un sol vivo, fuerte y alegre la hablaban de la vida de fuera, de la naturaleza que resucitaba, con esperanzas de salud y alegría para todos.

«Ella también iba á renacer, iba á resucitar, ¡pero á qué mundo tan diferente! ¡Cuán otra iba á ser de la que había sido! Se preparaba á sí misma una vida de sacrificios, pero sin intermitencias de malos pensamientos y de rebelión sorda y rencorosa, una vida de buenas obras, de amor á todas las criaturas, y por consiguiente á su marido, amor en Dios y por Dios.» Pero entre tanto, mientras no podía moverse de aquella prisión de sus dolores, el alma volaba siguiendo desde lejos al espíritu sutil, sencillo, á pesar de tanta sutileza, de la santa enamorada de Cristo.

Ana vivía ahora de una pasión; tenía un ídolo y era feliz entre sobresaltos nerviosos, punzadas de la carne enferma, miserias del barro humano de que, por su desgracia, estaba hecha. Á veces leyendo se mareaba; no veía las letras, tenía que cerrar los ojos, inclinar la cabeza sobre las almohadas y *dejarse desvanecer*. Pero recobraba el sentido, y á riesgo de nuevo pasmo volvía á la lectura, á devorar aquellas páginas por las cuales en otro tiempo su espíritu distraído, creyéndose, vanamente, religioso, había pasado sin ver lo que allí estaba, con hastío, pensando que las visiones de una mística del siglo diez y seis no podían edificar su alma aprensiva, delicada, triste.

La debilidad había aguzado y exaltado sus facultades; Ana penetraba con la razón y con el sentimiento en los más recónditos pliegues del alma mística que hablaba en aquel papel áspero, de un blanco sucio, de letra borrosa y apelmazada. Pasmábase de que el mundo entero no estuviese convertido, de que toda la humanidad no cantara sin cesar las alabanzas de la santa de Ávila. «Oh, bien decía aquel bendito, dulce, triste y tierno fray Luís de León: la mano de santa Teresa, al escribir, era guiada por el Espíritu Santo, y por eso enciende el corazón de quien la saborea.

«Sí, bien encendido tenía el suyo Ana; no más, no más ídolos en la tierra. Amar á Dios, á Dios por conducto de la santa, de la adorada heroína de tantas hazañas del espíritu, de tantas victorias sobre la carne.»

Pensando en ella sentía á veces punzante deseo de haber vivido en tiempo de Santa Teresa; ó sino: ¡qué placer celestial si ella viviese ahora! Ana la hubiera buscado en el último rincón del mundo; antes la hubiera escrito derritiéndose de amor y admiración en la carta que le dirigiese. No estaba la Regenta acostumbrada á convertir sus arrebatos religiosos en oraciones mentales, según los prudentes consejos del Magistral; su educación pagana, dislocada, confusa, daba extrañas formas á la piedad sincera, asomaba con todos sus resabios de incoherencia y ligereza después de tantos años.

Deseaba encontrar semejanzas, aunque fuesen remotas, entre la vida de Santa Teresa y la suya, aplicar á las circunstancias en que ella se veía los pensamientos que la mística dedicaba á las vicisitudes de su historia.

El espíritu de imitación se apoderaba de la lectora, sin darse ella cuenta de tamaño atrevimiento.

La Santa había encontrado refuerzo de piedad en el *Tercer Abecedario* por Fr. Francisco de Osuna, y Ana

mandó á Petra á las librerías á buscar aquel libro. No pareció el *Tercer Abecedario*, el Magistral no lo tenía tampoco. Pero mejor era su suerte en lo tocante al confesor. Veinte años lo había buscado Teresa de Jesús como convenía que fuera, y no parecía. Ana recordaba entonces á su Magistral y lloraba enternecida. «¡Qué grande hombre era y cuánto le debía! ¿Quién sino él había sembrado aquella piedad en su alma?»

En cuanto pudo levantarse, uno de sus primeros cuidados fué escribir á don Fermín una carta con que había soñado ella muchas noches, que era uno de sus caprichos de convaleciente. La escribió sin que lo supiera Quintanar, que le tenía prohibidos *toda clase de quebraderos de cabeza*.

De Pas visitaba á menudo á la Regenta, y estaba encantado de los progresos que la piedad más pura hacía en aquel espíritu. Pero ella quería escribirle; de palabra no se atrevía á decir ciertas cosas íntimas, profundas; además no podía decirlas; y sobre todo, la retórica, que era indispensable emplear, porque á ideas grandes, grandes palabras, le parecía amanerada, falsa en la conversación, de silla á silla.

La carta, de tres pliegos, la llevó Petra á casa del Provisor; la recibió Teresina sonriente, más pálida y más delgada que meses atrás, pero más contenta. El Magistral se encerró en su despacho para leer. Cuando su madre le llamó á comer, don Fermín se presentó con los ojos relucientes y las mejillas como brasas. Doña Paula miraba á su hijo y á Teresina alternativamente, encogía los hombros cuando no la veían ni la doncella, que iba y venía con platos y fuentes, ni su hijo que miraba al mantel distraído, comiendo por máquina, y muy poco. Teresina era ya toda del señorito; nada decía al ama de las cartas que á don Fermín entregaba. Las traía Petra que llamaba á la puerta con seña particular, bajaba Teresa, en silencio se besaban

como las señoritas, en ambas mejillas, cuchicheaban, reían sin ruido y se daban algún pellizco. Petra reconocía cierta superioridad en la otra, la adulaba, alababa la mata de pelo negro, los ojos de Dolorosa, el cutis y demás prendas envidiables de su amiga. Teresina prometía futuras ventajas á Petra, y se despedían con más besos.

—¿Quién ha estado ahí?— preguntaba doña Paula.

Era un pobre ó uno del pueblo. —

Nunca se decía la verdad. Doña Paula no sospechaba nada contra la lealtad de la doncella.

Registrándole el baúl, en su ausencia, había encontrado varias alhajas que bien valdrían dos mil reales.

Había sonreído entre satisfecha y envidiosa.

«Dos mil reales valdría aquello... sí... era demasiado... era un escándalo. Si el decoro lo permitiese... si no fuese por vergüenza... exigiría que se le dejase á ella recompensar á las

gentes como merecían, sin despilfarros ociosos. El descubrimiento la satisfacía; aquello era obra suya al fin y al cabo, pero los dos mil reales le dolían: también eran suyos.»

Al día siguiente de recibir la carta, muy temprano, el Magistral salió de casa, fué al Paseo Grande, buscó un lugar retirado en los jardines que lo rodean; y sin más compañía que los pájaros locos de alegría, y las flores que hacían su tocado lavándose con rocío, vol-



vió á leer aquellos pliegos en que Ana le mandaba el corazón desleído en retórica mística. Ya casi sabía de memoria algunos párrafos de los que le parecían más interesantes y para él más halagüeños; y como la alegría le inundaba el corazón, se sentía hecho un chiquillo aquella mañana sonrosada de un día de fines de Mayo, nublado, fresco, antes de que el sol rasgara el toldo blanquecino con tonos de rosa que cubría la lontananza por Oriente.

Se puso de pié el Magistral, miró á todos lados por encima del seto de boj que rodeaba su escondite, y al verse solo, solo de seguro, se le ocurrió mezclar á la cháchara insustancial y armoniosa de los pájaros que saltaban de rama en rama sobre su cabeza, su voz más dulce y melódica, recitando aquellas palabras de espiritual hermosura que la Regenta le había escrito.

«Ya tengo el dón de lágrimas, leyó el Magistral en voz alta como diciéndoselo á jilgueros y gorriones, petirojos y demás vecinos de la enramada, ya lloro, amigo mío, por algo más que mis penas; lloro de amor, llena el alma de la presencia del Señor á quien usted y la santa querida me enseñaron á conocer. No tema que vuelva la pereza á detenerme en casa olvidada de mi salvación; ya sé que la tibieza es muerte, leído tengo lo que dice nuestra querida Madre y Maestra hablando de sus pecados: «no hacía caso de los veniales y esto fué lo que me destruyó.» Yo ni de los mortales hice caso, y aunque Vd. me advertía del peligro, seguí mucho tiempo ciega; pero Dios me mandó á tiempo (creo yo que era tiempo; ¿verdad, hermano mío?) me mandó á tiempo el mal; ví en las pesadillas de la fiebre el Infierno, y vílo como nuestra Santa en agujero angustioso, donde mi cuerpo estrujado padecía tormentos que no se pueden describir; y á mí además, por la carne aterida y erizada me pasaban llagas asquerosas unos fantasmas que eran dia-

blos vestidos por irrisión, de clérigos, con casullas y capas pluviales. En fin, de esto ya le hablé. Pero no sólo del terror nació mi piedad, que ahora creo que va de veras, sino también de amor de Dios, y de un deseo vehemente de seguir á millones de millones de leguas á mi modelo inmortal. Y para decirlo todo, sepa que en mucho, en mucho, debo al afán de no ser ingrata esta voluntad firme de hacerme buena. Santa Teresa vivió muchos años sin encontrar quien pudiera guiarla como ella quería; yo, más débil, recibí más pronto amparo de Dios por mano de quien quisiera llamar mi padre y prefiere que no le llame sino hermano mío; sí, hermano mío, hermano muy querido, me complazco en llamárselo, aquí, ahora, segura del secreto, sin oídos profanos que entenderían las palabras con la impureza ruín que ellos llevarán dentro de sí; feliz yo mil veces que á la primera ocasión en que tuve idea de ser buena, hallé quien me ayudara á serlo. ¡Y cuánto tiempo tardé en entenderle del todo! Pero mi hermano, mi hermano mayor querido me perdona ¿verdad? Y si necesita pruebas, si quiere que sufra penitencias, hable, mande, verá cómo obedezco. Mas no extraño haber querido tanto tiempo lo que la Santa declara haber querido también «concertar vida espiritual y contentos y gustos y pasatiempos sensuales.» Ahora esto se acabó. Vd. dirá por dónde hemos de ir; yo iré ciega. De la confianza cariñosa de que me hablaba el otro día, al salir yo de aquel paroxismo, estoy también enamorada, quiero también que sea como lo dijo mi hermano. Y hasta en eso seguiremos, además de esos monjes alemanes ó suecos de que Vd. me habló, á la misma Teresa de Jesús que, como Vd. sabe, con buenas palabras y creo yo que hasta bromas alegres que tenía, con purísima intención, con un clérigo amigo suyo, consiguió apartarle del pecado. Recuerdo lo que dice: aquel confesor le tenía gran afición, pero

estaba perdido por culpa de unos amores sacrilegos; habíale hechizado una mujer con malas artes, con un idolillo puesto al cuello, y no cesó el mal hasta que la Santa, por la gran afición que su confesor le tenía, logró que él le entregase el hechizo, aquel ídolo que era prenda del amor infame; y Vd. sabe que ella lo arrojó al río y el clérigo dejó su pecado y murió después libre de tan gran delito. Amistades así ayudan en la vida, que sin ellas es como un desierto, y los que de ellas pudieran sospechar son los malvados, que no han de saberlas, porque son incapaces de entender como se debe cosa tan buena y que tanto sirve para la salvación de los débiles. Aquí el débil no es el confesor, sino la penitente; Vd. no tiene hechizos colgados del cuello, ni tenemos ídolos que echar al río... yo soy la pecadora, aunque ningún hombre me hizo el mal que aquella mujer al clérigo hechizado; sólo quise á mi marido, y de éste ya sabe Vd. de qué modo estoy enamorada; no con pasión que quite á Dios cosa suya, sino con el suave afecto y los tiernos cuidados que se le deben. En esto he mejorado mucho; porque fray Luís de León me enseñó en su *Perfecta casada* que en cada estado la obligación es diferente; en el mío mi esposo merecía más de lo que yo le daba, pero advertida por el sabio poeta y por Vd., ya voy poniendo más esmero en cuidar á mi Quintanar y en quererle como Vd. sabe que puedo. Y por cierto que he de poner por obra un proyecto que tengo, que es convertirle poco á poco y hacerle leer libros santos en vez de patrañas de comedias. Algo he de conseguir, que él es dócil y Vd. me ayudará. También en esto imitaré á nuestra Doctora, que puso empeño en traer á mayor piedad á su buen padre, que ya tenía mucha...»

Estos últimos párrafos ya no los leía el Magistral en voz alta, sino que había vuelto á sentarse y leía sin ruido y para dentro. Aunque algunos celos tenía

de Santa Teresa, de la que veía enamorada á su amiga, estaba satisfecho, y el gozo le saltaba por ojos, mejillas y labios. «Aquello era vivir; lo demás era vegetar. Ana era, al fin, todo aquello que él había soñado, lo que una voz secreta le había dicho el día en que ella se había acercado por primera vez á su confesionario.» Seguía el Magistral ocultándose á sí mismo las ramificaciones carnales que pudiera tener aquella pasión ideal que ya se confesaban los dos *hermanos*; no quería pensar en esto, no quería sustos de conciencia ni peligros de otro género, no quería más que gozar aquella dicha que se le entraba por el alma.

Al leer lo de «hermano mayor querido,» le daba el corazón unos brincos que causaban delicia mortal, un placer doloroso que era la emoción más fuerte de su vida; pues bueno, esto bastaba, esto era el hecho, la realidad; ¿qué falta hacía darle un nombre? Lo que importaba era la cosa, no el nombre. Además, acabase aquello como acabase, él estaba seguro de que nada tenía que ver lo que él sentía por Ana con la vulgar satisfacción de apetitos que á él no le atormentaban. Cuando pensaba así, oyó el Magistral á su espalda, detrás del árbol en que se apoyaba, al otro lado del seto, una voz de niño que recitaba con canturía de escuela «*Veritas in re est res ipsa, veritas in intellectu...*» Era un seminarista de primer año de filosofía que repasaba la primera lección de la obra de texto, Balmes. El Magistral se alejó sin ser visto, pensando entonces en los años en que él también aprendía que «la verdad en la cosa es la cosa misma.» Ahora le importaba muy poco la cosa misma, y la verdad y todo... no quería más que hundir el alma en aquella pasión innominada que le hacía olvidar el mundo entero, su ambición de clérigo, las trampas sórdidas de su madre de que él era ejecutor, las calumnias, las cábalas de los enemigos, los recuerdos vergonzosos, todo, todo, menos

aquel lazo de dos almas, aquella intimidad con Ana Ozores. ¡Cuántos años habían vivido cerca uno de otro sin conocerse, sin sospechar lo que les guardaba el destino! Sí, el destino, pensaba el Magistral, no quería decirse á sí mismo la Providencia; nada de teología, nada de quebraderos de cabeza que habían hecho de su adolescencia y primera juventud un desierto estéril por donde sólo pasaban fantasmas, aprensiones de loco, figuras apocalípticas. Bastaba para siempre de todo aquello. Ni aquello ni lo que había seguido: la ceguera de los sentidos, la brutalidad de las pasiones bajas, subrepticamente satisfechas hasta el hartazgo; esto era vergonzoso, más que por nada por el secreto, por la hipocresía, por la sombra en que había ido envuelto; ahora, sin aprensión, sin escrúpulos, sin tormentos del cerebro, la dicha presente; aquella que gozaba en una mañana de Mayo cerca de Junio, contento de vivir, amigo del campo, de los pájaros, con deseos de beber rocío, de oler las rosas que formaban guirnaldas en las enramadas, de abrir los capullos turgentes y morder los estambres ocultos y encogidos en su cuna de pétalos. El Magistral arrancó un botón de rosa, con miedo de ser visto; sintió placer de niño con el contacto fresco del rocío que cubría aquel huevecillo de rosal; como no olía á nada más que á juventud y frescura, los sentidos no aplacaban sus deseos, que eran ansias de morder, de gozar con el gusto, de escudriñar misterios naturales debajo de aquellas capas de raso... El Magistral, perdiéndose por senderos cubiertos por los árboles, bajaba hacia Vetusta cantando entre dientes, y tiraba al alto el capullo que volvía á caer en su mano, dejando en cada salto una hoja por el aire; cuando el botón ya no tuvo más que las arrugadas é informes de dentro, don Fermín se lo metió en la boca y mordió con apetito extraño, con una voluptuosidad refinada de que él no se daba cuenta.

Llegó á la catedral. Entró en el coro. El Palomo barría. Don Fermín le habló con caricias en la voz. Le debía muchos desagravios. ¡Cuántos sofiones inútiles había sufrido el pobre perrero! Ahora le halagaba, alababa su celo, su amor á la catedral; el Palomo, pasmado y agradecido, se deshacía en cumplidos y buenas palabras. De Pas se acercó al facistol, hojeó los libros grandes del rezo y hasta solfeó un poco en voz baja, leyendo la música señalada con notas cuadradas, de un centímetro por lado. Todo estaba bien. Los órganos allá arriba extendían su lengüetería en rayas verticales y horizontales, deslumbrantes; parecían dos soles cara á cara. Ángeles dorados tocaban el violín cerca de la bóveda, á la que trepaban los relieves platerescos de los órganos; detrás del coro, en lo alto de las naves laterales, las ventanas y rosetones dejaban pasar la luz deshaciéndola en rojo, azul, verde y amarillo.

En un lado san Cristóbal sonreía con boca encarnada de una cuarta, partida por un plomo, al Niño de la Bola, que mantenía un mundo verde sobre su mano amarilla. En frente vió el Magistral el pesebre de Belén cuadrulado también por rayas opacas. Jesús sonreía á la mula y al buey en su cuna de heno color naranja. Don Fermín miraba todo aquello como por la primera vez de su vida. Hacía un fresco agradable en la iglesia, y el olor de humedad mezclado con el de la cera le parecía fino, misteriosamente simbólico y á su modo voluptuoso. Aquella mañana cumplió en el coro como el mejor, y sintió no ser hebdomadario para lucirse. Gloucester, al verle tan alegre y decidor, amable con amigos y enemigos ocultos se dijo: «¡Disimula! Pues á disimulo no me ha de ganar este simoníaco!» Y se deshizo en amabilidad, cortesía y bromas lisonjeras. «Bueno era él.»

—¿Ha visto Vd.—decía al salir de la catedral don Custodio—qué satisfecho está el Provisor?

Y contestaba Gloucester, al oído del beneficiado:

—Es que ya no tiene vergüenza; se ha puesto el mundo por montera.

—Debe de haber pasado algo gordo...

—¿Á qué crimen alude Vd.?

—Al de adulterio.

—Ps... yo creo que... todavía están algo verdes. Sin embargo, por él no quedará, y el crimen es el mismo...

Á Gloucester le disgustaba figurarse al Magistral vencedor de la Regenta. Era caso de envidia. Pero convenía suponerlo, para cargar el delito á la cuenta de los muchos que atribuían al enemigo.

Don Fermín, á las once, recordó que era día de conferencia en la Santa Obra del Catecismo de las Niñas. Él era el director de aquella institución docente y piadosa, que celebraba sus sesiones en el crucero de la Iglesia de Santa Maria la Blanca. Sentía el humor más á propósito para el caso. Con mucho gusto entró en aquel templo risueño, alegre, con sus adornos flamígeros de piedra blanca esponjosa. En medio del recinto se levantaba una plataforma de tabla de pino, de quita y pon; sobre ella á un lado había tres filas de bancos sin respaldo, y enfrente de ellos una mesa cubierta de damasco viejo, manchado de cera, presidida por un sillón de pana roja y varios taburetes de igual paño. El sillón era para el Magistral, los taburetes para los capellanes catequistas, y en los bancos se sentaban las niñas de siete á catorce años que aprendían la doctrina cristiana, más algo de liturgia, historia sagrada y cánticos religiosos.

Cuando De Pas entró en el templo hubo un murmullo en los bancos de la plataforma, semejante al rumor de una ráfaga que rueda sobre las copas de los árboles.

Tomó el amado director agua bendita, y después de

santiguarse, subió, radiante de alegría evangélica, las gradas de la plataforma; se frotó las manos y á una niña de ocho años que encontró de pié al paso, la sujetó suavemente; y mientras él miraba á la bóveda y mordía el labio inferior, oprimía contra su cuerpo la cabeza rubia, y entre los dedos de la mano estrujaba, sin lastimarla, una oreja rosada.

—¿Qué pájaro me habrá dicho á mí que doña Rufinita no quiere ser buena, y enreda en la iglesia y descompone el coro cuando canta?

Carcajada general. Las niñas ríen de todo corazón y el templo retumba devolviendo el eco de la alegría desde la bóveda blanca, llena de luz que penetra por ventanas anchas de cristales comunes.

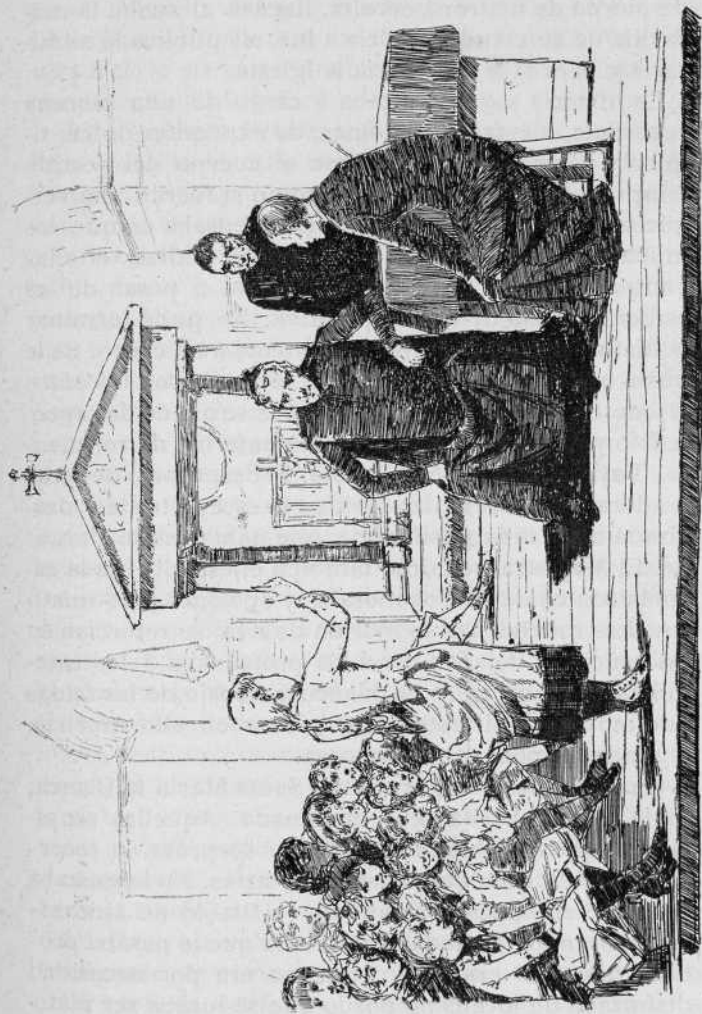
Todo lo que dice allí el Magistral se ríe; es un chiste. Niños y clérigos están como en su casa. Los pocos fieles esparcidos por la iglesia son beatas que rezan con devoción; no se piensa en ellas. Á veces son espectadores de aquella algazara algunos adolescentes y pollos con cascarón que tienen en los bancos de la plataforma sus amores. Los catequistas, jóvenes todos, no ven con buenos ojos á tales señoritos que vienen con propósitos profanos.

El Magistral no se sentó en el sillón de la presidencia. Prefería pasear por el tablado, haciendo eses, inclinando el cuerpo con ondulaciones de palmera, acercándose de vez en cuando á los bancos llenos de alegría para azotar una mejilla con suave palmada, ó decir al oído de un angelito con faldas un secreto que excita la curiosidad de todas y origina siempre una broma de las que sabe preparar don Fermín de modo que acaben en lección moral ó religiosa. También los catequistas alegres, graciosos, vivarachos, van y vienen, reprenden á las educandas con palabras de miel y sonrisas paternas, y se meten entre banco y banco mezclando lo negro de sus manteos redundantes con

las faldas cortas de colores vivos, y el blanco de nieve de las medias que ciñen pantorrillas de mujer á las que el traje largo no dió todavía patente de tales. En la primera fila se mueven, siempre inquietas, sobre la dura tabla, las niñas de ocho á diez años, anafroditas las más, hombrunas casi en gestos, líneas y contornos, algunas rodeadas de precoces turgencias, que sin disimulo deja ver su traje de inocentes; algo avergonzadas, sin conciencia clara de ello, de su desarrollo temprano. Mirando estos capullos de mujer, don Fermín recordaba el botón de rosa que acababa de mascar, del que un fragmento arrugado se le asomaba á los labios todavía. En las siguientes filas estaban las educandas de doce y trece primaveras, presumidillas, entonadas; y detrás de éstas las señoritas que frisaban con los quince, flor y nata de la hermosura vetustense algunas de ellas, casi todas iniciadas en los misterios legendarios del amor de devaneo, muchas próximas á la transformación natural que revela el sexo, y dos ó tres, pequeñas, pálidas y recias, mujeres ya, disfrazadas de niñas, con ojos pensadores cargados de malicia disimulada. Cuando comenzaban las lecciones y los ensayos de coro, las niñas se levantaban, se repartían en secciones por el tablado, formaban círculos, los deshacían, como bailarinas de ópera; y los catequistas dirigiendo aquellos remolinos ordenados, aspiraban, entre tanta juventud verde, aromas espirituales de voluptuosidad quinti-esenciada con cierta dentera moral que les encendía las mejillas y los ojos, y causaba en su naturaleza robusta efectos análogos á los del kirschen ó del ajeno.

El Magistral, como el pez en el agua, entre aquellas rosas que eran suyas y no del Ayuntamiento como las del *Paseo grande*, se recreaba en los ojos de las que ya los tenían transparentes de malicia; y, más sutilmente, encontraba placer en manosear cabellos de ángeles

menores. Llegó la hora de los discursos, después de los cánticos, en que la voz de algunas revelaba, mejor que su cuerpo, los misterios fisiológicos por que estaban pasando. Una joven de quince años, catorce oficialmente, se adelantó, y colocada cerca de la mesa recitó con desparpajo una filípica un tanto moderada por los eufemismos de la retórica jesuítica, contra los materialistas modernos, que negaban la inmortalidad del alma. Era rubia, de un blanco de jaspe, de facciones correctas, á excepción de la barba que apuntaba hacia arriba; tenía el torso de mujer, y debajo de la falda ajustada se dibujaban muslos poderosos, macizos, de curvas armoniosas, de seducción extraña. Tenía los ojos azules claros; el metal de la voz, vibrante, poco agradable, hierático en su monotonía, expresaba bien el fanatismo casi inconsciente de un alma que preparaban para el convento. La rubia hermosa, con brazos de escultura griega, no entendía cabalmente lo que iba diciendo, pero adivinaba el sentido de su arenga, y le daba el tono de intolerancia y de soberbia que le convenía. También ella parecía una estatua de la soberbia y de la intolerancia: una estatua hermosísima. Sus compañeras, los catequistas, el escaso público esparcido por la nave la oían con asombro, sin pensar en lo que decía, sino en la belleza de su cuerpo y en el tono imponente de su voz metálica. Era la obediencia ciega de mujer, hablando; el símbolo del fanatismo sentimental, la iniciación del *eterno femenino* en la eterna idolatría. El Magistral, con la boca abierta, sin sonreír ya, con las agujas de las pupilas erizadas, devoraba á miradas aquella arrogante amazona de la religión, que labrara con arte la naturaleza, por fuera, y él por dentro, por el alma. Sí, era obra suya aquel fanatismo deslumbrador; aquella rubia era la perla de su museo de beatas; pero todavía estaba en el taller. Cuando aquel vestido gris, que no tapaba los



piés elegantes y algo largos, y dejaba ver dos dedos de pierna de matrona esbelta, llegase al suelo, la maravilla de su estudio saldría á luz, el público la admiraría y para sí la guardaría la Iglesia.

La historia sagrada estaba á cargo de una morena regordeta, de facciones finas, de expresión dulce, tímida y nerviosa. Apretaba con el cuerpo del vestido tempranos frutos naturales, como si fueran una vergüenza; y más que en su oración pensaba en que los muchachos que miraban desde abajo, podían verla las pantorrillas, que tapaba mal la falda, á pesar de los esfuerzos de la castidad instintiva. No pudo terminar la historia de los Macabeos que tenía á su cargo. Se le puso un nudo en la garganta, le zumbaron los oídos y todo el lado derecho de la cabeza se quedó de repente frío y el cutis pálido. Se ponía enferma de vergüenza. Tuvo que salir de la iglesia. El desparpajo de otras oradoras precoces hizo olvidar la escena triste y desairada de la niña pusilánime, que había salido llorando. El Magistral reanimó también el espíritu de la escuela con chascarrillos morales y apólogos joco-místicos. Las muchachas se morían de risa, se retorcían en los bancos, y dejaban ver á los profanos y á los catequistas, relámpagos de blancura debajo de las faldas que movían indiscretas, sin pensar en ello muchas, algunas sin pensar en otra cosa.

Cuando salió don Fermín de Santa María la Blanca, tenía la boca hecha agua engomada. Aquellas sensaciones, que le habían invadido por sorpresa, le recordaban años que quedaban muy atrás. No le gustaba aquello; era poca formalidad. «¡Diablo de chicas!» iba pensando. De todas suertes, lo que le pasaba probaba que aún era joven, que no era por necesidad disfrazada de idealismo por lo que se juraba ser platónico, siempre platónico, ó por lo menos indefinidamente, en sus relaciones con la fiel y querida amiga.

Volvió su pensamiento á la Regenta, y aquel vago y picante anhelo con que saliera de la iglesia se convirtió en deseo fuerte y definido de ver á doña Ana, de agradecerle su carta y decirselo con la más eficaz elocuencia que pudiera.

Tuvo bastante fortaleza para contener sus ansias y dejar para la tarde la visita. Su madre le habló como siempre, de lo que se murmuraba, y él encogió los hombros. Oía la voz dura y seca de doña Paula anunciando, por asustarle, el cataclismo de su fortuna, la ruina de su honra, como si le hablase de los cataclismos geológicos del tiempo de Noé. Le parecía que era otro Provisor aquel de quien el público se quejaba. «¡Ambición, simonía, soberbia, sordidez, escándalo!... ¿qué tenía él que ver con todo aquello? ¿Para qué perseguían á aquel pobre don Fermín si ya había muerto? Ahora el don Fermín era otro, otro que despreciaba á sus vecinos y ni siquiera se tomaba la molestia de quererlos mal. Él vivía para su pasión, que le ennoblecía, que le redimía. Si le apuraban, daría una campanada.» El Magistral gozaba encontrando dentro de sí semejante hombre, más fuerte que nunca, decidido á todo, enamorado de la vida que tiene guardados para sus predilectos estos sentimientos intensos, avasalladores. La realidad adquiría para él nuevo sentido, era más realidad. Se acordaba de las dudas de los filósofos y los ensueños de los teólogos y le daban lástima. Los unos negando el mundo, los otros *volatilizándolo*, parecíanle desocupados dignos de compasión. «La filosofía era una manera de bostezar.» «La vida era lo que sentía él, él que estaba en el riñón de la actividad, del sentimiento. Una mujer deslumbrante de hermosura por alma y cuerpo, que en una hora de confesión le había hecho ver mundos nuevos, le llamaba ahora su *hermano mayor querido*, se entregaba á él, para ser guiada por las sendas y

trochas del misticismo apasionado, poético... Afortunadamente él tenía arte para todo: sabría ser místico, hasta donde hiciera falta, perderse en las nubes sin olvidar la tierra.» Recordaba que años atrás había pensado en escribir novelas, en hacer una *Sibila* verdaderamente cristiana, y una *Fabiola* moderna; lo había dejado, no por sentirse con pocas facultades, sino porque le hacía daño gastar la imaginación. «Las novelas era mejor vivirlas.»

Cosas así pensaba, dando golpecitos con un cuchillo sobre una corteza de pan, mientras su madre narraba las cábalas de Glocester y las maquinaciones de los *conjurados* del Casino.

En cuanto pudo el Magistral escapó de casa, prometiendo ir á sondear al obispo. Tomó el camino de la Plaza Nueva. El caserón de la Rinconada le pareció envuelto en una auréola.

Le recibieron Ana y don Víctor en el comedor. Ya era amigo de confianza. Durante las dos enfermedades de la Regenta, el Magistral había prestado muchos servicios á don Víctor, y éste aunque le era algo antipático el Magistral, se los había agradecido. Pero ya empezaba Quintanar, que siempre había sido regalista, á sospechar algo malo de *la influencia del sacerdocio* en su hogar, ó sea el *imperio*. «El clero era absorbente.» Sobre todo don Fermín había sido un poco jesuita. «¡Jesuita! ¡El casuismo!... ¡El Paraguay!... ¡*Ca-veant consules!*» Aunque la cortesía, ley suprema, le obligaba al más fino trato, no menos que la gratitud, don Víctor estuvo un poco frío con el canónigo, pero de modo que el otro no lo echó de ver siquiera. Notó que estorbaba allí el amo de la casa, pero nada más.

Ana afectuosa, lánguida todavía, había estrechado la mano á su confesor, que sin darse cuenta, prolongó cuanto pudo el contacto. Don Víctor los dejó solos á eso de las seis. Le esperaban en el Gobierno Civil para

una junta de ganaderos. Se trataba de traer sementales del extranjero. Pero don Víctor trataba principalmente de que le eligiesen segundo vicepresidente y reclamaba para Frigilis la primera secretaria. «Frigilis había jurado renunciarla, pero no importaba; de todas suertes la elección era una honra para ellos, aunque lo negase el sarraceno de Tomás.» Quintanar contaba con el gobernador. Salió.

La Regenta sonrió á don Fermín y dijo :

—Dirá Vd. que soy una loca; ¿para qué escribirle cuando podemos hablar todos los días? No pude menos. ¡ Soy tan feliz ! ¡ y debo en tanta parte á Vd. mi felicidad ! Quise contener aquel impulso y no pude. Á veces me reprendo á mí misma porque pienso que robo á Dios muchos pensamientos, para consagrarlos al hombre que se sirvió escoger para salvarme.

El Magistral se sentía como estrangulado por la emoción. La Regenta hablaba ni más ni menos como él la había hecho hablar tantas veces en las novelas que se contaba á sí mismo al dormirse.

No vaciló en referir todo lo que había pasado por él desde que leyera aquella carta. «El mundo sin una amistad como la suya era un páramo inhabitable ; para las almas enamoradas de lo Infinito, vivir en Vetus-ta la vida ordinaria de los demás era como encerrarse en un cuarto estrecho con un brasero. Era el suicidio por asfixia. Pero abriendo aquella ventana que tenía vistas al cielo, ya no había que temer.»

La Regenta habló de Santa Teresa con entusiasmo de idólatra ; el Magistral aprobaba su admiración, pero con menos calor que empleaba al hablar de ellos, de su amistad, y de la piedad acendrada que veía ahora en Anita. Don Fermín tenía celos de la Santa de Ávila.

Además, veía á su amiga demasiado inclinada á las especulaciones místicas, temía que cayera en el éxta-

sis, que tenía siempre complicaciones nerviosas, y era preciso evitar que pudiesen culparle á él de otra enfermedad probable, si Ana seguía aquel camino peligroso. Aconsejó la actividad piadosa. «En su estado y en el tiempo en que vivía la pura contemplación tenía que dejar mucho espacio á las buenas obras. Si ahora sentía Anita cierta pereza de rozarse otra vez con el mundo, se debía á la convalecencia de que en rigor no había salido; pero cuando el vigor volviera por completo ya no la asustaría la acción, el ir y venir; el trabajar en la obra de piedad á que se la invitaba.»

Desde aquel día el Magistral influyó cuanto pudo en aquel espíritu que dominaba por entonces, para arrancarle de la contemplación y atraerle á la vida activa. «Si se remontaba demasiado, le olvidaría á él, que al fin era un sér finito. Santa Teresa había dicho, y Ana recordaba á cada momento que tenía: «...Una luz de parecerle de poca estima todo lo que se acaba», y como don Fermín había de acabarse, le espantaba la idea de que por eso Ana llegase á tenerle en poco.»

No hubiera sido el temor vano si las cosas hubiesen seguido como los primeros meses. Aunque tanto quería á su confesor, Ana muchas horas le olvidaba por completo como á todas las cosas del mundo.

Encerrada en su alcoba ó en su tocador, que ya tenía algo de oratorio, sin necesidad de estímulos exteriores, perdida en las soledades del alma, de rodillas ó sentada al pié de su lecho, sobre la piel de tigre, con los ojos casi siempre cerrados, gozaba la voluptuosidad dúctil de imaginar el mundo anegado en la esencia divina, hecho polvo ante ella. Veía á Dios con evidencia tal, que á veces sentía deseos vehementes de levantarse, correr á los balcones y predicar al mundo, mostrándole la verdad que ella palpaba; y entonces le costaba trabajo reconocer la realidad de las criatu-

ras. «¡Qué pequeñas eran! ¡qué frágiles! ¡cuánto más tenían de apariencia que de nada! Lo único que en ellas valía no era de ellas, era de Dios, era cosa prestada. ¡Dichas! ¡dolores! palabras nada más; ¿cómo apreciarlos y distinguirlos si lo poco, lo nada que duraban no daba tiempo á ello?» Ana recordaba la vida de unos mosquitos muy pequeños que crecían todas las mañanas á la orilla del río, volaban desde la ribera sobre las aguas, y en medio de ellas morían y eran pasto de unos peces que contaban todos los días con aquel alimento. Pues así era el vivir para todas las criaturas, un rayo de sol que se cruza, para volver á la sombra de que se vino. Y estos pensamientos, que antiguamente la atormentaban, ahora le daban alegría. Porque el vivir era el estar sin Dios, el morir renacer en Él, pero renunciando á sí mismo.

Y como si sus entrañas entrasen en una fundición, Ana sentía chisporroteos dentro de sí, fuego líquido, que la evaporaba... y llegaba á no sentir nada más que una idea pura, vaga, que aborrecía toda determinación, que se complacía en su simplicidad. Prolongaba cuánto podía aquel estado; tenía horror al movimiento, á la variedad, á la vida.

Entonces solía don Víctor asomar la cabeza, con su gorro de borla dorada, por la puerta de escape que abría con cautela, sin ruido... Anita no le oía; y él, un poco asustado, con una emoción como creía que la tendría entrando en la alcoba de un muerto, se retiraba, de puntillas, con un respeto supersticioso. Á dos cosas tenía horror: al magnetismo y al éxtasis. ¡Ni electricidad ni misticismo! Una vez le había dado una bofetada á un chusco que le había cogido por la levita, en el gabinete de física de la Universidad, para hacerle entrar en una corriente eléctrica. Don Víctor había sentido la sacudida, pero acto continuo ¡zas! había santiguado al gracioso. El magnetismo, en que creía,

(aunque estaba en mantillas, según él, esta ciencia) le asustaba también; y en cuanto á ver á su Divina Majestad, ó figurársele, le parecía emoción superior á sus fuerzas. «Yo no necesito de eso para creer en la Providencia. Me basta con una buena tronada para reconocer que hay un más allá y un Juez Supremo. Al que no le convence un rayo, no le convence nada.»

«Pero respetaba la religiosidad exaltada de su esposa desde que veía que iba de veras.»

Llegaba de la calle; llamaba con una aldabonada suave... subía la escalera procurando que sus botas no rechinasen, como solían, y preguntaba á Petra en voz baja, con cierto misterio triste:

—¿Y la señora? ¿dónde está?

Como si preguntara ¿cómo va la enferma?—Así andaba por todo el caserón, como si se estuviera muriendo alguno. Sin darse cuenta del porqué, don Víctor se figuraba el misticismo de su mujer como una cefalalgia muy aguda. Lo principal era no hacer ruido. Si el gato de Anselmo mayaba abajo, en el patio, don Víctor se enfurecía, pero sin dar voces, gritaba con timbre apagado y gutural:

—¡Á ver! ¡ese gato! ¡que se calle ó que lo maten!

Entraba en su despacho. Volvía entonces á sus máquinas y colecciones; á veces tenía que clavar, serrar ó cepillar. ¿Cómo no hacer ruido? Sobre todo, el martillo atronaba la casa. Quintanar lo forró con bayeta negra, como un catafalco, y así clavaba; los martillazos apagados tenían una resonancia mate, fúnebre, de mal agüero, que llenaba de melancolía á don Víctor. Los canarios, jilgueros y tordos de su pajarera, que hacían demasiado ruido, fueron encerrados bajo llave, para que no llegasen sus cánticos profanos al tocador-oratorio de la Regenta.

Se acostumbró don Víctor de tal modo á hablar en

voz baja, que hasta en la huerta, paseándose con Frigilis, eran sus palabras un rumorcillo leve.

—Pero, hombre, parece que hablas con sordina...— decía Crespo mal humorado.

Quintanar le consultaba acerca del *estado* de Ana.

—¿ Á ti que te parece de esto ?

—Ps... allá ella. Sus razones tendrá.

—Yo creo, Tomás, aquí para *inter nos*... que Anita se nos hace santa, si Dios no lo remedia. Á mí me asusta á veces. ¡ Si vieses qué ojos en cuanto se distrae! Ello sería un honor para la familia... indudablemente, pero... ofrece sus molestias... Sobre todo, yo no sirvo para esto. Me da miedo lo sobrenatural. ¿Tendrá apariciones ?

Frigilis se permitía la confianza de no contestar á las que estimaba sandeces de su amigo.

«También él pensaba en Anita. La veía muchas veces desde la huerta, en su gabinete, sentada, arrodillada, ó de bruces al balcón mirando al cielo. Ella casi nunca reparaba en él; no era como antes que le saludaba siempre. Aquello de Ana también era una enfermedad, y grave, sólo que él no sabía clasificarla. Era como si tratándose de un árbol, empezara á echar flores, y más flores, gastando en esto toda la savia; y se quedara delgado, delgado y cada vez más florido; después se secaban las raíces, el tronco, las ramas y los ramos, y las flores cada vez más hermosas, venían al suelo con la leña seca; y en el suelo... en el suelo... si no había un milagro, se marchitaban, se podrían, se hacían lodo como todo lo demás. Así era la enfermedad de Anita. En cuanto al contagio, que debía de haberlo habido, él lo atribuía al Magistral. Se acordaba del guante morado. Mucho tiempo lo había tenido olvidado; pero un día se le ocurrió preguntar á la Regenta si las señoras usaban guantes de seda morada y ella se había reído. Era, por consiguiente, un guante

de canónigo. Ripamilán no los usaba casi nunca. No quedaba más canónigo probable que el Magistral; el único bastante listo para meter aquellas cosas en la cabeza de Ana. Del Magistral era el guante, sin duda. Y Petra andaba en el ajo. Era encubridora. ¿De qué? Esta era la cuestión. De nada malo debía de ser. Anita era virtuosa. Pero la virtud era relativa como todo; y sobre todo Anita era de carne y hueso. Frigilis no temía lo presente sino lo futuro; lo que podía suceder. No veía una falta sino un peligro. Algo había oído de lo que se murmuraba en Vetusta, aunque en su presencia no se atrevían las malas lenguas á poner en tela de juicio el honor de los Quintanar. Se le miraba como hermano de don Víctor. De todas maneras, él estaría alerta.» Y seguía velando por los arboles de don Víctor y por su honor «tal vez en peligro.» —

Petra tampoco veía claro. Estaba desorientada. La conducta de su ama le parecía propia de una loca. «¿ Á qué venía aquella santidad? ¿ Á quién engañaba? ¡Oh! si no fuera porque ella quería tener contento al Magistral, no serviría más tiempo á la hipócrita que la utilizaba como correo secreto y no le daba una mala propina, ni le decía palabra de sus trapicheos ni le ponía una buena cara, á no ser aquella de beata bobalicona con que engañaba á todos.»

Petra se encerraba en su cuarto. Colgada de un clavo á la cabecera de su cama de madera, tenía una cartera de viaje, sucia y vieja. Allí guardaba con llave sus ahorros, ciertas sisas de mayor cuantía, y algunos papeles que podían comprometerla. De allí sacaba el guante morado del Magistral, del que á nadie había hablado. Era una prueba, no sabía de qué, pero adivinaba que sin saber ella cómo ni cuándo, aquella prenda podía llegar á valer mucho.

«Y qué probaba aquel guante respecto á la santi-

dad de la señora? Que era una hipócrita. ¡ Si no fuera por el Magistral!»

Los Vegallana y sus amigos estaban asustados. El



marqués creía en la santidad de Anita; la marquesa encogía los hombros; temía por la cabeza de aquella chica. Visitación estaba *volada*, furiosa. «¡ Sus planes por tierra! ¡ Ana resistía! ¡ No era de tierra como ella!» Obdulia Fandiño no envidiaba la santidad de su amiga la Regenta, sino *el ruido que metía*, lo mucho que se hablaba de ella por todo el pueblo. Jamás había hecho *tanta sensación* ella, la viudita, con el vestido más escandaloso, como Ana con su hábito y su *beaterría*. «¡ Qué atrasado, pero qué atrasado estaba aquel miserable lugarón!»

Entretanto Ana recobraba el apetito, la salud volvía

á borbotones. Tenía sueños castos, tales se le antojaban, sin sujeto humano, como decía Ripamilán, pero dulces, suaves. Sentía, medio dormida, á la hora de amanecer sobre todo, palpitaciones de las entrañas que eran agradable cosquilleo; otras veces, como si por sus venas corriese arroyo de leche y miel, se le figuraba que el sentido del gusto, de un gusto exquisito, intenso, se le había trasladado al pecho, más abajo, mejor, no sabía dónde, no era en el estómago, era claro, pero tampoco en el corazón, era en el medio. Despertaba sonriendo á la luz. Su pensamiento primero, sin falta, era para el Señor. Oía los gritos de los pájaros en la huerta, encontraba en ellos sentido místico, y la piedad matutina de Ana era optimista. El mundo era bueno, Dios se recreaba en su obra. Cada día encontraba la Regenta mayor consistencia en la idea de las cosas finitas; ya no le costaba tanto trabajo reconocer su realidad: volvían los seres materiales á tener para ella la poesía inefable del dibujo; la plasticidad de los cuerpos era una especie de bienestar de la materia, una prueba de la solidez del universo; y Ana se sentía bien en medio de la vida. Pensaba en las armonías del mundo y veía que todo era bueno, según su género. La idea de Dios, la emoción profunda, intensa que le causaba la evidencia de la divinidad presente, no se deslucían, no se borraban; pero Dios ya no se le aparecía en la idea de su soledad sublime, sino presidiendo amorosamente el coro de los mundos, la creación infinita. Empezó á olvidar algunas noches la lectura de Santa Teresa. Seguía enamorada de la Doctora sublime, pero algunas opiniones de la Santa prefería pasarlas por alto, estaban en pugna con las ideas propias; «al fin no en balde habían pasado tres siglos.» Empezó Ana á comprender mejor lo que el Magistral le quería decir al hablarle de actividad piadosa.

«Es verdad, se decía, no he de vivir en este egoísmo de recrearme en Dios; necesito, sí, trabajar más y más en la oración mental y en la contemplación, para ver más y más cada día en esa región de luz en que el alma penetra, pero... ¿y mis hermanos? La caridad exige que se piense en los demás. Ya puedo, ya puedo salir, vivir, sacrificarme por el prójimo; ya estoy fuerte, Dios lo ha permitido.»

El Magistral, mientras duraba la debilidad, le había prohibido incorporarse para rezar de rodillas sus oraciones de la mañana. Pero ella en cuanto sintió aquella bienhechora fortaleza de los músculos, que es como el amor propio del cuerpo, gozóse en distender los miembros que volvían á cubrirse de rosas pálidas, otra vez repletos de vida circulante. Y sin descender del lecho, sobre las sábanas tibias, levemente mecida por los muelles del colchón al incorporarse, rezaba, toda de blanco, sumidas las rodillas redondas y de raso en la blandura apetecible. Rezaba, y á veces en el entusiasmo de su fervor religioso acercaba el rostro al Cristo inclinado sobre la cabecera, y besaba las llagas de la imagen llorando á mares. Pensaba que aquellas lágrimas dulces eran la miel mezclada que corría dentro y ahora saltaba por los ojos en raudal inagotable. Cuando estuvo mejor, aún más fuerte, huyó la pereza del colchón y saltó al suelo y rezó sobre la piel de tigre. Aún quería más dureza, y separaba la piel y sobre la moqueta que forraba el pavimento hincaba las rodillas. Pensó en el cilicio, lo deseó con fuego en la carne, que quería beber el dolor desconocido, pero el Magistral había prohibido tales tormentos sabrosos.

El primer objeto á que Ana quiso aplicar su caridad ardiente, fué la conversión de su marido. Santa Teresa había trabajado por la piedad de su padre, que ya era cristiano de los buenos, pero habíale ella querido

más piadoso todavía. Ana se propuso emplear su celo en ganar para Dios el alma de su don Víctor, «que venía también á ser su padre.»

La suavidad, la dulzura, la elocuencia, las caricias fueron los medios, lícitos todos, que empleó con arte de maestro. Quintanar tardó en conocer que su Anita, su querida Anita quería convertirle á la piedad verdadera. Al principio sólo notó que su mujer se hacía más comunicativa, cariñosa á todas horas, como antes lo era después de los ataques nerviosos y en ausencias ó enfermedades. «¿Quería discutir por pasar el rato? Enhorabuena; él amaba la discusión.» Y sostenía la tesis contraria para mantener animado el debate. Pero, amigo, la Regenta había ido haciendo la cuestión personal; ya no se trataba de si Cristo había redimido á todas las *Humanidades* repartidas por los planetas, de una sola vez, ó yendo de estrella en estrella á sufrir en todas muerte de cruz; ahora se trataba ya de si don Víctor confesaba muy de tarde en tarde, si perdía ó no muchas misas (y sí que las perdía). «Además, los libros en que apacentaba el espíritu eran vanos; comedias, mentiras fútiles y peligrosas.»

—¿Tú nunca has leído vida de santos, verdad?

—Sí, hija, sí, y autos sacramentales...

—No es eso... Quintanar; hablo de *La Leyenda de Oro* y del *Año Cristiano* de Croisset, por ejemplo.

—¿Sabes, hija mía?... Yo prefiero los libros de meditación...

—Pues toma el *Kempis*, la *Imitación de Cristo*... lee y medita.

Y se lo hizo leer.

Y entre *Kempis* y la Regenta, y el calor que empezaba á molestarle, y la prohibición de los baños le quitaron el humor al digno magistrado. Ya no leía, al dormirse, á Calderón, sino á Job y al dichoso *Kempis*. «¡Vaya unas cosas que decía aquel demonche de fraile

ó lo que fuese! No, y lo que es razón tenía, es claro; el mundo, bien mirado, era un montón de escorias. Él no podía quejarse, en su vida no había habido desengaños terribles, grandes contrariedades, aparte de la muy considerable de no haber sido cómico; pero en tesis general, el mundo estaba perdido. Y además, esto de hacerse viejo, que le tocaba á él como á cada cual, era un gravísimo inconveniente. En la muerte no quería pensar, porque eso le ponía malo, y Dios no manda que enfermemos. La muerte... la muerte... él tenía así... una vaga y disparatada esperanza de no morir-se... ¡La medicina progresa tanto! Y además, se podía morir sin grandes dolores, por más que Frígilis lo negaba.» En fin, no quería pensar en la muerte. Pero poco á poco Kempis fué tiznándole el alma de negro y don Víctor llegó á despreciar las cosas por efímeras. Una tarde, en su *Parque*, contemplaba á Frígilis que estaba á sus piés agachado plantando cebolletas de camelia, embebecido en su operación.

«¡Valiente filósofo era Frígilis!» Don Víctor le miraba desde la altura de su pesimismo prestado, y le despreciaba y compadecía. «¡Plantar cebolletas! ¿No prohibía san Alfonso Ligorio plantar árboles en general y edificar casas, que al cabo de los años mil se caen? Pues entonces, ¿para qué plantar cebolletas, si todo era una sopro, nada?...»

«Corriente, pero aquello de disgustarse de todo era poco divertido. ¿Qué iba él á hacer mano sobre mano un verano entero sin baños, ni bromas en las aguas de Termasaltas?»

«Y quedaba el rabo por desollar. La cuestión de salvarse ó no salvarse. Aquello era serio. Á él le daba el corazón que se salvaría; pero los santos escritores presentaban como tan difícil la cosa, que ya le inquietaban ciertas dudas... ¿Si no habría sido él toda su vida bastante bueno? Había que pensar en esto; pero

¡Dios mío! él no quería quebraderos de cabeza! Ya, cuando lo de la jubilación, fundada en una enfermedad que no tenía, le había costado gran trabajo arreglar sus papeles y pedir recomendaciones, y la jubilación era cosa temporal... con que la salvación del alma, la jubilación eterna como quien decía ¡apenas iba á exigir esfuerzos, expedientes, y también recomendaciones! Era preciso entregarse á su esposa para que le ayudase en tan arduo negocio.»

La Regenta conoció bien pronto que don Víctor se entregaba. Aunque ella hubiera querido más acendrada piedad, tuvo que contentarse con el dolor de atrición que claramente manifestaba su marido. Y no tuvo escrúpulo en asustarle un poco más de lo que estaba, recordándole las penas del Infierno, aunque estos recursos de terror le repugnaban á ella. Quintanar mostraba gran empeño en sostener que el fuego de que se trataba no era material, era simbólico.

—No es de fe—repetía—en mi opinión, creer que ese fuego es físico, material; es un símbolo, el símbolo del remordimiento.

Algo le tranquilizaba la idea de que le tosasen con símbolos en el caso desesperado de no salvarse, como deseaba seriamente.

El primer esfuerzo que hizo Anita para salir de casa, tuvo por objeto llevar á su don Víctor á la Iglesia. Confesaron los dos con el Magistral.

Á don Víctor al comulgar le atormentaba la idea de que no había confesado un pecadillo considerable: tenía sus dudas respecto de la infalibilidad pontificia.

El canónigo Döllinger, de quien no sabía más sino que existía y que se había separado de la Iglesia, le seducía por su tenacidad, que le recordaba la de su tierra, Aragón, el reino más noble y testarudo del Universo.—

Los días para la Regenta se deslizaban suavemente.

El Magistral su maestro, y don Víctor, su discípulo, eran los compañeros de su vida al parecer sosa, monótona, pero *por dentro* llena de emociones. Seguía encontrando en la oración mental delicias inefables. Dios era no menos amable como Padre de las criaturas, como Director de la gran «fábrica de la inmensa arquitectura,» que en la pura contemplación de su Idea. Además, pensaba Anita, fuera orgullo aspirar ahora á la visión de la Divinidad directamente; me faltan muchos pasos, muchas *moradas*. Ya llegaré si el Señor lo tiene así dispuesto. Ahora debo hacer lo que dice el Magistral; ya que las fuerzas vuelven á mi cuerpo, aprovecharlas en una actividad piadosa, que es lo que él llama higiene del espíritu. La ociosidad me volvería al pecado, como volvía á la misma Santa Teresa. Si para ella tenía tan grave peligro ¡qué será para mí!

Anita recibía las pocas visitas que don Alvaro se atrevía á hacerle, sin alterarse, tranquila en su presencia, y tranquila después que se marchaba. Procuraba apartar de él su pensamiento, con la conciencia de que era aquel recuerdo una llaga del espíritu que tocándola dolería. Tuvo valor para mostrarse fría con él, para cortar el paso á la confianza, para negarle la mano, para todo, hasta para verle despedirse... Pero en cuanto le vió salir tropezando, «ciego de amor y pena,» creía ella, una lástima infinita le inundó el alma, y tembló de miedo; su seno se hinchó con un suspiro... y la carne flaca tropezó con el Cristo amarillento de marfil que el Magistral había regalado á su amiga para que lo llevase sobre el pecho.

Ana besó la imagen y volvió los ojos al cielo.

—Jesús, Jesús, tú no puedes tener un rival. Sería infame, sería asqueroso...

Y recordó la ira de Jesús cuando se aparecía á Teresa que le olvidaba.

—Sería engañar á Dios, engañar al Magistral pensar en ese hombre ni un solo instante, ni siquiera para compadecerle... ¡Oh! ¡qué hipócrita, qué gazmoña miserable sería yo si tal hiciera! ¡Qué romanticismo del género más ridículo y repugnante sería el mío, si después de tanta piedad que yo creí profunda, vocación de mi vida en adelante, volviera una pasión prohibida á enroscarse en el corazón, ó en la carne, ó donde sea!... No, no! Ridículo, villano, infame, vergonzoso, además de criminal! ¡Mil veces no! Quiero morir, morir, Señor, antes que caer otra vez en aquellos pensamientos que manchan el alma y le clavan las alas al suelo, entre lodo...

Pero al día siguiente de la despedida de don Alvaro, Ana despertó pensando en él. «Ya no estaba en Vetus-ta. Mejor. La terrible tentación le volvía la espalda, huía derrotada... Mejor... era un favor especial de Dios.»

Aquella tarde bajó al Parque, á la hora en que don Alvaro se había despedido el día anterior.

«Veinticuatro horas hacía ya.» Otras veces había estado días y días sin verle, y le parecía muy tolerable la ausencia y corta. Pero estas veinticuatro horas eran de otra manera, se contaban por minutos... que es como se cuentan las horas. «Y bien, lo normal, lo constante, lo que debía ser ya siempre, era aquello... el no verle... Veinticuatro horas y después otras tantas... y así... toda la vida.»

Hacía mucho calor. Ni debajo del toldo espeso de los castaños de Indias, ahora cargados de anchas hojas y penachos blancos, podía Ana respirar una ráfaga de aire fresco. Su pensamiento quería elevarse, volar al cielo, pero el calor, de unos 30 grados, que en Vetus-ta es mucho, le derretía las alas al pensamiento y caía en la tierra, que ardía, en concepto de Ana.

Y para que no se le antojase volar más en toda la

tarde, se presentó en el parque Visitación Olias de Cuervo, á quien el verano *sentaba* bien, y dejaba lucir trajes de percal fantásticos y baratos. Venía alegre, vaporosa, y con las apariencias de un torbellino; daba gana de cerrar los ojos al verla acercarse. En la calle la había querido abrazar un mozo de cordel. La aventura, ridícula y todo, la había rejuvenecido, había encendido chispas en sus ojuelos, y «¡Ea! venía con afán de abrazar ella también.» Abrazó á la Regenta, se la comió á besos... y después de contarla el *paso de comedia* del mozo de cordel, gritó de repente:

—Á propósito, ¿no te ha contado Víctor lo de Alvaro?

Visita tenía cogida por las muñecas á su amiga. Estaba tomándola el pulso á su modo.

Clavó con sus ojos menudos los de Ana y repitió:

—¿No sabes lo de Alvaro?

El pulso se alteró, lo sintió ella con gran satisfacción. «Á mí con santidades, pensó; *pulvises*, como dijo el otro.»

—¿Qué le pasa? ¿que se ha marchado? Ya lo sé.

—No, no es eso.

—¿Qué? ¿No se ha marchado?

Nueva alteración del pulso, según Visita.

—Sí, hija, sí, se ha marchado, pero verás cómo. Ya sabes que tenía relaciones con la señora de ese que es ó fué ministro, no recuerdo, en fin ya sabes quién es, ese que viene á baños á Palomares.

—Sí, sí, bien...

—Pues bueno; esta mañana, lo ha visto medio Vestusta, al ir Mesía á tomar el tren de Madrid, el correo, el que sube... ¿estás? se encontró con esa ministra, que es muy guapa por cierto, en medio del andén. ¡Figúrate! Total, que ella bajaba para Palomares, donde ha comprado una especie de chalet ó demonios; bueno, pues, cádate que nuestro Alvarito, en

vez de tomar el tren que subía, el de Madrid, toma el que baja, da órdenes á su criado, para que recoja corriendo el equipaje y se meta en el reservado que traía la ministra, un coche salón con cama y demás. Y el marido no venía, por supuesto; ella, dos criados y los *bebés* como dice Obdulia. ¡Figúrate! Todo Vetusta, que estaba en la estación esta mañana por casualidad, se ha hecho cruces. Es mucho Alvaro. ¿Pero ella? ¿qué te parece de ella? Á eso vamos; á lo escandalosas que son esas señoronas de Madrid. Y eso que ésta tiene fama de virtuosa, ¡uf! ¡yo lo creo!... ¡La virtuosísima señora ministra de Gracia y salero... ¡pero, señor, cómo demonches se llama ese tipo de ministro!...

Ana recordaba perfectamente cómo se llamaba aquel «tipo de ministro», pero no quiso decirlo; sintió que palidecía, por un frío de muerte que le subió al rostro; dió media vuelta, y disimulando cuanto pudo, se recostó en un árbol. Fingió entretenerse en rayar la corteza del tronco, y mudando de conversación, preguntó á Visita por un niño que tenía enfermo.

Pero Visita era tambor de marina, como decían ella y la Marquesa; de otro modo, que nadie se la pegaba; conoció la turbación de Ana, y con gran júbilo, confirmó para sus adentros la teoría del *pulvises* ó sea de la ceniza universal.

«Ana tenía celos; luego, tenía amor; no hay humo sin fuego.»

Se despidió al poco rato; ya había dado su noticia, ya sabía lo que quería; no era cosa de perder el tiempo; necesitaba hacer en otra parte otra buena obra por el estilo. Se marchó, como la marejada que se retira. Dejó los senderos blancos como si los hubiesen peinado. La escoba almidonada de enaguas y percal engomado dejó su rastro de rayas sinuosas y paralelas grabado en la arena.

Ana tuvo miedo. La tentación, la vieja tentación de don Alvaro, le había sabido á cosa nueva; se le figuró un momento que aquel dolor que sintiera al saber lo de la ministra, era más de las entrañas que sus demás penas; era un dolor que la aturdió, que pedía remedio á gritos desde dentro... Por la primera vez, después de su enfermedad, sintió la rebelión en el alma.

«Oh, no; no quería volver á empezar. Ella era de Jesús, lo había jurado. Pero el enemigo era fuerte, mucho más de lo que ella había creído. Otras veces había desafiado el peligro; ahora temblaba delante de él. Antes la tentación era bella por el contraste, por la hermosura dramática de la lucha, por el placer de la victoria; ahora no era más que formidable; detrás de la tentación no estaba ya sólo el placer prohibido, desconocido, seductor á su modo para la imaginación; estaban además el castigo, la cólera de Dios, el infierno. Todo había cambiado; su vocación religiosa, su pacto serio con Jesús la obligaban de otro modo más fuerte que los lazos demasiado sutiles del deber vagamente admitido por la conciencia, sin pensar en sanción divina. Antes no quería pecar por dignidad, por gratitud, porque... no. Ahora el pecado era algo más que el adulterio repugnante, era la burla, la blasfemia, el escarnio de Jesús... y era el infierno. Si caía en los lazos de la tentación, ¿quién la consolaría cuando viniese el remordimiento tardío? ¿cómo llamar á Jesús, otra vez? ¿cómo pensar en Teresa, que jamás había caído? No, no la llamaría, preferiría morir desesperada y sola. ¿Pero después? El infierno, aquella verdad tremenda, sublime en su mal sin término.»

«—Tú vencerás, Dios mío, tú vencerás—exclamó en voz alta, hablando con las nubecillas rosadas que imitaban en el cielo las olas del mar en calma.»—

Aquella noche lloró la Regenta lágrimas que salían de lo más profundo de sus entrañas, de rodillas sobre

la piel de tigre, con la cabeza hundida en el lecho, los brazos tendidos más allá de la cabeza, las manos en cruz.

Desde el día siguiente el Magistral notó con mucha alegría, que Ana volvía su piedad del lado por donde él quería llevarla. «Menos contemplación y más devociones, obras piadosas y culto externo, que entretiene la imaginación.»

Con un entusiasmo que tenía sus remolinos que atraían las voluntades, Ana se consagró á la piedad activa, á las obras de caridad, á la enseñanza, á la propaganda, á las prácticas de la devoción complicada y bizantina, que era la que predominaba en Vetusta. Aquellas exageraciones, que tal le habían parecido en otro tiempo, ahora las encontraba justificables, como los amantes se explican las mil tonterías ridículas que se dicen á solas.

«¿No había en los amores humanos un vocabulario infantil, ridículo, sin sentido para los profanos? Sí, lo había, ella no podía asegurarlo por experiencia, pero lo había leído y el corazón se lo confirmaba. Pues bien, el amor de Dios, á su manera, podía tener sus niñerías, sus nimiedades, ridículas para las almas frías, indiferentes.» Hasta llegó á comprender los superlativos de letanía de doña Petronila ó sea el gran Constantino.

Al Magistral mismo se atrevía la Regenta á hablarle con cierto mimo, con una confianza llena de palabras de sentido nuevo y convenido, con un estilo que podría llamarse humorismo piadoso. Y además, se permitía Ana interesarse por los bienes puramente temporales de su confesor. No le dejaba pasar debilidades, exponerse á un constipado. «¡Buena la haríamos si usted se me muriese! todo esto, señor mío, es egoísmo, ni Dios ni Vd. han de agradecerlo.»

Con estas palabras, y con las sonrisas que las acom-

pañaban, el Magistral tenía para rumiar ocho días felicidad inefable. «Sí, inefable. Él no se explicaba qué era aquello. No sospechaba que en el mundo, en el pícaro mundo se podía gozar así. Á los treinta y seis años, cuando él creía que ya nadie podía enseñarle nada, una señora inocente, joven, sin mundo, venía á mostrarle un universo nuevo, donde sin más que una sonrisita, una palabra, que era como la letra de una música que había en el modo de decirla, se veía uno de repente entre los ángeles, gozando como en el Paraíso, sin querer nada más, sin pensar en nada más. ¡Gozando, gozando y gozando!»

Ni por las mientes se le pasaba reflexionar sobre su situación. ¿Era aquello pecado? ¿Era aquello amor del que está prohibido á un sacerdote? Ni para bien ni para mal se acordaba don Fermín de tales preguntas. Peor para ellas si se hubiera acordado.

—¡Usted nunca me habla de sí mismo!—le decía Ana con tono de reconvención, una mañana de agosto, en el parque, metiéndole una rosa de Alejandría, muy grande, muy olorosa, por la boca y por los ojos. Estaban solos. Tácitamente habían convenido en que aquellas expansiones de la amistad eran inocentes. Ellos eran dos ángeles puros que no tenían cuerpo. Anita estaba tan segura de que para nada entraba en aquella amistad la carne, que ella era la que se propasaba, la que daba primero cada paso nuevo en el terreno resbaladizo de la intimidad entre varón y hembra.

El Magistral con la cara llena del rocío de la flor y el corazón más fresco todavía, contestó:

—¿Hablarle de mí mismo? ¡Para qué! Yo tengo, por razón de mi oficio en la Iglesia militante, la mitad de mi vida entregada á la calumnia, al odio, á la envidia, que la devoran y hacen de ella lo que quieren: se me persigue, se me preparan asechanzas, hasta hay sociedades secretas que tienen por objeto derribarme,

como ellos dicen, de lo que llaman el poder... Todo eso es miseria, Ana, yo lo desprecio. Puedo asegurar á Vd. que yo no pienso más que en la otra mitad de mí mismo, que es la que traigo aquí, la que vive en la paz dulce de la fe, acompañada de almas nobles, santas, como la de una señora... que Vd. conoce... y á quien no aprecia en todo lo que vale...

Y el Magistral sonrió como un ángel, mientras aspiraba con delicia el perfume de la rosa de Alejandría, que Ana sin resistencia había dejado en manos del clérigo.

Ella se puso seria, quiso explicaciones. «Se le perseguía, se le calumniaba... tenía enemigos... y él sin decir nada á su amiga. ¡Estaba bueno!» Algo había oído ella mucho tiempo hacía, pero vagamente. Se acusaba al Magistral, á lo que podía entender, de vicios tan torpes, de tan miserables delitos, que lo grosero de la calumnia la hacía de puro inverosímil inofensiva casi.

La Regenta había despreciado y hasta olvidado aquellos rumores que llegaban de tarde en tarde á sus oídos. Pero ya que el Magistral mismo se quejaba, daba á entender que aquella persecución le dolía, era necesario saber más, procurar el consuelo de aquel corazón atribulado, buscar remedios eficaces, ayudar al justo perseguido, calumniado, que además del justo era el padre espiritual, el hermano mayor del alma, el faro de luz mística, el guía en el camino del cielo.

Aquella mañana de Agosto el Provisor la señaló como una de las más felices de su vida. Ana le obligó á hablar, á contárselo todo. Él, elocuente, con imaginación viva, fuerte y hábil, improvisó de palabra una de aquellas novelas que hubiera escrito á no robarle el tiempo ocupaciones más serias. Se sentaron en el cenador. Don Fermín dijo, primero, sonriendo, que él también quería confesarse con ella. «¿Creía Ana que

era perfecto? ¿Que no había pasiones debajo de la sotana? ¡Ay sí! Demasiado cierto era por desgracia. La confesión del Magistral se pareció á las de muchos autores que en vez de contar sus pecados aprovechan la ocasión de pintarse á sí mismos como héroes, echando al mundo la culpa de sus males, y quedándose con faltas leves, por confesar algo.

De aquella confidencia, Ana sacó en limpio que el Magistral, como ella creía, era un alma grande, que no había tenido más delito que cierta vaga melancolía en la juventud y una ambición noble, *elevada*, en la edad viril. Pero aquella ambición había desaparecido ante otra más grande, más pura, la de salvar las almas buenas, la de ella por ejemplo. Ana, al oír aquello, cerraba los ojos para contener el llanto, y se juraba en silencio consagrarse á procurar la felicidad de aquel hombre á quien tanto debía, que tan grande se le mostraba, que prefería vivir cerca de ella para guiarla en el camino de la virtud, á ser obispo, cardenal, pontífice. «¡Y le calumniaban! ¡Y tenía enemigos! ¡Y había habido tiempo en que querían ponerle en ridículo, porque ella, Anita, seguía entregada á las vanidades del mundo, á pesar de ser hija de confesión de don Fermín! ¡Oh, ya verían, ya verían en adelante!»

«¿Qué cosa mejor que aquella pasión ideal, aquel afán por una buena obra, aquella abnegación, á que se proponía entregarse, para combatir la tentación cada vez más temible del recuerdo de Mesía, que estaba en Palomares enamorado de la ministra?»

De Pas ya no sabía dónde iba á parar aquello.

Ana le admiraba, le cuidaba, estaba por decir que le adoraba, de tal suerte, que el peligro cada día era mayor. «Aunque la pasión que él sentía nada tenía que ver con la lascivia vulgar (estaba seguro de ello) ni era amor á lo profano, ni tenía nombre ni le hacía

falta, podía ir á dar no se sabía dónde. Y el Magistral estaba seguro de que al menor descuido de la carne, intrusa, temible, la Regenta saltaría hacia atrás, se indignaría y él perdería el prestigio casi sobrenatural de que estaba rodeado. Además, suponiendo que aquello parase en un amor sacrílego y adúltero, miserablemente sacrílego, por haber tenido tales comienzos, ¡adiós encanto! Ya sabía él lo que era esto. Una locura grosera de algunos meses. Después un dejo de remordimiento mezclado de asco de sí mismo; verse despreciable, bajo, insufrible; y después ira y orgullo, y ambición vulgar y huracanes en la Curia eclesiástica.—No, no. La Regenta debía ser otra cosa. Había que hacer á toda costa que aquello no pudiese degenerar en amor carnal que se satisface. Y sobre todo, lo de antes, que la Regenta se llamaría á engaño; era seguro.»

Y después de una pausa, pensaba el Magistral:

«Y en último caso, ello dirá.»—

Don Víctor estaba cada día mas triste. Por una parte aquel dolor de atrición, aquel miedo á no salvarse á pesar de ser tan bueno, de no haber hecho mal á nadie; por otro lado, el calor, aquel sudor continuo, aquellas noches sin dormir... la soledad de Vetusta... la yerba agostada del Paseo grande, la falta de espectáculos... «Y además que nadie le comprendía. Frigilis era un estuco: en tratándose de cosas espirituales ya se sabía que no había que contar con él. Ni el verano le sofocaba ni el invierno le encogía: era un marmolillo. Y á su mujer y al Magistral el estío de Vetusta, aquella tristeza de calles y paseos no les disgustaba!» Iba don Víctor al casino: ni un alma. Algún magistrado sin vacaciones que jugaba al billar con un mozo de la casa. En el gabinete de lectura, Trifón Cármenes repasando *Ilustraciones* antiguas; en el tresillo ni un

socio; no le quedaba más que el dominó, que le era antipático por el ruido de las fichas y por aquello de estar sumando sin parar. Su contendiente del ajedrez estaba en unos baños. «¡Claro! *todo el mundo* se estaba bañando.» Aunque don Víctor otros veranos, si bien pasaba junto al mar un mes, no se bañaba más que dos ó tres veces, ahora echaba de menos todos los días la frescura de las olas. En el Casino leía los periódicos de *La Costa*: conciertos nocturnos al aire libre, giras campestres, regatas, de todo esto hablaban; ¡cuánta gente! ¡cuánta música! ¡teatro, circo! barcos, grandes vapores ingleses... y el mar... el mar inmenso... ¡Aquello era divertirse! Don Víctor suspiraba y se volvía á casa.

«—No estaba la señora.»

Pero estaba Kempis.

Allí, abierto, sobre la mesilla de noche. Sin poder resistir el impulso, Quintanar tomaba el libro, después de quitarse el *chaquet* de alpaca y quedarse en mangas de camisa: tomaba el libro y leía... «¡Vuelta al miedo! a la tristeza, á la languidez espiritual. Era en efecto el mundo una laceria, como decía el texto, y sobre todo en el verano. Vetusta era un pueblo moribundo. Aquella misma verdura de los árboles, tan desnudos en invierno, era bien venida en primavera, pero causaba ahora hastío: casi se deseaba la rama escueta, que tiene mejor dibujo.» Hasta era capaz de hacerse artista de veras don Víctor á fuerza de triste y aburrido.

Y Ana volvía contenta de la calle. «Mejor, más valía que alguno lo pasara bien: él no era egoísta.»

«¿Pero qué gracia le encontraría su mujer á la soledad de Vetusta? Además, no estaba allí el Kempis sangrando, probando, como tres y dos son cinco, que en el mundo nunca hay motivo para estar alegre? Verdad era que su Anita era feliz por razones más

altas. Él no podía llegar á tal grado de piedad. Temía á Dios, reconocía su grandeza, ¡es claro! había hecho las estrellas, el mar, en fin todo!... Pero una vez reconocido este Infinito Poder, él, Víctor Quintanar, seguía aburriéndose en aquel pueblo abandonado, sin teatro, sin paseos, sin mar, sin regatas, sin nada de este mundo. ¡Oh, si no fuera por sus pájaros!»

En tanto Ana, cada día más activa, procuraba olvidar, y muchas veces lo conseguía, lo que llamaba la tentación, que cada vez era más formidable; y cuanto más temida más fuerte. Pero huía de ella, acogíase á la piedad, y visitaba con celo apostólico y ardiente caridad las moradas miserables de los pobres hacina-dos en pocilgas y cuevas; llevaba el consuelo de la religión para el espíritu y la limosna para el cuerpo; solían acompañarla doña Petronila Rianzares ó alguna otra dama de su cónclave; pero también iba sola. De cuantas ocupaciones le imponía la vida devota, ésta era la que más le agradaba.

El verano robaba gran parte del contingente de aquellos ejércitos piadosos del Corazón de Jesús, la Corte de María, el Catecismo, las Paulinas y demás instituciones análogas; muchas señoras iban á baños ó á la aldea. Pero el núcleo quedaba: era el grupo numeroso y considerable de beatas ilustres que rodeaban al Gran Constantino, á doña Petronila. Durante los meses del calor disminuían bastante las limosnas, pero se hablaba mucho en las cofradías, preparando las fiestas de Otoño y de Invierno; y además, se murmuraba un poco de las ausentes. La Regenta, sin entrar jamás en estos conciliábulos, los perdonaba como falta leve, «que ella, cargada de otras más graves, no tenía derecho á censurar.»

Don Fermín y Ana se veían todos los días; en el caserón de los Ozores, unas veces, otras en el Catecis-

mo, en la Catedral, en San Vicente de Paul, y más á menudo en casa de doña Petronila. El obispo-madre siempre estaba ocupada; los dejaba solos en el salón oscuro, y ella, con permiso de sus amigos, se iba á arreglar sus cuentas ó lo que fuese.

Vetusta era de ellos: la soledad del verano parecía darles posesión del pueblo; hablaban en el pórtico de la catedral mucho tiempo para despedirse, sin miedo de ser vistos: como si aquella soledad de la iglesia se extendiera á todo el pueblo. Anita encontraba la vida de Vetusta más tolerable que en invierno. En este particular no se entendían ella y su marido.

Don Fermín hubiera deseado que la estación no pasara, que los ausentes se quedaran por allá. Su madre había ido á Matalerejo á cobrar rentas y preparar la recolección; á recoger intereses de mucho dinero esparcido por aquellas montañas. Teresina era el ama de casa. Alegre todo el día, activa, solícita, llenaba el hogar del Magistral de cantares religiosos á los que daba, sin saber cómo, sentido profano, aire de la calle. Aquel tono alegre era más picante por el contraste con el rostro de Dolorosa de la joven. Teresina había tomado un poco de color, y los ojos, rodeados de ligeras sombras, eran más profundos, más hermosos que nunca en aquella oscuridad dulce y misteriosa de las pupilas. Amo y criada estaban contentos. La libertad les sabía á gloria. Cada cual hacía lo que quería. No estaba doña Paula, no había que dar cuentas á nadie. Y no faltaba nada. El señorito lo tenía todo á su tiempo y en su sitio como siempre. Ya podía vivir sin la señora.

El Magistral salía y entraba sin temor de interrogatorios insidiosos; si volvía tarde, no importaba. Todo, todo le sonreía. ¡Ojalá fuera eterno el verano! Hasta sus enemigos habían cedido en la calumnia; ya no se murmuraba tanto; muchos de los calumniadores vera-

neaban; á los que quedaban les faltaba auditorio. Don Santos Barinaga no salía de casa, estaba enfermo. Sólo Foja, que no veraneaba, por economía, procuraba mantener el fuego sagrado de la murmuración en el Casino, entre cuatro ó cinco socios aburridos, que iban allí media hora á tomar café. En fin, parecía aquello una suspensión de hostilidades. « Bien venida fuera; don Fermín aceptaba la lucha, si se ofrecía, pero prefería la paz. Sobre todo ahora, que tenía más que hacer, algo mejor y más dulce que odiar y perseguir á miserables, dignos de desprecio y de lástima.»

Aquella felicidad que saboreaba De Pas como un gastrónomo los bocados, aquella libertad, aquella pereza moral que el verano hacía más voluptuosa para su cuerpo robusto, los sueños vagos de amor sin nombre, la deliciosa realidad de ver á la Regenta á todas horas y mirarse en sus ojos y oirla dulcísimas palabras de una amistad misteriosa, casi mística, hacían desear á don Fermín que el sol se detuviera otra vez, que el tiempo no pasara. Aquel Agosto, tan triste para don Víctor, era para el Magistral el tiempo más dichoso de su vida.

Cuando oía, desde su despacho, muy temprano, el «Santo Dios, Santo Fuerte,» que cantaba como si fueran malagueñas, Teresina, que hacía la limpieza allá fuera, tentaciones sentía de cantar él también. No cantaba, pero se levantaba, salía al pasillo.

—Teresina, el chocolate—gritaba alegre, frotándose las manos.

Y pasaba al comedor.

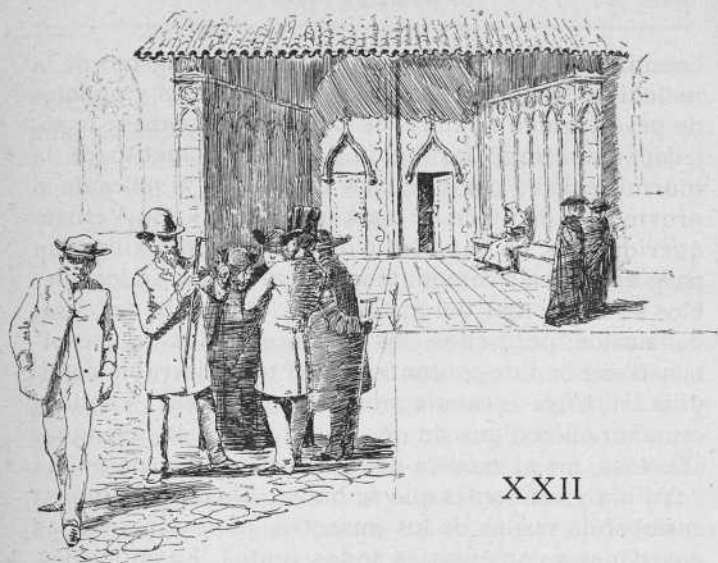
La doncella, á poco, llegaba con el desayuno en reluciente jicara de china con ramitos de oro. Cerraba tras sí la puerta, y se acercaba á la mesa; dejaba sobre ella el servicio, extendía la servilleta delante del señorito... y esperaba inmóvil á su lado.

Don Fermín, risueño, mojaba un bizcocho en choco-

late; Teresa acercaba el rostro al amo, separando el cuerpo de la mesa; abría la boca de labios finos y muy rojos, con gesto cómico sacaba más de lo preciso la lengua, húmeda y colorada; en ella depositaba el bizcocho don Fermín, con dientes de perlas lo partía la criada, y el *señorito* se comía la otra mitad.

Y así todas las mañanas.





XXII

ALEGRE, rozagante, como nuevo volvió de los baños de Termasaltas el señor Arcediano don Restituto Mourelo, dispuesto á emprender otra campaña, que esperaba fuese la última y decisiva, «contra el despotismo del simoniaco y lascivo y sórdido enemigo de la Iglesia que, apoderado del ánimo del señor Obispo, tenía sojuzgada á la diócesis.» Con esta perifrasis aludía al señor Provisor el diplomático Gloucester.

El primer disgustillo que tuvo De Pas aquel verano fué esta noticia, que le dieron en el coro, por la mañana.

«Ha llegado Gloucester.»

«No le temía; ni á él ni á nadie... ¡pero estaba tan cansado de luchar y aborrecer!»

Mourelo se encontró con otros muchos murmuradores de refresco y con los *de depósito* que no estaban menos ganosos de romper el fuego contra el común

enemigo. Todos ardían en el santo entusiasmo de la maledicencia. Los que venían de las aldeas y pueblos de pesca, traían hambre de cuentos y chismes; la soledad del campo les había abierto el apetito de la murmuración; por aquellas montañas y valles de la provincia, ¿de quién se iba á maldecir? «¡ Su Vetusta querida! Oh, no hay como los centros de civilización para despellejar cómodamente al prójimo. En los pueblos se habla mal del médico, del boticario, del cura, del alcalde; pero ellos, los vetustenses, los de la capital ¿ cómo han de contentarse con tan miserable comidilla? » ¡ *Cives romanus sum!* decía Mourelo: « Quiero murmuración digna de mí. Aplastemos, con la lengua, al coloso, no al médico de Termasaltas por ejemplo. »

Y Foja y los demás que se habían quedado, también ansiaban la vuelta de los ausentes, para contarles las novedades y comentarlas todos juntos. La animación de Vetusta renacía en cabildo, cofradías, casino, calles y paseos cuando los del veraneo empezaban á aparecer. Las amistades falsas, gastadas hasta hacerse insoportables durante el común aburrimiento de un invierno sin fin, ahora se renovaban; los que volvían encontraban gracia y talento en los que habían quedado y vice-versa; todos reían los chistes y las picardías de todos. Poco á poco los círculos de la murmuración se animaban, la calumnia encendía los hornos, y los últimos que llegaban, los rezagados, encontraban aquello hecho una gloria. «¡ Qué ocurrencias, qué fina malicia, qué perspicacia! ¡ Oh, el ingenio vetustense! »

El Magistral fué aquel año la víctima de las dionisíacas de la injuria: no se hablaba mas que de él.

« Don Santos Barinaga, el rival mercantil de *La Cruz Roja*, la víctima del monopolio ilegal y escandaloso de doña Paula y su hijo; el pobre don Santos, se moría sin remedio, según don Robustiano Somoza, el médico de la aristocracia cuyas ideas no eran sospechosas. »

—¿Y de qué dirán Vds. que se muere?—preguntaba Foja en un corrillo, delante de la catedral, al salir de misa de doce.

—Se morirá de borracho—contestaba Ripamilán.

—No señor, ¡se muere de hambre!...

—Se muere de aguardiente.

—¡De hambre!...

Y llegaba don Robustiano al corro y *hablaba la ciencia*:

—Yo no acuso á nadie, la ciencia no acusa á nadie; otra es su misión. Yo no niego que el alcoholismo crónico tenga parte en la enfermedad de Barinaga, pero sus efectos, sin duda, hubieran podido *cohonestarse* (así decía) con una buena alimentación. Además, hoy día el pobre don Santos ya no tiene dinero ni para emborracharse, ya no puede beber de pura miseria... Y aunque Vds. no comprendan esto, la ciencia declara que la privación del alcohol precipita la muerte de ese hombre, enfermo por abuso del alcohol...

—¿Cómo es eso, hombre?—preguntaba el Arcipreste.

—Á ver explíquese Vd.—decía Foja.

Don Robustiano sonreía; movía la cabeza con gesto de compasión y se dignaba explicar aquello. «Don Santos, aunque se pasmasen aquellos señores, á pesar de morir envenenado por el alcohol, necesitaba más alcohol para *tirar* algunos meses más. Sin el aguardiente, que le mataba, se moriría más pronto.»

—Pero don Robustiano, ¿cómo puede ser eso?

—Señor Foja, ahí verá Vd. ¿Conoce Vd. á Todd?

—¿Á quién?

—Á Todd.

—No señor.

—Pues no hable Vd. ¿Sabe Vd. lo que es el poder hipotérmico del alcohol? Tampoco; pues cállese Vd. ¿Sabe Vd. con qué se come el poder diaforético del

citado alcohol? Tampoco; pues sonsoniche. ¿Niega usted la acción hemostática del alcohol reconocida por Campbell y Chevreière? Hará Vd. mal en negarla; se entiende, si se trata del uso interno. De modo que no sabe Vd. una palabra...

—Pues por eso pregunto... Pero oiga Vd., señor mío, por mucho que Vd. sepa y diga lo que quiera el señor Todd; ni la ciencia, ni santa ciencia, tienen derecho para calumniar á don Santos Barinaga; harto tiene el pobre con morirse de hambre y de disgustos, sin que Vd. por haber leído, sabe Dios dónde y con cuánta prisa, un articulillo acerca del aguardiente, digámoslo así, se crea autorizado para insultar á mi buen amigo y llamarle borrachón en términos técnicos.

—Poco á poco—gritó Ripamilán—en eso estoy yo conforme con la ciencia y con el señor Somoza su legítimo representante. No sé si un clavo saca otro clavo en medicina, ni si la mancha de la borrachera con otra verde se quita, pero don Santos es un tonel en persona y tiene más espíritu de vino en el cuerpo que sangre en las venas; es una mecha empapada en alcohol... prenda Vd. fuego y verá...

—Yo, señor Ripamilán, para confundir á este progresista trasnochado no necesito que me ayude la Iglesia; me sobra y me basta con la ciencia que es, en definitiva, mi religión.

Y volviéndose á Foja añadía el médico:

—Oiga Vd., señor decurión retirado, ¿conoce Vd. la acción del alcohol en las flegmasias de los bebedores? No mienta Vd., porque no la conoce.

—¡Váyase Vd. á paseo, señor Fraigerundio de hospital! ¡El embustero será Vd.! ¡Pues hombre! bonita manía saca el señor doctor; hacérsenos el sabio ahora. Á la vejez viruelas.

—Menos insultos y más hechos.

—Menos botarga y más sentido común...

—Caballero miliciano, yo soy el hombre de ciencia y Vd. es un doceañista en conserva... Chomel admite, y con él todo el que tenga dos dedos de frente, que en las enfermedades de los borrachos es imprescindible la administración de los espirituosos...

—¡Pero si yo niego la menor, so alcornoque!

—En medicina no hay mayores ni menores, ni judías, ni contrajudías, señor tahir.

—La menor es que sea borracho Barinaga...

—De modo que si Vd. me niega los... prodromos del mal...

Don Robustiano se puso colorado al pensar que había dicho un disparate.

—Qué hipódromos ni qué hipopótamos; yo desfiendo á un ausente...

—En fin, una palabra para concluir: ¿niega Vd. que si á un borracho se le priva por completo del alcohol, es lo más fácil que se presente un decaimiento alarmante, un verdadero colapso?...

—Mire Vd., señor pedantón, si sigue Vd. rompiéndome el tímpano con esas palabrotas, le cito yo á usted cincuenta mil versos y sentencias en latín y le dejo bizco; y sino oiga Vd.:

Ordine confectu, quisque libellus habet:
quis, quid, coram quo, quò jure petatur et á quo.
Cultus disparitas, vis, ordo, ligamen, honestas...

Ripamilán se retorció de risa. Somoza, furioso, gritaba; y se oía: colapso... flegmasia... cardiopatía... y el ex-alcalde, sin atender, continuaba mezclando latines:

Masculino es fustis. axis
turris, caulis, sanguis collis...
piscis, vermis, callis follis.

El médico y el prestamista estuvieron á punto de venir á las manos. No se pudo averiguar de qué se moría don Santos, pero á la media hora se corría por Vetusta que, por culpa del Provisor, se habían pegado y desafiado Foja y Somoza, y no se sabía si el mismo Ripamilán había recogido alguna bofetada.

Por algunos días vino á eclipsar al valetudinario Barinaga, que, en efecto, se consumía en la miseria, un suceso de gravedad suma, según Gloucester y Foja y bandos respectivos: «La hija de Carraspique, sor Teresa, agonizaba en el *inmundo asilo* de las Salesas, en la celda que era, según Somoza, un *inodoro*, por no decir todo lo contrario.»

Y dicho y hecho. Rosa Carraspique en el mundo, sor Teresa en el convento, murió de una tuberculosis, según Somoza, de una tisis caseosa, según el médico de las monjas, que era dualista en materia de tisis.

Pero lo que no dudó ningún enemigo del Provisor, fué que la culpa de aquella muerte la tenía don Fermín, fuese lo que quiera de los pulmones de la chica.

Doña Paula y don Alvaro llegaron á Vetusta el mismo día, aquel en que *voló al cielo un ángel más*, en opinión de Trifoncito Carmenes, que seguía siendo romántico, contra los consejos de don Cayetano.

Un periódico liberal del pueblo, *El Alerta*, publicaba una tras otra estas dos gacetillas, que pusieron á don Fermín de un humor endiablado.

«*Bien venido.*—De vuelta de su excursión veraniega ha llegado á esta capital el ilustre caudillo del partido liberal dinástico de Vetusta, el Ilmo. Sr. D. Alvaro Mesía. Dicen los numerosos amigos que han acudido á visitar á nuestro distinguido correligionario, que viene dispuesto á proseguir su campaña de propaganda sensatamente liberal, así en el orden político, como en el moral y canónico y religioso. Cuente con nuestro humilde apoyo para vencer los obstáculos tradiciona-

les que aquí opone al verdadero progreso un despotismo teocrático de que está ya todo Vetusta hasta los pelos, como se dice vulgarmente.»

«*En paz descanse.*—Ha fallecido en su celda del convento de las Salesas la señorita doña Rosa Carraspique y Somoza, hija del conocido capitalista ultramontano don Francisco de Asis, monja profesa con el nombre de sor Teresa. Mucho tendríamos que decir si quisiéramos hacernos eco de todos los comentarios á que ha dado lugar esta desgracia inopinada. Sólo diremos que, en concepto de los facultativos más acreditados, no ha sido extraña á la pérdida que lamentamos la falta de condiciones higiénicas del edificio miserable que habitan las Salesas. Pero además, se nos ocurre preguntar: ¿Es muy higiénico que *ciertos roedores* se introduzcan en el seno del hogar para ir minando poco á poco y con influencia deletérea y *pseudo-religiosa*, la paz de las familias, la tranquilidad de las conciencias?»

»Si todos los elementos liberales, sin exageraciones; de nuestra culta capital no aunan sus esfuerzos para combatir al poderoso tirano hierocrático que nos oprime, pronto seremos todos víctimas del fanatismo más torpe y descarado.—R. I. P.»

Ripamilán, con mal acuerdo, y sin que lo supiera el Magistral, se decidió á tomar la pluma y publicar en el *Lábaro* un articulejo, sin firma, defendiendo á su amigo, á las Salesas, y á la gramática, maltratada por el periódico progresista, según el canónigo. «Aparte, decía entre otras cosas, de que no sabemos si la monja profesa es el señor Carraspique ó su hija, ¿quiere decirme el periodista cascaciruelas, etc., etc...?»

Aquel cascaciruelas delató al Arcipreste; era su estilo humorístico: lo conocieron todos.

En Vetusta los insultos y murmuraciones en letras de molde llamaban mucho la atención. En vano publicaba Cármenes odas y elegías, nadie las leía; pero la

gacetilla más insignificante que pudiera molestar un poco á cualquier vecino, era leída, comentada días y días; y cuando había tiroteo de sueltos ó comunicaciones, los *habituales abonados* no querían mejor diversion.

Por todo lo cual fué mayor el escándalo, y no se habló en mucho tiempo más que de la *influencia dele-térea* del Magistral y de la muerte de sor Teresa.

—Sobre su conciencia tiene esa desgracia.

—Es un vampiro espiritual, que chupa la sangre de nuestras hijas.

—Ésto es una especie de contribución de sangre que pagamos al fanatismo.

—Esto es una especie de tributo de las cien doncellas.

El Magistral hubiera querido poder despreciar tantos disparates, tales absurdos, pero á su pesar le irritaban. Creyó al principio que «su pasión noble, sublime, le levantaría cien codos sobre todas aquellas miserias, pero el oleaje de la falsa indignación pública salpicaba su alma, llegaba tan arriba como su deliquio sin nombre; y la ira le borraba del cerebro muchas veces las más puras ideas, las impresiones más dulces y risueñas. Se ponía loco de cólera, y más y más le irritaba el no poder dominar sus arrebatos. Además, el mal era cierto; no por ser desatinada la acusación de los necios era menos poderosa y temible. Notaba el Magistral que su poder se tambaleaba, que el esfuerzo de tantos y tantos miserables servía para minarle el terreno... En muchas casas empezaba á notar cierta reserva; dejaron de confesar con él algunas señoras de liberales, y el mismo Fortunato, el obispo, á quien tenía De Pas en un puño, se atrevía á mirarle con ojos fríos y llenos de preguntas que entraban por las pupilas del Magistral como puntas de acero.

Volvió la época del paseo en el Espolón, y don Fer-

mín al pasear allí su humilde arrogancia, su hermosa figura de buen mozo místico, observaba que ya no era aquello una marcha triunfal, un camino de gloria; en los saludos, en las miradas, en los cuchicheos que dejaba detrás de sí, como una estela, hasta en la manera de dejarle libre el paso los transeúntes, notaba asperezas, espinas, una sorda enemistad general, algo como el miedo que está próximo á tener sus peculiares valentías insolentes.

Y en casa, doña Paula ceñuda, silenciosa, desconfiada, preparándose para una tormenta, recogiendo velas, es decir, dinero, realizando cuánto podía, cobrando deudas, con fiebre de deshacerse de los géneros de la *Cruz Roja*. «No parecía sino que se preparaba una liquidación. ¿Á qué venía aquello?» Doña Paula no daba explicaciones. «Sabía á qué atenerse: su hijo, su Fermo, estaba perdido; aquella *pájara*, aquella Regenta, santurrona en pecado mortal, le tenía ciego, loco; ¡sabía Dios lo que pasaría en aquel caserón de los Ozores! ¡Qué escándalo! Todo se lo iba á llevar la trampa. Había que prepararse. Oh, podrían arrojarla de Vetusta, pero ella no se iría sin llevarse medio pueblo entre los dientes.» Por eso mordía con aquel furor que asustaba á su hijo.

Fermo, el *señorito*, pensaba á solas, en su despacho de Fausto eclesiástico: «¡Solo, estoy solo, ni mi madre me consuela! ¿Qué he de hacer? Entregarme con toda el alma á esta pasión noble, fuerte... ¡Ana, Ana y nada más en el mundo! Ella también está sola, ella también me necesita... Los dos juntos bastamos para vencer á todos estos necios y malvados.»

Pálido, casi amarillo, agitado, muy nervioso, llegaba De Pas al lado de su amiga mística, cada vez más hermosa, de nuevo fresca y rozagante, de formas llenas, fuertes y armoniosas. La dulzura parecía una aureola de Anita. La salud había vuelto, purificada con cierta

unción de idealidad, al cuerpo de arrogante transtiberrina de aquel modelo de *madona*.

Don Víctor Quintanar se había restituido á su amistad íntima con don Álvaro Mesía, en cuanto regresó éste de Palomares, y al poco tiempo notó el Magistral que el converso se le rebelaba. Si bien seguía creyéndose profundamente piadoso, don Víctor hacía distinciones sospechosas entre la religión y el clero, entre el catolicismo y el ultramontanismo. «Yo soy tan católico como el primero,» ésta era su frase cada vez que decía alguna herejía ó algo parecido; pero se metía á interpretar á su modo los textos del Antiguo y Nuevo Testamento y hasta se atrevía á decir delante de curas y señoras, que el hombre virtuoso es siempre un sacerdote, y que un bosque secular es el templo más propio de la religión pura, y que Jesucristo había sido liberal, con otros disparates. No era esto lo peor, sino que la Regenta y don Fermín notaban en Quintanar cierta frialdad cada vez que los veía juntos y el Magistral tuvo que fingirse distraído ante algunos desaires disimulados.

Don Álvaro no iba á casa de los Ozores sino muy de tarde en tarde y sólo hacía visitas de cumplido, muy breves. ¿Por qué así? preguntaba don Víctor. Y con medias palabras, su amigo le daba á entender que la Regenta le recibía con mala voluntad y que á él no le gustaba estorbar. Además, no era él solo el que se retraía. El mismo Paco, el Marquesito, que en otro tiempo no hacía más que entrar y salir, ahora apenas parecía por aquella casa. Visitación también iba de tarde en tarde, la Marquesa casi nunca, y así de todos los amigos y amigas; el Magistral y sólo el Magistral. Aquel buen señor «hacía el vacío» en derredor de la Regenta. Ella estaba contenta, no parecía echar de menos á nadie; pero él, don Víctor, no era de la misma opinión; quería trato, conversación, amena compañía.

Seguía confesando y comulgando cada dos meses, pero *Kempis* seguía cubierto de polvo entre libros profanos; conservaba el miedo al infierno Quintanar, «pero no quería prescindir por completo de las ventajas positivas que le ofrecía su breve existencia sobre el haz de la tierra.» «Y sobre todo, no quería que el fanatismo se enseñorease de su casa.» Los consejos que para excitarlo le daba Mesía, allá en el Casino, los tomaba muy en cuenta don Víctor, y siempre se estaba preparando para ponerlos por obra, pero no se atrevía. No llegaba á más su audacia que á poner un gesto de vinagre de cuando en cuando, muy de tarde en tarde, al enemigo, al Magistral; pero como éste fingía no comprender aquellas indirectas mímicas, no se adelantaba nada.

Don Víctor llegó á reconocer, pero sin confesarlo á nadie, que él era menos enérgico de lo que había creído; «no, no tenía fuerza para oponerse al *jesuitismo* que había invadido su hogar.» ¡Oh, por algo él vacilaba antes de consentir á De Pas apoderarse del ánimo de su esposa! Sí... al fin había sido jesuita...» Quintanar acabó por comparar el poder del Provisor en el caserón de los Ozores, con el que tuvieron los jesuitas en el Paraguay. «Sí, mi casa es otro Paraguay.» Y cada día se encontraba más incapaz de oponerse á la *perniciosa influencia*. No sabía más que poner mala cara y parar poco en casa.

Con esto sólo consiguió que la Regenta y el Magistral conviniesen en verse más á menudo fuera del caserón y menos veces en él. «Mejor era hablarse en casa de doña Petronila. ¿Para qué molestar al pobre don Víctor? Ya que amistades nocivas le apartaban otra vez del buen camino y le envenenaban el alma con insinuaciones malévolas, con sospechas torpes é impías, más valía dejarle en paz, apartar de su vista el espectáculo inocente, mas para él poco agradable,

de dos almas hermanas que viven unidas, con lazo fuerte, en la piedad y el idealismo más poético.»

En casa de doña Petronila, en el salón de balcones discretamente entornados, de alfombra de fieltro gris, era donde pasaban horas y horas los dos amigos del alma, hablando de intereses espirituales, como decía el gran Constantino, sin más testigo que el gato blanco, cada vez más gordo, que iba y venía sin ruido, y se frotaba el lomo contra las faldas de la Regenta y el manto del Magistral, cada día más familiarmente.

Anita notaba en don Fermín una palidez interesante, grandes cercos amarotados junto á los ojos, y una fatiga en la voz y en el aliento que la ponía en cuidado.

Le suplicaba que se cuidase, se lo pedía con voz de madre cariñosa que ruega al hijo de sus entrañas que tome una medicina. Él respondía sonriendo, echando fuego por los ojos, «que no tenía nada, que era aprensión, que no había que pensar en su cuerpo miserable.»

Algunos días había en sus diálogos pausas embarazosas; el silencio se prolongaba molestándoles como un hablador importuno.

Los dos guardaban un secreto. Cuando creían conocerse uno á otro hasta el último rincón del alma, estaba pensando cada cual en la mala acción que comecía callando lo que callaba.

El Magistral padecía mucho siempre que Ana le hablaba de la salud que él perdía. «¡Si ella supiera!»

Resuelto á que su amistad «con aquel ángel hermoso» no acabase de mala manera, en una aventura de grosero materialismo llena de remordimientos y dejos repugnantes; seguro de que aquella mujer ponía en aquel lazo piadoso toda la sinceridad de un alma pura, y que degradarla, caso de que se pudiera, sería hacerle perder su mayor encanto; el Magistral que vivía ya nada más de esta refinada pasión que según

él no tenía nombre, luchaba con tentaciones formidables, y sólo conseguía contrarrestar las rebeliones súbitas y furiosas de la carne con armisticios vergonzosos que le parecían una especie de infidelidad. En vano pensaba: ¿qué le importa á mi doña Ana que mi corpanchón de cazador montañés viva como quiera cuando me aparto de ella? Nada de mi cuerpo me pide ella; el alma es toda suya, y nada del alma pongo al saciar, lejos de su presencia, apetitos que ella misma sin saberlo excita; en vano pensaba esto, porque agudos remordimientos le pinchaban cada vez que Ana, solícita, dulce y sonriente le pedía con las manos en cruz que se cuidara, que no entregase todas sus horas al trabajo y á la penitencia. «¿Qué sería de ella sin él?»

«—Figurémonos que Vd. se me muere: ¿qué va á ser de mí?»

«Es horroroso, es horroroso, pensaba el Magistral, pasar plaza de santo á sus ojos, y ser un pobre cuerpo de barro que vive como el barro ha de vivir. Engañar á los demás no me duele; ¡pero á ella! Y no hay más remedio.» Quería que le consolase el reflexionar que *por ella* era todo aquello, que por ella había él vuelto á sentir con vigor las pasiones de la juventud que creyera muertas, y que por ella, por respetar su pureza, se encenagaba él en antiguos charcos; pero esta idea no le consolaba, no apagaba el remordimiento.

Algunas semanas pasaba Teresina triste, temerosa de haber perdido su dominio sobre el *señorito*; entonces era cuando el Magistral vivía al lado de Ana libre de congojas, tranquilo en su conciencia; pero poco á poco el tormento de la tentación reaparecía; sus ataques eran más terribles, sobre todo más peligrosos, que los del remordimiento; la castidad de Ana, su inocencia de mujer virtuosa, su piedad sincera, la fe con que creía en aquella amistad espiritual, sin mez-

cla de pecado, eran incentivo para la pasión de don Fermín y hacían mayor el peligro; porque ella que no temía nada malo, vivía descuidada sin ver que su confianza, su cariñosa solicitud, aquella dulce intimidad, todo lo que decía y hacía era leña que echaba en una hoguera. Y volvía De Pas, para evitar mayores males, á sus precauciones, que eran el contento de Teresina, lo que ella creía con orgullo su victoria.

Ana también tenía su secreto. Su piedad era sincera, su deseo de salvarse firme, su propósito de ascender de morada en morada, como decía la santa de Ávila, serio; pero la tentación cada día más formidable. Cuanto más horroroso le parecía el pecado de pensar en don Alvaro, más placer encontraba en él. Ya no dudaba que aquel hombre representaba para ella la perdición, pero tampoco que estaba enamorada de él cuánto en ella había de mundano, carnal, frágil y perecedero. Ya no se hubiera atrevido, como en otro tiempo, á mirarle cara á cara, á verle á su lado horas y horas, á probarle que su presencia la dejaba impasible: no, ahora huir de él, de su sombra, de su recuerdo; era el demonio, era el poderoso enemigo de Jesús. No había más remedio que huir de él; esto era humildad, lo de antes orgullo loco. A la gracia y sólo á la gracia debía el vivir pura todavía; abandonada á sí misma, Ana se confesaba que sucumbiría; si el Señor aflojara la mano un momento, don Alvaro podría extender la suya y tomar su presa. Por todo lo cual no quería ni verle. Pero, sin querer, pensaba en él. Desechaba aquellos pensamientos con todas sus fuerzas, pero volvían. ¡Qué horrible remordimiento! ¿Qué pensaría Jesús? y también ¿qué pensaría el Magistral... si lo supiera? Á la Regenta le repugnaba, como una villanía, como una bajeza aquella predilección con que sus sentidos se recreaban en el recuerdo de Mesía apenas se les dejaba suelta la rienda un momento. ¿Por qué Mesía? El

remordimiento que la infidelidad á Jesús despertaba en ella, era de terror, de tristeza profunda, pero se envolvía en una vaguedad ideal que lo atenuaba; el remordimiento de su infidelidad al amigo del alma, al hermano mayor, á don Fermín era punzante, era el que traía aquel asco de sí misma, el tormento incomparable de tener que despreciarse. Además, Anita no se atrevía á confesar aquello con el Magistral. Hubiera sido hacerle mucho daño, destruir el encanto de sus relaciones de pura idealidad. Volvía á valerse de sofismas para callar en la confesión aquella flaqueza: «ella no quería» en cuanto mandaba en su pensamiento, lo apartaba de las imágenes pecaminosas; huía de don Alvaro, no pecaba voluntariamente. ¿Habría pecado involuntario? De esto habló un día con el Magistral, sin decirle que la consulta le importaba por ella misma. Don Fermín contestó que la cuestión era compleja... y le citó autores. Entre ellos recordó Ana que estaba Pascal en sus *Provinciales*; ella tenía aquel libro, lo leyó... y creyó volverse loca. «Oh, el ser bueno era además cuestión de talento. Tantos distingos, tantas sutilezas la aturdían.» Pero siguió callando el tormento de la tentación. Arma poderosa para combatirla fué la ardiente caridad con que la Regenta se consagró á defender y consolar á De Pas cuando sus enemigos desataron contra él los huracanes de la injuria, que Ana creía de todo en todo calumniosa.

La idea de sacrificarse por salvar á aquel hombre á quien debía la redención de su espíritu, se apoderó de la devota. Fué como una pasión poderosa, de las que avasallan, y Ana la acogió con placer, porque así alimentaba el hambre de amor que sentía, de amor que tuviese objeto sensible, algo finito, una criatura. «Sí, sí, pensaba, yo combatiré la inclinación al mal, enamorándome de este bien, de este sacrificio, de esta

abnegación. Estoy dispuesta á morir por este hombre, si es preciso...» Pero no había modo de poner por obra tales propósitos. Ana buscaba y no encontraba manera de sacrificarse por el Magistral. ¿Qué podía ella hacer para contrarrestar la violencia de la calumnia? Nada. Nada por ahora. Pero tenía esperanza; tal vez se presentaría un modo de utilizar en beneficio del *pobre mártir* aquella abnegación á que estaba resuelta... Mientras llegaba el momento, no podía más que consolarle, y esto sabía hacerlo de modo que el Magistral tenía que emplear esfuerzos de titán para contenerse y no demostrarle su agradecimiento puesto de rodillas y besándole los piés menudos, elegantes y siempre muy bien calzados.

Y en tanto Foja, Mourelo, don Custodio, Guimarán, *El Alerta* y, entre bastidores, don Álvaro y Visitación Olías de Cuervo, trabajaban como titanes por derrumbar aquella montaña que tenían encima; el poder del Magistral.

Si la muerte de sor Teresa fué un golpe que hizo temblar al Provisor en aquel alto asiento en que se le figuraban sus enemigos, y si pudo por algún tiempo dejar en la sombra al pobre don Santos Barinaga, al cabo de algunas semanas éste volvió á brillar dentro de su aureola de víctima y la compasión fementida del público marrullero se volvió á él, solícita, con cuidados de madrastra que representa la comedia de la *segunda madre*. Á los vetustenses, en general, les importaba poco la vida ó la muerte de don Santos; nadie había extendido una mano para sacarle de su miseria; hasta seguían llamándole borracho; pero en cambio todos se indignaban contra el Provisor, todos maldecían al autor de tanta desgracia, y quedaban muy satisfechos, creyendo, ó fingiendo creer, que así la caridad quedaría contenta.

«Oh, en este siglo, gritaba Foja en el Casino, en este

siglo calumniado por los enemigos de todo progreso, en este siglo *materialista y corrompido*, no se puede ya impunemente insultar los sentimientos filantrópicos del pueblo, sin que una voz unánime se levante á protestar en nombre de la humanidad ultrajada. El pobre don Santos Barinaga, víctima del monopolio escandaloso de la *Cruz Roja*, muere de hambre en los desiertos almacenes donde un tiempo brillaban los vasos sagrados, patenas y copones, lámparas y candeleros con otros cien objetos del culto; muere en aquel rincón y muere de inanición, señores, por culpa del simoníaco que todos conocemos: muere, sí, morirá; pero el que se burla con artificios de nuestro código mercantil y de las leyes de la Iglesia, comerciando á pesar de ser sacerdote; el que mata de hambre al pobre ciudadano señor Barinaga, ese no se gozará en su obra mucho tiempo, porque la indignación pública sube, sube, como la marea... y acabará por tragarse al tirano...!

Pero á pesar de este discurso y otros por el estilo, á Foja no se le ocurría mandar una gallina á don Santos para que le hiciesen caldo.

Y como él obraban todos los defensores teóricos del comerciante arruinado. Decían á una que moría de hambre y nadie al visitarle le llevaba un pedazo de pan. Y hasta le visitaban pocos. Foja solía entrar y salir en seguida; en cuanto se cercioraba de la miseria y de la enfermedad del pobre anciano, ya tenía bastante; salía corriendo á decir pestes del *otro*, del Provisor: así creía servir á la buena causa del progreso y de la *humanidad solidaria*.

La fama bien sentada de hereje que había conquistado en los últimos tiempos el buen don Santos, retraía á muchas almas piadosas que de buen grado le hubieran socorrido.

Y solamente las *Paulinas* fueron osadas á acercarse al lecho del vejete para ofrecerle los auxilios mate-

riales de la sociedad y los espirituales de la Iglesia.

Fué en vano.

«Afortunadamente, decía don Pompeyo Guimarán al referir el lance, afortunadamente estaba yo allí para evitar una indignidad.»

Don Santos había dado plenos poderes á su amigo don Pompeyo para rechazar en su nombre *toda sugestión del fanatismo*.

Guimarán estaba muy satisfecho con «aquella *misión delicada* è importante, que exigía grandes dotes de energía y arraigadas convicciones por su parte.»

En efecto, llegaron al zaquizamí desnudo y frío en que yacía aquella víctima del alcoholismo crónico los enviados de *San Vicente de Paul*, que eran doña Petronila, ó sea el Gran Constantino, y el beneficiado don Custodio; la hija de Barinaga, la beata paliducha y seca, los recibió abajo, en la tienda vacía, lloriqueando. Hablaron los tres en voz baja; don Custodio decía las palabras, llenas de silbidos suaves,—imitación del Magistral—al oído de su hija de penitencia; la consolaba, y ella levantando los ojos llenos de lágrimas los fijaba como quien se acomoda en sitio conocido y frecuentado, en los del clérigo de almibar. Subieron, de puntillas, dispuestos á intentar un ataque contra el enemigo.

—¿Con que está arriba don Pompeyo?—preguntó en la escalera don Custodio.

—Sí; no sale de casa estos días; mi padre me arroja á mí de su lado y clama por ese hereje chocho...

Don Pompeyo Guimarán oyó la voz del beneficiado y le sonó á cura. Se preparó á la defensa, y procuró tomar un continente digno de un libre pensador convencido y prudentísimo. Echó las manos cruzadas á la espalda, y se puso á medir la pobre estancia á grandes pasos, haciendo crugir la madera vieja del piso, de castaño comido por los gusanos. En la alcoba conti-

gua, sin puerta, separada de la sala por una cortina sucia de percal encarnado, se oían los quejidos frecuentes y la respiración fatigosa del enfermo.

—¿Quién está ahí?—preguntó don Santos con voz débil, sin más energía que la de una ira impotente.

—Creo que son ellos; pero no tema Vd. Aquí estoy yo. Vd., silencio, que no le conviene irritarse. Yo me basto y me sobro.



Entró el enemigo; y aunque venía de paz y don Pompeyo se había propuesto ser muy prudente, en cuanto doña Petronila abrió el pico, el ateo extendió una mano y dijo interrumpiendo:

—Dispéñseme Vd., señora, y dispense este digno sacerdote católico... vienen Vds. equivocados; aquí no se admiten limosnas condicionales...

—¿Cómo condicionales?...—preguntó don Custodio, con muy buenos modos.

—No se sulfure Vd., amigo mío, que otra me parece que es su misión en la tierra; mire Vd. como yo hablo con toda tranquilidad...

—Hombre, me parece que yo no he dicho...

—Vd. ha dicho ¿cómo condicionales? y á mi no se me impone nadie, vista por los piés, vista por la cabeza. Yo no odio al clero sistemáticamente, pero exijo buena crianza en toda persona culta...

—Caballero, no venimos aquí á disputar, venimos á ejercer la caridad...

—Condicional...

—¡Qué condicional, ni qué calabazas!—gritó doña Petronila, que no comprendía por qué se había de tener tantos miramientos con un ateo loco. —Vd. no tiene—añadió—autoridad alguna en esta casa; esta señorita es hija de don Santos y con ella y con él es con quien queremos entendernos. Venimos á ofrecer espontáneamente los auxilios que nuestra sociedad presta...

—Á condición de una retractación indigna, ya lo sé. Don Santos ha delegado en mí todos los poderes de su autonomía religiosa, y en su nombre, y con los mejores modos les intimo la retirada...

Y don Pompeyo extendió una mano hacia la puerta y así estuvo un rato contemplando su brazo estirado y su energía.

Pero tuvo que bajar el brazo, porque doña Petronila replicó que no estaba dispuesta á recibir órdenes de un entremetido...

—Señora, aquí los entremetidos son Vds... No se les ha llamado, no se les quiere; aquí sólo se admite la caridad que no pide cédula de comunión.

—Nosotros tampoco pedimos cédula...

—Señor cura, á mi no me venga Vd. con argucias de seminario; la filosofía moderna ha demostrado que el escolasticismo es un tejido de puerilidades, y yo sé á lo que vienen Vds. Quieren comprar las arraigadas convicciones de mi amigo por un plato de lentejas; una taza de caldo por la confesión de un dogma, una peseta por una apostasía... ¡esto es indigno!

—¡Pero, caballero!...

—Señor cura, acabemos. Don Santos está dispuesto á morir sin confesar ni comulgar; no reconoce la reli-gión de sus mayores. Estas son sus condiciones irrevoca-bles; pues bien, á ese precio ¿consienten Vds. en asistirle, cuidarle, darle el alimento y las medicinas que necesita?

—Pero, señor mío...

—¡Ah!... ¡señor de Vd... ya decía yo! ¿Ve Vd. cómo á mí la escolástica no me confunde?

—Todo eso y mucho más—dijo el Gran Constantino—queremos tratarlo con el interesado.

—Pues no será...

—Pues sí será...

—Señora, salvo el sexo, estoy dispuesto á arrojarles á Vds. por las escaleras si insisten en su procaz aten-tado...

Y don Pompeyo se colocó delante de la cortina de per-cal para cortar el paso al obispo-madre.

—¿Quién va? ¿quién va?—gritó desde dentro Bari-naga ronco y jadeante.

—Son las Paulinas—respondió Guimarán.

—¡Rayos y truenos! fuera de mi casa... ¿No tiene usted una escoba, don Pompeyo? Fuego en ellas... in-fames... ¿y no anda ahí un cura también?...

—Sí, señor, anda...

—¡Será el Magistral, el ladrón, el *rapavelas*, el que me ha despojado... y vendrá á burlarse... oh, si yo me levanto... ¿pero Vd. qué hace que no les balda á pa-los? Fuera de mi casa... La justicia... ¿ya no hay justi-cia? ¿no hay justicia para los pobres?

—Tranquilícese Vd., que no es el Magistral.

—Sí es, sí es; lo sé yo; ¿no ve Vd. que es el amo del cotarro, el presidente de las Paulinas?... Éntre Vd., éntre Vd., so bandido... y verá Vd. con qué arma dig-na de Vd. le aplasto los cascos...

—Calma, calma, amigo mío; yo me basto y me sobro para despedir con buenos modos á estos señores.

—No, no, si es el Provisor déjele Vd. que éntre, que quiero matarle yo mismo... ¿ Quién llora ahí ?

—Es su hija de Vd...

—¡ Ah grandísima hipocritona, si me levanto, mala pécora! la que mata á su padre de hambre, la que echa cuentas de rosario y pelos en el caldo, la que me echa en las narices el polvo de la sala, la que se va á misa de alba y vuelve á la hora de comer... ¡ infame, si me levanto !

—Padre, por Dios, por Nuestra Señora del Amor Hermoso, tranquilícese Vd... Está aquí doña Petronila, está un señor sacerdote...

—Será tu don Custodio... el que te me ha robado... el majo del cabildo... ¡ ah, barragana, si os cojo á los dos !...

—¡ Jesús, Jesús ! vámonos de aquí—gritó doña Petronila buscando la escalera.

Pero no pudieron marchar tan pronto porque la hija de don Santos cayó desmayada. La bajaron á la tienda, para librarla de los gritos furiosos y de las injurias de su padre. Quedó el campo por don Pompeyo, que volvió á sus paseos y después fué á la cocina á espumar el puchero miserable de don Santos.

« Allí no había más caridad que la de él. Cierto que no podía ser pródigo con su amigo, porque la propia familia tan numerosa tenía apenas lo necesario ; pero solicitud, atenciones no le faltarían al enfermo. »

Volvió á poco soplando un líquido pálido y humeante en el que flotaban partículas de carbón.

Se lo hizo beber á don Santos, sujetándole la cabeza que temblaba y sin permitirle tomar la taza con su flaca mano, que temblaba también.

De esta manera quedó el campo libre y por don Pompeyo, el cual no pensaba más que en asegurar *el*

triunfo de sus ideas, para lo que era necesario estar de guardia todo el tiempo posible al lado del enfermo, y así evitar que la hija de don Santos introdujese allí subrepticamente «el elemento clerical».

Guimarán madrugaba para correr á casa de Barinaga; estaba allí casi siempre hasta la hora de cenar, y esta *necesidad material* la despachaba en un decir Jesús, dando prisa á la criada, á su mujer, á las niñas.

—Ea, ea... menos cháchara, la sopa... que me esperan...

Comía, recogía los mendrugos de pan que quedaban sobre la mesa, un poco de azúcar y otros desperdicios, se los metía en un bolsillo y echaba á correr.

Algunas noches entraba en su hogar gritando:

—Á ver! á ver! las zapatillas y el frasco del anís, que hoy velo á don Santos.

La esposa de don Pompeyo suspiraba y entregaba las zapatillas suizas y el frasco del aguardiente, y el amo de la casa desaparecía.

Foja, los Orgaz, Gloucester «como particular, no como sacerdote», don Álvaro Mesía, los socios librepensadores que comían de carne solemnemente en Semana Santa, algunos de los que asistían á las cenas secretas del Casino, los redactores del *Alerta* y otros muchos enemigos del Provisor visitaban de vez en cuando á don Santos; todos compadecían aquella miseria entre protestas de cólera mal comprimida. «Oh el hombre que había reducido á tal estado al señor Barinaga era bien miserable, merecía la pública execración.» Pero nada más. Casi nadie se atrevía á dejar allí una limosna «por no ofender la susceptibilidad del enfermo.» Muchos se ofrecían á velarle en caso de necesidad.

Don Pompeyo recibía las visitas como si él fuera el amo de casa; Celestina tenía que tolerarlo porque su padre lo exigía.

—Él es mi único hijo... descastada... mi único padre... mi único amigo... tú eres la que estás aquí de más... mala entraña!... mojigata!...—gritaba desde su alcoba el borracho moribundo.

La enfermedad se agravó con las fuertes heladas con que terminó aquel año noviembre.

El primer día de diciembre Celestina se propuso, de acuerdo con don Custodio, dar el último ataque para conseguir que su padre admitiera los Sacramentos.

Al entrar, por la mañana, á eso de las ocho, don Pompeyo Guimarán, que venía soplándose los dedos, la beata le detuvo en la tienda abandonada, fría, llena de ratones.

Empleó la joven toda clase de resortes; pidió, suplicó, se puso de rodillas con las manos en cruz, lloró... Después exigió, amenazó, insultó; todo fué inútil.

—Hable Vd. con su papá—decía Guimarán por toda contestación.—Yo no hago más que cumplir su voluntad.

Celestina, desesperada, se acercó al lecho de su padre, lloró otra vez, de rodillas, con la cabeza hundida en el flaco jergón, mientras don Santos repetía con voz pausada, débil, que tenía una majestad especial, compuesta de dolor, locura, abyección y miseria:

—Mojigata, sal de mi presencia! Como hay Dios en los cielos, abomino de ti y de tu clerigalla... Fuera todos... Nadie me éntre en la tienda, que no me dejarán un copón... ni una patena... ¡Esa lámpara, seor bandido! y tú, hija de perdición, no ocultes debajo del mandil.... eso.... eso... ese sacramento... ¡Fuera de aquí!...

—Padre, padre, por compasión... admita Vd. los santos sacramentos!...

—Me los han robado todos... y las lámparas... y tú los ayudas... eres cómplice... Á la cárcel!

—Padre, señor, por compasión de su hija... los Sacramentos... tome Vd.... tome Vd....

—No, no quiero... seamos razonables. Una partida de sacramentos... ¿para qué? Si la tomo... ahí se pudrirá en la tienda... El Provisor les prohíbe comprar aquí... Ellos, los pobrecitos curas de aldea... ¿qué han de hacer?... Infelices!... Le temen... le temen... Infame! Infelices!

Y don Santos se incorporó como pudo, inclinó la cabeza sobre el pecho, y lloró en silencio.

Y repetía de tarde en tarde:

—Infelices!...

Celestina salió de la alcoba sollozando.

«Su padre había perdido la cabeza. Ya no podría confesar sino recobraba la razón... solo por milagro de Dios.»

—Ni puede, ni quiere, ni debe—exclamó don Pompeyo cruzado de brazos, inflexible, dispuesto á no dejarse enternecer por el dolor ageno.

El día de la Concepción, muy temprano, el médico, Somoza, dijo que don Santos moriría al oscurecer.

El enfermo perdía el uso de la poca razón que tenía muy á menudo; se necesitaba alguna impresión fuerte para que volviese á discurrir lo poco que sabía. La entrada de don Robustiano, ó sea de la ciencia, le hacía volver la atención á lo exterior. Al medio día le anunció Celestina que quería verle el señor Carraspique. Aquel honor inesperado puso al moribundo muy despierto. Carraspique, sin saludar á don Pompeyo, que se quedó, siempre cruzado de brazos, á la puerta de la alcoba, se colocó á la cabecera de Barinaga en compañía de un clérigo, el cura de la parroquia. Era éste un anciano de rostro simpático, de voz dulce, hablaba con el acento del país muy pronunciado. Carraspique, á quien en otro tiempo había pedido dinero prestado don Santos, tenía alguna autoridad sobre el



enfermo; no se hablaban muchos años hacía, pero se estimaban á pesar de las ideas y de la frialdad que el tiempo había traído. Barinaga, con buenos modos, usando un lenguaje culto, que no era ordinario en él, se negó á las pretensiones del ilustre carlista y sincero creyente don Francisco Carraspique.

—«Todo es inútil... la Iglesia me ha arruinado... no quiero nada con la Iglesia... Creo en Dios... creo en Jesucristo... que era... un grande hombre... pero no quiero confesarme, señor Carraspique, y siento... darle á Vd. este disgusto. Por lo demás... yo estoy seguro... de que esto que tengo... se curaría... ó por lo menos... se... se... con aguardiente... Crea Vd. que muero por falta de líquidos... gaseosos... y sólidos...

Don Santos levantó un poco la cabeza y conoció al cura de la parroquia.

—Don Antero... Vd. también... por aquí... Me alegro... así... podrá Vd. dar fe pública... como escribano... espiritual... digámoslo así... de esto que digo... y es todo mi testamento: que muero, yo, Santos Barinaga... por falta de líquidos suficientemente... alcohólicos... que muero... de... eso... que llama el señor médico... Colasa... ó Colás... segundo...

Se detuvo, la tos le sofocaba. Hizo un esfuerzo y trayendo hacia la barba el embozo sucio de la sábana rota, continuó:

—Item: muero por falta... de tabaco... Otrosí... muero... por falta de alimento... sano... Y de esto tienen la culpa el señor Magistral, y mi señora hija...

—Vamos, don Santos—se atrevió á decir el cura—no aflija Vd. á la pobre Celesta. Hablemos de otra cosa. Ni Vd. se muere, ni nada de eso. Va Vd. á sanar enseguida... Esta tarde le traeré yo, con toda solemnidad, lo que Vd. necesita, pero antes es preciso que hablemos á solas un rato. Y después... después... recibirá Vd. el Pan del alma...

—El pan del cuerpo!—gritó con supremo esfuerzo el moribundo, irritado cuanto podía.—El pan del cuerpo es lo que yo necesito!... que así me salve Dios... muero de hambre! Sí, el pan del cuerpo... que muero de hambre!... de hambre!...

Fueron sus últimas palabras razonables. Poco después empezaba el delirio. Celestina lloraba á los piés del lecho. Don Antero, el cura, se paseaba, con los brazos cruzados, por la sala miserable, haciendo rechinar el piso. Guimarán, con los brazos cruzados también, entre la alcoba y la sala, admiraba lo que él llamaba la muerte del justo. Carraspique había corrido á Palacio.

Llegó y todo se supo; el Obispo rezaba ante una imagen de la Virgen, y al oír que don Santos se negaba á recibir al Señor, y á confesar, levantó las manos cruzadas... y con voz dulcemente majestuosa y llena de lágrimas, exclamó:

—Madre mía, madre de Dios, ilumina á ese desgraciado!...

Estaba pálido el buen Fortunato; le temblaba el labio inferior, algo grueso, al balbucear sus plegarias íntimas.

El Magistral se paseaba á grandes pasos, con las manos á la espalda, en la cámara roja, cubierta de damasco.

Carraspique, que vestía el luto reciente de su hija, miraba á don Fermín con los ojos arrasados en lágrimas.

«Don Fermín padecía, pensaba el pobre don Francisco» y sin querer, con gran remordimiento, él se alegraba un poco, gozaba el placer de una venganza... «irracional... injusta... todo lo que se quiera... pero gozaba acordándose de su hija muerta.»

Sí, don Fermín padecía. «Aquella necedad del tendero de enfrente era una complicación.»

De Pas ya no era el mismo que sentía remordimien-

tos románticos aquella noche de luna al ver á don Santos arrastrar su degradación y su miseria por el arroyo; ahora no era más que un egoísta, no vivía más que para su pasión; lo que podía turbarle en el deliquio sin nombre que gozaba en presencia de Ana, eso aborrecía; lo que pudiera traer una solución al terrible conflicto, cada vez más terrible, de los sentidos enfrenados y de la eternidad pura de su pasión, eso amaba. Lo demás del mundo no existía. «Y ahora don Santos moría escandalosamente, moría como un perro, habría que enterrarle en aquel pozo inmundo, desamparado, que había detrás del cementerio y que servía para los *enterramientos civiles*: y de todo esto iba á tener la culpa él, y Vetusta se le iba á echar encima!» Ya empezaba el rum rum del motín, el Chato venía á cada momento á decirle que la calle de don Santos y la tienda se llenaban de gente, de enemigos del Magistral... que se le llamaba asesino en los grupos—porque él obligaba al Chato á decirle la verdad sin rodeos—asesino, ladrón... El Magistral al llegar á este pasaje de sus reflexiones, sin poder contenerse, golpeó el pavimento con el pié. Carraspique dió un salto. El obispo, saliendo de su oratorio, con las manos en cruz, se acercó al Provisor.

—Por Dios, Fermo, por Dios te pido que me dejes...

—¿Qué?...

—Ir yo mismo; ver á ese hombre.... quiero verle yo... á mí me ha de obedecer... yo he de persuadirle... Que traigan un coche si no quieres que me vean, una tartana, un carro... lo que quieras... Voy á verle, sí, voy á verle...

—Locuras, señor, locuras!—rugió el Provisor sacudiendo la cabeza.

—Pero Fermo, es un alma que se pierde!...

—No hay que salir de aquí... Ir... el obispo... á un hereje contumaz..., absurdo...

—Por lo mismo, Fermo...

—¡Bueno! bueno! *Los Miserables*, siempre la comedia... La escena del Convencional, ¿no es eso? Don Santos es un borracho insolente que escupiría al obispo con mucha frescura; don Pompeyo discutiría con Su Ilustrísima si había Dios ó no había Dios... No hay que pensar en ello. ¡Absurdo moverse de aquí!

Hubo algunos momentos de silencio. Carraspique, único testigo de la escena, temblaba y admiraba con terror el poder del Magistral y su energía.

«Era verdad, tenía á S. I. en un puño.» Después continuó don Fermín:

—Además, sería inútil ir allá. El señor Carraspique lo ha dicho... Barinaga ya ha perdido el conocimiento, ¿verdad? Ya es tarde, ya no hay que hacer allí. Está ya como si hubiese muerto.

Carraspique, aunque con mucho miedo, animado por su afán piadoso de salvar á don Santos, se atrevió á decir:

—Sin embargo, tal vez... Se ven muchos casos...

—¿Casos de qué?—preguntó el Magistral con un tono y una mirada que parecían navajas de afeitar.—
¿Casos de qué?—repitió porque el otro callaba.

—Puede pasar el delirio y volver á la razón el enfermo.

—No lo crea Vd. Además, allí está el cura... para eso está don Antero... Su Ilustrísima no puede... no saldrá de aquí!

Y no salió.

El que entraba y salía era el Chato, Campillo, que hablaba en secreto con don Fermín y volvía á la calle á recoger rumores y á espiar al enemigo. El cual se presentaba amenazador en la calle estrecha y empujada en que vivía don Santos, casi en frente de la casa del Magistral. Era la calle de *los Canónigos*, una de las más feas y más aristocráticas de la Encimada.

Al oscurecer de aquel día no se podía pasar sin muchos codazos y tropezones por delante de la tienda triste y desnuda de Barinaga. Sus amigos, que habían aumentado prodigiosamente en pocas horas, interceptaban la acera y llegaban hasta el arroyo divididos en grupos que cuchicheaban, se mezclaban, se disolvían.

Por allí andaban Foja, los dos Orgaz y algunos otros de los socios del Casino que asistían á las cenas mensuales en que se conspiraba contra el Provisor. El ex-alcalde se multiplicaba, entraba y salía en casa de don Santos, bajaba con noticias, le rodeaban los amigos.

— Está espirando.

— ¿Pero conserva el conocimiento?

— Ya lo creo, como Vd. y como yo. Era mentira. Barinaga moría hablando, pero sin saber lo que decía; sus frases eran incoherentes; mezclaba su odio al Magistral con las quejas contra su hija. Unas veces se lamentaba como el rey Lear y otras blasfemaba como un carretero.

— Y diga Vd., señor Foja, ¿hay arriba algún cura? Dicen que ha venido el mismo Magistral...

— ¿El Magistral? ¡No faltaba más! Sería añadir el sarcasmo á la... al... No vendrá, no. Quien está arriba es don Antero, el cura de la parroquia; el pobre es un bendito, un fanático digno de lástima y cree cumplir con su deber... pero como si cantara. Don Santos era un hombre de convicciones arraigadas.

— ¿Cómo era? ¿pues ha muerto ya?—preguntó uno que llegaba en aquel momento.

— No señor, no ha muerto. Digo eso, porque ya está más allá que acá.

— También don Pompeyo se ha portado con mucha energía, según dicen...

— También...

— Pero estando sano es más fácil.

— Y cómo no va con él la cosa...

—Morirá esta noche.

—El médico no ha vuelto.

—Somoza aseguraba que moriría esta tarde.

—Pues por eso no ha vuelto, porque se ha equivocado...

—El cura dice que durará hasta mañana.

—Y muere de hambre.

—Dicen que lo ha dicho él mismo.

—Sí, señor, fueron sus últimas palabras sensatas, advirtió Foja contradiciéndose.

—Dicen que dijo:—«El pan del cuerpo es el que yo necesito, que así me salve Dios muero de hambre!»

Á Orgaz hijo se le escapó la risa, que procuró ahogar con el embozo de la capa.

—Sí, riase Vd., joven, que el caso es para bromas.

—Hombre, no me río del moribundo... me río de la gracia.

—Profundísima lección debía llamarla Vd. Se muere de hambre, es un hecho; le dan una hostia consagrada, que yo respeto, que yo venero, pero no le dan un panecillo.—Así habló un maestro de escuela perseguido por su liberalismo... y por el hambre.

—Yo soy tan católico como el primero—dijo un maestro de la Fábrica Vieja, de larga perilla rizada y gris, socialista cristiano á su manera—soy tan católico como el primero, pero creo que al Magistral se le debería arrastrar hoy y colgarlo de ese farol, para que viese salir el entierro...

—La verdad es, señores—observó Foja—que si don Santos muere fuera del seno de la Iglesia, como un judío, se debe al señor Provisor.

—Es claro.

—Evidente.

—¿Quién lo duda?

—Y diga Vd., señor Foja, ¿no le enterrarán en sagrado, verdad?

—Eso creo: los cánones están sangrando; quiero decir que la Sinodal está terminante.—Y se puso algo colorado, porque no sabía si los cánones sangraban ó no, ni si la Sinodal hablaba del caso.

—¡De modo que le van á enterrar como un perro!

—Eso es lo de menos—dijo el maestro de la Fábrica, —toda la tierra está consagrada por el trabajo del hombre.

—Y además en muriéndose uno...

—Más despacio, señores, más despacio—interrumpió Foja que no quería desperdiciar el arma que le ponían en las manos para atacar al Magistral.—Estas cosas no se pueden juzgar filosóficamente. Filosóficamente es claro que no le importa á uno que le entierren donde quiera. Pero ¿y la familia? ¿Y la sociedad? ¿Y la honra? Todos Vds. saben que el local destinado en nuestro cementerio *municipal*—y subrayó la palabra—á los cadáveres no católicos, digámoslo así...

Orgaz hijo sonrió.

—Ya sé, joven, ya sé que he cometido un *lapsus*. Pero no sea Vd. tan material.

Aquel grupo de progresistas y socialistas serios miró *en masa* al mediquillo impertinente con desprecio.

Y dijo el socialista cristiano:

—Aquí lo que sobra es la materia; la letra mata, caballero, y tengo dicho mil veces que lo que sobran en España son oradores...

—Pues Vd. no habla mal ni poco; acuérdesse del club difunto, señor Parcerisa...

Y Orgaz hijo dió una palmadita en el hombro al de la fábrica.

Parcerisa sonrió satisfecho.

La conversación se extravió. Se discutió si el Ayuntamiento disputaba ó no con suficiente energía al Obispo la administración del cementerio.

En tanto subían y bajaban amigos y amigos, curas

y legos que iban á ver al enfermo ó á su hija. Don Pompeyo había hecho llevar á Celestina á su cuarto y allí recibía la beata á sus correigionarias y á los sacerdotes que venían á consolarla. Guimarán no dejaba entrar en la sala más que á los espíritus fuertes, ó por lo menos, si no tan fuertes como él, que eso era difícil, partidarios de dejar á un moribundo «expirar en la confesión que le parezca, ó sin religión alguna si lo considera conveniente.»

—Muerte gloriosa!—decía don Pompeyo al oído de cualquier enemigo del Provisor que venía á compadecerse á última hora de la miseria de Barinaga.—«¡Muerte gloriosa! Qué energía! Qué tesón! Ni la muerte de Sócrates... Porque á Sócrates nadie le mandó confesarse.

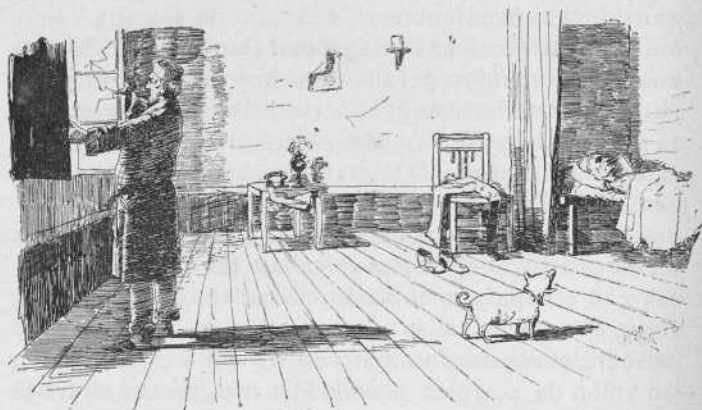
Los que subían ó bajaban, al pasar por la tienda abandonaba echaban una mirada á los desiertos estantes y al escaparate cubierto de polvo y cerrado por fuera con tablas viejas y desvencijadas.

Sobre el mostrador, pintado de color de chocolate, un velón de petróleo alumbraba malamente el triste almacén cuya desnudez daba frío. Aquellos anaqueles vacíos representaban á su modo el estómago de don Santos. Las últimas existencias, que había tenido allí años y años cubiertas de polvo, las había vendido por cuatro cuartos á un comerciante de aldea; con el producto de aquella liquidación miserable había vivido y se había emborrachado en la última parte de su vida el pobre Barinaga. Ahora los ratones roían las tablas de los estantes y la consunción roía las entrañas del tendero.

Murió al amanecer.

Las nieblas de Corfín dormían todavía sobre los tejados y á lo largo de las calles de Vetusta. La mañana estaba templada y húmeda. La luz cenicienta penetraba por todas las rendijas como un polvo pegajoso y

sucio. Don Pompeyo había pasado la noche al lado del moribundo, solo, completamente solo, porque no había de contarse un perro faldero que se moría de viejo, sin salir jamás de casa. Abrió Guimarán el balcón de par en par; una ráfaga húmeda sacudió la cortina de percal y la triste luz del día de plomo cayó sobre la palidez del cadáver tibio.



Á las ocho se sacó á Celestina de la «casa mortuoria» y *el cuerpo*, metido ya en su caja de pino, lisa y estrecha, fué depositado sobre el mostrador de la tienda vacía, á las diez. No volvió á parecer por allí ningún sacerdote ni beata alguna.

—Mejor—decía don Pompeyo, que se multiplicaba.

—Para nada queremos cuervos—exclamaba Foja, que se multiplicaba también.

—Esto tiene que ser una manifestación—decía el ex-alcalde á muchos correligionarios y otros enemigos del Magistral reunidos en la tienda, al pié del cadáver.—Esto tiene que ser una manifestación: el gobierno no nos permite otras, aprovechemos esta coyuntura. Además, esto es una iniquidad: ese pobre

viejo ha muerto de hambre, asesinado por los acaparadores sacrílegos de la *Cruz Roja*. Y para mayor deshonra y ludibrio, ahora se le niega honrada y cristiana sepultura, y habrá que enterrarle en los escombros, allá, detrás de la tapia nueva, en aquel estercolero que dedican á los entierros civiles esos infames...

—¡Muerto de hambre y enterrado como un perro!— exclamó el maestro de escuela perseguido por sus ideas.

—¡Oh, hay que protestar muy alto!

—Sí, sí!

—Esto es una iniquidad!

—Hay que hacer una manifestación!

Hablaban también muchos conjurados con trazas de curiales de palacio; eran amigos del Arcediano, del implacable Mourelo que conspiraba desde la sombra.

—Á ver Vd., señor Sousa, Vd. que escribe los telegramas del *Alerta*... es preciso que hoy retrasen ustedes un poco el número para que haya tiempo de insertar algo...

—Sí, señor, ahora mismo voy yo á la imprenta y con la mayor energía que permite la ley, la pícara ley de imprenta, redactaré allí mismo un suelto convocando á los liberales, amigos de la justicia, etc., etc... Descuide Vd., señor Foja.

—Llame Vd. al suelto: *Entierro civil*.

—Sí, señor; así lo haré.

—Con letras grandes.

—Como puños, ya verá Vd.

—Eso podrá servir de aviso á todo el pueblo liberal...

—¿Vendrán los de la Fábrica?

—¡Ya lo creo!—exclamó Parcerisa.—Ahora mismo voy yo allá á calentar á la gente. Esto no nos lo puede prohibir el gobierno...

—Como no se alborote...

El entierro fué cerca del anochecer. Sólo así podían asistir los de la Fábrica.

Llovía. Caían hilos de agua perezosa, diagonales, sutiles.

La calle se cubrió de paraguas.

El Magistral, que espiaba detrás de las vidrieras de su despacho, vió un fondo negro y pardo; y de repente, como si se alzase sobre un pavés, apareció por encima de todo una caja negra, estrecha y larga, que al salir de la tienda se inclinó hacia adelante y se detuvo como vacilando. Era don Santos que salía por última vez de su casa. Parecía dudar entre desafiar el agua ó volver á su vivienda. Salió; se perdió el ataúd entre el oleaje de seda y percal oscuro. En el balcón que había sobre la puerta, entre las rejas asomó la cabeza de un perro de lanas negro y sucio: el Magistral lo miró con terror. El faldero estiró el pescuezo, procuró mirar á la calle y se le erizaron las orejas. Ladró á la caja, á los paraguas y volvió á esconderse. Lo habían olvidado en la sala, cerrada con llave por don Pompeyo.

Guimarán, de levita negra, presidía el duelo.

Delante del féretro, en filas, iban muchos obreros y algunos comerciantes al pormenor, con más, varios zapateros y sastres, rezando padre nuestros.

Guimarán había propuesto que no se dijese palabra.

«No había muerto el gran Barinaga, aquel mártir de las ideas, dentro de ninguna confesión cristiana; luego era contradictorio...»

—Deje Vd., deje Vd.—había advertido Foja con mal gesto.—No seamos intransigentes, no extrememos las cosas. Es de más efecto que se rece.

—Esto no es una manifestación anti-católica—observó el maestro de escuela.

—Es anti-clerical—dijo otro liberal probado.

—El tiro va contra el Provisor—manifestó un lampiño, de la policía secreta de Gloucester.

Así pues, se convino que se rezaría y se rezó. *Requiescat in pace*, decía Parcerisa, que rezaba delante, con voz solemne, al terminar cada oración.

Y contestaban los de la fila, que llevaban hachas encendidas: *Requiescat in pace*.

Ni el latín ni la cera le gustaban á don Pompeyo, pero había que transigir.

«Todo aquello era una contradicción, pero Vetusta no estaba preparada para un verdadero entierro civil.»

Las mujeres del pueblo, que cogían agua en las fuentes públicas, las ribeadoras y costureras que paseaban por la calle del Comercio, y por el Boulevard, arrastrando por el lodo con perezosa marcha los piés mal calzados; las criadas que con la cesta al brazo iban á comprar la cena, se arremolinaban al pasar el entierro y por gran mayoría de votos condenaban el atrevimiento de enterrar «á un cristiano» (sinónimo de hombre) sin necesidad de curas. Algunas buenas mozas, mal pergeñadas, alababan la idea en voz alta.

Hubo una que gritó :

—¡ Así, que rabien los de la pitanza !

Esta imprudencia provocó otra del lado contrario.

—¡ *Anday*, judíos—exclamaba una moza del partido azotando con un zueco la espalda de muchos de sus conocidos, peones de albañil y canteros.

Detrás del duelo iba una escasa representación del sexo débil ; pero, según las de la cesta y las de las fuentes públicas, «eran malas mujeres.»

—¡ Anda tú, *pendón* !

—¿ Á dónde vais, *pingos* !

Y las correligionarias de don Pompeyo reían á carcajadas, demostrando así lo poco arraigado de sus convicciones. La noche se acercaba ; el cementerio estaba lejos, y hubo que apretar el paso.

La lluvia empezó á caer perpendicular, pero en gotas mayores, los paraguas retumbaban con estrépito lúgubre y chorreaban por todas sus varillas. Los balcones se abrían y cerraban, cuajados de cabezas de curiosos.

Se miraba el espectáculo generalmente con curiosidad burlona, con algo de desprecio. « Pero por lo mismo se declaraba mayor el delito del Magistral. Aquel pobre don Santos había muerto como un perro por culpa del Provisor ; había renegado de la religión por culpa del Provisor, había muerto de hambre y sin Sacramentos por culpa del Provisor.»

« Y ahora los revolucionarios, que de todo sacan raja, aprovechan la ocasión para hacer una de las suyas...»

« Y por culpa del Provisor...»

« No se puede estirar demasiado la cuerda.»

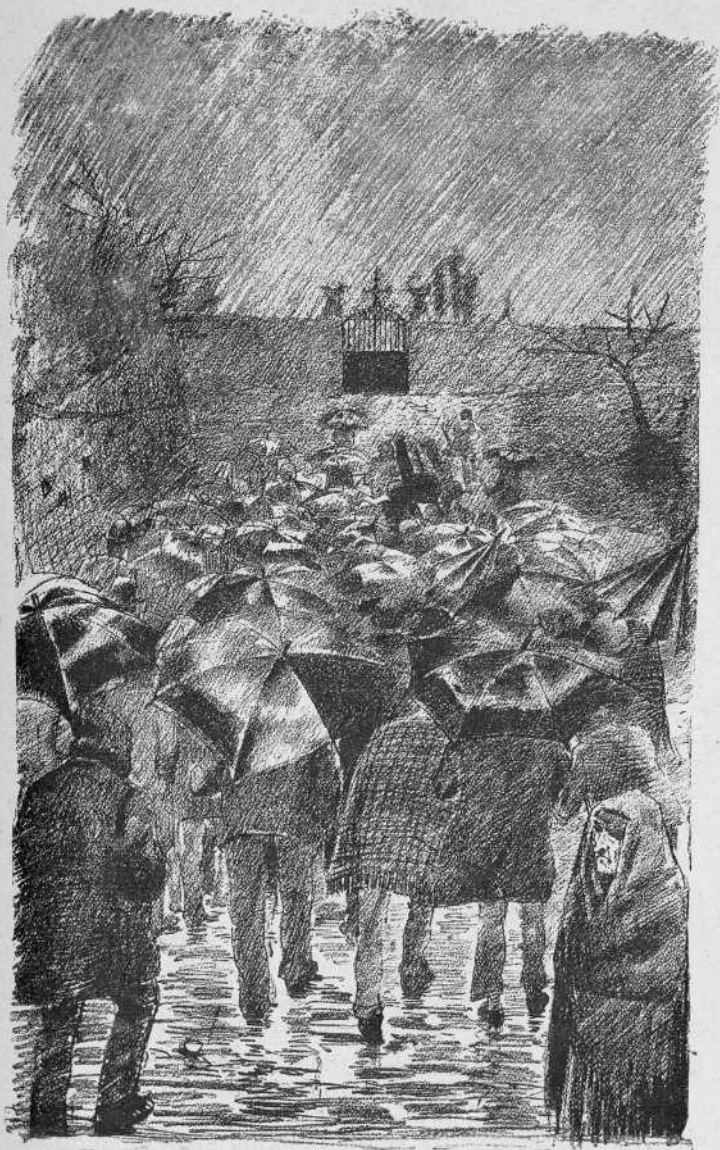
« Ese hombre nos pierde á todos.»

Estos eran los comentarios en los balcones. Y después de cerrarlos, continuaban dentro las censuras. Muchas amistades perdió De Pas aquella tarde.

Sin que se supiera cómo, llegó á ser un *lugar común*, verdad evidente para Vetusta, que « Barinaga había muerto como un perro por culpa del Magistral.»

Los amigos que le quedaban á don Fermín reconocían que no se podía luchar, por aquellos días á lo menos, contra aquella afirmación injusta, pero tan generalizada.

El entierro dejó atrás la calle Principal de la Colonia, que estaba convertida en un lodazal de un kilómetro de largo, y empezó á subir la cuesta que terminaba en el cementerio. El agua volvía á azotar á los del duelo en diagonales, que el viento hacía penetrar por debajo de los paraguas. Llovía á latigazos. Una nube negra, en forma de pájaro monstruoso, cubría toda la ciudad y lanzaba sobre el duelo aquel chaparrón furioso. Parecía que los arrojaba de Vetusta, silbándoles con las fauces del viento que soplaba por la espalda.



Se subía la cuesta á buen paso. La percalina de que iba forrado el féretro miserable, se había abierto por dos ó tres lados; se veía la carne blanca de la madera, que chorreaba el agua. Los que conducían el cádaver le zarandeaban. La fatiga y cierta superstición inconsciente les había hecho perder gran parte del respeto que merecía el difunto. Todos los hachones se habían apagado y chorreaban agua en vez de cera. Se hablaba alto en las filas.

—¡ De prisa, de prisa! se oía á cada paso.

Algunos se permitían decir chistes alusivos á la tormenta. En el duelo había más circunspección, pero todos convenían en la necesidad de apretar el paso.

Aquel furor de los elementos despertó muchas preocupaciones taciturnas.

Don Pompeyo llevaba los piés encharcados, y era sabido que la humedad le hacía mucho daño, le ponía nervioso y con esto se le achicaba el ánimo.

—No hay Dios, es claro, iba pensando, pero si le hubiera, podría creerse que nos está dando azotes con estos diablos de aguaceros.

Llegaron á la alto, á la cima de aquella loma. La tapia del cementerio se destacaba en la claridad plomiza del cielo como una faja negra del horizonte. No se veía nada distintamente. Los cipreses, detrás de la tapia, se balanceaban, parecían fantasmas que se hablaban al oído, tramando algo contra los atrevidos que se acercaban á turbar la paz del campo santo.

En la puerta se detuvo el cortejo. Hubo algunas dificultades para entrar. Se habían olvidado ciertos pormenores y la mala fe del enterrador—tal vez la del capellán también—ponía obstáculos reglamentarios.

—¡ Á ver, dónde está Foja!—gritó don Pompeyo, que no se encontraba con ánimo para dar otra batalla al oscurantismo clerical.

Foja no estaba allí. Nadie le había visto en el duelo.

Don Pompeyo sintió el ánimo desfallecer. «Estoy solo; ese capitán Araña me ha dejado solo.»

Sacó fuerzas de flaqueza, y ayudado por la indignación general, se impuso. El cortejo entró en el cementerio, pero no por la puerta principal, sino por una especie de brecha abierta en la tapia del corralón inundo, estrecho y lleno de ortigas y escajos en que se enterraba á los que morían fuera de la Iglesia católica. Eran muy pocos. El enterrador actual sólo recordaba tres ó cuatro entierros así.

El duelo se despidió sin ceremonia; á latigazos lo despedía el viento con disciplinas de agua helada.

Don Pompeyo Guimarán salió del cementerio el último. «Era su deber.»

Había cerrado la noche. Se detuvo solo, completamente solo, en lo alto de la cuesta. «Á su espalda, á veinte pasos tenía la tapia fúnebre. Allí detrás quedaba el mísero amigo, abandonado, pronto olvidado del mundo entero; estaba á flor de tierra... separado de los demás vetustenses que habían sido, por un muro que era una deshonra; perdido, como el esqueleto de un rocín, entre ortigas, escajos y lodo... Por aquella brecha penetraban perros y gatos en el cementerio civil... Á toda profanación estaba abierto... Y allí estaba don Santos... el buen Barinaga que había vendido patenas y biriles... y creía en ellos... en otro tiempo. ¡Y todo aquello era obra suya... de don Pompeyo; él, en el café-restaurant de la Paz, había comenzado á demoler el alcázar de la fe... del pobre comerciante!...»

Un escalofrío sacudió el cuerpo de Guimarán. Se abrochó. «Había sido *otra* imprudencia venir sin capa.»

Entonces sintió que no sentía ya el agua... «Era que ya no llovía.» Sobre Vetusta brillaban entre grandes espacios de sombra algunas luces pálidas, las estrellas; y entre las sombras de la ciudad aparecían puntos rojizos simétricos; los faroles.

Guimarán volvió á temblar ; sintió la humedad de los piés de nuevo... y apretó el paso. Hubo más, se le figuró que le seguían ; que á veces le tocaban sutilmente las faldas de la levita y el cabello del cogote... Y como estaba solo, seguramente solo... no tuvo inconveniente en emprender por la cuesta abajo un trote ligero, con el paraguas debajo del brazo...

«No, no hay Dios, iba pensando, pero si lo hubiera estábamos frescos...»

Y más abajo :

«Y de todas maneras, eso de que le han de enterrar á uno de fijo, sin escape, en ese estercolero... no tiene gracia.»

Y corría, sintiendo de vez en cuando escalofríos.

Don Pompeyo tuvo fiebre aquella noche.

«Ya lo decía él ; ¡ la humedad ! »

Deliró.

«Soñaba que él era de cal y canto y que tenía una brecha en el vientre y por allí entraban y salían gatos y perros, y alguno que otro diablejo con rabo.»





XXIII

TECUM principium in die virtutis tuæ in splendorum sanctorum, ex utero ante luciferum genui te.»

Esto leyó la Regenta sin entenderlo bien: y la traducción del *Eucologio* decía: «Tú poseerás el principado y el imperio en el día de tu poderío y en medio del resplandor que brillará en tus santos: yo te he engendrado de mis entrañas desde antes del nacimiento del lucero de la mañana.»

Y más adelante leía Ana con los ojos clavados en su devocionario: *Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodie genui te. Alleluia.*

¡Sí, sí, aleluya! ¡aleluya! le gritaba el corazón a ella... y el órgano, como si entendiese lo que quería el corazón de la Regenta, dejaba escapar unos diablillos de notas alegres, revoltosas, que luego llenaban los ámbitos oscuros de la catedral, subían a la bóveda y pugnaban por salir a la calle, remontándose al cielo... empapando el mundo de música retozona. Decía el órgano a su manera:

Adiós, María Dolores,
marcho mañana
en un barco de flores
para la Habana.

y de repente, cambiaba de aire y gritaba :

La casa del señor cura
nunca la ví como ahora...

y sin pizca de formalidad, se interrumpía para cantar :

Arriba, Manolillo,
abajo, Manolé,
de la quinta pasada
yo te libérté ;
de la que viene ahora
no sé si podré...
arriba, Manolillo,
Manolillo Manolé.

Y todo esto era porque hacía mil ochocientos setenta y tantos años había nacido en el portal de Belén el Niño Jesús... ¿Qué le importaba al órgano? Y sin embargo, parecía que se volvía loco de alegría... que perdía la cabeza y echaba por aquellos tubos cónicos, por aquellas trompetas y cañones, chorros de notas que parecían lucecillas para alumbrar las almas.

El templo estaba oscuro. De trecho en trecho, colgado de un clavo en algún pilar, un quinqué de petróleo con reverbero, interrumpía las tinieblas que volvían á dominar poco más adelante. No había más luz que aquella esparcida por las naves, el trasaltar y el trascoro, y los cirios del altar y las velas del coro que brillaban á lo lejos, en alto, como estrellitas. Pero la música alegre botando de pilar en capilla, del pavimento á la bóveda, parecía iluminar la catedral con rayos del alba. Y no eran más que las doce. Empezaba la *misa del gallo*.

El órgano, con motivo de la alegría cristiana de aquella hora sublime, recordaba todos los aires populares clásicos en la tierra vetustense y los que el capricho del pueblo había puesto en moda aquellos últimos años. Á la Regenta le temblaba el alma con una emoción religiosa dulce, risueña, en que rebosaba una caridad universal; amor á todos los hombres, y á todas las criaturas... á las aves, á los brutos, á las yerbas del campo, á los gusanos de la tierra... á las ondas del mar, á los suspiros del aire... «La cosa era bien clara, la religión no podía ser más sencilla, más evidente: Dios estaba en el cielo presidiendo y amando su obra maravillosa, el Universo; el Hijo de Dios había nacido en la tierra y por tal honor y divina prueba de cariño, el mundo entero se alegraba y se ennoblecía; y no importaba que hubiesen pasado tantos siglos, el amor no cuenta el tiempo; hoy era tan cierto como en tiempo de los Apóstoles, que Dios había venido al mundo; el motivo para estar contentos todos los seres, el mismo. Por consiguiente, el organista hacía muy bien en declarar dignos del templo aquellos aires humildes, con que solía alegrarse el pueblo y que cantaban las vetustenses en sus bailes bulliciosos á cielo abierto. Aquel recuerdo de canciones efímeras, que habían sido un poco de aire olvidado, le parecía á la Regenta una delicada obra de caridad por parte del músico... Recordar lo más humilde, lo que menos vale, un poco de viento que pasó... y dignificar las emociones profanas del amor, de la alegría juvenil, haciendo resonar sus cantares en el templo, como ofrenda á los piés de Jesús... todo esto era hermoso, según Ana; la religión que lo consentía, maternal, cariñosa, artística.»

«No había allí barreras, en aquel momento, entre el templo y el mundo; la naturaleza entraba á borbotones por la puerta de la iglesia; en la música del órgano había recuerdos del verano, de las romerías alegres

del campo, de los cánticos de los marineros á la orilla del mar; y había olor á tomillo y á madreselva, y olor á la playa, y olor arisco del monte, y dominándolos á todos olor místico, de poesía inefable... que arrancaba lagrimas...» La vigilia exaltaba los nervios de la Regenta... Su pensamiento al remontarse se extraviaba y al difundirse se desvanecía... Apoyó la cabeza contra la panza churrigueresca de un altar de piedra, nuevo, que era el principal de la capilla en que estaba, sumida en la sombra. Apenas pensaba ya, no hacía más que sentir.

La verja de bronce dorado que separaba la capilla mayor del crucero, se interrumpía en ambos extremos para dejar espacio á los púlpitos de hierro, todos filigrana. Servían de atriles para la Epístola y el Evangelio, sendas águilas doradas con las alas abiertas. Ana vió aparecer en el púlpito de la izquierda del altar la figura de Glocester, siempre torcida, pero arrogante: la rica casulla de tela briscada despedía rayos herida por la luz de los ciriales que acompañaban al canónigo. El Arcediano, en cuanto calló el órgano, como quien quiere interrumpir una broma con una nota seria, leyó la epístola de san Pablo Apóstol á Tito, capítulo segundo, dándole una intención que no tenía. Agradábale á Glocester tener ocupada por su cuenta la atención del público, y leía despacio, señalando con fuerza las terminaciones en *us* y en *i* y en *is*: por el tono que se daba al leer no parecía sino que la epístola de San Pablo era cosa del mismo Glocester, una composicioncilla suya. El órgano, como si hubiera oído llover, en cuanto terminó el presuntuoso Arcediano, soltó el trapo, abrió todos sus agujeros, y volvió á regar la catedral con chorritos de canciones alegres; el fuelle parecía soplar en una fragua de la que salían chispas de música retozona; ahora tocaba como las gaitas del país, imitando el modo tosco é incorrecto

con que el gaitero jurado del Ayuntamiento interpretaba el brindis de la *Traviata* y el Miserere del *Trovador*. Por último, y cuando ya Ripamilán asomaba la cabecita vivaracha sobre el antepecho del otro púlpito para cantar el Evangelio, el organista la emprendió con la *mandilona*:

Ahora sí que estarás contentón,
mandilón,
mandilón,
mandilón.

Los carlistas y liberales que llenaban el crucero celebraron la gracia, hubo cuchicheos, risas comprimidas y en esto vió la Regenta un signo de paz universal. En aquel momento, pensaba ella, unidos todos ante el Dios de todos, que nacía, las diferencias políticas eran nimiedades que se olvidaban.

Ripamilán no pudo menos de sonreír, mientras colocaba, con gran dificultad, el libro en que había de leer el Evangelio de San Lucas, sobre las alas del águila de hierro.

El Arcediano, en la escalera del púlpito esperaba con los brazos cruzados sobre la panza; cerca de él y haciendo guardia estaban dos acólitos con los ciriales; uno era Celedonio.

«*Secuentia Sancti Evangelii secundum Lucaam!*... cantó Ripamilán, muerto de sueño y aprovechándose del canto llano para bostezar en la última nota.

«*In illo tempore!*... continuó... En aquel tiempo se promulgó un edicto mandando empadronar á todo el mundo. Fué cosa de César Augusto, muy aficionado á la Estadística. «Este empadronamiento fué hecho por Cirino, que después fué gobernador de la Siria.» Ripamilán se dormía sobre el recuerdo de Cirino, pero al llegar al empadronamiento de José se animó el Arcipreste, figurándose á los santos esposos camino de

Bethlehem (ó mejor Belem.) Y sucedió que hallándose allí le llegó á María la hora de su alumbramiento; y dió á luz á su Hijo primogénito y envolvióle en pañales y recostóle en un pesebre.» Ripamilán leía ahora pausadamente, á ver si se enteraba el público. Cuando llegó á los pastores que estaban en vela, cuidando sus rebaños, don Cayetano recordó su grandísima afición á la églota y se enterneció muy de veras.

Más enternecida estaba la Regenta, que seguía en su libro la sencilla y sublime narración. «¡El Niño Dios! El Niño Dios! Ella comprendía ahora toda la grandeza de aquella Religión dulce y poética que comenzaba en una cuna y acababa en una cruz. ¡Bendito Dios! las dulzuras que le pasaban por el alma, las mieles que gustaba su corazón, ó algo que tenía un poco más abajo, más hacia el medio de su cuerpo!... Y aquel Ripamilán allá arriba, aquel viejecillo que contaba lo del parto como si acabara de asistir á él! También Ripamilán estaba hermoso á su manera.»

En tanto el *público* empezaba á impacientarse, se iba acabando la formalidad, y en algunos rincones se oían risas que provocaba algún chusco. En la nave del trasaltar, la más oscura, escondidos en la sombra de los pilares y en las capillas, algunos señoritos se divertían en echar á rodar sobre el juego de damas del pavimento de mármol monedas de cobre, cuyo profano estrépito despertaba la codicia de la gente menuda; bandos de pilletes que ya esperaban ojo avizor la tradicional profanación, corían tras las monedas, y al caer tantos sobre una sola en racimo de carne y andrajos, excitaban la risa de los fieles, mientras ellos se empujaban, pisaban y mordían disputándose el ochavo miserable.

Pero llegaba la *ronda* y el racimo de pillos se deshacía, cada cual corría por su lado. La *ronda* la presidía el señor Magistral, de roquete y capa de coro; en las